

65° Aniversario

ISSN 0034-8740

TOMO LXV - NÚMERO 4 - DICIEMBRE DE 2008

REVISTA DE PSICOANÁLISIS

Complejidad y especificidad
del psicoanálisis



ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA ARGENTINA

Revista de Psicoanálisis

EDITADA POR LA ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA ARGENTINA

Complejidad y especificidad del psicoanálisis

Tomo LXV, n° 4, diciembre de 2008

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

ISSN 0034-8740

Secretaria Administrativa

SILVINA RICHICHI
revista@apa.org.ar

Corrección

MARTA CASTRO

Diagramación y Armado

MIGUEL GRAMAJO - PABLO DÍAZ

Esta revista está incluida en el
Catálogo LATINDEX, la Base
de Datos LILACS y la
Base de Datos PSICODOC

Registro de la Propiedad
Intelectual N° 56.921
Hecho el depósito
que marca la ley 11.723

CORREO ARGENTINO CENTRAL (B) SUC. 10 (B)	INTERÉS GENERAL Concesión N° 1.510 FRANQUEO PAGADO Concesión N° 13513
---	--

© Esta publicación es propiedad de la Asociación Psicoanalítica Argentina,
Rodríguez Peña 1674, (C1021ABJ) Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
Argentina.

Teléfono: (5411) 4812-3518 / Fax: (5411) 4814-0079

Suscripciones: revista@apa.org.ar / Home page: <http://www.apa.org.ar>

Queda prohibida, sin la autorización escrita de la Asociación Psicoanalítica
Argentina, la reproducción total o parcial de los artículos publicados en la
REVISTA DE PSICOANÁLISIS por cualquier medio o procedimiento, comprendidos
la reprografía y el tratamiento informático.

Impresión: *Cosmos Print*, E. Fernández 155
(1870) Avellaneda, Buenos Aires, Argentina

Revista de Psicoanálisis

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL DE LA ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA ARGENTINA
FILIAL DE LA ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA INTERNACIONAL (API)
SOCIEDAD COMPONENTE DE LA FEDERACIÓN PSICOANALÍTICA DE AMÉRICA LATINA (FEPAL)

Comité Editor

Director

ROBERTO DORIA MEDINA

Secretaria

GLORIA GITAROFF

Miembros del Comité Editor

DIEGO COHEN

PERLA FRENKEL

RICARDO O. MOSCONE

JUAN B. NAVARRO

RICARDO HUGO ORTEGA

HERMINIA LÓPEZ DE PARADA

ANALÍA UNGARO DE ZIN

LEONOR VALENTI DE GREIF

JULIO WOSCOBOINIK

Miembros del Consejo Editor Internacional

Eduardo Agejas (*Buenos Aires*), Alcira Mariam Alizade (*Buenos Aires*), Carlos Mario Aslan (*Buenos Aires*), Madeleine Baranger (*Buenos Aires*), Elías M. da Rocha Barros (*San Pablo*), Carlos Basch (*Buenos Aires*), Ricardo Bernardi (*Montevideo*), Jorge Canestri (*Roma*), Guillermo Carvajal (*Santa Fe de Bogotá*), Fidas Cesio (*Buenos Aires*), Horacio Etchegoyen (*Buenos Aires*), Antonino Ferro (*Pavía*), Glenn Gabbard (*Houston*), Leonardo Gojman (*Buenos Aires*), André Green (*París*), Aiban Hagelin (*Buenos Aires*), Charles Hanly (*Toronto*), Jürgen Hardt (*Wetzlar*), Max Hernández (*Lima*), Paul Janssen (*Dortmund*), Juan Jordán Moore (*Santiago de Chile*), Otto Kernberg (*Nueva York*), Rómulo Lander (*Caracas*), Jean Laplanche (*París*), Lucía R. Martinto de Paschero (*Buenos Aires*), Norberto Marucco (*Buenos Aires*), Robert Michels (*Nueva York*), Thomas Ogden (*San Francisco*), Ethel Person (*Nueva York*), Andrés Rascovsky (*Buenos Aires*), Owen Renik (*San Francisco*), Lía Ricón (*Buenos Aires*), Romualdo Romanowsky (*Porto Alegre*), Anne-Marie Sandler (*Londres*), Fanny Schkolnik (*Montevideo*), Evelyne A. Schwaber (*Brookline*), Marianne Springer-Kremser (*Viena*), Jaime Szpilka (*Madrid*), David Tuckett (*Londres*), José Luis Valls (*Buenos Aires*), Juan Vives Rocabert (*México DF*), Robert Wallerstein (*Belvedere*), Daniel Widlöcher (*París*), Paul Williams (*Londres*)

Comisión Directiva de la Asociación Psicoanalítica Argentina

Presidente: Dr. Norberto C. Marucco

Vicepresidente: Dra. Elsa Rappoport de Aisemberg

Secretario: Dr. Jorge Luis Gorodokin

Secretario Científico: Dr. José Edgardo Milmaniene

Tesorero: Dr. Francisco Petre

Vocales: Dr. José E. Fischbein,

Dr. Alberto Stisman, Lic. Azucena Tramontano de Hernández, Dra. Liliana Novaro, Lic. Cristina Rosas de Salas, Dr. Máximo Kogan

Índice

Nota editorial. *Complejidad y especificidad del psicoanálisis*

Trabajos centrales Chicago 2009

- Aprender la práctica de los psicoanalistas en sus propios méritos
Juan Pablo Jiménez (Chile) 663
- Transformaciones en el soñar y los personajes dentro del campo psicoanalítico. Reflexiones preliminares sobre las diferencias entre los modelos teóricos en psicoanálisis
Antonino Ferro (Italia) 687
- Problemas del aprendizaje institucional en psicoanálisis: narcisismo y curiosidad
Warren S. Poland (Estados Unidos) 715

Otros trabajos

- La pragmática como trasfondo ineludible. Crítica de la hegemonía del lenguaje y de la idea de cientificidad en la filosofía de Wittgenstein
Jorge L. Ahumada (Buenos Aires) 735
- La posición fóbica central: con un modelo de la asociación libre
André Green (Francia) 759
- Inversión de roles: una “reflexión” sobre la herencia descuidada de nuestro pasado
Franco Borgogno y Massimo Vigna-Taglianti (Italia) 791
- La correspondencia Joyce-Lacan
Oscar Zentner (Australia) 805

Consensos y disensos

- Clínica del vacío
Juan Bautista Navarro (Buenos Aires) 819
- El vacío mental estructural y el vacío emocional
Jaime Lutenberg (Buenos Aires) 829

Revista de libros

El cuerpo: lenguajes y silencios

Leticia Glocer Fiorini (comp.)

Por Abel Fainstein

851

Jamais moi sans toi (Nunca yo sin ti)

Alberto Eiguer

Por Roberto Losso

854

The Legacy of Fairbairn and Sutherland

Psychotherapeutic Applications

Editado por Jill Savege Scharff y David Scharff

Por Diego Cohen

857

Revista de revistas

Revue Française de Psychanalyse, Vol. 72, N° 3, julio de 2008

Por Susana María Etienne

861

Revista Psyché, julio de 2007

Por Juan Carlos Weissmann

864

Nota editorial

Se cierra con este número una gestión de cuatro años. Luego de editar 16 números de la *Revista de Psicoanálisis* y un Índice Acumulativo, correspondiente al período 2001-2005, el Comité Editor que fuera reelecto para la tarea por la membresía de la Asociación Psicoanalítica ha cumplido con el honroso esfuerzo de sostener la continuidad de la primera publicación periódica en castellano dedicada al psicoanálisis hasta su 65° aniversario. Desde esta actualidad pionera y fundacional del aniversario se despliega lo que está por venir para el uso del psicoanálisis en su complejidad y su especificidad.

El contenido de los trabajos que siguen da cuenta de dicha complejidad y de su simultánea especificidad a partir de proveniencias muy diversas, geográficas y teóricas. Así aparecen los tres artículos centrales preparados para el Congreso Internacional de Chicago desde Pavía (Antonino Ferro), Washington (Warren Poland) y Santiago de Chile (Juan Pablo Jiménez). Desde París, un texto de André Green de 1998 que se publica por primera vez en castellano, “La posición fóbica central”. Desde Turín, Franco Borgogno reflexiona sobre la inversión de roles y el pasado en la herencia. Desde Australia, Oscar Zentner propone un juego virtual entre Joyce y Lacan. Desde Buenos Aires, Jorge Ahumada aborda una discusión en la interfaz entre la filosofía de Wittgenstein y el psicoanálisis. Como derivación ampliada de un Panel programado sobre la clínica del vacío, se presentan dos textos de Juan Navarro y Jaime Lutenberg, en la sección Consensos y disensos.

La *Revista de Psicoanálisis* bascula en una doble pertenencia, como órgano oficial institucional y como portavoz original de la ciencia psicoanalítica. Se debe a los fundamentos institucionales, que la posibilitan, le dan cabida y la nutren con el sostén material y el grueso de los aportes escritos, y se debe abrir al amplio campo del saber más allá de lo institucional. En este equilibrio ondulante hemos aspirado a sostener la vigencia de lo novedoso inquietante y de lo ya sabido no tan evi-

dente a partir de los textos que se nos fueron enviando y de las contribuciones a diversos congresos y eventos científicos. Haciendo una revisión de la tarea de selección editorial, antes de cerrar el presente y último número de este período, la consideración del Comité Editor no encontró, entre los recibidos, ningún texto relevante que hubiera sido omitido de estas páginas, ni artículo alguno que no llegara a la publicación sin fundamentación razonada. El procedimiento de revisión por pares se cumplió con intenso respeto e interés, mediando la discusión y el difícil intercambio de criterios editoriales. Desde aquí agradecemos a los autores que nos confiaron el producto de su creatividad y su pensamiento.

Además de la tarea editorial, desde la *Revista* se organizaron en estos años diversos foros de debate durante los Simposia de APA, y continuando los mismos durante las reuniones científicas del año en torno a temas determinantes para la difusión del psicoanálisis: “Políticas editoriales y políticas del psicoanálisis”, “Publicaciones en contra del psicoanálisis” y “Pluralismo de vida/pluralismo de muerte en la actualidad del 65° aniversario”. La sección que iniciamos, “Consensos y disensos”, se mantuvo en cada número con perfiles distintos en los que se expusieron el diálogo y las diferencias de las discusiones escritas o se brindó al lector material contrastante para su propia discusión interior y silenciosa. Las reseñas de revistas destacadas en inglés, francés, alemán e italiano se mantuvieron al día y no faltaron los cuidadosos comentarios de libros.

Quedan estos dieciséis números como acervo de referencia y como fuente para próximos desarrollos e investigaciones ulteriores.

Roberto Doria Medina
Director

Aprehender la práctica de los psicoanalistas en sus propios méritos

*Juan Pablo Jiménez (Chile)

*La théorie c'est bon, mais ça
n'empêche pas d'exister.*
Charcot

*Psychoanalysis is what is
practiced by psychoanalysts.*
Sandler

Introducción

El panorama del psicoanálisis contemporáneo es complejo. Como nunca antes, la controversia en torno a su estatuto epistemológico ha alcanzado el interior mismo del movimiento psicoanalítico. El tema de este congreso habla por sí mismo. Ya no solo está puesta en duda la unidad teórica del psicoanálisis, sino también la unidad de su práctica. Se nos convoca entonces a reflexionar sobre lo que nos une y sobre lo que nos separa. En esta presentación espero mostrar que la tarea propuesta está plagada de obstáculos difíciles de superar, primero, por las condiciones en las que se desenvuelve la construcción de teoría en psicoanálisis y segundo, por las dificultades de acceder de manera confiable a la práctica de los psicoanalistas, es decir, a lo que los psicoanalistas *realmente hacen* en la intimidad de la relación terapéutica.

Por cierto, este es un asunto que va más allá del psicoanálisis y también compromete la práctica clínica en salud mental. Cuando era

* Miembro de la Asociación Psicoanalítica Chilena. Departamento de Psiquiatría y Salud Mental Oriente, Universidad de Chile.

Dirección: Av. Salvador 486, Santiago, Chile. jjimenez@med.uchile.cl

un joven psiquiatra que soñaba con llegar a ser psicoanalista, sentía incomodidad frente a la liviandad con la que algunos colegas generalizaban el conocimiento obtenido en el estudio clínico de un paciente particular. Pero otra cosa me producía aun más inquietud, a saber, la sospecha de que los clínicos, cuando dan cuenta de su experiencia con pacientes, tienden a sesgar la realidad clínica hasta hacerla calzar dentro de categorías establecidas, dentro de teorías preferidas, o dentro del pensamiento del autor de moda. Así terminan hablando, no de lo que *realmente* sucede en la práctica clínica o de lo que efectivamente hacen (o dicen) en el consultorio, sino de lo que quisieran haber hecho (o haber dicho), es decir, presentan una clínica idealizada, lo cual dificulta enormemente el intercambio entre colegas (Jiménez, 2005, p. 608). Por cierto, no se me escapa que en esto no se trata en primer lugar de un ocultamiento más o menos intencional de parte de quien presenta material clínico, producto de la adscripción a escuelas e ideologías psicoanalíticas, o del sometimiento al “superyó técnico” que regula el intercambio público (Figuera, 1994), “políticamente correcto”, entre psicoanalistas, sino también del impacto de las teorías implícitas (Canestri *et al.*, 2006), es decir, del efecto de razones no conscientes que guían la acción práctica con los pacientes. Con esto, quiero destacar lo dificultoso que parece ser en las discusiones psicoanalíticas mantener el contacto con el paciente, sin desviar rápidamente la discusión a variados niveles de teorías *sobre* la práctica o, incluso, a las ideas de autores psicoanalíticos que, a su vez, construyen *teorías* sobre la práctica. Quizás esto tenga que ver con la tendencia predominante en todas las culturas psicoanalíticas de confiar demasiado en definiciones teóricas que dejan un amplio rango de imprecisión, junto a una gran desconfianza en estudios fundados empíricamente (Tuckett, 2006). Esto se convierte en problema si es que queremos seguir siendo fieles a la afirmación freudiana de que, no importa cuán lejos haya llegado, el psicoanálisis “nunca ha abandonado su patria de origen, y en cuanto a su profundización y ulterior desarrollo, sigue dependiendo del trato con enfermos” (1933a, p. 151).

Se habrá notado que parto de la base de que es posible separar, al menos en parte, la teoría de la práctica en psicoanálisis y que, más aun, vale la pena intentar aprehender la práctica de los psicoanalistas en sus propios méritos. Sé que muchos cuestionan este supuesto. Mi respuesta es pragmática: antes de rechazarla por razones “teóricas”, invito primero a examinar el valor heurístico de tal separación.

Muy tempranamente en mi carrera profesional me interesé por la epistemología clínica (Jiménez, 2005) y, sobre todo, por la metodología, entendida esta como el estudio de las reglas y caminos que conducen a las “buenas” inferencias y, desde ahí, al enriquecimiento de un conoci-

miento clínico válido, capaz de producir consenso, ser comunicable y, sobre todo, refutable, al menos, a través de la discusión colectiva y la argumentación racional. Aun más, la reflexión epistemológica, apoyada en mis estudios previos de filosofía, cultivó en mí una insatisfacción creciente con el método clínico como la única vertiente de logro de conocimiento en psicoanálisis y me llevó a interesarme en la investigación sistemática en psicoanálisis en sus diferentes vertientes: investigación empírica en proceso y resultados, investigación en la relación temprana madre-bebé, investigación conceptual. En los últimos años, en parte impulsado por la necesidad de intercambio académico con mis colegas psiquiatras, me he maravillado con los desarrollos de la nueva biología de la mente (Jiménez, 2006), que nos permite retomar el camino de integración “neuro-psicoanalítica” abandonado por Freud en 1895. En los 25 años de búsqueda de caminos de articulación del conocimiento psicoanalítico con disciplinas afines, he aprendido de métodos de variada sofisticación que se pueden aplicar a las “huellas” o registros de procesos psicoanalíticos y, últimamente, he tomado conocimiento de las fascinantes combinaciones entre registros de variables subjetivas procesales e imágenes dinámicas del funcionamiento cerebral.

La diversidad teórica y práctica en psicoanálisis es un hecho que actualmente pocos discuten. Ya en 1966 Philip Seitz demostró que psicoanalistas expertos no pueden lograr un acuerdo confiable sobre interpretaciones basadas en inferencias sobre estados internos complejos. Posteriormente, Pulver (1987a, 1987b) y Bernardi (1989) llegaron a conclusiones semejantes. Con todo, es cuestionable describir esta situación en términos de pluralismo, porque lo que parece existir es una mera pluralidad o, peor aun, una fragmentación teórica y práctica, desde el momento en que carecemos de una metodología para comparar sistemáticamente las diversas teorías y enfoques técnicos. Ricardo Bernardi (2005) se pregunta acerca de lo que viene después del llamado pluralismo si no se crean condiciones necesarias para que la diversidad observada se convierta en un factor de progreso y no de destrucción del psicoanálisis. Sus investigaciones (Bernardi, 2002, 2003) sobre cómo los psicoanalistas argumentamos en las controversias dejan una sensación de pesimismo sobre nuestra capacidad de encontrarnos en un terreno común. Por su parte, Tuckett considera esta situación como una oportunidad para el cambio: “Ha llegado el tiempo, no solo de revisar nuestra metodología para inducir nuestras verdades, sino también de desarrollar nuevos enfoques que hagan posible estar abiertos a nuevas ideas a la vez de ser capaces de evaluar su utilidad por medio de argumentaciones razonadas. La alternativa es la Torre de Babel” (Tuckett, 1994a, p. 865).

Por cierto, la exuberante diversidad de teorías es producto inevitable

de la práctica clínica. En su afán por mantener la vitalidad de la situación analítica, el analista va necesariamente modificando su técnica de manera más o menos idiosincrásica, a veces apartándose bastante de la técnica “estándar”, es decir, de aquella que internalizó como “el análisis correcto”. Tales modificaciones técnicas se relacionan más con una “teoría intrínsecamente privada [sobre] el material del paciente que [con] las teorías oficiales públicas a las cuales el analista puede suscribir conscientemente” (Sandler, 1983, p. 38). Los psicoanalistas somos expertos en construir narrativas que, en su detalle, pretenden captar la singularidad de la subjetividad de los pacientes. Es altamente probable que los desarrollos en la teoría psicoanalítica a lo largo de la historia provengan, precisamente, del hecho de que algunas de estas teorías privadas fueron “oficializadas”. El problema no está ahí, sino en el traspaso inadvertido, en la confusión de los niveles de abstracción. A estos fragmentos teóricos, productos de inferencias inductivas que bien se aplican a un paciente particular, se les atribuye un valor universal que no poseen, lo que engendra una teoría oficial “sobre-especificada” (Fonagy, 2006). Esta generalización espuria es en última instancia la razón de la “confusión de lenguas” en la construcción de teoría en psicoanálisis.

Hacia una fenomenología de la práctica en psicoanálisis

La pregunta que me planteo en relación con la práctica psicoanalítica se puede formular de la siguiente manera: *¿Cómo podemos estar seguros de que vemos la práctica clínica tal como es, de que la conocemos en su propia realidad y que no estamos simplemente proyectando sobre ella nuestras propias teorías?* Es obvio que los sistemas conceptuales son absolutamente necesarios para quien pretenda observar cualquier realidad y comunicar lo visto en forma válida; pero frente a procesos intersubjetivos, en los que la exigencia de validez es tan necesaria como difícil, el riesgo de apriorismo en los esquemas se convierte en un problema. Por demasiado tiempo hemos subestimado la complejidad de la situación clínica y supuesto una relación simple y directa entre teoría y práctica en psicoanálisis.¹ La innegable existencia de prácticas

1. Por ejemplo, Etchegoyen establece una relación biunívoca entre teoría y práctica cuando afirma: “Así como hay una *correlación estricta* de la teoría psicoanalítica con la técnica y con la investigación, también se da en el psicoanálisis, en forma singular, la relación entre la técnica y la ética” (Etchegoyen, 1986, p. 27; la bastardilla es mía).

diferentes nos obliga a desarrollar un método que nos permita describir tales diferencias de una manera confiable.

Estudiando los debates que se produjeron durante la década de 1970 en Buenos Aires y Montevideo, cuando las ideas kleinianas entraron en contacto con el pensamiento lacaniano, Bernardi (2003) ha mostrado que la dificultad para establecer controversias genuinas que estén al servicio del desarrollo de la disciplina no depende tanto de características propias de las teorías (como por ejemplo, su inconmensurabilidad), sino de estrategias defensivas destinadas a mantener las premisas de cada teoría a salvo de los argumentos de la otra parte. Por lo tanto, las dificultades del diálogo no se deben tanto a razones teóricas como a razones prácticas. Por cierto, la situación descrita, de falta de verdadera confrontación entre puntos de vista diferentes, ha impedido la formación de un corpus teórico-práctico coherente en psicoanálisis. Con todo, las dificultades se multiplican cuando se trata de compartir la práctica clínica misma.

El primer obstáculo reside, precisamente, en que no se le asigna a la práctica un estatuto propio, independiente de la teoría. En vez de un debate apoyado por argumentos y ejemplos clínicos, lo que suele darse es un debate puramente “teórico”, obviando las peculiaridades de la práctica. El segundo obstáculo es aun más espinoso. El estudio de la serie *Psychoanalyst at Work*, publicado en el *International Journal of Psychoanalysis*, lleva a Tuckett a afirmar que “la tradición de la discusión psicoanalítica del material clínico de otro colega es, por así decirlo, de supervisararlo” (Tuckett, 2007, p. 1047). La supervisión del material presentado parece ser el patrón de discusión habitual en las sociedades psicoanalíticas y en los congresos internacionales. Personalmente me tocó hacer el reporte final de los diferentes paneles que discutieron material clínico presentado por Helmut Thomä en el congreso psicoanalítico de Nueva Orleans. Con anterioridad, Thomä había comunicado su temor de no ser entendido y de no ser discutido en sus propios términos y, en cambio, ser “supervisado” desde las teorías preferidas de los panelistas (Thomä, Jiménez y Kächele, 2006, p. 193s).² En un trabajo reciente, Thomä y Kächele (2007) plantean que “para hacer del psi-

2. Por cierto, supervisar no significa necesariamente ver el material ajeno desde el punto de vista de las teorías oficiales y públicas preferidas del supervisor. Imre Szecsy, psicoanalista húngaro-sueco, ha desarrollado un método de supervisión analítica, con fuerte base empírica, de acuerdo con el cual se trata de crear en la relación con el supervisando una situación de *aprendizaje mutativo*, en la que este aprenda a reconocer el *sistema de interacción* que establece con su paciente (Szecsy, 1990).

coanálisis comparativo una empresa fructífera, es esencial evaluar cómo el analista tratante aplica su conocimiento profesional en interacciones específicas” (p. 651). Entonces, un problema crucial es que, *en las presentaciones de material, quien presenta, habitualmente no se preocupa de explicitar las razones a partir de las cuales intervino de la manera en que lo hizo, y quien discute, tampoco se interesa en elucidar las razones del presentador*. Se produce así un diálogo de sordos, que nunca se encuentran en un terreno compartido, que conduce a malentendidos y a una creciente babelización.

En lo que sigue intentaré avanzar pasos hacia la construcción de una fenomenología de la práctica en psicoanálisis. Sumariamente, usar el método fenomenológico significa poner atención cuidadosa y reflexiva al modo como una realidad se nos aparece, tratando de poner entre paréntesis los prejuicios que tenemos acerca de ella (Jiménez, 2003). Es algo así como ver la situación analítica, como solía decir Freud, *in statu nascendi*, esto es, en su momento originario.

Una manera provechosa de acercarse a un fenómeno es a través de la exploración del significado original de las palabras que lo denotan. La palabra “práctica”, presente en todos los idiomas europeos, viene del griego *praxis* y no solo significa acción, acto, actividad, ejercicio, ejecución, realización, sino también manera de obrar, manera de ser, resultado, consecuencia. De este modo, algo “práctico” es precisamente algo “que obra”, activo, eficaz (Mendizabal, 1959). Este último sentido es el que toma Owen Renik en su libro *Practical Psychoanalysis for Therapists and Patients* (2006). Para Renik, en un psicoanálisis *práctico* el paciente es capaz de revisar con su analista diversos aspectos de la manera como él o ella construye la realidad, con el resultado de que se siente mejor. Quisiera que retengan esta definición, para cuando más adelante examinemos la llamada tesis del *Junktim*, es decir, de la unión inseparable entre logro de conocimiento y curación en psicoanálisis.

Demos un paso más e intentemos ponernos en el “aquí y ahora” de la situación del analista con su paciente y comparemos esa situación con la de una supervisión. Durante una supervisión miramos los eventos después de que estos sucedieron, por lo tanto, es natural preguntarse por qué ocurrieron. Lo que se busca entonces es una explicación; este es el momento propio de las teorías psicoanalíticas en cuanto razones explicativas. Pero si nos ponemos en la situación en la que ellos están sucediendo, es decir, en el lugar del analista en el momento en que interactúa con su paciente, es claro que la tarea no es tanto de explicación como de predicción, es decir, de determinar qué pasará en el futuro, cómo reaccionará el o la paciente si el analista interviene de tal o de cual manera. La tarea de predicción exige razones prácticas y no

teóricas.³ Las razones prácticas buscan responder, a partir de una serie de alternativas –ninguna de las cuales ha sido todavía consumada–, sobre cuál es la mejor de entre ellas, esto es, sobre qué se debe hacer. No se trata entonces de cuestiones de hecho y de su explicación, sino de asuntos de valor, de lo que es deseable hacer.

Durante la sesión, en la mente del analista hay un movimiento permanente entre razones teóricas que, a modo de mini-teorías parciales, le permiten entender y explicar la interacción del momento en términos del conocimiento adquirido a lo largo del proceso, y razones prácticas, que orientan la toma de decisiones en relación con qué decir, y con cuándo y cómo intervenir. Si tenemos a mano material de una secuencia de sesiones, seguramente encontraremos confirmación, o refutación, de las predicciones que el analista arriesga durante una sesión en particular. Eso es, sin embargo, algo que no corresponde a la realidad del momento en cuestión, pues ahí no se trata de encontrar explicaciones *ex post facto*, sino de aventurar hipótesis predictivas sobre algo que aún no ha sucedido. En el razonamiento práctico, el agente busca evaluar y sopesar sus razones para actuar, ponderar lo que habla a favor o en contra de los cursos alternativos de acción que se abren frente a él. Más aun, esta decisión se toma definitivamente en primera persona, esto es, desde un punto de vista subjetivo, en términos del predicamento en el cual uno se encuentra en ese momento. Así, la decisión de intervenir arrastra toda la singularidad de un encuentro con otro en el *aquí y ahora*. Este es un momento ideográfico, creativo e inefable, en el que el analista asume un riesgo que, por razones de principio, nunca puede ser totalmente ceñido por la teoría explicativa; es, por así decirlo, un momento “vacío” de teoría.

Con todo, si vamos más allá de las apariencias, en realidad este momento de supuesto “vacío” de teoría no es tal, sino que, en él, el analista hace uso de conocimiento teórico-práctico primariamente no consciente y lo aplica sin darse cuenta de que lo hace. Hace 25 años, Joseph Sandler hizo notar que: “Con el aumento de la experiencia clínica, y en

3. La distinción entre razones teóricas y razones prácticas es un antiguo tema filosófico que se puede rastrear hasta el mismo Aristóteles. Estas difieren por el carácter de su fin; a la razón práctica la estimula el objeto del apetito. Los escolásticos siguieron la tradición haciendo la diferencia entre razón especulativa y razón operativa, diferencia que también retoma Kant cuando destaca que las dos razones, la teórica y la práctica, no son dos tipos distintos de razón, sino la misma razón, la cual difiere en su aplicación (véase José Ferrater Mora, 1969).

la medida en que llega a ser más competente, el analista construye preconscientemente (descriptivamente hablando, inconscientemente) toda una variedad de segmentos teóricos que se relacionan directamente con su trabajo clínico. *Ellos son productos del pensamiento inconsciente, en gran medida teorías parciales, modelos o esquemas, que tienen la cualidad de estar disponibles, por así decirlo, en reserva, para ser evocados cada vez que sea necesario.* El que puedan contradecirse mutuamente no es problema. Coexisten felizmente mientras tanto sean inconscientes” (Sandler, 1983, p. 38; la bastardilla es mía).

Si esto es así, entonces los analistas, al igual que los neuróticos, no somos “señores en nuestra propia casa”, trabajamos con nuestros pacientes sin saber cabalmente cómo lo hacemos. Una parte importante del trabajo analítico, si no la más importante, se despliega en el nivel implícito. Victoria Hamilton nos recuerda que “aun los pensadores más consistentes practican inconsistentemente y de maneras que son más personales e idiosincrásicas” (Hamilton, 1996, p. 317). Lo anterior tiene consecuencias importantes sobre las discusiones clínicas, pues quien discute, lo suele hacer desde sus propias teorías explicativas explícitas, es decir, oficiales y públicas, mientras que quien presenta el material probablemente no alcanza a percibir acabadamente, ni menos a comunicar, las razones prácticas, implícitas, que lo llevaron a intervenir de tal o cual manera. Por cierto, esta situación no puede sino obstaculizar la posibilidad de un diálogo clínico constructivo.

Probablemente sea esta una de las razones de por qué la tradición de supervisar durante las discusiones clínicas falla en captar la esencia del trabajo del analista con su paciente. La singularidad de la relación terapéutica se construye en el entramado de predicciones y validaciones (o refutaciones) que constituyen el diálogo entre analista y paciente. En este sentido, es útil pensar en el trabajo analítico como un trabajo artesanal. Un artesano suele utilizar cantidades limitadas de materiales y de instrumentos teórico-prácticos para crear sus obras. De manera similar, el analista se vale de información heterogénea, acumulada durante su formación y experiencia, y que debe ser creativamente adaptada a cada caso concreto. En nuestra artesanía psicoanalítica, como norma, utilizamos materiales (modelos de trabajo, teorías parciales, esquemas) preexistentes. La combinación de atención parejamente flotante y libre asociación facilita la evocación momento a momento y espontánea de estos modelos en la interacción diádica. El trabajo está guiado por las teorías o meta-modelos del analista sobre el “mejor modo” de psicoanalizar. En suma, estoy describiendo la naturaleza constructivista del trabajo clínico según la cual el analista parte de materiales diversos en origen y naturaleza (Jiménez, 2008). Para Ca-

nestri, “no debe subestimarse la cantidad de elementos de todo tipo y origen que contribuye a la construcción de estas ‘teorías’ o modelos parciales. Entre estos elementos están los contenidos específicos del inconsciente y del preconscious del analista, su *Weltanschauung*, la psicología del sentido común, su conexión con un grupo o escuela psicoanalítica, la calidad de esta conexión y la relación que él tiene con las ‘autoridades’ psicoanalíticas, sus creencias científicas y precientíficas, su elaboración y reelaboración personal de los conceptos de la disciplina, su contratransferencia, etc. [...]. Si se toma en cuenta la especificidad de la práctica clínica, se puede ver que los conceptos en psicoanálisis nunca están formados de una vez para siempre, sino que están en constante transformación y reelaboración” (Canestri, 2006, p. 13s).

Con todo, pienso que en este proceso de “continua transformación y reelaboración” de los conceptos se ha subestimado el rol del paciente. Aquí nos encontramos con el tema de una heurística intersubjetiva, pues se trata del rol que atribuimos a la interacción entre dos mentes trabajando conjuntamente. Con esto, sugiero que en la mente del analista se da un proceso continuado de toma de decisiones que, sobre el trasfondo del “uso implícito de las teorías explícitas”⁴ está influido permanentemente por la acción y la reacción del paciente. En el curso de esta interacción se producen los procesos de validación, o refutación, de las intervenciones del analista.

Dije anteriormente que el trabajo analítico está guiado por las teorías o meta-modelos del analista sobre el “mejor modo” de psicoanalizar. Debemos a continuación revisar más de cerca qué podemos entender por el “mejor modo de analizar”, lo que nos lleva a las diversas maneras de concebir la teoría psicoanalítica del cambio.

La teoría nuclear del cambio terapéutico en la práctica clínica

Como bien lo han destacado Thomä y Kächele (1987), el núcleo de la concepción causal de la teoría del cambio terapéutico en psicoanálisis está formulado por Freud en el *Epílogo a ¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (Freud, 1927a): “En el psicoanálisis existió desde el comienzo

4. El “uso implícito” apunta a un proceso de decisiones que está determinado por razones prácticas que juzgan el valor de uso o *utilidad* de las teorías explícitas en un determinado momento. La pregunta que orienta en este caso no es el *por qué* sino el *para qué*.

mismo una unión inseparable [*Junktim*] entre curar e investigar; el conocimiento aportaba el éxito, y no era posible tratar sin enterarse de algo nuevo, ni se ganaba un esclarecimiento sin vivenciar su benéfico efecto. Nuestro procedimiento analítico es el único en que se conserva esta preciosa conjunción. Solo cuando cultivamos la cura analítica de almas ahondamos en la intelección de la vida anímica del ser humano, cuyos destellos acabábamos de entrever. Esta perspectiva de ganancia científica fue el rasgo más preclaro y promisorio del trabajo analítico” (Freud, 1927a, p. 256).

Úrsula Dreher (2000) hace notar que, si bien en tiempos de Freud tal conjunción entre cura e investigación puede no haber sido problemática, a partir del entendimiento actual esta pretendida unión necesita de elaboración. Pero, sin entrar en la controversia acerca de qué se entiende por investigación, es posible describir importantes diferencias en la manera como, en la práctica clínica, los psicoanalistas han concebido la unión entre logro de conocimiento y cura. El tema se conecta con el asunto de las metas u objetivos de la terapia psicoanalítica.

La historia del psicoanálisis muestra que nunca ha habido mucho consenso acerca de los objetivos o metas del tratamiento analítico (Sandler y Dreher, 1996). Desde los tiempos de Freud ha existido una variedad de opiniones que van desde la idea de que el psicoanálisis es una búsqueda de la verdad acerca del paciente (Segal, 2006) hasta la visión de que su objetivo es la remoción o disminución de síntomas a través de formaciones de compromiso más efectivas y adaptativas (Brenner, 1982). En la práctica, pareciera existir una polarización entre dos extremos indeseados, por un lado, el llamado *furor curandi*, y por el otro, la conducción de tratamientos que cursan sin objetivos claramente establecidos. Al respecto, Gunderson y Gabbard declaran que “en nuestra experiencia como consultores de otros terapeutas y analistas, hemos observado que no son raros los tratamientos que vagan indefinidamente. A veces, ellos se justifican estableciendo una distinción entre metas ‘analíticas y ‘terapéuticas” (Gunderson y Gabbard, 1999, p. 694). Renik parece opinar lo mismo cuando afirma: “La mayoría de los psicoanalistas ofrecen [...] un largo viaje de auto descubrimiento durante el cual se considera contraproducente demasiada preocupación con el alivio sintomático” (Renik, 2006, p. 1).

Marilia Aisenstein advierte que la pregunta –bien conocida en los círculos psicoanalíticos franceses– “la cura, ¿llega como un subproducto del tratamiento psicoanalítico?” ha sido a menudo atribuida a Jacques Lacan. Lacan hizo de esta idea, originalmente de Freud, “prácticamente un imperativo: el psicoanalista no debe interesarse en la terapia, posición que ha influido largamente el psicoanálisis en Francia” (Ai-

senstein, 2003, p. 263). Aun cuando Aisenstein insiste en que es un error separar la meta terapéutica del proceso psicoanalítico, reafirma que la búsqueda de la verdad representa la base de la mejoría en psicoanálisis. Por cierto, la idea de que hay que buscar la verdad del inconsciente y que la cura vendrá por añadidura, es una idea muy extendida en psicoanálisis, y no solo patrimonio de la tradición psicoanalítica francesa.

Sin duda, hay un vasto acuerdo entre psicoanalistas de las más diversas orientaciones de que “a lo largo de una terapia, en especial de una exitosa, sobreviene una sensación distintiva de estar encontrando y formulando gradualmente una *verdad* sobre el paciente” (Strenger, 1991, p. 1; la bastardilla es mía). Hanna Segal lo dice así: “el tipo de verdad que concierne al psicoanálisis es la verdad respecto de la realidad psíquica, respecto del funcionamiento de la mente y sus raíces inconscientes” (Segal, 2006, p. 284). Las divergencias surgen cuando se trata de detallar lo que se entiende por encontrar y formular la verdad acerca del paciente. En este sentido, las diferencias son significativas.

Aun cuando estemos de acuerdo con aquello de que se trata de la búsqueda de la verdad del paciente, surge naturalmente la pregunta: ¿Quién determina cuál es la verdad del paciente? ¿Cómo evaluar cuál es la verdad del paciente en un momento dado? Aquí es donde se produce la mayor concentración de opiniones divergentes y las mayores consecuencias para la práctica. En la respuesta a estas preguntas podemos distinguir básicamente dos concepciones. Por un lado, una concepción monádica, que coloca al analista como un experto que “conoce mejor” el funcionamiento de la mente del paciente y sus raíces inconscientes, y una concepción diádica, que plantea que la verdad es co-construida en la interacción interpersonal e intersubjetiva entre paciente y analista.

Una fenomenología de la práctica en psicoanálisis no apoya la concepción monádica. Más aun, pienso que en esta concepción, los criterios para evaluar el “funcionamiento de la mente y sus raíces inconscientes” tienden a surgir más de las “teorías” que el analista tiene en su mente, que del paciente. La concepción diádica predispone al analista a escuchar con más cuidado lo que el paciente busca en el tratamiento, generalmente, sentirse mejor, aun cuando, por cierto, muchos pacientes busquen hacerlo a través de la ampliación del conocimiento de sí. El alivio sintomático se transforma así en una guía en la búsqueda de la verdad del paciente. Para Renik, “muchas de las decisiones que un analista hace —qué investigar, cómo intervenir— deben estar determinadas por si acaso el paciente está experimentando beneficio terapéutico” (Renik, 2006, p. 26). Para Thomä y Kächele (2007, p. 662), “el *junktum* solo se satisface si se prueba el ‘efecto benéfico’”. Para estos autores, los in-

formas de tratamiento, es decir, las presentaciones de material clínico, deben estar centrados en mostrar los cambios en el paciente.

Si bien es cierto que durante mucho tiempo prevaleció la idea de que el objeto del psicoanálisis es la búsqueda de la verdad del inconsciente, en las últimas décadas “se observa una redefinición de [su] objeto de estudio hacia la particular figura intersubjetiva constituida por la relación analista-paciente” (Canestri, 1994, p. 1079). En este último sentido, no es posible seguir separando la exploración del inconsciente con la consideración de lo que paciente y analista intentan con tal búsqueda, y que va más allá de la contemplación de la conjeturada verdad del inconsciente. Parafraseando a Sandler y Dreher (1996), no es posible seguir ignorando *what analysts and patients want*. La búsqueda de la verdad del paciente no se hace en el vacío, sino en el seno de una relación entre dos personas, lo cual nos lleva a profundizar en el tema de la validación en el contexto clínico. La validación en el contexto clínico, esto es, dentro de la sesión con el paciente, es un proceso permanente e ineludible. Como plantea Tuckett (1994b, p. 1162), “es parte esencial de la técnica analítica aceptada, el que busquemos corregir nuestro entendimiento e interpretación de acuerdo con un constante monitoreo subjetivo de la ‘verdad’ de lo que pensamos está pasando”.

Desde el punto de vista de la validación del trabajo psicoanalítico durante la sesión, los criterios clásicos de verdad, coherencia, correspondencia y utilidad del conocimiento pueden considerarse como abstracciones de un proceso único y amplio de validación, que incluye *observación, conversación e interacción* (Kvale, 1995). Para que sea aplicable a la realidad psicoanalítica, se debe reemplazar la idea clásica del conocimiento como reflejo de la realidad por una concepción en la que el conocimiento es una co-construcción social y lingüística de la realidad intersubjetiva entre paciente y analista. En la situación analítica, analista y paciente están permanentemente interpretando y negociando el significado de la relación, y esto pasa a ser materia de comunicación entre ambos. La conversación llega a ser el contexto último dentro del cual se debe entender el conocer (Rorty, 2000). La verdad se constituye a través del diálogo, el conocimiento válido emerge como resultado de interpretaciones y posibilidades de acción alternativas y en conflicto, las que son discutidas, negociadas y discernidas siguiendo las reglas del método psicoanalítico.

En el contexto clínico, lo que interesa es la relación entre significados y actos, entre interpretación y acción. Si abandonamos la dicotomía entre hechos y valores, al asunto de la verdad se agrega el tema de la estética y de la ética. Al tratarse de construcción social, la belleza y el valor de uso del conocimiento construido pasan a ocupar el primer

plano. Se produce así un giro, de un modelo psicoanalítico basado en la arqueología, donde el objeto es el descubrimiento de una verdad escondida, a un *modelo arquitectónico*, donde lo que importa es la construcción de una nueva casa. El énfasis se pone ahora en la prueba pragmática a través de la acción. El tema del valor del conocimiento no pertenece más a un ámbito separado del conocimiento “científico”, sino que está intrínsecamente unido a la creación y aplicación de este.⁵

Validar en la sesión analítica es entonces un proceso permanente de chequeo de hipótesis y conjeturas, de cuestionamiento de estas y de comparación con las teorías y modelos que el analista tiene a mano en ese momento. En este proceso, la coherencia del propio discurso pasa a ser un criterio de validación. Pero validar también es chequear el conocimiento con el paciente. A través del diálogo, analista y paciente llegan a consensos o acotan sus diferencias sobre lo observado, sobre lo que para ellos será considerado como “dato clínico” y su significado.

Con todo, el logro de conocimiento consensuado sobre observaciones y sus significados no agota la validación en el contexto clínico. La validación pragmática de las interpretaciones va más allá de la validación comunicativa. El interés —que guía las razones prácticas de ayudar a los pacientes a alcanzar el cambio deseado— es intrínseco a la empresa terapéutica. Para Freud, una de las distinciones del psicoanálisis es, precisamente, el que investigación y cura van de la mano. Si la validación comunicativa incluye un aspecto estético, la validación pragmática implica la dimensión ética. Para Freud no bastaba la validación comunicativa; para él, el “sí” o el “no” del paciente a la intervención del terapeuta nunca fue una confirmación o invalidación suficiente.

Recomendaba formas más indirectas de validación, mediante la observación de cambios en la conducta del paciente subsiguiente a la interpretación, tales como cambios en las asociaciones, sueños, aparición de recuerdos o alteración de los síntomas. Para Ricoeur, “el éxito terapéutico [...] constituye [...] un criterio autónomo de validación” (1977, p. 868). La verdad narrativa se construye en el encuentro terapéutico, lleva consigo la convicción de una “buena historia”, y debe ser juzgada

5. Peter Fonagy ha adelantado recientemente ideas similares: “La teoría psicoanalítica, como cualquier otra teoría, sirve inconscientemente para organizar la acción. Así, la verdad de una teoría ya no es vista como algo absolutamente restringido a su relación con una realidad externa. Más bien, la validez de una teoría descansa en su capacidad para facilitar la acción. El conocimiento no es la constatación (*awareness*) de hechos absolutos, sino la capacidad de alcanzar un objetivo dentro de un contexto específico” (Fonagy, 2006, p. 83).

tanto por su valor estético como por el efecto curativo de su fuerza retórica (Spence, 1982).

En resumen, un examen de los procesos de validación en la situación clínica nos lleva a la conclusión de que el esfuerzo de comprensión del material clínico, propio y ajeno, debiera consistir, primariamente, en descubrir las razones prácticas que subyacen a las intervenciones del analista y la relación de estas con los cambios observados en el paciente.

Más allá de la unión inseparable:
estudiar la práctica en sus propios méritos

Después de esbozar una fenomenología de la práctica en psicoanálisis debimos hacer un recorrido por la teoría del cambio terapéutico. En lo que sigue, intentaré dar un paso más, poniendo en entredicho el núcleo central de la teoría psicoanalítica del cambio. Adelanto la afirmación de que la idea del *junktin*, es decir, de que en el tratamiento psicoanalítico “el conocimiento aporta el éxito, y que no es posible tratar sin enterarse de algo nuevo, ni se gana un esclarecimiento sin vivir su benéfico efecto”, no puede seguir siendo sostenida como una verdad universal. No se me escapa la gravedad de esta afirmación, pero estoy convencido de que la idea del *junktin* no hace justicia a la realidad de la práctica de los psicoanalistas ni tampoco al conocimiento que tenemos actualmente sobre los mecanismos de cambio terapéutico. Para atreverme a desafiar una tesis tan central en el pensamiento de Freud, me apoyo en sus propias palabras, cuando, refiriéndose con admiración a Charcot, escribió que este “no se fatigaba nunca de defender los derechos de la labor puramente clínica, consistente en ver y ordenar, contra la intervención de la medicina teórica” (Freud, 1893f, p. 13). En la nota necrológica sobre Charcot, Freud recuerda que uno de sus alumnos le planteó una vez que cierto hecho clínico no podía ser, pues contradecía la teoría. La respuesta de Charcot no se hizo esperar: “Tanto peor para la teoría. Los hechos clínicos tienen primacía”. Y terminó con una frase que impresionó intensamente al joven Freud: “*La théorie c’est bon, mais ça n’empêche pas d’exister*” (p. 13).

Hasta donde llega mi saber, el primero que restringió explícitamente el alcance de la idea de la unión inseparable entre logro de conocimiento y curación fue un psicoanalista latinoamericano. José Bleger, en su trabajo póstumo de 1971, “Criterios de curación y objetivos del psicoanálisis”, observó que no es infrecuente que “el paciente se beneficie con un tratamiento psicoanalítico sin que se haya curado de lo que deseaban curar. [...] En otros casos [plantea], se considera un buen progreso

y un buen final de tratamiento (cuando no se puede lograr otra cosa) que el paciente reconozca y acepte sus síntomas, sus errores, limitaciones y dificultades. Es decir, se logran [...] objetivos o efectos mayéuticos [o de auto conocimiento] y no los curativos” (Bleger, 1973, p. 79).

Naturalmente, los clínicos también conocemos el caso contrario, a saber, pacientes en los cuales la magnitud del autoconocimiento adquirido en el proceso no hace justicia al alcance de los cambios sintomáticos y estructurales logrados. El grupo de estudios del proceso de cambio de Boston (PCSG, 1998; Stern, 2004) nos ofrece una explicación a este hecho clínico. Ellos han propuesto un modelo de cambio en terapia psicoanalítica que sostiene que el efecto terapéutico del vínculo analista-paciente está en los procesos intersubjetivos e interactivos que dan lugar a lo que llaman *conocimiento relacional implícito*. Este es un campo no simbólico, diferente del conocimiento declarativo, explícito, consciente o pre-consciente, que se representa simbólicamente en un modo verbal o imaginario. Históricamente, la teoría del cambio terapéutico se centró en la interpretación de la dinámica intrapsíquica representada en el nivel simbólico, más que en las reglas implícitas que gobiernan las propias transacciones con los otros. Estas reglas no son conscientes, están inscriptas en la memoria procedural de largo plazo. Los distintos momentos de interacción entre paciente y terapeuta toman forma en un proceso secuencial dirigido por el intercambio verbal que puede incluir variadas intervenciones. El *locus* mutativo en la terapia se produce, sin embargo, cuando el movimiento de negociación intersubjetivo conduce a *momentos de encuentro* en los que se comparte el entendimiento de la relación implícita mutua y con ello se lleva a cabo una recontextualización del conocimiento relacional implícito del paciente. En estos momentos se produce entre paciente y analista un reconocimiento recíproco de lo que está en la mente del otro en lo que concierne a la naturaleza actual y al estado de la relación mutua. El reconocimiento mutuo lleva a paciente y analista a un dominio que trasciende la relación “profesional” sin derogarla, y, al hacerlo, los libera parcialmente de las tonalidades de la relación transferencia-contratransferencia. El conocimiento compartido puede ser validado conscientemente en forma ulterior. Sin embargo, puede también permanecer implícito.

Por cierto, el modelo propuesto por el PCSG debe aún ser validado; a mi entender, no está claro el significado clínico y empírico de lo que ellos llaman un “momento de encuentro”. Con todo, lo que sí es claro es que las ideas del grupo de Boston van más allá de la teoría psicoanalítica nuclear del cambio en psicoanálisis y apuntan al rol que desempeña la calidad del vínculo intersubjetivo, esto es, la llamada alianza terapéutica, como factor curativo independiente en terapia.

La verdad es que el valor de la experiencia del paciente del analista como elemento pronóstico y factor curativo ha sido reconocido desde los tiempos de Ferenczi. Sin embargo, nunca ha tenido en la teoría del cambio un lugar comparable al de la interpretación y el *insight*, y sigue siendo un tema controvertido en el psicoanálisis contemporáneo. La siguiente cita de un trabajo reciente de Hanna Segal prueba lo dicho: “El Middle Group, [...] estableció un nuevo modelo de la mente, derivado de Ferenczi y desarrollado por Balint, Winnicott, y posteriormente en los Estados Unidos por Kohut. La diferencia fundamental entre este modelo y aquellos de Freud, Klein y sus seguidores no reside en el hecho de que tome en consideración nueva evidencia clínica, sino más bien en el tipo de uso que hace de la evidencia clínica. Emergió una nueva preocupación que se enfoca en variadas nociones de cura y cambio que no descansan en alcanzar la verdad y que consideran las influencias personales del analista [...] como parte integral del proceso analítico. En esto, los cambios en la técnica son del tipo que los hace esencialmente no analíticos. Ellos van en contra del esfuerzo analítico de lograr el cambio a través de la búsqueda de la verdad” (Segal, 2006, p. 289s).

Si bien es cierto que la calidad del vínculo como factor de cambio terapéutico no pertenece al núcleo de la teoría de la cura, en este punto habría que responder con Charcot, “tanto peor para la teoría”, pues los hallazgos de más de 50 años de investigación empírica en proceso y resultados en psicoterapia apoyan la idea de que la calidad de la relación terapéutica es el factor más potente de cambio en toda forma de terapia, incluida la psicoanalítica. Las intervenciones específicas, en este caso, la interpretación y el logro de *insight*, explican una parte ínfima de la varianza de los resultados del tratamiento (Wampold, 2001; Jiménez, 2007). Desde un punto de vista clínico, esto significa que las técnicas e intervenciones no son eficaces en sí o por sí mismas. El peso de la evidencia favorece la idea de que la terapia es una relación profesional en la cual la calidad de la relación personal entre paciente y analista es un factor clave en el incremento (o la limitación) del impacto de los procedimientos terapéuticos (Orlinsky y Ronnestad, 2005). Por cierto, esto también significa que el rango de técnicas que los analistas exitosos aplican es mucho mayor que el prescripto por la teoría de la técnica oficial.

En vista de esto, Carlo Strenger es enfático: “La consecuencia de estos hechos para la cuestión de la unión entre verdad reconstructiva y efecto terapéutico parece ser la siguiente. La relación entre estas dos propiedades de la interpretación ciertamente no es tan categórica como Freud creyó que era. *La verdad reconstructiva no es condición neces-*

ria ni suficiente para la eficiencia terapéutica” (Strenger, 1991, p. 140; la bastardilla es mía).

La especificidad del psicoanálisis en la *práctica real* de los psicoanalistas también ha sido cuestionada por la investigación psicoterapéutica comparada. Ablon y Jones (1998) han demostrado que los tratamientos psicoanalíticos incluyen conjuntos diversos de intervenciones, donde los terapeutas, además de aplicar estrategias consideradas como de naturaleza psicodinámica, en medida significativa también aplican intervenciones técnicas que habitualmente se asocian con el enfoque cognitivo conductual. En otras palabras, existiría una sobre posición significativa en la manera como terapeutas de distintas orientaciones conducen los tratamientos, entre modelos teóricos que, se asume, corresponden a estrategias de intervención diferentes. Sus investigaciones son consistentes con otras (Goldfried *et al.*, 1998; Jones y Pulos, 1993) que han encontrado una extensa sobre posición entre terapias psicoanalíticas, interpersonales y cognitivo conductuales. Por cierto, también se hallaron diferencias entre los enfoques, por ejemplo, que la terapia cognitivo conductual promovía el control de los afectos negativos a través del uso del intelecto y la racionalidad en combinación con una vigorosa estimulación, apoyo y refuerzo por parte de los terapeutas; en las terapias psicoanalíticas, en cambio, el énfasis estuvo puesto en la evocación de afectos, en traer a la conciencia sentimientos inquietantes y en integrar dificultades actuales dentro de la experiencia de vida previa, usando la relación terapeuta-paciente como agente de cambio. Si bien estas investigaciones han sido hechas en terapias breves, mientras no haya datos que afirmen lo contrario en terapias psicoanalíticas de larga duración y de alta frecuencia, podemos asumir que en estas últimas la sobre posición descripta también existe.

Estamos entonces ante un campo nuevo que exige más investigación. Por ejemplo, no es claro que las ideas de Sandler sobre las teorías implícitas que maneja el psicoanalista, lo que Fonagy ha llamado *base de conocimiento psicoanalítico implícito*,⁶ sean equivalentes al conocimiento relacional implícito del grupo de Boston. Aquí hay un tema, aún no totalmente esclarecido, que apunta a la relación entre el conocimiento explícito, declarativo y simbólico, y el conocimiento implícito, procedural, no simbólico. Este último es enactuado en la interacción no verbal

6. “Esta [...] reconstrucción teórica aún no ha tenido lugar en la teoría pública del psicoanálisis. Se mantiene en un recipiente inexplorado, algo misterioso, que uno podría llamar la *base de conocimiento psicoanalítico implícito*” (Fonagy, 2006, p. 83; la bastardilla es del original).

y parte importante de él probablemente *nunca* alcanza el nivel explícito (Jiménez, 2006).

En todo caso, y frente a los nuevos hallazgos de la investigación sistemática en disciplinas afines de la mente, y en proceso y resultados en psicoterapia, que validan una gama de intervenciones técnicas que, si bien no pertenecen a la teoría psicoanalítica oficial del cambio, parecen ser aplicadas privadamente por muchos analistas en su trabajo cotidiano, Gabbard y Westen (2003, p. 826; la bastardilla es del original) han sugerido que debiéramos “diferir la cuestión de si acaso estas técnicas son analíticas y focalizarnos más bien en si acaso ellas son *terapéuticas*. Si la respuesta a esta cuestión es afirmativa –continúan–, la pregunta que sigue es cómo integrarlas [oficialmente] en la práctica psicoanalítica y psicoterapéutica de la manera que más ayude al paciente”. Para estos autores, una teoría moderna de la acción terapéutica debe describir tanto lo que cambia (los objetivos del tratamiento) como las estrategias que son probablemente útiles para promover tales cambios (técnicas). Hemos llegado a un punto –agregan– en que las teorías de mecanismo único de acción terapéutica –no importa cuán complejas sean– han probado ser poco útiles en este sentido, a causa de la variedad de metas de cambio y de la variedad de métodos eficaces para lograr el cambio en la dirección de tales metas.

Finalmente, la argumentación que he llevado a lo largo de esta presentación me conduce a plantear que ha llegado el momento de liberar a la práctica de la teoría, para así estudiarla en sus propios méritos. “Si la teoría es desacoplada de la práctica, la técnica podría progresar sobre bases puramente pragmáticas, sobre la base de lo que se ve funciona. La teoría psicoanalítica de la función mental podría entonces seguir a la práctica, integrando lo recientemente descubierto a través de métodos innovativos de trabajo clínico” (Fonagy, 2006, p. 70). *Este es un planteamiento metodológico y no epistemológico, pues una separación total entre teoría y práctica es imposible*. La idea es dar a las miniteorías implícitas legitimidad, es decir, la posibilidad de aflorar y de expresarse para poder ser estudiadas en sus propios méritos.

Este programa de investigación es una ampliación del formulado por Sandler en su trabajo de 1983,⁷ pues integra distintas formas de investigación moderna en disciplinas de la mente (Jiménez, 2006). Se trata de la construcción de un nuevo paradigma, que se basa en los princi-

7. “Es mi firme convicción que la investigación de las teorías implícitas privadas de los psicoanalistas clínicos abre una puerta mayor en investigación psicoanalítica” (Sandler, 1983, p. 38).

pios del pluralismo metodológico y que, creo, puede sacar al psicoanálisis de su aislamiento secular (Luyten, Blatt y Corveleyn, 2006). Cuando hablo de investigación sistemática de la práctica, me refiero tanto a la investigación empírica en proceso y resultados, como a la muy nueva metodología cualitativa que ha introducido el movimiento de renovación científica de los *Working Party* (Canestri, 2006; Tuckett *et al.*, 2008).

Termino esta presentación con un mensaje esperanzador: la iniciativa científica impulsada por la Federación Psicoanalítica Europea (Tuckett, 2002, 2003), que ha hecho posible el surgimiento del movimiento de los *Working Party*, nos ofrece una metodología para investigar colectivamente una parte importante del campo de lo implícito en la práctica del psicoanálisis. Es altamente significativo para la argumentación que he llevado a lo largo de este trabajo comprobar que la metodología usada para discutir material clínico en los *Working Party* parte del respeto a la siguiente regla fundamental: *Psicoanálisis es aquello practicado por los psicoanalistas* (Sandler, 1982, p. 44), lo cual significa que “todo presentador es considerado por el grupo como psicoanalista, no importa lo que él muestre” (Tuckett, 2007, p. 1051). Mi propia experiencia como presentador de material clínico durante la Conferencia de la Federación Europea en marzo de 2007 avala mi convicción de que estamos frente a un nuevo comienzo. Creo firmemente que esta manera inédita de acercarse a la práctica de los psicoanalistas traerá consigo un cambio cultural que redundará en una revitalización del psicoanálisis.

Síntesis

El objetivo central de esta presentación es reflexionar sobre los obstáculos que se oponen a la tarea que propone el congreso de Chicago, a saber, explorar las convergencias y las divergencias en la práctica psicoanalítica. El autor plantea dos obstáculos principales. Primero, los problemas epistemológicos y metodológicos que existen en la construcción de teoría en psicoanálisis y, sobre todo, la imposibilidad de acceder de manera confiable a lo que los psicoanalistas realmente hacen en la intimidad de su práctica. Propone separar, al menos en parte, la teoría de la práctica en psicoanálisis para así intentar aprehender la práctica de los psicoanalistas en sus propios méritos. En lo que sigue esboza una fenomenología de la práctica del psicoanálisis donde descubre que, en su trabajo con el paciente, el analista se guía más por razones prácticas que por razones teóricas, es decir, sus intervenciones son más bien predicciones y no explicaciones. Las razones prácticas deben validarse permanentemente en la relación analítica por sus efectos, por lo que se

ocupa del tema de la validación en el contexto clínico de la teoría nuclear del cambio terapéutico en psicoanálisis, a saber, de las condiciones que debe cumplir la práctica clínica para que se satisfaga la tesis de la unión inseparable entre logro de conocimiento e *insight*. Termina desafiando el núcleo de la teoría psicoanalítica del cambio, con el argumento de que esta no hace justicia a la práctica de los psicoanalistas ni tampoco a los conocimientos actuales sobre los procesos y mecanismos de cambio terapéutico. Propone finalmente desacoplar la práctica de la teoría, para así estudiarla en sus propios méritos, es decir, de acuerdo con sus efectos en el paciente, a través de una pluralidad de métodos, que van desde la investigación sistemática hasta la reciente metodología de los *Working Party*.

Resumen

No se pueden estudiar las convergencias y divergencias en la clínica psicoanalítica sin saber lo que los psicoanalistas *realmente* hacen en su práctica. Se esboza una fenomenología de la práctica clínica y de los procesos de validación de las intervenciones; se proponen metodologías para estudiar la práctica en sus propios méritos.

DESCRIPTORES: CAMBIO / PSICOANÁLISIS / PSICOANALISTA / TÉCNICA PSICOANALÍTICA / TEORÍA

Summary

GRASPING THE PRACTICE OF PSYCHOANALYSTS IN ITS OWN MERITS

We cannot study convergences and divergences in psychoanalytic clinical practice until we know what psychoanalysts really do in their practice. The author describes a phenomenology of clinical practice and processes of validation of interventions; methodologies are proposed for the study of practice in its own merits.

KEYWORDS: CHANGE / PSYCHOANALYSIS / PSYCHOANALYST / PSYCHOANALYTIC TECHNIQUE / THEORY

Bibliografía

- Ablon, J. S. y Jones, E. E. "How expert clinicians' prototypes of an ideal treatment correlate with outcome in psychodynamic and cognitive-behavioral therapy". *Psychother. Res.* 8, 1998, pp. 71-83.
- Aisenstein, M. "Does the Cure Come as a Byproduct of Psychoanalytic Treatment?" *Psychoanalytic Quarterly*, LXXII, 2003, pp. 263-273.
- Bernardi, R. "The role of paradigmatic determinants in psychoanalytic understanding". *Int. J. Psycho-Anal.* 70, 1989, pp. 341-357.

- “The need for true controversies in psychoanalysis: The debates on Melanie Klein and Jacques Lacan in the Rio de la Plata”. *Int. J. Psychoanal.* 83, 2002, pp. 851-73.
- “What kind of evidence makes the analyst change his or her theoretical and technical ideas?” En: Leuzinger-Bohleber, M., Dreher, A. U. y Canestri, J. (eds.). *Pluralism and unity? Methods of research in psychoanalysis*. Londres, IPA, 2003, pp. 125-36.
- “What after pluralism? Ulysses still on the road”. *Psychoanal. Inq.* 25, 2005, pp. 654-66.
- Bleger, J. “Criterios de curación y objetivos del psicoanálisis”. *Revista de Psicoanálisis* XXX, 2, 1973, pp. 317-342.
- Brenner, C. *The Mind in Conflict*. Nueva York, International University Press, 1982.
- Canestri, J. “Transformations”. *Int. J. Psychoanal.* 75, 1994, pp. 1079-1092.
- Psychoanalysis from practice to theory*. West Sussex, Wiley, 2006.
- Dreher, U. *Foundation for Conceptual Research in Psychoanalysis*. Psychoanalytic Monograph. Londres, Karnac, 2000.
- Etchegoyen, H. *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1986.
- Ferrater Mora, J. *Diccionario de filosofía*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1969.
- Figuera, S. A. “Toward the dissection of the psychoanalyst’s mind: The psychoanalytic technical superego”. En: *The analyst’s mind: from listening to interpretation*. Londres, International Psychoanalytical Association, 1994, pp. 31-41.
- Fonagy, P. “The failure of practice to inform theory and the role of implicit theory in bridging the transmission gap”. En: Canestri, J. (ed.). *Psychoanalysis from practice to theory*. West Sussex, Wiley, 2006, pp. 69-86.
- Freud, S. (1893f). *Charcot*. S. E. III, pp. 7-23.
- (1927a). *Postscript to The Question of Lay Analysis*. S.E. XX, pp. 251-258.
- (1933a). *New introductory lectures on psycho-analysis*. S. E. XXII, pp. 1-182.
- Gabbard, G. O. y Westen, D. “Rethinking therapeutic action”. *Int. J. Psychoanal.* 84, 2003, pp. 823-41.
- Goldfried, M. R., Raue, P. J. y Castonguay, L. G. “The therapeutic focus in significant sessions of master therapists: A comparison of cognitive-behavioral and psychodynamic-interpersonal interventions”. *J. Consult. Clin. Psychol.* 66, 1998, pp. 803-10.
- Gunderson, J. G. y Gabbard, G. O. “Making the case for psychoanalytic therapies in the current psychiatric environment”. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 47, 3, 1999, pp. 679-704.
- Hamilton, V. *The analyst’s preconscious*. Hillsdale, NJ, The Analytic Press, 1996.
- Jiménez, J. P. “A psychoanalytical phenomenology of perversion”. *Int. J. Psychoanal.* 85, 2003, pp. 65-82.
- “The search for integration or how to work as a pluralist psychoanalyst”. *Psychoanal. Inq.* 25, 2005, pp. 602-34.
- “After pluralism: Towards a new, integrated psychoanalytic paradigm”. *Int. J. Psychoanal.* 87, 2006, pp. 1-20.
- “Can research influence clinical practice?” *Int. J. Psychoanal.* 88, 2007, pp. 661-679.

- “Theoretical plurality and pluralism in psychoanalytic practice”. *Int. J. Psychoanal.* 89, 2008, pp. 579-599.
- Jones, E. E. y Pullos, S. M. “Comparing the process in psychodynamic and cognitive-behavioral therapies”. *J. Consult. Clin. Psychol.* 61, 1993, pp. 306-16.
- Kvale, S. “The social construction of validity”. *Qualitative Inquiry* 1, 1, 1995, pp. 19-40.
- Luyten, P., Blatt, S. J. y Corveylen, J. “Minding the gap between positivism and hermeneutics in psychoanalytic research”. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 54, 2006, pp. 571-610.
- Mendizabal, R. *Diccionario griego-español ilustrado*. Madrid, Razón y Fe, 1959.
- Orlinsky, D. E. y Ronnestad, M. H. *How Psychotherapists Develop. A study of Therapeutic Work and Professional Growth*. Washington, American Psychological Association, 2005.
- PCSG. “Non-interpretative mechanisms in psychoanalytic therapy. The ‘something more’ than interpretation”. *Int. J. Psychoanal.* 79, 1998, pp. 903-21.
- Pulver, S. E. “How theory shapes technique: perspectives on a clinical study. Prologue”. *Psychoanal. Inq.* 7, 1987a, pp. 141-145.
- “How theory shapes technique: perspectives on a clinical study. Epilogue”. *Psychoanal. Inq.* 7, 1987b, pp. 289-299.
- Renik, O. *Practical Psychoanalysis for therapists and patients*. Nueva York, Other Press, 2006.
- Ricoeur, P. “The question of proof in Freud’s psychoanalytic writings”. *J. Amer. Psychoanal. Assn.* 25, 1977, pp. 835-871.
- Rorty, R. “Pragmatism”. *Int. J. Psycho-Anal.* 81, 2000, pp. 819-823.
- Sandler, J. “Psychoanalysis and Psychotherapy. The training analyst’s dilemma”. En: Joseph, E. D. y Wallerstein, R. S. (eds.). “Psychotherapy. Impact on psychoanalytic training. The influence of practice and theory of psychotherapy on education in psychoanalysis”. *Int. Psychoanal. Assoc.*, monograph series N° 1°, Nueva York, International University Press, 1982, pp. 39-47.
- “Reflections on some relations between psychoanalytic concepts and psychoanalytic practice”. *Int. J. Psycho-Anal.* 64, 1983, pp. 35-45.
- y Dreher, A. U. *What do psychoanalysts want? The problem of aims in psychoanalytic therapy*. Londres, Routledge, 1996.
- Segal, H. “Reflections on Truth, Tradition, and the Psychoanalytic Tradition of Truth”. *American Imago*, 64, 3, 2006, pp. 283-292.
- Seitz, P. F. D. “The consensus problem in psychoanalytic research”. En: Gottschalk, L. A. y Auerbach, A. H. (eds.). *Method of research in psychotherapy*. Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1966, pp. 209-225.
- Spence, D. *Narrative and historical truth. Meaning and interpretation in psychoanalysis*. Nueva York, Norton, 1982.
- Stern, D. N. *The present moment in psychotherapy and everyday life*. Nueva York, Norton, 2004.
- Strenger, C. *Between hermeneutic and sciences: An essay on the epistemology of psychoanalysis*. Madison, CT: International UP, 234 pp. (*Psychological Issues*, Monograph 59, 1991).
- Szecsödy, I. *The learning process in psychotherapy supervision*. Estocolmo, Karolinska Institut, 1990.

- Thomä, H., Jiménez, J. P. y Kächele, H. "Vergleichende Psychoanalyse – textnahe klinische Forschung (Comparative Psychoanalysis – Textual Clinical Research)". En: Thomä, H. y Kächele, H. (eds.). *Psychoanalytische Therapie. Forschung*. Heidelberg, Springer, 2006, pp. 177-198.
- Thomä, H. y Kächele, H. *Psychoanalytic Practice. 1. Principles*. Heidelberg, Springer, 1987.
- "On the Basis of a New Form of Treatment Report". *Psychoanalytic Inquiry*, 27, 5, 2007, pp. 650-685.
- Tuckett, D. "The conceptualization and communication of clinical facts in psychoanalysis. Foreword". *Int. J. Psychoanal.* 75, 1994a, pp. 865-870.
- "Developing a grounded hypothesis to understand a clinical process: the role of conceptualisation in validation". *Int. J. Psychoanal.* 75, 1994b, pp. 1159-1180.
- *The New Style Conference and Developing a Peer Culture in European Psychoanalysis. Presidential Adress*. Praga, EPF Bulletin, 56, 2002.
- *A Ten-Year European Scientific Initiative. Presidential Adress*. Praga, EPF Bulletin, 57, 2003.
- "The search to define and describe how psychoanalysts work: preliminary report on the project of the EPF Working Party on Comparative Clinical Methods". En: Canestri, J. (ed.). *Psychoanalysis from practice to theory*. West Sussex, Wiley, 2006, pp. 167-200.
- "Wie können Fällen in der Psychoanalyse verglichen und diskutiert werden? Implikationen für künftige Standard der klinischen Arbeit. (On the problem of comparing and discussing clinical material in psychoanalysis: implications for future standards of clinical work)". *Psyche – Z Psychoanal* 61, 2007, pp. 1042-1071.
- Basile, R., Birksted-Breen, D., Böhm, T., Denis, P., Ferro, A., Hinz, H., Jernstedt, A., Mariotti, P. y Schubert, J. *Psychoanalysis Comparable & Incomparable. The evolution of a method to describe and compare psychoanalytic approaches*. Londres, Routledge, 2008.
- Wampold, B. E. *The great psychotherapy debate: Models, methods, and findings*. Mahwah, NJ, Erlbaum, 2001.

(Este trabajo fue seleccionado para su publicación el 15 de noviembre de 2008)

Transformaciones en el sueño y personajes
en el campo psicoanalítico.
Reflexiones preliminares sobre las diferencias entre los modelos teóricos en psicoanálisis¹

*Antonino Ferro (Italia)

En este trabajo, mi propósito es ejemplificar con un amplio material clínico (en carne viva, por así decir) el modelo teórico que inspira mi práctica psicoanalítica. Este perfil teórico-clínico se ajusta al enfoque adoptado por muchos autores que han examinado en profundidad los denominadores comunes y las diferencias entre los distintos modelos (p. ej., Wallerstein, 1988, 1990, 2005; Kernberg, 1993, 2001; Gabbard, 1995; Gabbard y Western, 2003; Green, 2005). Hace poco, tras un prolongado examen de los enfoques de analistas de distintas orientaciones, se han publicado en forma de libro una serie de estudios sobre los modelos implícitos utilizados por cada analista en su trabajo (Canestri, 2006; Tuckett *et al.*, 2008). Parto de este marco de referencia como telón de fondo de una reflexión compartida a la que no puedo pasar revista aquí, pero que me da libertad para explicitar a mi manera las diferencias observadas, a menudo profundas, y las implicancias técnicas consecuentes de mi modelo.

A mi modo de ver, para que pueda usarse con legitimidad el término “psicoanálisis”, deben estar presentes tres constantes: primero, la convicción de que existe un inconsciente (aunque este pueda adoptar una variedad de formas); segundo, el respeto por ciertos elementos invariables del encuadre, y tercero, la existencia de una asimetría, ya que el analista debe hacerse plenamente responsable de lo que ocurre en el consultorio. Por otro lado, los distintos modelos presentan numerosas diferencias. Enseguida pasaremos a considerar cuáles son para mí las más significativas.

1. Traducción de Leandro Wolfson.

* Miembro de la Sociedad Psicoanalítica Italiana (SPI).

Dirección: Via Cardano 77, 27100 Pavia, Italia. hmdfe@tin.it

a) Una particular línea de ruptura (o de distinción) entre los modelos es si hacen hincapié en la reconstrucción histórica, en volver consciente lo inconsciente, en cuanto a las diversas maneras de fantasear respecto del mundo interno; o si, en cambio, amplían los instrumentos de contención de las protoemociones (el contenedor) y las transforman (la función alfa). Un posible camino intermedio es considerar que la reconstrucción histórica (o construcción mítica de la historia) o el develamiento de las fantasías inconscientes no solo es importante en sí misma sino en la medida en que se vuelve –al igual que otros dialectos y libretos, como el aquí y ahora, el mundo interno o las transformaciones del campo– ocasión y vehículo para el desarrollo del contenedor y de la función alfa, o más bien de lo que Grotstein (2007) llamó “el conjunto del soñar”, aun cuando esto tenga lugar sin que el analista y el paciente se percaten de ello.

b) Otra distinción entre los modelos deriva de la importancia asignada a la gama de manifestaciones de tipo onírico en la sesión. Algunos analistas consideran los sueños como acontecimientos significativos en la sesión y los interpretan mediante una serie de procedimientos definidos (Freud, 1899), en tanto que otros se centran en la actividad de ensoñación –o sea, el surgimiento en la mente del analista de imágenes vinculadas a lo que acontece en la relación analítica– como elemento central y esencial del desarrollo del análisis. Una tercera posibilidad es considerar toda la sesión como un sueño, en cuyo caso la actividad más importante del analista es la operación de *transformación en sueño*, que se hace permanentemente a través de un filtro particular que precede a cada una de las comunicaciones del paciente: “Tuve un sueño en el cual...”. Según este enfoque, cada narración o personaje se vuelve, en la práctica, una serie de hologramas que captan la realidad emocional del campo en busca de figuración (Ferro, 2002b, 2006c; Ogden, 2003, 2005; Botella, C. y Botella, S., 2001).

c) Un tercer criterio es el grado de realidad atribuido a las comunicaciones del paciente, que van desde una escucha totalmente histórico-realista, pasando por una centrada en la realidad del mundo interno, que lo concibe tan real como el externo (Klein), hasta una forma de escucha que deliberadamente, por así decir *ad absurdum*, supone que en toda comunicación del paciente la realidad externa es nula y convierte la sesión en un espacio privilegiado y una oportunidad única para transformar tanto el funcionamiento mental del paciente como el del analista (Ferro, 2002a, 2005a). Winnicott (1971) ya había dicho que el psicoanálisis es un tipo particular de juego en el que se proyectan posibilidades oníricas y en el que los fenómenos externos están al servicio del soñar.

Por supuesto, debo señalar que mi enfoque, que pone el acento en el carácter onírico de las sesiones, se vincula *exclusivamente* con la labor analítica; otros vértices exigirían adoptar una perspectiva diferente.

d) Otro factor vital es la importancia asignada a los opuestos polares de la verdad y la mentira, con todos sus niveles intermedios. Este aspecto varía incluso dentro de modelos que, por lo demás, son internamente homogéneos. El espectro abarca desde la verdad histórica, pasando por la verdad narrativa —expuesta en las contribuciones clásicas de Spence (1982), Schafer (1992) y Hanly (1990)—, hasta la “verdad” del contacto emocional con uno mismo como requisito indispensable de cualquier empatía psicoanalítica (Bolognini, 2002), de ahí a la verdad del funcionamiento del mundo interno y a variadas concepciones de “O” (Bion, 1970), y en última instancia a concebir los hechos de la sesión como una fantasía o una ilusión. Esto lleva a reflexionar sobre el nivel de verdad que el pensamiento tolera y a la noción de funcionar al unísono con las comunicaciones manifiestas del paciente, así como a la capacidad previa del analista para tolerar diversos grados de mentira y distorsión (Ferro *et al.*, 2007).

e) Cabe mencionar, asimismo, las diferentes modalidades interpretativas posibles. Entre ellas se encuentran las interpretaciones reconstructivas; las interpretaciones de y en la transferencia; las interpretaciones saturadas o no saturadas del (o en el) campo; y, finalmente, las interpretaciones co-construidas (el *co-pensée* o “co-pensamiento” al que alude Widlöcher, 1996). Este tema, que he tratado en contribuciones anteriores (Ferro, 1996, 1999), sobrepasa los alcances del presente trabajo. Un aspecto quizá más relevante son los distintos enfoques de lo que el paciente dice “después” de recibir una interpretación (Joseph, 1985; Faimberg, 1996; Ferro, 2002a, 2006b) —desde desestimar por completo el problema hasta considerar que su respuesta proviene de las distorsiones en su forma de escuchar, o a concebir lo que dice el paciente como un “sueño instantáneo” sobre la interpretación y sus efectos—. Desde este punto de vista, un motor constante del campo está representado por la “posterioridad” permanente (casos de *après coup* o *Nachträglichkeit*) subsiguiente a la respuesta a una interpretación (respuesta que no necesariamente debe ser interpretada), que ayuda al analista a modular sus interpretaciones futuras. Este proceso de “micro-posterioridad” (Guignard, 2004) es también la forma en que todo funcionó en el campo hasta que en un cierto momento, como si fuera como resultado de una sumatoria matemática, algo viene a repoblar el mundo interno y aun la historia, transformándola *a posteriori* —¿o debería decir, siguiendo a Bion (1977), reinventándola)?

f) Otra posible manera de describir la diferencia entre los enfoques

psicoanalíticos es la relativa a la prioridad concedida a los conceptos de transferencia (como repetición de lo que no puede recordarse, o como proyección de las fantasías al exterior) y de relación –que también da cuenta, aunque en distinta medida, de la subjetividad del analista (Renik, 1993; Smith, 1999) y de su particular manera de funcionar “en un día determinado” (Bion, 1992; Ferro, Basile, 2004). Tampoco podemos dejar de lado, desde luego, el nivel de la escucha y de la interpretación que adoptamos predominantemente –el nivel edípico, el pre-edípico, el de las angustias psicóticas, e incluso esos niveles más subterráneos pero omnipresentes como los de la posición autista contigua tan admirablemente descritos por Ogden (1989), que constituyen una de las formas posibles de funcionamiento de cualquier mente (Bleger, 1986). Como es obvio, cada uno de estos niveles obliga a emplear diferentes estrategias, desde aquellas más vinculadas al contenido (represión, conflictos) hasta las dirigidas a incrementar el voltaje emocional que la mente puede tolerar, mediante el desarrollo de instrumentos para pensar los pensamientos (Ferro, 2006c).

Otros aspectos dignos de ser explorados, de los que aquí no puedo ocuparme por motivos de espacio, son los criterios de analizabilidad y de finalización del tratamiento, las concepciones de la sexualidad, los fines del análisis, y las simientes de la enfermedad y la recuperación. A mi entender, los diversos factores que determinan la enfermedad y la recuperación coinciden naturalmente con la insuficiencia o eficiencia del “conjunto del soñar” a que antes aludimos, y en este punto estoy en completo acuerdo con Grotstein (2000, 2002) y con Ogden (2003, 2005).

La labor clínica como piedra de Rosetta

André Green (1989) ya ha utilizado la expresión “pensamiento clínico”, y creo que una clave útil para abordar los distintos modelos es su concepción de los “personajes” que participan en la sesión. Si una paciente dice que la atormentan los continuos exámenes ginecológicos a los que debe someterse, a los que considera invasivos y humillantes, luego nos cuenta que sufre de un reflujo gastroesofágico, y finalmente le dice al analista que, después de tomar dosis homeopáticas de una droga que le recomendó una amiga, se sintió muy mal y volvió a vomitar todo, cabe preguntarse cómo debemos entender todos estos personajes.

Un enfoque sería verlos como personajes de la vida externa real del paciente (y de su experiencia histórica, con nódulos traumáticos que deben desenterrarse); una segunda posibilidad es referirlos a los movimientos de la transferencia actual, y los vaivenes hacia las transferen-

cias colaterales; o, por último, podría considerárselos hologramas, indicadores o íconos afectivos emitidos con vistas a expresar las ondas y líneas presentes dentro del campo emocional de la sesión. Desde esta última perspectiva, el ginecólogo estaría asociado con una postura analítica que la paciente juzga invasiva; la intimidad violada sería un efecto de la labor analítica; el reflujo gastroesofágico representaría una zona de incontinencia dentro del campo; y la amiga que le indica el remedio homeopático se vincularía a un tipo de actividad interpretativa que, aun tomada en dosis mínimas, le hace mal a la paciente; y así sucesivamente. La Farge (2007) y Cairo (2007) explicitan con claridad este énfasis en las diversas concepciones posibles de los personajes, que no tienen por qué ser necesariamente antropomórficas (Ferro, 1992, 1996; Ferro y Foresti, 2008).

De este modo, llegamos directamente al concepto de campo psicoanalítico. Si bien en este caso el tipo de escucha no es muy distinto del que uno imagina en una teoría fuertemente relacional, la manera de interpretar sí lo es. El analista ya no se ve llevado a interpretar todo, en todo momento, en función de la transferencia (o “en la transferencia”, según la fórmula relacional más atenuada de Gibeault [1991]), sino que tiene muy presente que no existe comunicación, personaje, narración o turbulencia que no pertenezca al campo; esto le permite hacer interpretaciones mucho más no saturadas, y está dispuesto en todo instante a captar la reacción del paciente ante una interpretación como un movimiento dentro del campo.

Veamos las siguientes reacciones ante las interpretaciones. “Hoy tuve que correr porque un perro quería morderme”; otra muy distinta: “Hoy mi primo dio absolutamente en el clavo con el remedio que me sugirió”; o esta otra: “Fui a lo de mi abuela a cenar, pero me sirvió solamente un plato de caldo, así que me fui de ahí hambriento y furioso”. En otras palabras, el paciente –o cualquier otro elemento del campo– señala de continuo su percepción de la intervención (o silencio) del analista, y esto sirve de punto de partida para subsiguientes ajustes que apuntan a mantener activo el proceso de transformación y asegurar que no sea bloqueado por un exceso de persecución o por una actividad interpretativa insuficiente. Hasta la infancia y la sexualidad pueden convertirse no solo en entidades significativas en sí mismas, sino en personajes que señalan cómo funciona el campo.

A. Narraciones en el campo: el abuelo “incontinente”

Consideremos el caso de una mujer que responde como sigue a ciertas interpretaciones realizadas en las primeras sesiones de su análisis:

“Cuando yo era niña, solía visitar a mi amiga Matilda y me sentía con ella totalmente segura; pero nunca imaginé que (cuando nos dejaban solos a ambos) su abuelo pudiera molestarme tanto tocándome debajo de la pollera. Recuerdo que salí corriendo y resolví no volver jamás”.

De acuerdo con el primer modelo de comprensión de los personajes, el análisis partiría de la narración realizada, pasaría a la anulación gradual de la represión de esas experiencias infantiles reales, los hechos que efectivamente acontecieron, que poco a poco serían “recordados” o, en caso de repetirse en la transferencia, elaborados y despojados de sus elementos tóxicos. Lo que antes era inconsciente, y daba origen a inhibiciones y al sentimiento de culpa, se fundiría como nieve al sol al tornarse consciente; y entonces el analista sería un Hercule Poirot² o un Homero que cantarí la odisea del paciente mientras la explorara, hasta arribar a la Ítaca del autoconocimiento.

Según el segundo modelo, el mismo relato sería visto e interpretado predominantemente como una experiencia muy ligada al estado actual de la relación analítica: lo que la paciente está diciendo es que, de improviso, se sintió tocada en un nivel profundo por las interpretaciones del analista, de una manera demasiado íntima y sin el debido respeto por sus emociones, de modo tal que no desearía continuar con una experiencia analítica tan perturbadora.

Según la tercera modalidad (que describiré como *campo no saturado en constante expansión*), el analista escucha la comunicación manifiesta sobre la infancia de la paciente y respeta, en esencia, este nivel del relato; pero al mismo tiempo atiende a un segundo nivel, el de la relación analítica actual, sin necesidad de interpretarlo, pero entendiéndolo como una señal, proveniente del campo, de que existe entre ambos una cercanía excesiva y una actividad interpretativa muy profunda, que en consecuencia debe ser modulada. Se deja abierta la puerta para vivenciar, en una situación tan particular como la permitida por el encuadre analítico, a la paciente y su sensación de que su mundo afectivo ha sido invadido por estados protoemocionales propios tumultuosos y abusivos, dado que carece de “elementos para contenerlos y metabolizarlos” (insuficiencia de las funciones alfa y beta).

Si el analista tiene en cuenta la necesidad de respetar el relato en

2. Alude al detective belga que es uno de los más célebres personajes de las novelas de Agatha Christie. [*N. del T.*]

la situación actual, la reacción ante el carácter de sus interpretaciones y el tipo de instrumentos para pensar pensamientos de que dispone la paciente, allanará el camino a nuevas narraciones acerca de la infancia de la paciente, su aquí y ahora y su vida interior, en un proceso continuo de alternancia entre distintos vértices de escucha. En la sesión se habrán unido dos “co-narradores” entre los cuales surgirá un nuevo e imprevisible “romance”. Tendrán que entenderse en forma permanente con el *quantum* de entidades reprimidas, escindidas e impensables que ingresarán a la situación actual del campo, y con la proporción de dichas entidades que, “transformadas” según la interacción de las mentes en juego, retornarán para habitar el mundo interno y la historia de la paciente –aunque en este relato transformacional nunca estará dicha la última palabra–. La historia también será un *locus* mítico del campo, y tendrá más importancia aprender a leer y producir nuevas lenguas y alfabetos que familiarizarse con cualquier historia. Dicho de otro modo, en vez de un psicoanálisis de contenidos y recuerdos, tendremos uno que prioriza los sistemas del soñar, el sentir y el pensar (Ferro, 2006a, 2008).

B. Transformaciones en el sueño: deconstrucción y concreción de las comunicaciones

Ahora reformularé en términos clínicos el concepto de “transformaciones en el sueño”, por el cual el analista intercala antes de cada comunicación del paciente una suerte de “filtro mágico” compuesto por las palabras “Tuve un sueño en el cual...”. Este constituye el nivel más alto posible de funcionamiento positivo en el campo, a saber, cuando el campo mismo sueña. Los datos sensoriales son transformados en pensamiento por la función alfa.

Tomemos la comunicación de la paciente que relataba la vergüenza que sentía ante el examen ginecológico, al cual ella consideraba invasivo, y la droga homeopática que le suministraba su amiga. Si escuchamos estas comunicaciones como “Tuve un sueño en el que un ginecólogo... y una amiga mía...”, comprobaremos que esto abre de inmediato posibilidades más amplias, a veces imprevisibles, de comprensión y manejo de la propia comunicación. Agreguemos que, en mi opinión, la “deconstrucción narrativa” es una de las operaciones principales que le permiten al analista hacer frente a la activación de procesos de transformación.

Bollas (1999, p. 85) afirma que el objetivo del psicoanálisis es una nueva forma de asociaciones libres mediante las cuales puede expresarse el *self*, y que estas generan una deconstrucción de la relación,

que es puesta al servicio de la finalidad subversiva de la evolución psíquica. Esta deconstrucción abre vértices antes bloqueados.

Daré dos ejemplos clínicos.

1. *La operación de los pechos*

Una paciente cuenta: “He decidido someterme a una operación porque no estoy contenta con mis pechos”. Por supuesto, las posibles interpretaciones o pensamientos del analista abarcan una gama muy vasta, según cómo se contextualice la comunicación, las asociaciones de la paciente, y los modelos explícitos o implícitos a que adhiere el propio analista —a lo que yo agregaría también su estado mental en un día determinado—. Por ejemplo, puede ver en esa comunicación un preludio de un *acting-out*, la descripción de un aspecto de la paciente que a esta le disgusta, la expresión de una necesidad de ser más atractiva, un reproche dirigido al analista, etc. La escucha del analista será muy distinta si, como dijimos, antepone automáticamente a dicha comunicación las palabras “Tuve un sueño en el cual...”, de modo que pase a ser “*Tuve un sueño en el cual* decidía someterme a una operación porque no estaba contenta con mis pechos”. En tal caso, la escucha del analista se amplía y deconstruye: ¿Qué es la operación? ¿Qué son los pechos? ¿Con qué no está satisfecha la paciente?

La gama de significados se extiende: por ejemplo, podría considerarse que esa comunicación es una señal de la insatisfacción de la paciente con el analista (¿pecho?) y de su deseo de someter el análisis a operaciones dirigidas a modificar la actitud mental de este. El número de variables es infinito, y surgen asimismo algunas cuestiones tangenciales: ¿Con qué aspecto de sus pechos no está satisfecha? ¿Qué le gustaría cambiar en ellos? Esto podría llevar a adoptar elementos de guion o de escenografía anteriormente impensables. De ahí que, como dicen Baranes y Sacco (2002), deconstruir significa también “de-concretar” la comunicación, abriendo la posibilidad de otros mil vértices de lecturas.

2. *La situación de los elementos que están fuera del campo: un lugar para Cochise*³

La capacidad del analista para soñar las comunicaciones que se le hacen, incluso en una supervisión o en una entrevista, tiene, a mi jui-

3. Jefe apache que, con las incursiones de su gente, causó grandes trastornos a las autoridades estadounidenses hasta lograr que en 1871 le concedieran una parte de sus antiguas tierras para establecer allí una reserva aborígen. [*N. del T.*]

cio, fundamental importancia (cf. Boyer, 1988). Se relaciona con sus “capacidades para lo negativo” y con su capacidad de ensoñación (Bion, 1962, 1970, 1992).

Un colega muy experto me pide consejo en una situación muy dramática que está viviendo. La comunicación inicial es por teléfono, ya que reside en una ciudad distante; me dice que él y toda su familia están cuidados por guardaespaldas desde hace una semana a raíz de las amenazas de un paciente. Tenemos una sesión, y en ella me cuenta que este paciente lo amenazó seriamente diciéndole que el análisis lo había despojado de toda la gracia de vivir, lo había llevado a casarse y ser padre, a emplearse en un banco, y todo esto le había impedido tener una “verdadera vida”: ya no salía más con mujeres, tuvo que renunciar a los autos de lujo en los que solía andar cuando era joven y también a los viajes que podría haber hecho. En suma, había pagado un precio demasiado alto y quería cobrárselo al analista masacrando a su familia para después suicidarse. Como al pasar, mi colega me cuenta que este paciente se hacía enviar de Suiza cremas especiales para conservar la piel blanca, porque en ciertos lugares se le había enrojecido.

En el plano visual, lo que más me impresiona es precisamente este elemento tangencial, esta “piel roja” –como los pieles rojas que aterrizaban a los “caras pálidas”–. Me pregunto por qué. Después de todo, ningún piel roja provocaba *tanto* susto.

Le pregunto a mi colega qué edad tienen él y su paciente. Este último está por cumplir 40 años, y el analista, 50 más o menos por la misma fecha. Esa es, entonces, la clave: la “piel roja” del paciente ha encendido, con sus flechas ardientes, al “piel roja” del analista. Justamente el analista ha perdido contacto con esa piel roja que se enciende cuando está, a los 50 años, en la crisis de la mediana edad (en tanto el paciente atraviesa su correspondiente crisis de los 40). Pasar la vida trabajando en un banco o en un consultorio es sin duda inaceptable para alguien de piel roja (¡para los pieles rojas!), así que exige ser satisfecho y amenaza con vengarse: con todas las posibilidades existenciales de las que hay que privarse, será preciso pasar por un penoso proceso de duelo. El duelo a que da lugar la aceptación de la realidad es precedido por estallidos sísmicos de furia.

La ayuda cuidadosa que le brindé a mi colega para permitirle volver a tomar contacto con su propia “piel roja” pronto lo habilita a contener la del paciente sin seguir asustado por él. Cada uno de ellos podrá ahora dar a su piel roja algún espacio de respiro en su propia vida psíquica.

Debo decir que de hecho esto nos concierne a los tres, teniendo en cuenta que yo mismo estoy por cumplir 60 y que cuando era niño uno de mis héroes fue Cochise, quien sacó partido de la situación existente

para que se le diera a su pueblo un espacio y derecho a existir, cosas de las cuales había sido privado durante tanto tiempo.

Raíces teóricas del modelo

Tras haber expuesto en términos narrativos mi modelo predilecto, deseo ahora esbozar sus raíces teóricas.

A. *La contribución de Bion* que he utilizado y desarrollado es el concepto de “pensamiento onírico del estado de vigilia”, que a mi modo de ver es su formulación más brillante. Es el resultado del proceso continuo de alfabetización que aplica la función alfa al remolino de proto-sensorialidad y a las protoemociones (elementos beta), con lo cual produce los elementos alfa. Claramente, estos pictogramas (Rocha Barros, 2000) y su secuencia no son conocibles en forma directa, pero es dable aproximarse a ellos por sus derivados narrativos.

En una sesión analítica se asiste al funcionamiento de identificaciones proyectivas (lo ideal es que sea mayor el número de las que van de paciente a analista, que a la inversa), a la activación de la o las funciones alfa, y a remolinos de protosensorialidad. Las funciones alfa del campo comienzan a generar en este un “pensamiento onírico de vigilia”, que permanece desconocido. De él nacerán los derivados narrativos. Si se considera que el campo funciona en forma onírica desde el comienzo, puede decirse que toda comunicación activa el campo mismo y es pertinente para él. Incluso comienza a verse que ciertos sucesos, que al parecer estarían más anclados en la realidad, poseen el carácter de “ganchos narrativos” que nos permiten abordar y comprender el pensamiento onírico. Aun los elementos más subjetivos, como los sueños del paciente, pertenecen asimismo al campo y señalan los movimientos del sueño de vigilia relativos al momento en que se narran tales sueños.

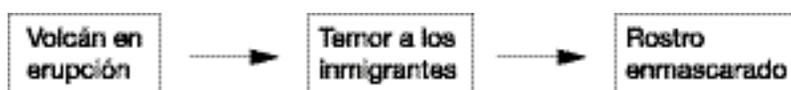
El campo nos permite describir, aprehender y agrupar estas emociones, aclararlas y enfocarlas mejor, usando a los personajes como “guantes para sacar cosas del horno”, que nos facilitan acercarnos a los contenidos candentes. Sin embargo, cuando actúa así, el analista lo hace convencido de que la comunicación del paciente es un difractograma de la situación actual del campo, cuyos ingredientes, hasta tanto sean enfocados, transformados y digeridos, se relacionan con los estados emocionales y protoemocionales del campo mismo. Y, por supuesto, el campo es el *locus* donde confluyen las identificaciones proyectivas y las historias de paciente y analista, quienes de ese modo se convierten en co-protagonistas. En otras palabras, desde un punto de vista del campo, este

se halla co-determinado por el funcionamiento psíquico de paciente y analista. El paciente pasa a ser, de algún modo, el *locus* del campo que narra de continuo las evoluciones y transformaciones del propio campo.

Estas emociones pueden “cocinarse” merced a su transformación narrativa, con interpretaciones no saturadas; siempre se toma una “muestra” de la reacción del paciente para determinar qué ingredientes pueden aligerar o sazonar el plato. La pictografía de los estados protoemocionales implica poner nombre a algo que estaba innominado.

Si una paciente inicia terapia por sufrir ataques de pánico o una fobia a los extranjeros que trató de ocultar vistiéndose de un modo particular (de hecho, con un camuflaje), es concebible que se vea sujeta periódicamente a la erupción de estados protoemocionales volcánicos generadores de pánico. Lo que hace que los demás parezcan peligrosos es la proyección de los *lapilli*⁴ protoemocionales (porque se los ve como los portadores de esos *lapilli*), de modo que es presumible que la paciente tampoco quiera que se reconozcan esos aspectos de sí misma.

La corriente fílmica (o secuencia de cuadros oníricos) de esta primera narración podría concebirse en términos de los siguientes pictogramas emocionales (Ferro, 2002a, 2005b, 2006b):



La narración proveniente de una secuencia de los mismos pictogramas puede, desde luego, ser totalmente distinta, según que se utilicen diversos géneros narrativos o literarios, pero poseerá siempre el mismo valor comunicativo, aunque con distinto grado de apartamiento o distorsión de la secuencia de pictogramas del “pensamiento onírico de vigilia”. He aquí algunos ejemplos posibles:

Un episodio de la infancia de la paciente: “Cuando era chica, tenía miedo a los globos que explotaban, y a los otros chicos que no conocía. Solamente me ponía alegre el carnaval, porque podía salir disfrazada”.

4. Pequeñas piedras que son eyectadas, a modo de grava, por los volcanes. [N. del T.]

Una película vista en televisión: “Vi una película en la que explotaba una bomba en una galería de compras y todos salían corriendo por temor a que hubiera terroristas disfrazados de policías”.

Una escena familiar: “Estalló una disputa con mi cuñada cuando a ella se le ocurrió pasar las vacaciones con su hermana y su segundo marido en nuestra casa, pero tuve que restarle importancia al asunto”.

Hay, por supuesto, un número infinito de posibles ejemplos de derivados narrativos.

Huelga decir que todo esto se aplica a pacientes con una función alfa suficientemente bien establecida (que genera pictogramas). Si falta esta capacidad de transformar las protoemociones y la protosensorialidad en pictogramas (del sueño de vigilia), el analista deberá colaborar en la co-construcción de las secuencias alfa del paciente (recurriendo quizás a sus propias ensoñaciones), con el fin de permitirle desarrollar una función alfa y una capacidad de contención beta propias, y, con el tiempo, permitir su introyección estable.

Edna O’Shaughnessy (2005) dice claramente que toda comunicación entre paciente y analista puede ser considerada un derivado narrativo del pensamiento del sueño, con el cual el analista debe ser capaz de entrar en contacto. Esto nos remite, aunque sea tangencialmente, al concepto de “el paciente como el mejor colega del analista” (Bion, 1985), que es un *locus* particularmente importante de señalamiento del campo. En la práctica, el paciente se convierte así en una suerte de unidad satelital de navegación que nos informa constantemente acerca del funcionamiento del campo.

B. La segunda raíz teórica es *el concepto de campo*, tal como lo formularan originalmente de manera brillante Baranger y Baranger (1961-62), retomado por M. Baranger (1993) y desarrollado en distintos niveles de complejidad por Bezoari y Ferro (1992), Kancyper (2002), Lewkowicz y Flechner (2005), Ferro (1999), Eizirik (2005), y Ferro y Basile (2009). Estos desarrollos teóricos condujeron a una concepción multidimensional no saturada del campo, concebido no solo a lo largo de un eje horizontal sino también vertical (histórico), y poblado de personajes que constituyen hologramas afectivos del funcionamiento de la pareja analítica. Así entendido, el campo es la suma de los posibles mundos conformados por el analista y el paciente. Los límites de su tendencia subjetivista se fundan en la ética, el análisis personal y la formación del analista, así como en su actitud responsable para asegurar que los hechos narrados sean los que requieren la alfabetización de la pareja analítica y no otros (como la confirmación de las teorías que sus-

tenta el analista, o la evitación de un dolor psíquico insoportable). En este sentido, pueden ser útiles ciertos conceptos narratológicos, como los del “límite de la interpretación” o el “límite a la apertura de mundos posibles” (Eco, 1979, 1990; Pavell, 1976). En su carácter de coautor del texto, el analista garantiza un alto grado de asimetría en lo concerniente a la responsabilidad por lo que sucede en el consultorio (Gabbard y Lester, 1995).

El campo, que hasta ahora había sido visto en términos de la formación de “baluartes”, puntos ciegos y resistencias cruzadas entre paciente y analista, que podían eliminarse mediante una “segunda mirada” del analista tal como encarna en una interpretación (Baranger y Baranger, 1961-62), se ha convertido, para mí, en *un campo holográfico onírico en constante expansión*. (Bion decía que el análisis es la sonda que amplía constantemente el campo que explora). En este campo, *los mundos y relatos posibles cobran vida gradualmente, son transformados, y cristalizan en nuevas formaciones de recuerdos y relatos, y en una historia* (Ferro, 1992, 1999, 2008). Esa historia es un sólido baluarte de “terceridad” e identidad en el flujo permanente de las microtransformaciones. Así pues, la historia pasa a ser el *locus* calcificado del campo de las identidades personales y transgeneracionales (Faimberg, 2005), en el cual prosigue de manera incesante el trabajo de deconstrucción, construcción y reconstrucción –de “historioclasiá” e “historioblastia” (Chianese, 1997).

Desde luego, no debe olvidarse que más allá de las zonas calcificadas de los relatos y de la historia están los procesos de alfabetización de los estados protoemocionales, donde partiendo de bloques de alexia emocional se pasa a bloques de dislexia y, finalmente, a la lectura, la capacidad de contención y de transformación de las emociones que tienen ya un nombre y un estatus. El campo debe reducir las “enfermedades” del paciente, y solo cuando esto ocurre es posible una transformación genuina –ver el comentario de Freud en *Recordar, repetir y reelaborar* según el cual “no es posible liquidar a un enemigo ausente o que no esté lo bastante cerca” (Freud, 1914, p. 152).

La siguiente ilustración, que es un dibujo relativo a un sueño de Federico Fellini (2007) trazado por el propio soñante, permite forjarse una idea de la posible forma de un campo emocional en el cual están presentes e interactúan los distintos tipos de personajes y de funcionamiento, que en rigor son hologramas afectivos de la pareja analítica en su labor.

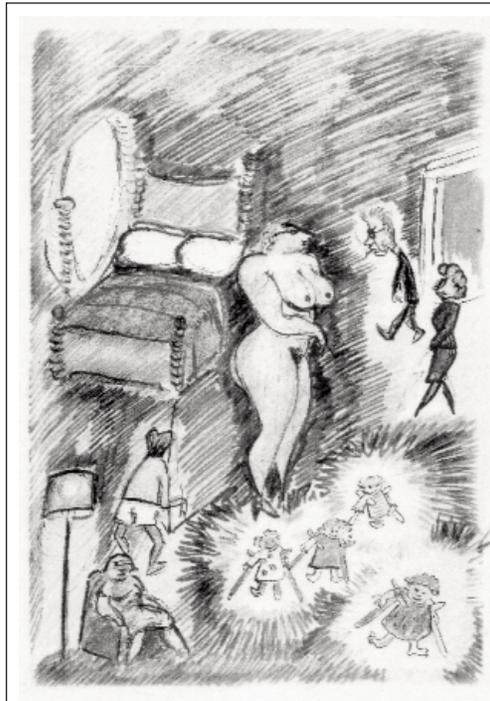


Figura 1

C. La tercera y última raíz teórica, ligada a las otras dos por ser una fuente de pensamientos, proviene de la *narratología*, o sea, la rama de la semiología que se ocupa de la organización compleja de las narraciones. En esta rama se han expresado sólidas opiniones sobre los “personajes”, la interpretación de un texto, la sobreinterpretación y los límites de una interpretación; no obstante, no me detendré aquí en este punto porque ya lo he tratado indirectamente.

Si se combinan los conceptos de Bion sobre el “pensamiento onírico de vigilia” con los del campo y los personajes de la sesión, se obtiene un espaciotiempo en el cual los remolinos de elementos beta son transformados por la función alfa del campo en pensamientos oníricos del campo. Además de las transformaciones clásicas descritas por Bion (1965) —las de movimiento rígido, las proyectivas y las de la alucinosis—, así como las transformaciones del soñar que yo he postulado, trabajamos en estos aspectos con *transformaciones narrativas* que no son decodificadas, sino que la transformación tiene lugar por el estímulo a la narración.

A todas luces, una teoría del campo exige la vigilancia constante del analista y la preservación de su principal instrumento de trabajo: su vida psíquica. *La atención, antes dedicada a observar las comunicaciones del paciente y la transferencia, se desplaza a las figuras y persona-*

jes que cobran vida en el campo, ya que estos constituyen las señales actuales de la vida en curso de este. De esta manera, podemos deconstruir continuamente, en forma subliminal, la enmarañada madeja de las transferencias en subunidades narrativas que luego pueden ser transformadas una a una y reunidas permanentemente.

Por último: en mi consultorio

Filippo es un psicólogo joven y buen mozo, de cabello ensortijado, sereno y amable. No tiene planes claros para su futuro: duda entre conseguir un empleo que le permita estar en contacto con la gente y trabajar en estadística para abrirse paso en una carrera académica.

En una de sus primeras sesiones de análisis me cuenta sobre un nuevo trabajo suyo en una prisión (!), donde atiende a pacientes árabes cuya lengua no comprende pero con los que de todos modos trata de comunicarse. Como me abstengo deliberadamente de interpretarle sobre los aspectos desconocidos de sí mismo o los problemas que pueda tener con el nuevo y difícil lenguaje del psicoanálisis, “brotan” historias de estos árabes, como la de Alí, un celoso, o la de Mohammed, que desea vengarse. Es así como comienzan a cobrar forma las emociones, que circulan protegidas por “otros nombres”. A mi manera de ver, esta es una manera de permitir que ingresen al consultorio y sean toleradas emociones bidimensionales o liofilizadas.⁵

Mi cautela en este aspecto lleva a que en una sesión, Filippo mencione que ha estado trabajando en su motoneta Vespa, a lo que le respondo que *vespa* (que en italiano significa “avispa”) me recuerda a un insecto que pica con su aguijón. Permanece todo el resto de la sesión en silencio, y en la siguiente me dice que una descarga eléctrica producida durante una tormenta quemó, literalmente, su computadora, impidiéndole seguir trabajando además de destruir lo que ya había hecho.

Durante algunas sesiones cobra particular importancia un relato que es un recuerdo de infancia: cuando nació su hermanita, dejaron a Filippo al cuidado de sus abuelos maternos en Suiza, y con ellos se sintió muy bien. El único recuerdo claro que tiene es que le daban a beber leche cerca de una ventana poniéndole varias cucharadas de azúcar, a las cuales él luego les agregaba otras en secreto. Después de un lapso prolongado volvió a su hogar, y recuerda que solía levantarse a las seis

5. En bioquímica, liofilizar es secar o deshidratar una sustancia (suero, sangre, tejido, etc.) congelándola al vacío. [N. del T.]

y media de la mañana y llevarles el café con bizcochos a sus padres, que aún estaban en la cama.

Debo cancelar las sesiones de dos jueves sucesivos, y luego de eso me cuenta con gran angustia sobre “un loco que se escapó del albergue donde vive habitualmente”, agregando que él, Filippo, tiene en el bolsillo la autorización que debe entregar a la policía con el fin de que lo detengan y lo obliguen a someterse a tratamiento. No es difícil conectar su deseo de detenerme compulsivamente en mi puesto con el hecho de que, pese a ser “tan buen chico”, lo hubieran alejado de su hogar en aquel entonces. Su caso era semejante al de un buen ciudadano obligado a exiliarse, cierto es que en una isla paradisíaca; pero ¡qué amarga era la leche que le daban tan lejos de casa, y a la que tenía que endulzar con tanto azúcar!

Partiendo de una separación cualquiera producida en el análisis, Filippo, ante su propia sorpresa, vuelve a adueñarse de residuos de sentimientos desconocidos por él, como la experiencia de ser enviado al exilio, el terror de que lo dejaran fuera de su casa, y el que les tenía a sus padres (y a mí mismo) como figuras que debían ser aplacadas. Así, ocupa la escena un personaje al que podemos llamar el “camarero” que durante años les lleva todos los días a sus padres el desayuno a la cama, y que representa su actitud complaciente y a veces hasta servil (un “Fantozzi”).⁶ Entretanto, me cuenta que han incorporado a la granja cada vez más animales, como gallinas, conejos, gansos –¡los cuales, según me entero, son también agresivos!– y después ovejas y cabras. Se me ocurre que esto se corresponde con la aparición en el consultorio de nuevas emociones, aunque por el momento domésticas y “herbívoras”. A menudo prefiero quedarme en el nivel de su texto manifiesto, porque he aprendido que si cruzo el umbral de tolerabilidad del dolor, la labor conjunta tiene un abrupto fin: el personaje que ocupa la escena es su vecino, que lo tiene aterrorizado con su ametralladora, hasta que se da cuenta de que el arma lleva un birrete rojo.⁷ Y debo reducir el ritmo de mi actividad interpretativa pues de lo contrario él tendrá que humillarse ante el “tiránico médico jefe”.

Antes de la interrupción por Pascuas, me dice que han llegado a la granja nuevas camadas de gallinas pero fueron atacadas y parcialmente descuartizadas por un zorro. Esta vez le interpreto que soy como un zo-

6. Conocido personaje italiano inventado y representado por Paolo Villaggio, que busca continuamente la protección de los poderosos y procura halagarlos de todas las formas posibles.

7. De esta manera se identifican en Italia las armas de juguete.

rro que devora y en parte descuartiza sus sesiones; agrego que tal vez ya estábamos cansados de una granja poblada solo por animales herbívoros. Ese año, antes de las vacaciones de verano, ¡me trae como regalo una caja con pequeños animales salvajes!

Cuando retomamos el análisis después de las vacaciones, me deja atónito cuando me dice, sorprendido, que ha visto en las vigas de madera del techo de mi consultorio el símbolo de las Brigadas Rojas:⁸ una estrella de cinco puntas. En los treinta años en que el diván ha estado en ese mismo lugar, nadie lo notó. Me doy cuenta de que, tangencialmente, la ira –o quizá la furia que está por debajo de su deseo de complacer– ha hecho su ingreso al consultorio. Mientras tanto, Filippo abunda en anécdotas y recuerdos sobre su madre (que en ocasiones es fría con él, otras veces afectuosa) y su padre (a veces acogedor y cordial, y en otras despótico). Estos personajes también son, en todo momento, instantáneas relacionadas con el funcionamiento actual del campo.

Aparecen entonces estados emocionales más intensos. En una oportunidad, luego de una interpretación más activa de mi parte, me dice que recibió una carta de su novia, Simona, y que no sabía si romperla en pedazos o abrirla con un cuchillo para papel. Me abstengo de interpretarle, pero en mi interior ¡doy la bienvenida a este nuevo Jack el Destripador!

Filippo está trabajando, desde hace corto tiempo, en una comunidad psiquiátrica para pacientes juveniles y tiene además dos pacientes particulares. Todos estos pacientes, a menudo indisciplinados o ingobernables, pasan a ser el vehículo para la narración de emociones muy primitivas e intensas que poco a poco Filippo hace suyas. Advierto que debo seguir continuamente un camino intermedio entre un enfoque interpretativo directo, que detendría el proceso, y una mitigación excesiva, que lo extinguiría para siempre. Por fortuna, Filippo es muy bueno para indicarme la velocidad e intensidad óptimas. Lo que más temo es generar un análisis falso, producto del sometimiento, y prefiero recoger un pequeño número de frutos genuinos que una gran cosecha de dudosa autenticidad.

Filippo tiene cuatro sesiones por semana, de lunes a jueves; la sesión de la que daremos un fragmento a continuación tuvo lugar en su tercer año de análisis.

8. El grupo terrorista que desarrolló gran actividad en Italia en las décadas del setenta y el ochenta.

Jueves

Al final de la sesión anterior, no quedé conforme con la forma en que había trabajado; me pareció que mis interpretaciones podían ser fácilmente entendidas por el paciente como críticas ajenas a lo que él estaba diciendo y que sugerían prematuramente adoptar otros puntos de vista. Me había dicho a mí mismo que al día siguiente tendría que conducirme en forma más receptiva e inclinada a aceptar, y que no solo debería llamar la atención de Filippo sobre lo negativo sino también destacar las cosas buenas.

Paciente: Tuve un sueño, o más bien el mismo sueño dos veces. Había aviones, explosiones, una especie de bombardeo; y de pronto aparecían unos dientes muy largos. Se hundían en las personas, pero no las mataban. Me las ingenié para salvar el pellejo escondiéndome detrás de un paredón.

(Pienso que es una descripción precisa de la forma en que Filippo veía nuestra sesión del día anterior y mi manera de interpretar, pero prefiero evitar la saturación inmediata en esa dirección).

Analista: ¿Qué le sugiere el sueño?

P.: No sé. Tiene algo que ver con las emociones... los demás eran heridos, atravesados por los proyectiles, mientras que yo pude salvar el pellejo.

A.: ¿Tal vez yo ayer fui como un bombardero que había puesto la mira en usted?

P.: En absoluto. Hubo un buen clima en la sesión de ayer. Después me fui a almorzar con mi madre, pero me agarró un terrible dolor de estómago. Cuando ella/usted⁹ hace algo para comer, ella/usted ni se preocupa por la higiene. Esa noche, en Milán, fui a cenar a un restaurante africano y la comida era indigerible. Una amiga que estaba conmigo me dijo: “¿Dónde diablos me trajiste a comer? Tengo ganas de vomitar”.

A.: ¿Así que además de la comida indigerible de su madre está la de la cocinera africana? Usted recibió una doble ración de comida indigerible.

P.: Mi mamá hace *roulades*¹⁰ llenos de toda clase de porquerías, a veces de porquerías que sobraron, y la cocinera del restaurante tenía una olla llena de *pastone*.*

(Me abstengo de interpretar en función del efecto causado por mis interpretaciones excesivas del día anterior, seguidas hoy por la prematura

9. El paciente utilizó la palabra italiana *lei*, que puede significar ambas cosas.

10. Arrollados de carne que adentro llevan queso, verduras, etc. [*N. del T.*]

* Palabra italiana que designa una mezcolanza de alimentos, usada para las gallinas.

sobre el bombardero, y me pregunto cómo interpretar de un modo que no produzca el rechazo inmediato del paciente).

Siguen varios minutos de silencio.

P.: Y mi madre tiene además una costumbre graciosa: actúa como ese personaje de la televisión (una especie de bruja) que arranca las flores de las rosas, las tira, y deja en el florero solamente los tallos con sus espinas. Ayer vi en televisión un programa en que una madre se llevaba a un hijo suyo en un bote y lo abandonaba, y él tenía que ir a trabajar de deshollinador de chimeneas. No tenía madre, pero se las ingenió por su cuenta para trabajar. También vi la última película de Gabriele Muccino, sobre un padre y un hijo, sin esposa ni madre; vivían como vagabundos, pero de algún modo se las arreglaban.

A.: Estaba pensando que tal vez ayer yo tuve tendencia a “morder”: lo que le dije fue como hundir mis dientes en usted. Recogí las espinas que había en lo que usted dijo y me la pasé insistiendo solamente en eso, y tiré la flor, que quizá debería haber valorado.

P.: ¿Por qué dice eso?

A.: Bueno, cuando yo le critiqué la forma en que usted se amoldaba a los deseos de Carlo (*yo había creído ver en Carlo un aspecto paranoide del paciente y lo critiqué antes de que asumiera y comprendiera el origen de la persecución*), y sobre todo cuando usted mencionó las alfombras y yo le señalé que usted “no debería permitir que lo pisotearan” (*yo había querido interpretarle a Filippo la forma en que él se inclinaba ante los deseos ajenos, pero lo hice torpemente, en un momento inoportuno*), en lugar de recoger eso que usted también me estaba diciendo, que quería que alguien le enseñara a hacer una alfombra usted mismo... a tejer la tela y organizar los hilos de pensamiento.

P.: Sí, lo que usted me dijo me sorprendió.

A.: Tal vez el hecho de que yo lo “mordiera” y luego no le dijera nada desencadenó en usted toda clase de sentimientos, desde las ideas de persecución hasta las de abandono... estar sin una madre. Lo dejaron y tuvo que sacar solo toda la basura de la chimenea. Sin embargo, lo principal es que usted se las arregló, aun cuando fue bombardeado y después abandonado; se las arregló pese a todas las dificultades.

P.: Y en la película el chico, con ayuda de su padre, concreta todos sus planes y aprende a soñar para sí mismo.

A.: Esperemos que la cocinera eritrea o siciliana¹¹ no vuelva a hacer comida indigerible como esa.

11. Filippo sabía que yo era siciliano. En cuanto a Eritrea, fue una provincia de Etiopía que perteneció a Italia; es un país independiente desde 1993. [N. del T.]

P.: (Se ríe, y después de un breve silencio continúa diciendo): Ayer mi padre y el de Simona se trabaron en una discusión sobre la mejor manera de cultivar un huerto. El padre de Simona usa un motocultor, que es un aparato muy rápido. Mi padre piensa que es mejor usar la azada y hacerlo a mano, en parte porque la azada se hunde más en el suelo, pero principalmente porque el motocultor, si bien rompe mejor la superficie del terreno, con su golpeteo termina por volverlo impermeable e impide la ósmosis de las capas más profundas. Decidieron tomar a su cargo cada uno un sector del huerto, como sucede con la división en departamentos dentro de una universidad: psiquiatría de un lado, estadística del otro, bien separados entre sí.

A.: Casi suena como si para mantener separadas las dos zonas necesitaran un muro.

P.: De lo contrario terminan como los gallos, picoteándose unos a otros. En el Lejano Oriente he visto algunas riñas de gallos. Son apasionantes, pero se derrama sangre y ellos siguen picoteándose aunque estén heridos. Prefiero los juegos de computadora. En realidad, también es una riña de gallos, pero al menos no corre sangre real.

A.: (Pienso que está llamando mi atención hacia un peligro: cuando le interpreto demasiado, o demasiado automáticamente, aunque en lo superficial pueda transmitir la impresión de un terreno bien cultivado, puede ser que la capa más profunda se vuelva impermeable, e impida emerger a otras capas aun más profundas. Por lo tanto, me abstengo de formular esta interpretación, que siento que sería una decodificación y no el resultado del ensueño). Sin embargo, tal vez la psiquiatría y la estadística podrían llegar a un acuerdo, como llegaron su padre y el de Simona.

P.: Sí, me doy cuenta de que también estoy hablando de dos actitudes conflictivas que hay en mi interior: por un lado, quiero experimentar emociones aunque me hagan sangrar como a los gallos, porque son explosivas, y por el otro me escondo detrás de un paredón como en el sueño del principio, o en el videojuego.

A.: ¿Usted piensa en estas dos actitudes como si tuviera que ser “una o la otra”? Hay algunos platos, como los *caponata* sicilianos, en que pueden coexistir los sabores salados y los dulces, del mismo modo que en su historia coexistieron la naturaleza explosiva de su madre y la reserva excesiva de su padre.

Días después, me sorprende de las transformaciones que tienen lugar en la sesión. Filippo llega vestido con un colorido suéter confeccionado con retazos, que tiene una manga roja y la otra verde, la parte de adelante azul y la de atrás amarilla. Me vienen a la mente un payaso, o Frankenstein, o Arlequín. Sin embargo, no recurro a estas ensoñaciones más al comienzo de la sesión. Luego Filippo me cuenta un sueño

en el que me presenta al “Signor Brighi”, un paciente psiquiátrico sumamente violento encerrado en un sótano, al que lo dejan salir, mientras ocupa su lugar un nuevo personaje, un maníaco (se me ocurre la imagen de quesos o jamones que maduran en el sótano o sala de espera del consultorio). Filippo asocia al maníaco del sótano con Frankenstein y exclama asombrado: “¡El suéter hecho de retazos!”. Frankenstein, lleno de furia homicida porque no es amado, cede paso al dolor de “La pequeña vendedora de fósforos”^{*} que muere de hambre y frío luego de ser abandonada. El próximo en aparecer es Arlequín, como la capacidad para ingeniárselas o arreglárselas solo. La sesión culmina con el relato de la “Signora Candida” (Mrs. White), que bebió lejía, y esto me da pie a interpretar su temor y tensión por sentirse tan lleno de emociones intensas que querría “blanquearse”^{**}.

Filippo tiene la última palabra: “¡Debo haber estado hirviendo de rabia toda mi vida, y de una rabia terrible! Pero sé que ahora me gusta hablar con mi padre, realmente, y no dejaría de hacerlo por nada en el mundo”.

Conclusiones: ~~aferramiento~~ → casting

Grotstein (2007) habla de un “instinto o pulsión de verdad” que nos guiaría hacia “O”, pero también menciona los peligros de la curiosidad, que amenaza con quebrar la barrera de contacto (la secuencia de elementos alfa que separan lo consciente de lo inconsciente, donde nace un número infinito de posibles derivados narrativos). Tenemos que practicar la virtud de la paciencia, como quería ese productor de Hollywood “que generalmente les decía a los actores que se presentaban para una prueba: ‘No nos llame usted a nosotros, nosotros lo llamaremos a usted’” (p. 142). Esta idea no es muy distinta de mi concepto del *casting*, entendido como la actividad corriente (de analista y paciente) en el estado del pensamiento onírico de vigilia, que implica encontrar los personajes-situaciones que les permitan encarnar en el nivel emocional, en una pista o banda paralela a aquella en la cual “toda percepción, concepción o acción de la realidad externa debe ser ‘soñada’ para formar parte de lo inconsciente, y volverse consciente como consecuencia de un procesamiento inicial inconsciente” (ibíd., p. 145).

* Se refiere al cuento de Hans Christian Andersen en el que una niña, vendedora de fósforos, muere de frío en la nieve en vísperas del Año Nuevo. [N. del T.]

** Juego de palabras con *bleach* (lejía) y *to bleach* (blanquear). [N. del T.]

Los comentarios que siguen deben entenderse exclusivamente en el plano metafórico, el único nivel específico en el que puedo ser competente.

Uno de los reflejos primarios de nuestra especie, que desaparece al poco tiempo de nacer, es el de aferrarse a los objetos. Otro de características similares es la locomoción automática. Sin embargo, aquel reflejo “arbóreo” original suele acompañarnos por muchos años bajo la forma de nuestra necesidad de agarrarnos o aferrarnos a algo —como analistas, a las teorías ya conocidas y consolidadas; como seres humanos en general, a las religiones o ideologías (Bion, 2005)—. Este aspecto fundamental del funcionamiento humano es comparable, pues, a un tranvía o trolebús que extrae la energía eléctrica del cable principal por vía de su pantógrafo o sistema articulado de barras; solo que en nuestro caso la tomamos de la red de creencias previamente constituidas (Ferruta, 2005).

De igual manera podemos concebir la locomoción automática, el hecho de caminar sin preguntarse por qué, y sin un sustrato de pensamiento sólido. La variante extrema de esta actitud es, desde luego, sucumbir en el consultorio a la tentación de permanecer en el nivel de lo conocido (ya sea con respecto al paciente o a las teorías). Como señala Bolognini (2008), esta teoría puede extenderse incluso al complejo de Edipo del analista, cuando este forma una díada narcisista hipereclusiva con una esposa/teoría hipersaturante, en vez de formar una pareja generatriz capaz de dar cabida a la originalidad del hijo/paciente. Bion (1987) sugiere dos excelentes antídotos para ello cuando dice que los pacientes actuales no tienen ninguna semejanza con los del pasado, y que él solo haría una interpretación freudiana o kleiniana... ¡si estuviera cansado y no se le ocurrieran ideas propias!

Lo que yo llamo *casting* es un fenómeno que me parece cada vez más central en cualquier análisis. En los más clásicos, teníamos más o menos la lista completa de protagonistas desde el principio, como en una novela policial a la antigua usanza. Allí donde la capacidad de simbolización del paciente es limitada, uno de los objetivos del psicoanálisis debe ser el desarrollo de la capacidad para el *casting*. Zonas mudas e imposibles de expresar pasan a ser una matriz generadora de personajes animados o inanimados, del presente o del pasado, y de historias que comienzan a tener sentido y pueden ser narradas, allí donde antes no existía la posibilidad de expresarlas. A veces el *casting* incluirá guiones y decorados que luego cobrarán vida. Los fertilizantes que harán florecer el desierto son la confianza del analista en el método, sus enseñanzas, su capacidad de intuición, sus capacidades negativas y su facultad de escuchar lo que se oculta en los rincones del lenguaje.

La vida psíquica tiene profundidades insondables, cada una de las

cuales se abre a abismos aun más hondos. Esto sugiere que, por un lado, el análisis debe consistir en el desarrollo de la función de *casting*, mientras que, por el otro, los mecanismos de defensa, con sus mamparos, blindajes, huecos y aberturas, son los que nos permiten tener una vida psíquica organizada. Siempre debemos tener presente que debajo de cualquier terreno psíquico hay un magma protoemocional contra el cual debemos defendernos, pero que a la vez contiene un inmenso potencial expresivo. En este sentido, el *casting* no termina jamás. En particular, uno de nuestros objetivos es su desarrollo, que en última instancia depende de que nos abstengamos en lo posible de agarrarnos o aferrarnos a lo ya conocido —las teorías consolidadas—, lo cual constituye una barrera defensiva frente al verdadero conocimiento. Este desarrollo es la vía regia para permitirnos, y permitirles a nuestros pacientes, participar en formas de *casting* cada vez más significativas e imprevisibles. En una palabra, la famosa frase de Bion, “sin memoria ni deseo”, significa que debemos permitirnos comenzar de nuevo, en todo momento, desde lo que no sabemos, en lugar de insistir demasiado en lo que ya hemos adquirido. Por debajo de todas estas reflexiones está la incurable enfermedad de “conferir sentido” o de “encontrar el sentido” incluso a cosas que no tienen ningún sentido. De nuevo, si en un plano esta actividad es una característica particular y vital de nuestra especie, en otro plano es también una enfermedad, porque una cosa es encontrar el sentido y otra es necesitar encontrarlo o haberlo ya encontrado. Dentro y fuera del consultorio del analista, esta enfermedad ha dado origen a situaciones dramáticas, como las desencadenadas en los últimos tiempos por los fanatismos de toda laya.

Resumen

Después de pasar revista a algunas similitudes y diferencias entre los diversos modelos psicoanalíticos (reconstrucción histórica; desarrollo del contenedor y de las funciones metabólica y transformativa de la mente; importancia atribuida al material onírico; grados de realidad de las narraciones; nivel de tolerancia de la verdad/mentira como opuestos polares; forma en que se entiende a los personajes dentro de la sesión psicoanalítica), el autor recurre a material clínico para mostrar su concepción de la sesión como una realidad virtual en la cual la operación principal es la *transformación del soñar* (deconstrucción, concreción y reensoñación), acompañada por el desarrollo de esta actitud tanto en el paciente como en el analista, como antídoto frente a las operaciones de transformación de la alucinosis, que atestiguan el fracaso de las funciones de asignación de sentido. Las raíces teóricas de este modelo se encuentran en el concepto del *campo holográfico onírico en constante expansión*, en el desarrollo de las ideas de Bion (el “pensamiento onírico de vigilia” y sus derivados, y el paciente como indicador de los movimientos del campo), así como en los apor-

tes de la narratología (transformaciones narrativas y transformación de los personajes y libretos). También se hace hincapié en el pasaje de un psicoanálisis que apunta predominantemente al contenido, a otro que pone el acento en el desarrollo de los instrumentos para soñar, sentir y pensar. Se presentan una extensa historia clínica y una sesión completa con el fin de transmitir una impresión vívida del proceso, que se despliega en el consultorio, de la co-construcción no saturada de una realidad emocional en trance de transformación permanente. También se describen las consecuencias técnicas del modelo en lo que concierne a las formas de interpretación, la contratransferencia, las ensoñaciones y, en especial, la manera en que el psicoanalista escucha las comunicaciones del paciente. El trabajo concluye con un examen del concepto de aferramiento (en el sentido de aferrarse a lo conocido) y de *casting* (con referencia a lo que aún no está definido, pero busca ser representado y transformado), como un modo ulterior de oscilación entre las mentes de analista y paciente, que se añaden a las ya conocidas por el psicoanálisis clásico.

DESCRIPTORES: CONSTRUCCIÓN / DECONSTRUCCIÓN / FUNCIONAMIENTO PSÍQUICO / FUNCIÓN ALFA / INTERPRETACIÓN / MATERIAL CLÍNICO / MODELO / PROCESO PSICOANALÍTICO / PSICOANÁLISIS / PSICOANALISTA / SESIÓN / SITUACIÓN ANALÍTICA / SOÑAR / SUEÑO / TÉCNICA PSICOANALÍTICA / TEORÍA DE LA TÉCNICA

Summary

TRANSFORMATIONS IN DREAMING AND CHARACTERS IN THE PSYCHOANALYTIC FIELD: PRELIMINARY REFLECTIONS ON THE DIFFERENCES BETWEEN THEORETICAL MODELS IN PSYCHOANALYSIS

Having reviewed certain similarities and differences between the various psychoanalytic models (historical reconstruction/development of the container and of the mind's metabolic and transformational function; the significance to be attributed to dream-type material; reality gradients of narrations; tolerability of truth/lies as polar opposites; and the form in which characters are understood in a psychoanalytic session), the author uses clinical material to demonstrate his conception of a session as a virtual reality in which the central operation is *transformation in dreaming* (de-construction, de-concretization, and re-dreaming), accompanied in particular by the development of this attitude in both patient and analyst as an antidote to the operations of transformation in hallucinosis that bear witness to the failure of the functions of meaning generation. The theoretical roots of this model are traced in the concept of the field and its developments as a *constantly expanding oneiric holographic field*; in the developments of Bion's ideas (waking dream thought and its derivatives, and the patient as signaller of the movements of the field); and in the contributions of narratology (narrative transformations and the transformations of characters and screenplays). Stress is also laid on the transition from a psychoanalysis directed predominantly towards contents to a psychoanalysis that emphasizes the development of the instruments for dreaming, feeling, and thinking. An extensive case history and a session reported in its entirety are presented so as to convey a living impression of the ongoing process, in the consulting room, of the unsaturated co-construction of an emotional reality in the

throes of continuous transformation. The author also describes the technical implications of this model in terms of forms of interpretation, the countertransference, reveries, and, in particular, how the analyst listens to the patient's communications. The paper ends with an exploration of the concepts of grasping (in the sense of clinging to the known) and casting (in relation to what is as yet undefined but seeking representation and transformation) as a further oscillation of the minds of the analyst and the patient in addition to those familiar from classical psychoanalysis.

KEYWORDS: CONSTRUCTION / DECONSTRUCTION / PSYCHIC FUNCTIONING / ALPHA FUNCTION / INTERPRETATION / CLINICAL MATERIAL / MODEL / PSYCHOANALYTIC PROCESS / PSYCHOANALYSIS / PSYCHOANALYST / SESSION / ANALYTIC SITUATION / DREAMING / DREAM / PSYCHOANALYTIC TECHNIQUE / THEORY OF TECHNIQUE

Bibliografía

- Baranes J. J. y Sacco, F. *Inventer en psychanalyse: construire et interpréter*, París, Dunod, 2002.
- Baranger, M. "The mind of the analyst: from listening to interpretation". *Int. J. Psychoanal.* 74, 1993, pp. 15-24.
- y Baranger, W. "La situación analítica como campo dinámico". *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 4, 1961-62, pp. 3-54.
- Bezoari, M., Ferro, A. "From a play between 'parts' to transformations in the couple. Psychoanalysis in a bipersonal field". En: Nissim Momigliano, L. y Robutti, A. (eds.). *Shared Experience: the Psychoanalytic Dialogue*. Londres, Karnac, 1992.
- Bion, W. R. *Learning from experience*. Londres, Tavistock, 1962.
- *Elements of psycho-analysis*. Londres, Heinemann, 1963.
- *Transformations*. Londres, Tavistock, 1965.
- *Attention and interpretation*. Londres, Tavistock, 1970.
- (1977). *The dawn of oblivion*. En: *A memoir of the future*, vol. 3, edición revisada y corregida, Londres, Karnac, 1990.
- *Clinical seminars and four papers*. Ed. por Bion, F. Abingdon, Fleetwood, 1987.
- *Cogitations*. Ed. por Bion, F. Londres, Karnac, 1992.
- (1985). *The Italian seminars*. Ed. por Bion, F., trad. por Slotkin, P. Londres, Karnac, 2005.
- *The Tavistock seminars*. Ed. por Bion, F. Londres, Karnac, 2005.
- Bleger, J. *Psicohigiene y psicología institucional*. Buenos Aires, Paidós, 1986.
- Bollas, C. *The mystery of things*. Londres, Routledge, 1999.
- Bolognini, S. (2002). *Psychoanalytic empathy*. Londres, Free Association Books, 2004.
- *Passaggi segreti. Teoria e tecnica della relazione interspichica*. Turín, Bollati Boringhieri, 2008.
- Botella, C. y Botella, S. (2001). *The work of psychic figurability*. Trad. al inglés por Weller, A., Hove, Brunner-Routledge, 2002.
- Boyer, L. B. "Thinking of the interview as if it were a dream". *Contemp. Psychoanal.* 24, 1988, pp. 275-81.

- Cairo, I. "Review of *Seeds of illness, seeds of recovery and psychoanalysis as therapy and storytelling*, by A. Ferro". *Int. J. Psychoanal.* 88, 2007, pp. 1.299-1.304.
- Canestri, J. (ed.). *Psychoanalysis: From practice to theory*. Nueva York, Wiley, 2006.
- Chianese, D. (1997). *Constructions and the analytic field: History, scenes and destiny*. Trad. al inglés por Harvey, I., Londres, Routledge, 2007.
- Eco, U. *The role of the reader*. Bloomington, Indiana University Press, 1979.
- *The limits of interpretation*. Bloomington, Indiana University Press, 1990.
- Eizirik, C. L. "Analytic listening to traumatic situations". Mesa redonda en el Congreso de la IPA de Río de Janeiro, 2005.
- Faimberg, H. "Listening to listening". *Int. J. Psychoanal.* 77, 1996, pp. 667-677.
- *The telescoping of generations. Listening to narcissistic links between generations*. Hove, Routledge, 2005.
- Fellini, F. *Il libro dei sogni*. Milán, Rizzoli, 2007.
- Ferro, A. (1992). *The bi-personal field: Experiences in child analysis*. Londres, Routledge, 1999.
- (1996). *In the analyst's consulting room*. Trad. al inglés por Slotkin, P., Hove, Brunner-Routledge, 2002. [Original: *Nella stanza d'analisi*. Milán, Cortina].
- (1999). *Psychoanalysis as therapy and storytelling*. Trad. al inglés por Slotkin, P., Hove, Routledge, 2006. [Original: *La psicoanalisi come letteratura e terapia*, Milán, Cortina].
- "Some implications of Bion's thought: The waking dream and narrative derivatives". *Int. J. Psychoanal.* 83, 2002a, pp. 597-607.
- "Superego transformations through the analyst's capacity for reverie". *Psychoanal. Q.* 71, 2002b, pp. 477-501.
- (2002c). *Seeds of illness, seeds of recovery. The genesis of suffering and the role of psychoanalysis*. Trad. al inglés por Slotkin, P., Hove, Brunner-Routledge, 2005. [Original: *Fattori di malattia, fattori di guarigione. Genesi della sofferenza e cura psicoanalitica*. Milán, Cortina].
- "Which reality in the psychoanalytic session?". *Psychoanal. Q.* 74, 2005a, pp. 421-442.
- "Bion: Theoretical and clinical observations". *Int. J. Psychoanal.* 86, 2005b, pp. 1535-1542.
- "Da una psicoanalisi dei contenuti e delle memorie a una psicoanalisi per gli apparati per sognare, sentire, pensare: transfert, transfer, trasferimenti". *Riv. Psicoanal.* 52, 2006a, pp. 401-478.
- "Clinical implications of Bion's thought". *Int. J. Psychoanal.* 87, 2006b, pp. 989-1003.
- (2006c). *Mind works. Technique and creativity in psychoanalysis*. Trad. al inglés por Slotkin, P., Hove, Routledge, 2008. [Original: *Tecnica e creatività. Il lavoro analitico*, Milán, Cortina].
- "The patient as the analyst's best colleague: transformation into dream and narrative transformation". *The Italian Psychoanalytical Annual*. Roma, Borla, 2008, pp. 199-205.
- y Basile, R. "The psychoanalyst as individual: self-analysis and gradients of functioning". *Psychoanal. Q.* 73, 2004, pp. 659-682.

- y Basile, R. (eds.). (2009). *The analytic field. A clinical concept*. Londres, Karnac (en prensa).
- Civitarese, G., Collovà, M., Foresti, G., Mazzacane, F., Molinari, E. y Politi, P. *Sognare l'analisi. Sviluppi clinici del pensiero di Bion*. Turín, Bollati Boringhieri, 2007.
- y Foresti, G. "Objects' and characters in psychoanalytical texts/dialogues". *Int. Forum Psychoanal.* 17, 2008, pp. 71-81.
- Ferruta, A. "Aggrapparsi: una struttura elementare per la sopravvivenza psichica". En: *Pensare per Immagini*. Roma, Borla, 2005.
- Freud, S. (1899). *The interpretation of dreams*, S. E., IV-V.
- (1914). "Remembering, repeating and working-through". S. E., XII, pp. 145-56.
- Gabbard, G. "Countertransference: The emerging common ground". *Int. J. Psychoanal.* 76, 1995, pp. 475-485.
- y Lester, E. P. *Boundaries and boundary violations in psychoanalysis*. Nueva York, Basic Books, 1995.
- y Western, D. "Rethinking therapeutic action". *Int. J. Psychoanal.* 84, 2003, pp. 823-841.
- Gibeault, A. "Interpretation and transference". *Bull. Eur. Psychoanal. Fed.* 36, 1991, pp. 47-61.
- Green, A. (1989). "La tiercéité". En: *La pensée clinique*. París, Odile Jacob, 2002.
- "The illusion of the common ground and mythical pluralism". *Int. J. Psychoanal.* 86, 2005, pp. 627-632.
- Grotstein, J. *Who is the dreamer who dreams the dream? A study of psychic presences*. Hove, Routledge, 2000.
- "We are such stuff as dreams are made of: annotations on dreams and dreaming in Bion's works". En: Neri, C., Pines, M. y Friedman, R. (eds.). *Dreams in group psychotherapy: theory and technique*. Londres, Jessica Kingsley, 2002, pp. 110-145.
- *A beam of intense darkness. Wilfred Bion's legacy to psychoanalysis*. Londres, Karnac, 2007.
- Guignard, F. Prefacio a *Facteurs de maladie, facteurs de guérison* [edición en francés de Ferro, 2002c], París, Éditions In Press, 2004.
- Hanly, C. "The concept of truth in psychoanalysis". *Int. J. Psychoanal.* 71, 1990, pp. 375-388.
- Joseph, B. "Transference: the total situation". *Int. J. Psychoanal.* 66, 1985, pp. 447-454.
- Kancyper, L. (ed.). *Volviendo a pensar con Willy y Madeleine Baranger*. Buenos Aires, Lumen, 2002.
- Kernberg, O. F. "Convergences and divergences in contemporary psychoanalytic technique". *Int. J. Psychoanal.* 74, 1993, pp. 659-673.
- "Recent developments in the technical approaches of English-language psychoanalytic schools". *Psychoanal. Q.* 70, 2001, pp. 519-547.
- La Farge, L. "Review of *Psychoanalysis as therapy and storytelling*, by A. Ferro". *Psychoanal. Q.* 76, 2007, pp. 1391-1397.
- Lewkowicz, S. y Flechner, S. (eds.). *Truth, reality and the psychoanalyst: Latin American contributions to psychoanalysis*. Londres, International Psychoanalytical Association, 2005.
- Ogden, T. *The primitive edge of experience*. Nueva York, Jason Aronson, 1989.
- "On not being able to dream". *Int. J. Psychoanal.* 84, 2003, pp. 17-30.

- *This art of psychoanalysis: Dreaming undreamt dreams and interrupted cries*. Hove, Routledge, 2005.
- O'Shaughnessy, E. Discusión del trabajo de A. Ferro, "Bion's thought" en la Conferencia Internacional "Wilfred Bion Today", University College, Londres, 11 de junio de 2005.
- Pavell, T. J. "Possible worlds in literary semantics". *J. Aesthetics and Art Criticism*, 34, 1976, p. 165.
- Renik, O. "Analytic interaction: Conceptualizing technique in the light of the analyst's irreducible subjectivity". *Psychoanal. Q.* 65, 1993, pp. 553-571.
- Riolo, F. "Freud and Lichtenberg's knife". *Italian Psychoanalytic Annual*. Roma, Borla, 2007, pp. 59-69.
- Rocha Barros, E. "Affect and pictographic image: the constitution of meaning in mental life". *Int. J. Psychoanal.* 81, 2000, 1087-1099.
- Schafer, R. *Retelling a life. Narration and dialogue in psychoanalysis*. Nueva York, Basic Books, 1992.
- Smith, H. "Subjectivity and objectivity in analytic listening". *J. Am. Psychoanal. Assoc.* 47, 1999, pp. 465-484.
- Spence, D. *Narrative and historical truth: Meaning and interpretation in psychoanalysis*. Nueva York, Norton, 1982.
- Tuckett, D., Basile, R., Birksted-Breen, D., Bohm, T., Denis, P., Ferro, A. et al. *Psychoanalysis comparable and incomparable. The evolution of a method to describe and compare psychoanalytic approaches*. Hove, Routledge, 2008.
- Wallerstein, R. S. "One psychoanalysis or many?". *Int. J. Psychoanal.* 69, 1988, pp. 5-21.
- "Psychoanalysis: The common ground". *Int. J. Psychoanal.* 71, 1990, pp. 3-20.
- "Will psychoanalytic pluralism be an enduring state of our discipline?". *Int. J. Psychoanal.* 86, 2005, pp. 623-626.
- Widlöcher, D. *Les nouvelles cartes de la psychanalyse*. París, Odile Jacob, 1996.
- Winnicott, D. W. *Playing and reality*. Londres, Tavistock, 1971.

(Este trabajo fue seleccionado para su publicación el 15 de noviembre de 2008)

Problemas del aprendizaje institucional en psicoanálisis: narcisismo y curiosidad

*Warren S. Poland (Estados Unidos)

No debe dejarse de lado nada creativo
en aras de una convicción cualquiera.

Clive James

Una vez más, personas provenientes de los más apartados rincones del mundo psicoanalítico nos reunimos en este Congreso bienal para compartir lo aprendido desde nuestro último encuentro, comparar anotaciones sobre nuestras experiencias y ver lo que podemos descubrir juntos. Es una tarea pertinente, pero también es pertinente preguntarnos si la hemos realizado bien. Después de haber llevado a cabo estas reuniones durante un siglo, ¿en qué medida hemos aprendido unos de otros? ¿Cómo hablamos y cómo nos escuchamos? No tenemos muchos motivos para sentir orgullo por el éxito alcanzado en esta labor institucional. Muy a menudo, como los personajes de los cuadros de Edward Hopper, ocupamos el mismo espacio pero no nos conectamos.

Como clínicos, pasamos la vida empeñados en escuchar a nuestros pacientes cuando, a regañadientes, deciden contarnos sus cosas. En la clínica, aprendemos a escuchar cada vez mejor, pese a lo cual hay un llamativo contraste con nuestra manera de escucharnos unos a otros. La tarea que se ha fijado este Congreso es observar los patrones que adoptan nuestras convergencias y divergencias, y luego, como ya es nuestra costumbre introspectiva, explorar y tratar de dominar las fuerzas interiores que conspiran contra nuestro crecimiento.

Por suerte, el pensamiento psicoanalítico sigue floreciendo pese a nuestras dificultades. Surgen nuevas ideas, prosperan las publicacio-

* Traducción de Leandro Wolfson.

Dirección: 5225 Connecticut Avenue, Washington, DC 20015, USA.
warrenpoland@verizon.net

nes. Pero si bien existe un grado de fecundación mutua, notamos que la diversidad trae consigo la balcanización, la división en sectas menores hostiles entre sí.

Todo nuevo aprendizaje demanda una discusión cabal, un debate verdaderamente sincero, que queremos resguardar y facilitar. Es bueno que discutamos con pasión, porque esa pasión no proviene meramente de la vanidad de los intereses creados sino, sobre todo, de nuestra preocupación profunda. Sabemos también que una medida particularmente prudente es aproximarse a las nuevas contribuciones con cautela, debido a un problema propio de nuestro campo: nuestro foco son las fuerzas inconscientes, que suscitan indefectiblemente resistencia. Atentos a la sutileza con que se enmascaran las defensas y conociendo la complejidad de nuestra mente, apreciamos que se examinen con particular cuidado las nuevas ideas que ponen en tela de juicio los conocimientos anteriores.

Pero una cosa es la cautela y el cuidado, y otra, la desconfianza defensiva y el rechazo ante lo diferente, lo poco familiar y lo nuevo. Cuando nos observamos con ojos sinceros, vemos que hay en nosotros algo más que un escepticismo benévolo: demasiado a menudo, el afán de polemizar y el hecho de tomar partido por un bando desplazan el respeto recíproco, y a veces el deseo de poner al otro en ridículo alza su espectro maligno.

En el crecimiento de una ciencia, como en el de un individuo, es inevitable que haya tensiones, y estos dolores del crecimiento son bienvenidos. La controversia franca no exige que al final todos coincidan. Un cierre prematuro del debate oculta lo desconocido, mientras que la aceptación respetuosa de las divergencias que subsisten abre el camino a un conocimiento futuro más amplio. Las ideas deben sostenerse o derrumbarse por sus propios méritos, no por el prestigio o el poder de quienes las postulan. Habrá ideas nuevas que no resistan la prueba del examen atento, pero debemos dar cabida y bienvenida a las meritorias, por más que nos molesten al contradecir aquellas otras concepciones meritorias más conocidas que cuentan con nuestro favor.

El crecimiento cabal solo puede ser el fruto de una controversia disciplinada que opere sin obstrucciones. "Disciplinada" significa rigurosa en sus conceptos, considerada con el saber anterior y tolerante respecto de las paradojas persistentes; "sin obstrucciones" significa verdaderamente franca. Durante años, los analistas que priorizaban las pulsiones libraron batalla contra los que priorizaban las relaciones objetales, y los extremistas de uno y otro bando se repudiaban mutuamente. Al igual que los extremistas actuales, aquellos luchaban como si la paradoja implicase que había un enemigo al acecho, en lugar de

implicar que una teoría estrecha era insuficiente. Cuando se extraen conclusiones a partir de la tendenciosidad –ya sea que favorezca lo antiguo o lo nuevo–, se detiene el crecimiento.

En parte los problemas derivan del éxito del pasado, y se han intensificado debido a la vasta gama de nuevas observaciones que hemos dado en llamar “pluralismo”. ¿Hay un psicoanálisis o varios? Dicho de otro modo: ¿podemos seguir creciendo y aventurándonos más allá de los límites de nuestras ideas habituales, y aun así –como creo que debemos hacer– mantener una preocupación central común por las fuerzas inconscientes como orientación para distinguir lo que es propiamente psicoanalítico de lo que es más generalmente psicológico?

Estos interrogantes no se resolverán con declaraciones de apertura mental si al mismo tiempo nuestros diálogos degeneran en monólogos paralelos. El hecho de que pregonemos a los cuatro vientos nuestras buenas intenciones no hará que caigan los muros que separan nuestros enclaves.

Mi interés es tratar de definir las batallas en que nos trabamos con nuestros comportamientos de modo de reconocer y explorar analíticamente sus raíces, en vez de continuar librando esas batallas. Para ello, comenzaré por trazar un panorama sintético de nuestras interacciones y sus pautas. Mi objetivo es pasar luego a exponer y explorar su dinámica subyacente.

Al esbozar los problemas que se ponen en evidencia cuando nos reunimos en grupo, es útil tener en cuenta las vicisitudes de las demandas de autosatisfacción y los deseos de exploración externa. Más allá de nuestras convergencias y divergencias, entre el narcisismo y la curiosidad científica hay un matrimonio inexorable. Si nuestro narcisismo está seguro, o, mejor aun, maduro, nos sentimos libres para llevar más lejos nuestras indagaciones; cuando, en cambio, lo creemos amenazado, la indagación abierta de lo que se encuentra más allá se deteriora y se convierte en una búsqueda de identidad política. En las conclusiones de este artículo retomaré este problema decisivo, pero ahora echemos una mirada a los conflictos que nublan la conducta institucional.

Los límites estructurales del ser humano

A tal fin, conviene empezar por reconocer las limitaciones, ajenas a nuestro control, que aumentan nuestra insatisfacción con los demás y –admitir esto nos cuesta más– con nosotros mismos. Nos empeñamos en obtener respuestas que están siempre más allá de nuestro alcance, ya que en definitiva somos seres humanos. Aceptamos que no somos

omnipotentes, pero actuamos como si fuéramos –más aun, como si debiéramos ser– omniscientes: como si pudiéramos saber todo lo que hay que saber, y como si nuestras teorías pudieran ser alguna vez unitarias y suficientes. Nuestros conocimientos y teorías son notablemente buenos, pero siempre se quedan cortos, siempre están constreñidos por los límites de nuestras capacidades.

Lo que ocurre es que el mundo y sus fenómenos son demasiado grandes, variados y complejos para que la mente de un individuo los pueda contener *a todos*. No tenemos motivos para pensar que somos el final de la evolución. Al negar las limitaciones de nuestro *hardware*, nos olvidamos de que, si bien les robamos el fuego a los dioses, no somos dioses. Nuestra vanidad se ofende fácilmente.

Dada la complejidad del Universo, reducimos de tamaño las cosas y creamos categorías conceptuales que dan origen a paradojas –artificios generados por el hecho mismo de que nuestra lógica humana procede, por naturaleza, de acuerdo con categorías–. Con el fin de estudiar el mundo, arrancamos fragmentos de su contexto natural y nos centramos en estos. Nuestra mente crea dicotomías, subdivide en forma interminable las categorías que hemos creado. Como consecuencia, al desarrollar la ciencia, que es nuestra manera humana de organizar el saber, confeccionamos mapas con fronteras artificiales. Esto ocasiona peligros.

Si bien la concentración de la atención es esencial y fructífera, la fragmentación artificial tiene efectos colaterales desfavorables. Al diseccionar lo que queremos estudiar, aislamos piezas fragmentarias y generamos límites que no existen en la naturaleza. Cada vez que dirigimos nuestra vista a algo, la apartamos de alguna otra cosa. Nunca deberíamos dejar de preguntarnos: “¿Qué es lo que dejamos afuera?”. Tal vez podamos pensar en un solo enfoque o en unos pocos enfoques a la vez, pero al cerrarnos a la posibilidad de otras visiones alternativas, la indagación cabal se desploma en el provincianismo de los intereses parciales.

Como no nos queda otra opción que pensar en cada una de las piezas o fragmentos por vez, deberíamos cuidarnos de ver con orgullo posesivo nuestras posiciones personales, y en cambio apreciar vivamente “que la gente se aferra a una opinión porque esta se ha vuelto su identidad” (James, 2007, p. 601). Estimulados, con todo derecho, por lo que hemos agregado a lo ya conocido, la historia nos dice que también deberíamos recordar que vendrán otros que cambien lo que nosotros hemos aportado, o le agreguen algo. Como decía ese personaje de Stoppard (1997, p. 53): “Toda época histórica piensa que ella es la edad moderna, pero la actual es la única que realmente lo es”.

Un antídoto contra esa férrea adhesión a los fragmentos es recontextualizar lo que se acaba de aprender volviendo a poner las nuevas

observaciones en el campo abierto de la experiencia acumulada. Esa recontextualización es esencial si admitimos que, tal como nos lo ha enseñado la práctica clínica, el propio acto de abstracción y la posterior recontextualización modifican la actualidad efectiva. Pese al atractivo que tiene su economía, las explicaciones únicas rara vez son suficientes. La navaja de Occam suele cortar demasiado.¹

En guardia contra las visiones únicas, también debemos estar atentos a la seducción de una dialéctica hegeliana harto simplista, la idea de que en todo hay una pauta en evolución que va de la tesis y su antítesis a su síntesis. Las contradicciones no solo deben tolerarse, sino que deben valorarse y protegerse, por más que resulten incómodas.

Por lo demás, el conocimiento es poder, un antídoto tranquilizador frente a la impotencia. Cuando estamos confundidos y abrumados, cuando sentimos que nuestro saber no nos alcanza, ahuyentamos el horror de la impotencia diciendo que el mundo es un caos. Pero el mundo es el mundo, y la palabra “caos” no describe al mundo sino a nuestra aterrada imposibilidad de conceptualizarlo de una manera afín a nuestra mente. No disiparemos esa sensación de caos favoreciendo una única teoría, ni tampoco mediante una serie de promiscuas interpretaciones, a todas las cuales les asignemos el mismo valor. Esta es una perversión del principio de determinación múltiple, porque siempre es indispensable sopesar las pruebas (Hanly, 2007). Ser “de mente abierta” no significa tener la cabeza vacía: siempre es indispensable sopesar las pruebas.

La respetuosa atención prestada a las ideas contrarias de los demás nos brinda la mejor oportunidad para corregir la limitación intrínseca de nuestra mente. Sin embargo, eso demanda un amor por el aprendizaje fundado en la solidez del propio ser, que vaya más allá del deseo infantil de ser el hijo favorito.

Flaquezas humanas

Ahora bien, ¿qué pasa con las flaquezas que *es posible* dominar? ¿No podríamos empezar de alguna otra manera que con la más evidente: la rivalidad? A partir de una búsqueda analítica común, pronto actuamos no como si todos tuviéramos un mismo objetivo (ampliar el conocimiento), sino como si fuéramos enemigos enfrentados en una batalla, dispuestos

1. Al filósofo escolástico William de Occam, del siglo xv, se le atribuyó la máxima de este nombre, según la cual los principios explicativos no deben multiplicarse si no es absolutamente necesario. [N. del T.]

cada uno a derrotar al otro. Los problemas vinculados con la teoría o la técnica, en lugar de ser considerados cuestionamientos útiles, se ven como ataques a la posición personal. “Vanidad, tu nombre es el de todos”.

¿Quién de nosotros no querría ser, como Freud se sintió de niño, el “conquistador”? Con la madurez, aunque se mantiene el núcleo narcisista, la vanidad de los sueños infantiles de alcanzar la gloria cede paso a la satisfacción que brindan los logros reales. Además, no solo maduramos nosotros, madura también nuestra disciplina científica. El psicoanálisis continúa creciendo, aunque los nuevos aportes ya no tengan esa magistral grandeza revolucionaria de los que produjeron los pioneros. Tal vez fue precisamente esa grandeza lo que más nos atrajo de este campo, pero ahora él ha cambiado en cantidad y en calidad. Freud descubrió un nuevo océano para nosotros, y ni nuestra individualidad ni nuestra labor resultan menoscabadas por el hecho de que nos dediquemos a explorar los múltiples ríos que desembocan en el mar común.

Cuando la rivalidad nos amenaza, regresamos a nuestro dominio del narcisismo temprano y, con harta rapidez, a nuestro afán de enorgullecernos por el lugar que ocupamos. Todo editor ha aprendido por dolorosa experiencia que aun sus más maduros colaboradores pueden bien pronto volverse infantilmente torpes y descorteses cuando se cuestiona algún punto de sus manuscritos.

También quiero recordar la observación de Wheelis (1956, p. 172) según la cual los analistas “con frecuencia dicen que tal o cual colega es rígido, dogmático o autoritario, pero nunca consideran que ellos mismos lo sean. La inferencia ineludible es que algunos de nosotros nos hemos refugiado en el dogma sin saberlo”.

El “narcisismo de las pequeñas diferencias”, que nos es penosamente familiar, es tan evidente y tan duradero que Freud se ocupó de él en reiteradas ocasiones a lo largo de sus escritos (1918, 1921, 1930). Es más, teniendo en cuenta la regularidad de esta predisposición a amarse uno mismo, dijo que esta conducta, “cuyo origen [es] desconocido, se querría atribuir a un carácter elemental” (1921, p. 102).

Desde luego, si la curiosidad no fuera alimentada por la investidura y el deseo personal de éxito, sería una motivación débil. La ambición personal no puede rechazarse ni es dable prescindir de ella; por el contrario, para que la ambición coadyuve al progreso, hay que domeñar la intensidad narcisista, dejar que madure la vanidad. El amor maduro por el otro, incluso por el conocimiento como otro ideal que es ajeno a uno, implica no la ausencia del narcisismo sino su maduración.

La tarea de explorar los impulsos —a veces convergentes y a veces divergentes— de la vanidad que lleva hacia adentro y de la curiosidad que lleva hacia afuera se complica debido a la inusual naturaleza de

nuestra labor. La tarea clínica es profundamente íntima, pero también profundamente solitaria. Al trabajar, debemos limitar nuestra autografitación, ya que en la privacidad de la sesión estamos inmersos, con cada analizando, en todas las emociones, desde la apatía hasta el ardor, y pasamos, hora tras hora y día tras día, del gris calmo al rojo encendido y al negro.

Para retornar de estos intensos momentos privados al mundo en general, necesitamos una adaptación considerable. Así como nuestros ojos tienen dificultades para adaptarse a la luz después de haber estado en la oscuridad, nuestro sentido de nosotros mismos tiene similares dificultades cuando debemos pasar de ser-en-el-consultorio a ser-en-el-mundo.

Cuando nos apartamos del diván, es fácil que nos olvidemos de dejar atrás la asimetría de la relación analítica; y cuando fuera del consultorio nos sentimos cuestionados, es igualmente fácil caer en la asimetría clínica del consultorio. En los debates con nuestros colegas, discusiones que sería bueno tener en terreno parejo, nos replegamos con harta facilidad en el sentimiento de superioridad adherido a una cierta postura interpretativa.

Freud enunció qué era lo ideal en este caso –tal vez sin tener conciencia de la cantidad de veces en que él no cumplió con dicho ideal–: “[...] el análisis no se presta a un uso polémico; supone la entera aquiescencia del analizado y la situación de un superior y un subordinado. Por tanto, quien emprenda un análisis con propósito polémico tiene que disponerse a que el analizado a su turno lo vuelva en contra de él, y así la discusión caerá en un estado en que no habrá posibilidad alguna de producir convencimiento en un tercero imparcial” (Freud, 1914, p. 49).

El aire de superioridad se difunde por todas partes. En las consultas institucionales, se pone de manifiesto cuando el respeto mutuo es reemplazado por el tono de una supervisión (Gabbard, comunicación personal) y aparece en la bibliografía cuando el pensamiento de un autor, presentado en su máximo vigor, se contrasta con concepciones contrarias presentadas bajo la más débil de las luces. Nuestros debates están colmados de estos fabricados adversarios de paja.

Inseguros de nosotros mismos, desvalorizamos al otro. De esa manera creemos defender nuestros intereses, cuando en realidad así no somos útiles ni a nuestra ciencia ni a nosotros.

Problemas vinculados con la dinámica grupal

El reconocimiento de estas falencias individuales nos lleva a ver sus efectos en el ámbito interpersonal. Los movimientos opuestos de la auto-

satisfacción narcisista y de la exteriorización curiosa reflejan el conflicto del individuo que desea distinguirse de los demás y, al mismo tiempo, obtener aceptación y promover la unión con ellos. Toda persona desea ser un individuo separado, singular, y a la vez anhela pertenecer, tener una identidad conocida y reconocida en relación con los demás. Inevitablemente, enfrentamos así los problemas de la dinámica grupal.

Antes de limitar nuestra atención a los grupos psicoanalíticos, es preciso admitir que estos son influidos por las culturas más amplias de las que provienen. A modo de ejemplo: el pasado colonial ha dejado como herencia en las ex potencias colonialistas la confianza en su poder y un aire de superioridad moral, en tanto que en aquellos que vivieron en un mundo sometido dejó como saldo el resentimiento desafiante frente al poder impuesto. Esto se traslada ineludiblemente a las dificultades que tienen los analistas provenientes de distintas culturas nacionales para tratarse unos a otros en un auténtico pie de igualdad. Con tales antecedentes históricos, cualquier intercambio de ideas puede sentirse como una lucha de poder, cualquier acuerdo, como un sometimiento. Aunque sea triste decirlo, tanto el prejuicio como las heridas narcisistas tienen “vidas medias”² muy prolongadas.

Una vez reconocido esto, retomemos la dinámica que se da dentro del universo analítico. Las ideas pueden nacer en un espléndido aislamiento, pero para que se conviertan en algo más que meras fantasías privadas deben ser sometidas a prueba por los demás. Con el fin de profundizar cualquier estudio que hagamos, restringimos nuestra atención a un determinado campo de interés, y en consecuencia nos apartamos del libre mercado. Más tarde, cuando regresamos con nuestras ideas a la liza pública, advertimos que debemos explicar cómo se desarrollaron. Entonces es lamentablemente sencillo sentir que ser cuestionado es ser atacado, sentirse poco valorado y ponerse a la defensiva, y a la postre replegarse en una provincia personal, apartado del contacto con los demás. Emocionados aún por el entusiasmo de lo que hemos descubierto, valorando nuestros avances todavía no aceptados por el público, en esos momentos el narcisismo supera a la curiosidad. Procuramos conseguir adhesiones a nuestros estrechos puntos de vista, y lo hacemos en nombre de lo nuevo, aunque muy a menudo lo hagamos al servicio del *self*.

2. *Half-lives*: Alude al tiempo en que se reduce a la mitad la cantidad de una sustancia propia o extraña en un organismo o sistema. [*N. del T.*]

El problema de las escuelas radicales

Comenzaré por el extremo de las escuelas radicales, donde la vanidad supera a la curiosidad de una mente abierta. Lo nuevo aprendido modifica la comprensión anterior al incorporarla al cuerpo colectivo del saber analítico, y una multiplicidad de comprensiones sustituye la voz individual, reemplazándola por los ricos contrapuntos de una sinfonía coral. Sin embargo, junto a las nuevas voces integradas al coro común, hay otras que insisten en mantenerse aparte, inflexibles en la valoración de sus solos como la música suprema que debe desplazar al resto.

A veces las nuevas ideas son realmente revolucionarias, la consecuencia de formas auténticamente novedosas de mirar y de pensar. Como miembros de uno de los grandes movimientos revolucionarios de la historia, los analistas tienen razones para valorar lo que es drásticamente diferente y para proteger la posibilidad de que se produzca. Pero la historia nos muestra una y otra vez que las causas revolucionarias son pervertidas en favor de algún beneficio personal. A esto, concretamente, me refiero cuando hablo de escuelas radicales.

Entiendo por “escuelas radicales”, no las formas nuevas o inusuales de pensar, sino las de aquellos entusiastas descontentos con la posibilidad de que incluso sus compatriotas más cercanos hayan transigido en cuanto a la supremacía exclusiva de sus nuevas ideas. Se trata de ideólogos apasionados que insisten en que sus opiniones sustituyen a cualquier otro conocimiento analítico. Llamar “radicales” a esos grupos no significa menospreciar lo que ellos *aportan*, sino que alude a su demanda de que sus aportes *reemplacen* a otras formas de ver. Toda contribución es enriquecedora, pero las demandas de exclusividad son destructivas. Por supuesto que los nuevos descubrimientos modifican las antiguas maneras de ver, pero cuando decimos “radicales” nos referimos a su insistencia en la primacía de las maneras propias.

Daré algunos ejemplos como muestra de un problema ubicuo. La psicología del yo ha aportado mucho a nuestra concepción de la forma en que se procesa lo inconsciente; en cambio, en su variante “radical” la psicología del yo haría que los clínicos se atuvieran solo a lo superficial, al modo en que la mente del paciente se observa a sí misma, sin aventurarse nunca en profundidades. Otro ejemplo: la psicología del yo ha aportado mucho a nuestra concepción de la forma en que una persona maneja su necesidad básica de reconocimiento y de regulación de la estima; pero en su variante “radical”, la psicología del yo se centraría tanto en las cuestiones vinculadas a la sintonización con los demás que dejaría de lado los conflictos inconscientes. Un tercer ejemplo: el hecho de prestar atención al aquí y ahora de la interpretación trans-

ferencial puede mejorar nuestra capacidad clínica; en su variante radical, lo que podría llamarse la “consideración del presente” repudiaría todo interés por el pasado como algo perjudicial para nuestra disciplina. La lista continúa.

El espléndido aislamiento puede intensificar un foco de atención para posibilitar exploraciones y comprensiones cada vez más profundas. No obstante, la insularidad, la dificultad para reconectarse con un saber más amplio, da por resultado un aislamiento hermético que nada tiene de espléndido, y que convierte a las escuelas en escuelas radicales, y a las escuelas radicales en cultos. En tales circunstancias, la autosatisfacción ahoga la curiosidad auténtica. Cuando la apertura mental es reemplazada por la rigidez narcisista, a los analistas les pasa lo mismo que a los revolucionarios franceses, de quienes se decía que habían construido sus prisiones con las piedras derrumbadas de la Bastilla.

Freud sabía cuán difícil es la autocrítica válida. En una carta a Ferenczi (citada en Brabant *et al.*, 1994, p. 227), le decía: “La autocrítica no es una virtud agradable, pero junto a mi coraje es lo mejor que tengo”. Abrirse a otras concepciones contrastantes no solo no significa traicionar los puntos de vista propios, sino que en realidad los fortalece.

Problemas entre las escuelas

Sin embargo, es natural y provechoso que nos unamos para formar escuelas. Inseguros en nuestra creatividad solitaria y vulnerables a la reacción de los demás, nos volvemos en busca de apoyo hacia los colegas que piensan como nosotros. Esta búsqueda de ayuda para el desarrollo de nuestras perspectivas nos torna susceptibles a las críticas de los extremistas, por un lado, y a la seducción inspiradora de las figuras carismáticas, por el otro. Para ayudar a que crezca nuestra capacidad de autocrítica necesitamos que los otros sean confiables, respetuosamente sinceros, así como estamos obligados a ser respetuosos cuando cuestionamos lo nuevo.

Aun cuando las escuelas no se radicalicen, por fuerza adoptan posturas diferentes, a veces opuestas. Las contradicciones no deben negarse ni tampoco ser integradas a la fuerza. En lugar de aceptar que los puntos de vista contrarios a los propios pueden sustentarse válidamente junto a estos, nos tienta replegarnos a la seguridad de una ortodoxia privada. Comienzan entonces las luchas partidarias, batallas semejantes a las de aquellos químicos que disputaban si lo que le da al agua su sabor es el hidrógeno o el oxígeno.

Esta dificultad tan conocida fue examinada por Gabbard (2007) en

su crítica incisiva de la ideología como repliegue frente a las demandas del principio de sobredeterminación. Dado que para la comprensión total ningún punto de vista único es suficiente, olvidar que los puntos de vista que gozan del favor propio han sido abstraídos de la totalidad de la experiencia es una falta de respeto por la determinación múltiple. Gabbard reconocía el papel de la teoría como metáfora en la organización del pensamiento, pero también puntualizaba las limitaciones de las metáforas, dejando en claro que las teorías derivadas de ellas se derrumban inevitablemente. El repliegue defensivo en la ortodoxia arraiga en la tentación universal de proteger el sentimiento de certeza y la identidad personal que depende de dicha certeza.

Nuestra historia está colmada de teorías hipertrofiadas, que comenzaron siendo conceptos extraídos de la experiencia y se transformaron en orgullosas declaraciones de identidad. Lo vemos cuando una teoría se presenta como estandarte que distingue a un grupo de otro, cuando el debate sobre lo observado se sustituye por una política de la identidad. Tanto en el caso de los grupos como en el de los individuos, lo destructivo no es la identidad narcisista sino su forma inmadura, en la que la vulnerabilidad de la autodefinición lleva a rehuir la capacidad de amar un ideal común.

El desarrollo de diferentes escuelas puede provocar problemas derivados de: 1) la “mentalidad provinciana”; 2) la dinámica grupal y la estructura de las organizaciones, y 3) el efecto de las nuevas ideas y de los nuevos grupos en el lenguaje. Diré solo unas pocas palabras sobre cada uno de estos aspectos.

1. Problemas derivados de la mentalidad provinciana

La incertidumbre ansiosa que genera la creatividad estimula a presionar en favor de la lealtad del grupo. Como consecuencia, un grupo nuevo, vulnerable a la reacción de las fuerzas tradicionales o conservadoras, tiene la tendencia regresiva a retrotraerse a aquella antigua posición evolutiva en que lo bueno era lo de adentro y lo malo, lo de afuera.

Si un trabajo presentado a una revista científica por un integrante del grupo no es aceptado, se infiere que el *establishment* es cerrado y hostil al grupo. Unidos en su aislamiento, los nuevos luchadores hablan mayormente entre sí. Con el fin de encontrar una salida para sus trabajos, crean su propia revista, con lo cual la exposición de su pensamiento a la comunidad general disminuye aun más. A continuación, los colegas más jóvenes del mismo grupo ven que pueden promoverse publicando en la revista de este, y consideran que esas revistas

de circulación limitada son ventajosas para el avance interno del grupo.

Como resultado de esto, se ven perjudicados tanto el grupo circunscrito como la comunidad más amplia. La mentalidad provinciana del nuevo grupo lo exime de tomar en cuenta cabalmente las ideas conflictivas desarrolladas por otros, y a la comunidad analítica global se le niega el beneficio de conocer esos nuevos trabajos, así como la oportunidad de reevaluar y actualizar sus conocimientos anteriores. Algunas revistas nuevas decaen y mueren, en tanto que otras pasan a ser parte del orden establecido y, con el tiempo, son valoradas por su nivel y la riqueza de sus aportes.

Consecuencia de esto es el surgimiento, en nuestra bibliografía, de dos capas, una más amplia y otra más circunscripta, ambas necesarias y valiosas. Las que podríamos llamar publicaciones convencionales, como *International Journal of Psychoanalysis*, *Journal of the American Psychoanalytic Association* y el sitio web *PEP*, tratan de brindar una audiencia amplia y equitativa a todas las escuelas. Otras revistas, como *Psychoanalytic Quarterly*, *Psychoanalytic Dialogue* y *Contemporary Psychoanalysis* (junto a muchas más), brindan una expresión más circunscripta a los puntos de vista de cada cual. (Supongo que en otras lenguas ha tenido lugar un proceso semejante). Ambas capas son necesarias, ya que se complementan mutuamente.

2. Problemas derivados de las organizaciones

Más allá de las revistas, las propias organizaciones, a la vez que facilitan la comunicación, lamentablemente también complican los problemas provenientes del afán de exclusividad y del aislamiento.

El *establishment* analítico no es el movimiento analítico. Ambos son vitales, y componen una pareja a la vez simbiótica y conflictiva. El primero es indispensable para organizar en forma eficiente el intercambio, mantener a la formación analítica apartada de las idiosincrasias del sistema de los aprendices, hacer cumplir las normas. El *establishment* es conservador, y es preciso que lo sea. El movimiento analítico, en cambio, debe cuestionar de manera irrestricta todas las formas de pensar y actuar establecidas. Es subversivo, y es preciso que lo sea.

La tensión existente entre el *establishment* y el movimiento es un signo de vida, y el análisis florece mejor cuando estas dos corrientes mantienen un equilibrio operativo. Si una de ellas arrolla a la otra, se perjudica el campo en su conjunto. Un *establishment* de poder excesivo conduce a la rigidez y a la ausencia de descubrimientos; si, en cambio, es demasiado débil, genera libertinaje, más que libertad, en el movi-

miento analítico; la disciplina intelectual se relaja y prospera el análisis silvestre. Por su parte, si el movimiento analítico se caracteriza por una debilidad excesiva, genera estancamiento conceptual y, a la postre, *rigor mortis*. Las nuevas ideas nos empujan hacia adelante, al par que la verificación de las pruebas nos protege del análisis silvestre.

Esta tensión entre el *establishment* y el movimiento colorea, asimismo, la forma en que los analistas se tratan unos a otros. Así, no sorprende escuchar a los analistas decir que, en los congresos y convenciones, aprenden más en los pasillos y en las mesas de los cafés que en las salas de exposiciones. Cuando colegas pertenecientes a distintas escuelas conversan de modo informal (a veces sienten incluso que lo hacen subrepticamente), tienen una sensación de seguridad que permite que su intercambio sea franco y abierto.

Buen ejemplo de ello es la serie de debates realizados a lo largo de varios años con el título de *Confrontaciones* y que fueron más tarde publicados como *Cahiers Confrontations*. En una época en que el psicoanálisis francés parecía fragmentado, analistas de diferentes escuelas se reunieron de manera independiente e informal, al principio en un pequeño grupo y en el propio consultorio del organizador. Libres de las presiones competitivas de sus respectivas sociedades, las reuniones se fueron ampliando y se transformaron en un intercambio de ideas cada vez más sincero y fructífero.

Se aprecian resultados semejantes en otros grupos, en los que analistas de diferentes asociaciones se reúnen también de modo informal para dialogar, en un marco ajeno a la posición de cada uno, su promoción o las posibles referencias. Las personas exponen sus propias incertidumbres y escuchan mejor las ideas ajenas cuando no está presente nadie que tenga mucho poder. Dada nuestra experiencia clínica, esto no debería ser motivo de asombro.

Las organizaciones sensatas reconocen que, al favorecer así los debates interculturales privados, *en forma separada* de la estructura de poder de la propia organización, no solo no corren peligro sino que se fortalecen ellas y el psicoanálisis en general. El hecho de estar “en privado” importa.

3. Problemas derivados del lenguaje

Tal vez el lenguaje sea el mayor invento de la humanidad, pero es también el más diabólico. Podría decirse que es el aprendiz de brujo de los seres humanos. Cuando se le preguntó al médico de Molière por qué el opio causaba sueño, contestó que era porque contenía “un

principio dormitivo”. A veces, ponerles un nombre a las cosas pasa a ser un sucedáneo de su cuestionamiento, una forma de adormecer la propia mente. Un nombre no es una explicación, pero en ocasiones los nombres que les damos a los procesos y teorías construidos a partir de dichos nombres van mucho más allá de los datos y pruebas de los que surgieron.

Nuestra fragmentación en escuelas ha dado lugar a la complicación paralela del deterioro de la lengua común, convertida en una multiplicidad de dialectos. Nos definimos por el lenguaje que usamos, y lo hacemos de manera defensiva. Recuerdo que en cierta ocasión un amigo norteamericano tomó de la mesa un cuchillo y dijo: “Es gracioso. Los franceses lo llaman *un couteau*, los alemanes *ein messer*, y nosotros *a knife*... ¡y eso es exactamente lo que es!”.

Teniendo en cuenta las múltiples traducciones que necesitamos para convertir en palabras nuestros sentimientos internos, así como la índole siempre cambiante de las palabras, es sorprendente que podamos comunicarnos tan bien. De hecho, el problema del lenguaje se presenta aun cuando pertenezcamos a un mismo grupo y pensemos que hablamos el mismo. No hay dos personas que hablen el mismo lenguaje; lo que ocurre es que su sentido de la denotación y la connotación de las palabras es compartido lo suficiente como para que puedan transmitirse ideas, en general con un grado notable de eficacia. Sí, pero solo “en general”.

Se dan fallas en la comunicación incluso con aquellas palabras que creemos comunes. Las palabras cambian con el uso, de modo tal que términos que venimos usando desde antaño tienen hoy diferentes implicancias. La palabra ego [yo] parece tan simple, y ha estado presente desde el comienzo de nuestra historia común... Sin embargo, cuando se la utiliza, algunos entienden “segunda tópica”, otros entienden *self*, hay quienes escuchan “funciones mentales ejecutivas” y hay quienes escuchan “vanidad”. Términos que en su juventud tenían toda la fuerza de su especificidad se debilitan con los años, y se corrompen, convirtiéndose en polémicas palabras en código. Si en nuestro vocabulario común se presentan estas complicaciones, ¿qué grado de optimismo podemos tener en cuanto al uso de palabras que designan fenómenos descubiertos hace muy poco?

La dificultad se acrecienta cuando hablamos con colegas que están fuera de nuestro círculo íntimo, por más que pertenezcan a la misma sociedad psicoanalítica. Y no hablemos de nuestra comunicación con colegas pertenecientes a otras culturas analíticas. Procedemos, ingenuamente, como si habláramos el mismo lenguaje, por el solo hecho de que empleamos las mismas palabras.

Boesky (2008) ha descripto la imposibilidad de encontrar una piedra de Rosetta para nuestra Babel pluralista. A veces usamos el lenguaje con el fin de exponer y a veces con el fin de esconder. A veces usamos nuevas palabras para nombrar fenómenos recién descubiertos y a veces obligamos a prestar servicio a antiguos términos para designar nuevas ideas. Por añadidura, a veces empleamos distintas palabras para el mismo fenómeno, y (lo que no es menos perturbador) a veces usamos la misma palabra para referirnos a un conjunto diferente de fuerzas, que tienen un conjunto diferente de implicancias. Las dificultades abundan. La tentación de acuñar nuevas palabras teóricas siempre entraña un peligro, y uno de ellos es que esconde nuestra ineptitud para enunciar con suficiente claridad el nuevo pensamiento en el lenguaje corriente.

Narcisismo y curiosidad

¿Hay algo, en esta reseña de dificultades, capaz de promover nuestro crecimiento permanente? Por fortuna, nuestras virtudes son mayores que nuestros defectos, y Freud (1914) sabía lo que decía cuando adoptó como lema para el movimiento psicoanalítico el de la ciudad de París: *Fluctuat nec mergitur* (Las olas lo sacuden pero no naufraga).

Nuestra tarea consiste siempre en exponer y explorar las fuerzas ocultas que están por detrás de nuestras dificultades, y en este panorama las dos fuerzas siempre presentes son el narcisismo y la curiosidad. El primero nos habla de investiduras emocionales que apuntan hacia adentro, en tanto que la segunda se refiere a las que apuntan hacia afuera, aun cuando enfrenta fuerzas inconscientes que están más allá del propio *self* consciente. El narcisismo y la curiosidad, lo interno y lo externo, van siempre juntos, como dos hermanos siameses, aunque estén en conflicto mutuo.

Nuestros estudios del narcisismo —que comenzaron con Freud, se intensificaron con Kohut, y a los que contribuyeron luego todas las escuelas— son demasiado complejos como para resumirlos aquí. Hay, empero, dos puntos relevantes. Uno es la seguridad básica, la necesidad de un centro que se mantenga para que uno sea capaz de aventurarse más allá. Si dicho centro es atacado, uno se defiende por reflejo; dicho de otro modo, uno solo puede abrirse al desacuerdo si siente que su esencia no está amenazada.

El segundo punto es que el narcisismo sigue su propia evolución a lo largo de un continuo que va de lo primitivo y lo inmaduro a lo maduro. Se ha dicho, por ejemplo, que un padre o madre siente mayor dolor si un hijo es amenazado que si el dolor se cierne sobre él o ella, por la pro-

yección del narcisismo. Pero esta manera de hablar es engañosa; sería más correcto decir que la capacidad de amar del progenitor va más allá de su *self* inmediato. El narcisismo maduro es útil al *self* al valorar al otro, al cuidar a los demás y al ocuparse de ideales que están más allá de uno mismo. La seguridad básica permite forjarse un sentido suficiente del *self* como para poder explorar lo que está más allá de las estrechas preocupaciones propias. Como dijo Lao Tsé, ser amados profundamente por alguien nos fortalece, en tanto que amar profundamente a alguien nos da coraje.

También la curiosidad tiene un complejo derrotero propio de evolución. Ya está presente en el bebé que investiga el pecho de su mamá y su propia manito. En tanto y en cuanto el desvalimiento del bebé no sea tan avasallador como para quebrar su organización, el niño se prolonga fuera de sí para aprender cosas sobre el mundo. Desea tanto conocerlo como tener poder sobre él. Al despertar la conciencia de la diferencia entre uno mismo y el otro, la curiosidad suscita estas dos preguntas: “¿Quién soy yo?” y “¿Cómo sería ser otro?”.

Como sucedió con el narcisismo, desde que Freud se ocupara de la curiosidad sexual, pasando por los que luego reflexionaron sobre el instinto de dominio, hasta los actuales conceptos sobre la pulsión de saber, todas las escuelas hicieron su aporte para el conocimiento de la curiosidad. Pero debemos tener presente nuestra advertencia anterior acerca de las dicotomías simplistas y evitar establecer entre el narcisismo y la curiosidad una distinción demasiado neta. Para el bebé que toma el pecho, como para el analizando en análisis, la búsqueda y la satisfacción, la pulsión y la experiencia definitoria conforman una unidad. En el proceso de creación de significado, las preocupaciones del *self* y la experiencia de los otros son también una misma cosa. Nunca pueden separarse del todo la satisfacción con uno mismo y el hecho de tenderse hacia el exterior, con curiosidad por el mundo que está más allá de uno.

¿De qué forma se aplica esto a nuestros problemas institucionales y a nuestro deseo de compartir y de aprender, de modo que avance el psicoanálisis? El afán de curiosidad que tiene el narcisismo maduro es una puerta de entrada a nuestro diálogo universal. La experiencia y la madurez nos enseñan que se nos escucha mejor cuando, por nuestra parte, escuchamos mejor. Más aun, cuanto más abiertos estemos al otro, más cabalmente seremos definidos como “nosotros mismos”. Como dijo muy bien Shevrin (2000): “Si Descartes viviera, habría escrito ‘*Escucho*, luego existo’”.

También aprendemos que debemos convivir con la ironía, con la aguda conciencia de que todo crecimiento implica pérdida. A medida que el niño, sintiéndose seguro, cobra mayor conciencia del mundo externo,

ese conocimiento lo hace percatarse de su finitud, y a la larga, de su condición mortal. Pero si se goza de seguridad suficiente, es posible la aceptación, la autorrespetuosa modestia basada en un centro que permanece. Para que el narcisismo madure, no solo son necesarias la seguridad básica, el sostén y la contención: igualmente esenciales son el reconocimiento y la consideración, saberse escuchado y respetado por el otro. Solo sobre la base de una confianza semejante puede prosperar sólidamente la curiosidad, el afán de saber y de participar en el mundo, predispuesto a arriesgarse a la incertidumbre.

Independientemente de que predomine el narcisismo o la curiosidad, el camino que lleva de lo infantil a lo maduro no es nunca una vía regia: está signado por las encrucijadas, los baches y los desvíos. El sentimiento de extrañeza ante el universo en que uno nació plasma siempre el *self*. La extrañeza que provoca la otredad, aun cuando sea suavizada por la confianza que deriva de la seguridad del amor temprano, colorea la búsqueda del lugar de cada cual en el mundo, en una interacción continua entre la definición de uno mismo y la consideración por el otro. Pese a la capacidad defensiva que da el narcisismo, pese a las fantasías infantiles de omnipotencia y de presunta omnisciencia, el mundo (incluido el interno) sobrepasa la propia capacidad de comprensión y de dominio. La confianza, vaciada de vulnerabilidad, es una confianza ignorante. Explorar es correr riesgos. Abrirse al otro, en cualquier tipo de congreso o congregación,³ equivale a ser vulnerable.

Como nadie puede saber todo lo que hay que saber y ninguna palabra es la última palabra, el coraje de nuestras convicciones solo puede ser el coraje de nuestras convicciones temporarias. El orgullo con que a veces presentamos nuestras teorías sugiere el temor a la incertidumbre y la ansiedad que nos provoca sentirnos menoscabados si aceptamos la influencia ajena. La palabra “logro” implica haber completado algo, pero reconocer que nuestros logros solo pueden referirse a lo que sabemos *hasta ahora* no tiene por qué disminuirnos. La ciencia nunca *es*, siempre *deviene*.

Los antiguos exclamaban *Eureka!* cuando lograban un avance científico, con la misma satisfacción con que decimos “¡Ajá!” en un psicoanálisis clínico. Ambos son motivos de orgullo, pero es bueno que sean seguidos por la admisión de que, pese a que son momentos maravillosos, nunca significan el final de la comprensión. Todo nuevo *insight*, como toda interpretación novedosa, es a la vez un suceso digno de ser

3. Probable juego de palabras. El autor usó únicamente la palabra *congress*, pero esta tiene el doble significado que aquí hemos explicitado; y el primero de ellos sin duda alude al Congreso donde se leyó este trabajo (IPA, 2009). [N. del T.]

conmemorado y un nuevo comienzo. Cada avance reafirma la posibilidad de que haya ulteriores avances, pero para ello el brillo del éxito no tiene que encandilarnos e inmovilizarnos en una actitud presuntuosa.

Así pues, para terminar, quisiera dejar plantado un letrero indicador que muestre el camino hacia un futuro estudio: el de las fuerzas intrapsíquicas e interpersonales que impiden al individuo sentirse confiadamente vulnerable al servicio de una mentalidad abierta. Si el narcisismo y la curiosidad exploratoria crecen juntos, si el placer que brinda la generación de cosas nuevas supera al orgullo que da el prestigio, más podremos crecer nosotros y nuestra disciplina. Si en nuestra ciencia o en nuestra labor clínica falla ese amor creativo de la curiosidad, estamos ante una señal de que debemos dar un paso atrás y explorar las causas de dicho cambio. Nosotros y nuestra ciencia alcanzaremos nuestra más rica prosperidad cuando la enseñanza recíproca y el aprendizaje recíproco vayan realmente tomados de la mano.

Resumen

Pese a la sensibilidad clínica que evidencian los psicoanalistas cuando se trata de escuchar a sus pacientes, no se escuchan ni hablan entre sí con una mentalidad abierta y respetuosa. En este trabajo se examinan los factores subyacentes en esta situación, en particular la interacción de las motivaciones narcisistas dirigidas a uno mismo y las motivaciones de la curiosidad dirigida al exterior. Entre los problemas de la comunicación institucional se consideran las limitaciones estructurales de la mente humana (como la necesidad de abstraer aspectos de la experiencia para focalizar en ellos la atención, así como la tendencia de la mente a pensar en forma de categorías), los derivados del psicoanálisis individual (como la vulnerabilidad de la autoestima) y los vinculados con la dinámica grupal (los provenientes de las nuevas ideas y la adhesión que generan, la “mentalidad provinciana” y el desarrollo de escuelas radicales, así como la rivalidad entre las escuelas). También se destacan los efectos de las influencias culturales y de la determinación múltiple en el uso del lenguaje. Se ve un hilo común en la finitud del individuo y en su sentimiento de extrañeza ante el Universo y ante la presencia de los otros.

DESCRIPTORES: APRENDIZAJE RECÍPROCO / COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL / NARCISISMO / CURIOSIDAD / INSULARIDAD / MENTALIDAD ABIERTA / “MENTALIDAD PROVINCIANA” / ESCUELAS RADICALES / PENSAMIENTO DUALISTA / RIVALIDAD CIENTÍFICA / PROBLEMAS DEL LENGUAJE / EXTRAÑEZA ANTE LA OTREDAD

Summary

PROBLEMS OF COLLEGIAL LEARNING IN PSYCHOANALYSIS: NARCISSISM AND CURIOSITY

Despite clinical sensitivity when listening to patients, analysts have not fared well in hearing and talking to each other with respectful open-mindedness. Underlying factors are considered with particular focus on the interplay between self-aimed forces of narcissism and outward aimed forces of curiosity. Included in examination of problems of collegial communication are limitations structurally inherent to the human mind (such as the need to abstract aspects of experience in order to focus attention plus the mind's tendency to categorical thinking), those derived from individual psychology (such as vulnerability of self esteem), and those related to group dynamics (such as the problems attendant to new ideas and the allegiances they stir, parochialism and the development of radical schools, the competitiveness between schools). The contribution of cultural influences and the multiply determined uses of language are also highlighted. The core sense of smallness in the strangeness of the Universe and in the presence of others is seen as a common thread.

KEYWORDS: RECIPROCAL LEARNING / COLLEGIAL COMMUNICATION / NARCISSISM / CURIOSITY / INSULARITY / OPEN-MINDED / PAROCHIALISM / RADICAL SCHOOLS / DUALISTIC THINKING / SCIENTIFIC COMPETITION / PROBLEMS OF LANGUAGE / STRANGENESS OF OTHERNESS

Bibliografía

- Boesky, D. *Psychoanalytic disagreements in context*. Londres, Jason Aronson, 2008.
- Freud, S. (1910). Carta a Sándor Ferenczi, 17 de octubre de 1910. En: E. Brabant, E. Falzeder y Giampieri-Deutsch (eds.). *The correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi*, vol. I, 1909-1014, Cambridge, Belknap Press, p. 227.
- (1914). "On the history of the psycho-analytic movement". S. E., XIV, pp. 7-66.
- (1918). "The taboo of virginity. (Contributions to the psychology of love. III)". S. E., 11, pp. 193-208.
- (1921). *Group psychology and the analysis of the ego*. S. E., XVIII.
- (1927). *The future of an illusion*. S. E., XXI.
- (1930). *Civilization and its discontents*. S. E., XXI.
- Gabbard, G. "Bound in a nutshell: Thoughts on complexity, reductionism, and 'infinite space'". *Int. J. Psychoanal.* 88, 2007, pp. 559-74.
- James, C. *Cultural amnesia*. Nueva York, W. W. Norton, 2007.
- Poland, W. *Melting the darkness: The dyad and principles of clinical practice*. Northvale, Jason Aronson, 1996.
- Shevrin, H. Debate inédito en *Estates General*, París, 2000.
- Stoppard, T. *The Invention of Love*. Nueva York, Grove Press, 1997.
- Wheeler, A. "The vocational hazards of psycho-analysis". *Int. J. Psychoanal.* 37, 1956, pp. 171-184.

(Este trabajo fue seleccionado para su publicación el 15 de noviembre de 2008)

La pragmática como trasfondo ineludible. Crítica de la hegemonía del lenguaje y de la idea de cientificidad en la filosofía de Wittgenstein

*Jorge L. Ahumada (Buenos Aires)

Discutir las ideas de Wittgenstein no es empresa fácil, sobre todo para quienes no tenemos formación filosófica. Ubico pues mi aporte en la interfase desde el psicoanálisis hacia la filosofía, buscando articular convergencias y divergencias, e intentando deslindar terrenos entre el psicoanálisis y las filosofías.

En el universo anglosajón, Wittgenstein se ubica en el origen del “giro lingüístico” de las filosofías de la segunda mitad del siglo xx. Su formación inicial —es preciso resaltarlo— fue como ingeniero en el sur de Alemania, y luego se especializó en aeronáutica en Manchester; años después, en Cambridge, se acercó a la lógica bajo la égida de Bertrand Russell. No tuvo una educación filosófica convencional y recién después de 1930, luego de su retorno a Cambridge, se convirtió en filósofo del lenguaje; empero suele considerársele el filósofo más influyente del siglo. De él dijo un filósofo norteamericano que es un enigma carismático.

Para algunos existe un primer Wittgenstein, autor del *Tractatus*, y un segundo Wittgenstein, autor de las *Investigaciones filosóficas* publicadas después de su muerte, mientras que para otros tal distinción implica un malentendido de base. Como sucedió con Hegel y también con Kojève, existe hoy una derecha wittgensteiniana centrada en la obediencia a las “reglas del lenguaje”, y una izquierda wittgensteiniana para la cual su obra es una apertura hacia el constructivismo social.

Que aun para sus partidarios sus escritos resulten “escandalosamente oscuros” (Lynch, 1992a, p. 225) no facilita la consideración crítica; menos todavía que, de acuerdo con su biógrafo Ray Monk, Witt-

* Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
Dirección: Avda. Las Heras 2063, 5° “A”, C1127AAC, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. jahumada@elsitio.net

genstein seguía su inspiración de cada instante, con lo cual al abordar la consideración de sus ideas se corre el riesgo de hallarse en la situación de un miembro prominente del Círculo de Viena, Friederich Waismann, en 1934, intentando escribir un libro conjunto. Comenta en una carta: “Posee el enorme talento de ver siempre las cosas como por primera vez. Creo que esto te dará a entender lo difícil que es colaborar con él, ya que siempre sigue la inspiración del momento y destruye todo lo que anteriormente había bosquejado [...] lo único que se ve es la estructura destruida pedazo a pedazo, y que todo va tomando un aspecto del todo distinto, de manera que uno tiene la sensación de que da completamente igual que se reúnan o no esos pensamientos, pues al final no quedará nada de ellos” (Monk, 1990, p. 316).

Aun así, el hecho de que el peso del giro lingüístico del cual es pionero mantiene una relevancia mayor en los ámbitos académicos y aun dentro del psicoanálisis obliga a intentar una discusión detallada de sus puntos de partida, para no decir de sus *a priori* de base. Pienso que el filósofo norteamericano Thomas Nagel (1989), quien en sus días de estudiante se dedicó con pasión a la lectura de Wittgenstein, da en la tecla en cuanto al atractivo que despierta diciendo que su lectura le daba a uno la impresión de sumergirse en temas tan profundos que apenas podía respirar, y, sobre todo, un sentimiento de que era difícil, casi imposible, expresar la verdad. Prueba de esto, dice, es que Wittgenstein solo logró llevar a punto de publicación una mínima parte de sus escritos.

Intereses y métodos de Wittgenstein y de Freud

Valga partir de las diferencias en los intereses de Freud y de Wittgenstein en cuanto a lo que consideraban como metodologías válidas. Mientras que el método freudiano apunta al campo de indagación de lo psíquico ampliando el contexto de lo evidencial, Wittgenstein no se interesa en lo psíquico como tal sino en *la certeza de los enunciados*. De esos temas me ocupé ya (1995), centrándome en la polémica realismo-antirrealismo en cuanto al rol de la pragmática y a la inclusión de lo corporal, apoyándome en un filósofo de Oxford, Simon Blackburn.

Sin intentar resumir lo allí escrito, señalo que Freud toma como marco de la cuestión de la significación la primacía de una pragmática extralingüística de la relación, primordialmente inconsciente, afectiva y corporal, que según el punto de vista que adopte llama con los nombres de representación-cosa (*Dingvorstellung*) y de involucración (*Besetzung*); que para Freud el pensamiento es fundamentalmente inconsciente, haciéndose consciente por momentos y solo en parte, y que adjudica a

las palabras la función de facilitar el acceso a la conciencia. Desde el punto de vista del conocimiento, Freud es un falibilista conceptual que otorga primacía a la observación en la génesis del conocimiento, alguien para quien, asevera, las teorías no constituyen los cimientos sino el coronamiento del edificio y pueden ser descartadas sin mayor costo. Tal primacía de la observación en Freud continúa y amplía en el campo de lo psíquico, en las huellas de Aristóteles, de Whewell, de Peirce y de Darwin, el método general de las ciencias descriptivas y también el tronco observacional de la tradición médica, desde Galeno en adelante.

Wittgenstein, en cambio, sin renegar del todo de la empiria –pues habla de “proposiciones experienciales” cuya verdad o falsedad dependerá de lo observado–, descarta que accedamos a ganar conocimiento genuino en nuestras situaciones cotidianas.

Así, en su postura final en las *Investigaciones filosóficas* (1953) sostiene que su investigación se ubica en la línea de la significación universal de la lógica, y afirma que la lógica indaga la esencia de todas las cosas en su fundamento y no debe ocuparse de si lo que sucede efectivamente es de tal o cual manera. Su investigación, por ende, “nace no de un interés por los hechos del acontecer natural, ni de la necesidad de captar conexiones causales, sino de una aspiración a entender el fundamento, o esencia, de todo lo que la experiencia enseña. Pero no como si debiéramos captar para ello nuevos hechos: es más bien esencial a nuestra investigación el que no queramos aprender nada *nuevo* con ella. Queremos *entender* algo que ya está patente a nuestros ojos. Pues es *esto* lo que, en algún sentido, parecemos no entender” (p. 111). Y enseguida continúa: “Nos parece como si tuviéramos que *penetrar* los fenómenos: nuestra investigación, sin embargo, no se dirige a los fenómenos sino, como pudiera decirse, a las *posibilidades* de los fenómenos. Nos acordamos, quiere esto decir, del *tipo de enunciado* que hacemos sobre los fenómenos [...]. Nuestro examen es por ello de índole gramatical. Y este arroja luz sobre nuestro problema quitando de en medio malentendidos” (p. 113). Más adelante agrega: “Esto se expresa en la pregunta por la esencia del lenguaje, de la proposición, del pensamiento [...]. ‘*La esencia nos es oculta*’: esta es la forma que toma ahora nuestro problema. Preguntamos: ¿‘*Qué es el lenguaje*’, ‘*Qué es la proposición*’? Y la respuesta a estas preguntas ha de darse de una vez por todas, e independientemente de cualquier experiencia futura” (p. 115).

La investigación que propone en las *Investigaciones filosóficas* es, pues, “de tipo gramatical”, aunque como podemos apreciar suele usar los términos lógica y gramática en forma intercambiable. Ya tres décadas antes, en el *Tractatus*, sostenía con vigor el íntimo vínculo de lógica y lenguaje: “en el lenguaje corriente es muy frecuente que [...] una

palabra que significa de dos formas distintas [...] o dos palabras que significan en forma diferente, se apliquen de un mismo modo en una proposición [...]. Surgen así con facilidad las más fundamentales confusiones (de las cuales está llena toda la filosofía).

Para evitar esos errores deberemos emplear un simbolismo que los excluya [...] un simbolismo, pues, que siga la gramática *lógica* –la sintaxis lógica” (1922, p. 559).

Sucede que, en tanto y en cuanto para Wittgenstein la esencia debe ser inmediatamente accesible de una vez y para siempre, se cancela como cuestión de principio la búsqueda e indagación de nuevas evidencias. Pero en tal caso, advierte el lógico inglés Max Black (1961), ocurre que el lenguaje (y agregaría, la lógica misma) deviene ontología de base. Señalar que en lo que al lenguaje concierne “nos enredamos, por así decirlo, en nuestras propias reglas” (Wittgenstein, 1953, p. 129), y que “debe tenerse en cuenta que el juego de lenguaje es, por decirlo así, impredecible. Quiero decir: no se basa en fundamentos. No es razonable (ni irrazonable). Está ahí –como nuestra vida–” (Wittgenstein, 1969, p. 73e), no le impide sin embargo plantearse una meta singularmente ambiciosa al sostener que “la claridad a la que aspiramos es en verdad *completa* [...] los problemas filosóficos deben desaparecer completamente” (1953, p. 133).

Una manera de encarar la cuestión de la hegemonía del lenguaje, contrastándola con lo que me parece que es la postura de Freud –y con mi propia postura– es examinar los escritos de Wittgenstein recopilados con el título de *Sobre la certeza* indagando en qué medida estas notas finales, redactadas en sus últimos dieciocho meses de vida, pueden ayudar a echar luz sobre la cuestión. *Sobre la certeza* gira en torno a dos trabajos de quien fuera mentor principal de Wittgenstein en Cambridge, George Moore, que fueron presentados respectivamente en 1939 y 1941: “Pruebas de un mundo externo” y “Sobre la certeza”. Mi interrogación indaga en qué medida la asunción de una hegemonía del lenguaje deja traslucir en dicho texto, pese a la intención de Wittgenstein y en calidad de trasfondo ineludible, la existencia de una pragmática de la relación.

En *Sobre la certeza*, Wittgenstein retoma tres frases de George Moore, de las cuales la primera y la más famosa, a la que me ceñiré aquí, es: “Esta es una mano y esta es otra mano”. Ubicarla en su contexto nos retrotrae a su conferencia de 1939, donde presenta su postura en contraposición con las filosofías idealistas ya en boga entonces. Moore inicia su conferencia partiendo de lo más evidente: “Como pueden ver, estoy en una habitación y no al aire libre; estoy sentado, no parado ni acostado; estoy vestido y no completamente desnudo; les hablo en voz bastante fuerte, y no estoy cantando, susurrando ni en silencio; tengo

en mis manos unas hojas de papeles escritos; hay muchas otras personas conmigo en el cuarto; y hay ventanas en esta pared y una puerta en aquella otra.

He hecho pues una serie de enunciados en forma bien positiva, como si no hubiera duda de que son verdaderos. Aunque no afirmé explícitamente que cualquiera de estos enunciados era no solo una verdad sino además una certeza, impliqué, sin afirmarlo expresamente, que tenía certeza de ellos [...] no pienso que pueda acusárseme con justicia de dogmatismo o de exceso de confianza por haber afirmado positivamente esto tal como lo hice” (1941, p. 227).

Se alza pues Moore ante quienes sostienen que en lo concerniente a una proposición contingente –que Wittgenstein llama proposiciones experienciales– no podemos saber que sea verdadera. Retoma ahí sus conclusiones planteadas dos años antes, en “Prueba de un mundo externo” (1939, p. 150): que no hay nada que podamos conocer con un grado de seguridad mayor que aquella que logramos ante el hecho de que esta es una mano y esta es otra mano, y que sabemos muchas cosas que no podemos demostrar.

Resulta obvio que en la pragmática cotidiana nuestras diarias acciones y decisiones se apoyarán sobre conocimientos que podremos justificar pero no probar. Tal presencia ineludible de la pragmática como trasfondo se vuelve explícita en Wittgenstein en diversos acápites de *Sobre la certeza*. Así, en los acápites 510 y 511:

“510. Si digo ‘Por supuesto que sé (*know*) que eso es una toalla’, estoy haciendo un *enunciado*. No tengo pensamiento alguno de justificación. Es para mí un enunciado inmediato.

No pienso en términos de un pasado o de un futuro (y desde ya, lo mismo le ocurre a Moore).

Es como tomar (*take hold*) directamente algo, tal como tomo (*take hold*) mi toalla sin tener duda alguna”.

“511. Y sin embargo ese tomar (*taking hold*) directamente corresponde a un *estar seguro* (*sureness*), no a un conocer.

¿Pero no es así como tomo (*take hold*) también el nombre de una cosa?” (p. 67e).

Con mayor nitidez aun, si cabe, una nota de 1937 incluida en *Cultura y valor* señala: “el origen y la forma primitiva del juego de lenguaje es una reacción; solo a partir de esta pueden surgir formas más complicadas. El lenguaje –debo decirlo– es un refinamiento, ‘en el comienzo era el hecho (*Tat*)’” (1977, 31e). Acepta aquí Wittgenstein en forma explícita –usando una cita de Goethe cara a Freud– la prioridad de nuestra pragmática diaria, de nuestros enunciados cotidianos y de nuestro “modo de vida” sin requerir justificación. Pero por más seguri-

dad que ofrezca, no lo admite Wittgenstein como conocer; desde ya, tal postura, donde sostiene que lo susceptible de ser enunciado en forma inmediata —esto es, nuestra experiencia inmediata— no constituye un conocer, se dará con más vigor aun ante la clase de hechos que el psicoanálisis indaga. Pues, como afirma en *Sobre la certeza* —afirmación que me parece crucial—, lo vinculado a la empiria, por obvio que sea, no le ofrece la clase de certeza que deriva del cálculo: “el cálculo es absolutamente confiable, es ciertamente correcto” (1969, p. 7e).

Que solo acepta como conocimiento lo surgido del mundo deductivo *a priori* de las verdades de razón, y no las verdades de hecho, se hace aun más notorio cuando argumenta: “Si todo habla en favor de una hipótesis y nada en contra de ella, entonces tendríamos certeza de su verdad. Podría ponérselo así. Pero, ¿coincide eso ciertamente con la realidad, con los hechos? La pregunta nos indica que damos vueltas en círculo. Existe desde ya la justificación, pero la justificación se topa con un límite” (1969, p. 27e).

La justificación evidencial se topa ciertamente con un límite, y no provee lo que Wittgenstein busca, certezas que puedan darse “de una vez por todas e independientemente de toda experiencia futura”. Vemos entonces que el tipo de certezas que exige Wittgenstein —esto es, certezas al modo de las que provee el cálculo— resulta hartamente diferente de las certezas que supone recoger Moore de su vida cotidiana, y bien diferente también de las evidencias que respecto de lo psíquico nos puede aportar Freud o nuestra clínica de todos los días. He aquí la clave de la postura anti-evidencial de Wittgenstein: que las evidencias que derivan de la empiria no pueden aportar las certezas que reclama.

En función de la íntima ligazón que tienen para Wittgenstein la teoría y el cálculo, y ambos con la restricción de la idea de verdad a las *certezas* derivadas de la deducción, ubicamos mejor las implicancias de que en un escrito previo, publicado póstumamente, *Cultura y valor*, sostenga que Copérnico o Darwin no descubrieron teorías verdaderas sino solo un punto de vista fértil (1980, p. 18e): pues, sobre todo en el caso de Darwin, cae de maduro que no aporta un cálculo, un sistema deductivo.

Resulta pues esclarecedor de su toma de posición epistémica que asereve sin ambages Wittgenstein en las *Conferencias sobre estética* de 1938 que: “El paradigma de las ciencias es la mecánica. Si imaginamos una psicología, el ideal es una mecánica del alma” (1938, p. 29). Coinciden ahí, pienso, dando el trasfondo a los enigmas epistémicos de la postura wittgensteiniana, las cosmovisiones mecánicas y formalistas del ingeniero y del lógico, subyaciendo a sus ulteriores identidades como filósofo del lenguaje, esteticista y docente carismático.

Las diferencias insoslayables entre Wittgenstein y Freud se hacen

patentes en torno a las ideas de causa y razón, puesto que un logicismo anti-empírico que mantiene incólume hasta el final de su vida avala su idea de conocimiento, exigiendo que este sea incondicional (1969, p. 52e). Wittgenstein difiere ahí de Moore, y también de Freud, y en dicha discrepancia se apoyan las críticas al valor evidencial del psicoanálisis desde posiciones wittgensteinianas, que consideraré más adelante.

La redefinición de lo psíquico en las filosofías lingüísticas

La filosofía de Wittgenstein, tanto en el logicismo de su período inicial como en su etapa tardía, donde el conocimiento de lo humano se subordina al marco de los “juegos de lenguaje” y las “formas de vida”, reordena de un modo radical la noción de lo psíquico y la noción de empiria. En el contexto intelectual del Wittgenstein tardío, nos indica el filósofo de Oxford Simon Blackburn, “la psicología individual pasa a ser aquello que posibilita comprender el lenguaje tal cual es, en tanto que el mundo se convierte en lo que sea necesario para que sean ciertos los asertos verdaderos que enunciemos en el lenguaje. Tal es, para bien o para mal, el ‘giro lingüístico’ de las filosofías más importantes del siglo [...]. Se vuelve difícil entender en qué pueda consistir cualquier indagación que suponga ir más allá de la relación entre los seres hablantes y el lenguaje” (1985, pp. 5-6).

Las preguntas que plantea el Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* son las siguientes: ¿En qué consiste seguir una regla lingüística? ¿Cómo sabemos que hemos seguido correctamente una regla? (Pickering, 1992, p. 15). Tales preguntas pueden a su vez entenderse en formas bien distintas: algunos seguidores, quienes adoptan la vía del constructivismo, entienden que Wittgenstein plantea que la relación entre las reglas y la conducta es indeterminada, en cuyo caso las convenciones se encargarán de llenar el espacio vacío; otros piensan que a su entender las reglas son inseparables de la conducta práctica y no cabe, por ende, recurrir a factores sociales extrínsecos a la estructura del lenguaje mismo.

Como señala Lynch (1992a, p. 246), en lo concerniente a los asuntos humanos Wittgenstein deja de lado la ciencia, la teoría y la explicación: los problemas deben abordarse no a través de obtener nueva información sino reordenando lo que ya sabemos; se supone ahí que los asuntos humanos no implican temas empíricos y que serán resueltos investigando cómo trabaja el lenguaje, esto es, como problemas de gramática.

Me parece oportuno a esta altura introducir algunos comentarios de

quien fuera su alumna, su amiga íntima y albacea literaria, en cuya casa pasó Wittgenstein buena parte de su enfermedad final, Elizabeth Anscombe, quien en su libro *Introducción al Tractatus de Wittgenstein* señala que el Wittgenstein temprano era un logicista cuya ambición apuntaba a que la filosofía pudiera obliterar la psicología. En opinión de Anscombe, no hay casi epistemología en el *Tractatus*, pues Wittgenstein no pensaba que la epistemología tuviera nada que ver, ni tampoco la psicología: “la psicología no se relaciona más de cerca con la filosofía que cualquiera de las otras ciencias naturales. La teoría del conocimiento es la filosofía de la psicología” (Anscombe, 1959, p. 27). La tesis del Wittgenstein inicial era que “podemos construir proposiciones a voluntad, sin indagar en hecho alguno, y saber cuál es el caso si son ciertas” (Anscombe, 1959, p. 49). Relata que al preguntarle Bertrand Russell en 1919 “pero un *Gedanke* (pensamiento) es un *Tatsache* (hecho): cuáles son sus constituyentes y componentes, y cuál es su relación con el *Tatsache* descrito”, Wittgenstein replicó: “No sé cuáles son los constituyentes del pensamiento pero sé sí *que* debe tener constituyentes que correspondan a las palabras del lenguaje. Nuevamente, la relación de los constituyentes del pensamiento con el hecho descrito es irrelevante. Sería asunto de la psicología descubrirla” (Anscombe, 1959, p. 28). A su idea logicista básica de que la consideración lógica indaga en la esencia de todas las cosas debe responder Anscombe que “la lógica no describe hecho alguno” y por ende “no hay hechos lógicos” (Anscombe, 1959, p. 165). Asimismo, y enfatizando las continuidades entre el primer y el segundo Wittgenstein, los editores de sus *Comentarios sobre los fundamentos de las matemáticas* señalan que sus escritos acerca de la estructura de las matemáticas se prolongan conceptualmente en las *Investigaciones filosóficas* a través de nociones nucleares tales como “seguir una regla” (von Wright y col., 1956).

El objetivo central de Wittgenstein es la búsqueda de un lenguaje lógicamente perfecto cuyas reglas de sintaxis resultaran capaces de prevenir los sinsentidos, búsqueda que se extiende desde el *Tractatus*, como planteara ya Russell en 1922 (p. 8) en el prefacio de dicha obra, hasta sus esfuerzos para alcanzar la curación de los males sociales y filosóficos mediante la terapia del lenguaje. Así, en 1931 afirmaba: “El lenguaje nos plantea a todos las mismas trampas; es una inmensa red de desvíos erróneos de fácil acceso. Y así vemos a una persona tras otra caminar por los mismos senderos y sabemos de antemano dónde se desviará, dónde caminará derecho sin percatarse de un desvío lateral, etc. Lo que debo hacer es erigir señales en todos los cruces donde se den desvíos erróneos, ayudando a la gente a atravesar los puntos de peligro” (1980, p. 18e). Su logicismo a ultranza le hace posible su em-

pleo habitual del sistema cerrado que nos presentan las reglas inmutables del ajedrez, o las reglas aritméticas, como símiles de las reglas del lenguaje. Para Wittgenstein, destaca con toda relevancia Anscombe (1959, p. 28), *cualquier sentido indefinido es un sinsentido*: lo cual, como veremos luego, explica su escepticismo respecto del valor evidencial de la indagación psicoanalítica.

La filosofía del lenguaje, afirma John Searle (1965), apunta a explicar la semántica de un lenguaje dado: los actos del lenguaje, señala (p. 222) siguiendo a Wittgenstein, que están gobernados por *reglas públicas*. Asimismo Lynch (1992a) cita a Wittgenstein en cuanto a que seguir *una regla es como obedecer una orden*: al seguir una regla actuamos ciegamente, y nuestra comprensión se muestra en el *actuar* mismo (p. 222). Es de destacar que en el ámbito de pensamiento de las filosofías lingüísticas las significaciones son *efectos* en vez de ser *causas*, y carecen como tales de agencia propia (Bloor, 1992, p. 271).

Como vemos, en el contexto de las filosofías lingüísticas el magno tema de la significación —y por ende, de lo psíquico— se acota a los usos del lenguaje, a cómo entendemos y usamos las palabras y, más generalmente, al funcionamiento sujeto a reglas del lenguaje. La credibilidad de este planteo requiere soslayar u obliterar lo que esté por fuera del lenguaje, o aquello que suponga antecederlo como agente. El ataque de Wittgenstein a la psicología se asienta en su restricción de la significación a las reglas del lenguaje, así como en su insistencia en que, nos dice Lynch, “no hay mejor forma de explicar el sentido, la relevancia y el curso consensual de una regla que el conjunto de expresiones y técnicas que forman la práctica [lingüística] donde se incluye” (1992b, p. 290). La agencia reside pues sea en el lenguaje mismo, sea en la comunidad hablante: al restringirse la significación a los *efectos* del lenguaje, este monopoliza la función de *causa*. Sucede, empero, que al desdeñar cualquier contacto con los hechos de este mundo la filosofía pasa a transformarse en un recinto sagrado ubicado solo a un paso de verdades últimas. Como anotara hace medio siglo Russell (1959, p. 162) —y esto es a mi entender central en la popularidad que han logrado sus posturas—, al soslayar la justificación los wittgensteinianos aseguran al lenguaje una libertad de la que nunca gozó.

En cuyo caso, agregó, la filosofía accede a gozar de las prerrogativas hasta entonces reservadas al lenguaje poético o literario: prerrogativas que otro wittgensteiniano ferviente, el crítico literario George Steiner, extiende a todos los usos del lenguaje afirmando que “el lenguaje es una creación constante de mundos alternativos” puesta en marcha por las mitologías de la esperanza, la fantasía y el autoengaño (1975, p. 245); lo cual revierte la valoración respectiva de veracidad y falsedad.

El lenguaje, postula Steiner ubicándose en las antípodas de la indagación psicoanalítica tal como la entendía Freud, “es centralmente ficcional pues el enemigo es la ‘realidad’” (p. 237).

La crítica wittgensteiniana-popperiana de Jacques Bouveresse

Que las críticas de Wittgenstein al psicoanálisis que presenta el filósofo francés Jacques Bouveresse resulten ser cuestionamientos wittgensteiniano-popperianos no debería sorprender, pues esto recoge coincidencias profundas entre Wittgenstein y Popper articuladas en torno a su logicismo, su deductivismo, su realismo teórico y, ya en el terreno del conocimiento empírico, su común anclaje en el fisicalismo.

Comparten Wittgenstein y Popper la idea de que la estructura formal de la ciencia física aporta un modelo de validez universal al cual deberá adecuarse cualquier tipo de conocimiento que intente llamarse ciencia. Como cité más arriba, para Wittgenstein: “El paradigma de las ciencias es la mecánica. Si imaginamos una psicología, el ideal es una mecánica del alma” (1938, p. 2), en tanto que Popper afirma sin vacilar que “todas las ciencias debieran emplear los mismos métodos, de modo tal que las ciencias humanas tuvieran la misma metodología que la física” (Hacking, 1983, p. 5). Se alinean así ambos en el camino de Descartes, quien, como anota irónicamente Fuller (1992, p. 391), planteó al conocimiento humano estándares sobrehumanos cuya legitimidad deriva perversamente de surgir como resultante de normas *a priori*, sin tomarse el trabajo de consultar con antelación a las ciencias correspondientes.

Sobre tal base afirma Bouveresse: “Igual que en Popper, es esencialmente por referencia al ejemplo de la física como resultan juzgadas las pretensiones del psicoanálisis de poseer el estatuto de una ciencia experimental; y el veredicto no es menos severo, incluso si los argumentos son diferentes y el juicio final, más positivo. También Wittgenstein considera algo evidente que hay, pese a lo que piensa Freud, un mundo entre lo que este hace y lo que hacen los científicos de las disciplinas a las que se refiere” (1991, p. 110).

Existe desde luego un mundo de diferencia entre lo que Freud hace y lo que hacen los físicos, esto es, la disciplina a la que se refieren Wittgenstein y Popper: y es justamente la abolición *a priori* de las diferencias entre las características del objeto y los métodos de las ciencias físicas y los de las otras ciencias lo que se conoce como fisicalismo. Notemos de paso que Bouveresse atribuye a Freud, harto erróneamente por cierto, la idea de que el psicoanálisis es una ciencia experimental en el sen-

tido en que lo es la física a partir de Galileo: Freud sostuvo sí muchas veces que el psicoanálisis es una ciencia natural, lo cual es bien distinto de sostener que es una ciencia experimental. Por tener bien clara dicha diferencia, no utiliza jamás el término central del experimentalismo, el de “variable”, en el sentido en que lo usa la ciencia física.

Siendo que la crítica wittgensteiniana de Bouveresse del estatus empírico de las evidencias psicoanalíticas —apuntando, como lo indica el título del libro, a relegar al psicoanálisis al rango de pseudo-ciencia— toma apoyatura central en el demarcacionismo popperiano, deberá inevitablemente sostenerse o caer con este último. Los modos formalistas y deductivistas de construcción de teoría fracasan en todo el campo de las ciencias observacionales, incluyendo amplias áreas de la biología. Veamos cómo plantea Popper su definición de empiria, y en consecuencia su demarcación, en su postrera afirmación al respecto: “el criterio de demarcación entre las teorías empíricas y no empíricas que he llamado criterio de falsabilidad o criterio de refutabilidad no implica que las teorías irrefutables sean falsas, ni tampoco que carezcan de sentido. Implica sí que mientras no podamos describir cuál sería la refutación posible de una teoría dada, tal teoría debe ser vista como ubicándose fuera del campo de la ciencia empírica [...] testear una teoría, tal como testear una maquinaria, implica buscarle las fallas. Así, una teoría de la que sabemos de entrada que no puede ser falseada o refutada no es testeable” (1994, p. 88).

Según Popper, tal criterio ayuda a rechazar muchos “reclamos injustificables de aval observacional” (p. 89). Sin embargo, las aporías de su postura se hacen patentes cuando tras sostener luego por enésima vez que “el psicoanálisis se volvería refutable si negara que ciertas formas de comportamiento humano posibles o concebibles ocurren de hecho”, pasa a admitir un área adicional de problemas: “hay una dificultad por el lado del darwinismo [...] está lejos de ser claro qué podríamos considerar como una refutación posible de la teoría de la evolución” (p. 90). Cosa que por otra parte ya le había señalado en su propio terreno, la London School of Economics, Imre Lakatos veinte años antes, en 1973: “nadie hasta hoy encontró un criterio de demarcación según el cual Darwin pueda ser considerado científico” (Lakatos, 1999, p. 24). También le señaló Lakatos con firmeza que aun en el ámbito de la física clásica, la mismísima teoría de Newton hubiera colapsado bajo el peso de los criterios del demarcacionismo popperiano, dado que hasta el fin del siglo XIX nadie hubiera podido imaginarle refutación alguna. Colapsarían también, desde luego, todas las ciencias sociales.

La hegemonía que asumen para Wittgenstein el lenguaje y la notación en el campo de las ciencias se patentiza en sus *Lecciones de los años*

1932-1935, donde describe la revolución de Copérnico en los términos siguientes: “algo puede jugar un papel predominante en nuestro lenguaje y ser descartado de una vez por la ciencia; por ejemplo, la palabra Tierra ha perdido su importancia en la nueva notación copernicana. Allí donde la antigua notación dio a la Tierra una posición única, la notación pone a una cantidad de otros planetas en el mismo plano. Toda obsesión que proviene de la posición única de una cosa en nuestro lenguaje cesa desde que aparece otro lenguaje que sitúa esa cosa sobre el mismo plano que otras cosas” (Bouveresse, 1991, p. 127).

Es desde la priorización del formalismo en la construcción de teorías que Bouveresse cita a Wittgenstein en cuanto que “el verdadero mérito de un Copérnico o de un Darwin no fue el descubrimiento de una teoría verdadera, sino de un aspecto fructífero nuevo” (1991, pp. 127-128). Pero entonces, admite, la diferencia entre el caso de Copérnico o de Darwin y el caso de Freud no se hace evidente, pues también propone Freud una notación diferente donde un elemento hasta entonces central, el yo consciente, queda desposeído de ese lugar privilegiado.

El principal mérito que Wittgenstein le reconoce a Darwin, y asimismo a Freud, es ofrecernos “una presentación sinóptica esclarecedora [...] de una enorme multiplicidad de hechos a primera vista completamente dispares” (Bouveresse, 1991, p. 129), agregando que lo que le importa a Wittgenstein no es el aspecto “histórico” de sus explicaciones, los nexos genéticos y causales o las relaciones de proveniencia o derivación sino –y aquí nos topamos una vez más con su formalismo de base– las conexiones conceptuales y las transformaciones formales. Por lo cual concluye Wittgenstein que la evidencia tanto a favor de los planteos de Darwin como a favor de los de Freud es endeble, y en el caso de este último los resultados del psicoanálisis derivan de la persuasión, pues el alivio aportado por las explicaciones “históricas” del psicoanálisis es similar al de los relatos que conectan lo problemático en la vida individual con los sucesos míticos que alcanzaron, en épocas lejanas, a la vida de la especie.

Retomemos la afirmación de Wittgenstein de que Copérnico o Darwin no nos aportan una teoría verdadera sino un fértil punto de vista novedoso. Esta afirmación ilustra que –tal como ocurre luego con Popper, para quien solo las teorías formalizadas son refutables y por ende únicamente a ellas cabe considerarlas empíricas– para Wittgenstein *solo una teoría formalizada puede ser verdadera*. Dado lo cual cabe acordar con Bouveresse cuando afirma que “la teoría de Freud, como la de Darwin, depende, para Wittgenstein, más bien de una perspectiva que puede llamarse ‘morfológica’ que de la explicación causal propiamente dicha” (1991, p. 129n). Dicha perspectiva, que Bouveresse denomina

—o más bien descarta— como “morfológica”, es nada más y nada menos que la modalidad de construcción de teoría en las ciencias descriptivas. Esto es, la construcción de teoría en aquellas ciencias —las ciencias observacionales— donde la complejidad del sustrato de estudio no se adecua a los lineamientos de las magnitudes homogéneas, libres de contexto, cuantificables y formalizables que regían en la cosmología y en las cuales asentó Galileo su magna distinción entre las cualidades “primarias” y “secundarias”. Para Wittgenstein, como para Galileo, solo las cualidades primarias expresadas en forma de “variables” sustentan la verdadera causalidad, que es la causalidad mecánica.

Puesto que para Wittgenstein solo las teorías formalizadas —esto es, las teorías expresadas en formulaciones formales tal como ocurre en la física partiendo de Galileo— pueden considerarse verdaderas, a ellas restringe el término “causal”. Nos topamos ahí con lo que el filósofo John Searle considera un error flagrante: la premisa obviamente falsa de que a menos que reduzcamos cualquier tipo de entidad empírica en juego al tipo de teorización empleada por la física, tales entidades no existen (1992, p. 47). Lo cual tira por tierra cualquier apoyatura que busque en la física Wittgenstein (y desde ya Bouveresse) para ponerla en juego en contra del valor evidencial del pensamiento clínico y del estatuto del psicoanálisis como ciencia descriptiva.

En la prioridad acordada a la causalidad mecánica expresable en teorías deductivas formalizadas, así como a la presuposición de un método universal para todas las ciencias, tanto Wittgenstein como Popper obvian las diferencias entre lo inanimado y lo animado: la idea cartesiana que los anima, de que la ciencia es universalista, acontextual y ahistórica, y de que todas las ciencias deben usar la misma metodología, deja de lado lo que diferencia a la astrofísica de la etología. Permítaseme pues recurrir una vez más a Gregory Bateson, quien puntualiza que si pateo una piedra esta se moverá newtonianamente de modo predecible según sea la energía de mi patada, mientras que si pateo un perro su respuesta será muy diferente: un perro dista de comportarse como una variable newtoniana, mecánica y predecible, y podremos encontrarnos, a nuestro costo, con que así como puede huir, el perro puede saltar y mordernos (1979, p. 178).

Causa y razón

Introduciendo el capítulo “Las razones y las causas”, y para avalar una discrepancia básica de Wittgenstein con Freud, Bouveresse cita a Moore, quien en sus *Lecciones de Wittgenstein 1930-1933* relata que Wittgenstein sostenía que los discípulos de Freud cometían “un abomi-

nable enredo” entre la causa y la razón, añadiendo que en el *Cuaderno Azul* explica su posición como sigue: “La proposición según la cual una acción tiene tal o cual causa es una hipótesis. La hipótesis está bien fundada si se ha tenido un número de experiencias que, hablando toscamente, concuerden en mostrar que la acción es la secuela regular de ciertas condiciones, que entonces llamamos causas de la acción. Para conocer la razón que se tuvo para formular un cierto enunciado, para actuar de un modo determinado, etc., no se necesita ningún número de experiencias concordantes, y el enunciado de la razón no es una hipótesis” (citado por Bouveresse, 1991, p. 152).

El transfondo de la ideología fisicalista donde apoya el abismo conceptual que establece entre causa y razón se hace patente cuando comenta a continuación Bouveresse que para que el suceso A pueda ser considerado como la causa del proceso B, es preciso que se haya verificado sobre un número suficiente de casos particulares que sucesos del tipo A son seguidos regularmente por sucesos del tipo B, y que la relación de causación (*Verursachung*) es hipotética en un sentido en que la relación que une una razón a la acción que ella explica (*Begrundung*) no lo es: lo propio de la razón, sostiene, es poder ser reconocida como tal por aquel para quien lo es, sin que sea necesaria una inferencia inductiva. Ahora bien, afirma taxativamente, o Freud formula hipótesis causales, y en ese caso tiene que verificarlas por métodos que no pueden ser los que él emplea, o bien propone e impone razones, y la aceptación de una razón nada tiene que ver con la aceptación de una hipótesis explicativa del tipo causal, ni siquiera con hipótesis alguna. Para Wittgenstein, una razón simplemente posible es bastante diferente de una supuesta causa, pues aquella es algo que el agente podría en principio (re)conocer; y cuando es aceptada, lo que hace esencialmente de ella la razón del comportamiento por explicar es el hecho de que el interesado la reconozca como tal (1991, pp. 152-153). Para Wittgenstein, por ende, lo causal está necesariamente por fuera de la experiencia, y *aquello que pudiera entrar en la experiencia reniega por ese hecho del carácter de causa*.

Lo que subyace en la disyunción así planteada entre causa y razón es nada más y nada menos que la distinción galileica entre las cualidades primarias ocultas (expresables matemáticamente y verificables mediante el experimento, en las cuales asentaría la causación) y las cualidades secundarias, manifiestas y accesibles a la experiencia. Algo similar ocurre con la idea de que lo que caracteriza a las razones es su ser reconocibles por la persona involucrada, lo cual pone en juego como dada y admitida la idea cartesiana de la autotransparencia de la conciencia; también el término “inferencia inductiva” es empleado por Witt-

genstein en el sentido restringido, verificacionista respecto de una predicción estricta, cual se lo emplea en el contexto de las epistemologías derivadas de la física clásica, y no en su sentido amplio, de acuerdo con el cual es claro que tanto Darwin como Freud empleaban en todo momento inferencias inductivas.

Curiosamente, en lo que no deja de constituir un reconocimiento, por efímero que sea, de una causalidad psíquica de base instintiva, manifiesta Bouveresse que en un manuscrito de 1937 sobre la causa y el efecto Wittgenstein se preguntaba si se podía decir, con Russell, que conocemos la causa por intuición antes que por repetición de experiencias, y admitía una “experiencia de la causa”: si alguien nos golpea, sabemos inmediatamente que el dolor proviene del golpe. Pero enseguida lo atribuye a que buscar la causa es una raíz del juego de lenguaje de la causa y el efecto; reconoce empero que en el origen de lo que llama “el juego de lenguaje de determinación de las causas” se ubica un comportamiento instintivo que rastrea la causa para suprimir el efecto anulándola. Así, dice, “nosotros reaccionamos a la causa”.

Llamar a algo “causa” es análogo a señalar y decir: ¡Es culpa suya!

Nos alejamos instintivamente de la causa cuando no queremos el efecto. Miramos instintivamente de lo que es golpeado a lo que golpea (supongo que lo hacemos). (Citado por Bouveresse, 1991, p. 154).

No es aleatorio, pienso, que sea ante una experiencia inmediata que involucra de lleno al cuerpo, el dolor corporal ante un golpe, que aúna Wittgenstein causa y experiencia; pero inmediatamente va a recomponer su postura diciendo que el juego de lenguaje de buscar causas es básicamente diferente, en términos gramaticales, del buscar “razones o justificaciones”, sosteniendo que la “conexión causal” no es una conexión primaria, y que no puede ser vivenciada.

El trasfondo de la ideología fisicalista reaparece en forma prístina cuando dice que si las razones son causas, “serían unas causas que obran de un modo que no se presta a la formulación de leyes causales” (Bouveresse, 1991, p. 158), y también citando a von Wright, que la explicación por razones es una explicación teleológica que vuelve a los fenómenos inteligibles más bien que “predecibles a partir de sus causas eficientes” (Bouveresse, 1991, p. 165); recordemos que la “causa eficiente” (mecánica) es la única causalidad admisible en el marco de la ciencia galileica. Si bien Bouveresse le reconoce a Freud haber extendido en forma notable la explicación teleológica a gran cantidad de fenómenos mentales y de comportamientos, volviéndolos inteligibles de un modo que puede calificarse de “intencional”, cuestiona de plano a Freud que presente lo que hace “al modo de extensiones de los métodos de explicación causal empleados en las ciencias naturales a una clase

de fenómenos (los fenómenos mentales en general) que hasta aquí habían parecido resultar inaccesibles a ese modo de tratarlos” (p. 165). Añade enseguida, por si aún le fuera necesario demostrar su fisicalismo, que “la intervención del inconsciente supuestamente llenaría el vacío de una explicación causal condenada a permanecer incompleta, en tanto no se consiga explicar, como lo hacen los físicos, lo percibido por lo no percibido” (p. 165).

Resulta instructiva la discusión con Donald Davidson, quien en “Paradojas de la irracionalidad” (1982) avala el empleo del término “causa” por parte de Freud sosteniendo que “no hay conflicto de intereses entre las explicaciones por razones y las explicaciones causales. Puesto que las creencias y los deseos son causa de las acciones, y a la vez son ellos mismos razones, las explicaciones por razones incluyen un elemento causal esencial” (citado por Bouveresse, 1991, p. 166). Es más, Davidson sostiene que la asunción de elementos psíquicos inconscientes implica que la persona habrá de negar las actitudes y sentimientos que le atribuimos (Davidson, 1982, p. 305), con lo cual funcionan como causas inaccesibles para el sujeto. Incurre Bouveresse en una petición de principio al rechazar la aplicación al ámbito psíquico del término “causa”, diciendo que entonces habría dos métodos completamente diversos para arribar a una causa: el método de la descripción cotidiana que Freud emplea y al cual refiere Davidson, y el método de la experimentación de variables que emplea la física.

Desde ya, podemos coincidir en que el término “causa” adopta connotaciones bien diferenciables en la vida cotidiana y en el ámbito especial de la física clásica, pero en el argumento de Bouveresse el uso del término en el contexto de la física clásica se supraordina e invalida el uso corriente, con lo cual dicho uso corriente —que retoma y amplía Freud— le resulta severamente cuestionable en tanto y en cuanto no coincida con aquel. Nos vemos pues ante un tortuoso avasallamiento conceptual y semántico del campo de lo psíquico por parte de la filosofía fisicalista de que hace gala Bouveresse, a mi entender en bastante mayor medida que Wittgenstein.

Que en verdad a este no le importaban en demasía los temas de la ciencia lo avala una nota de 1949 en *Cultura y valor*: “Me interesan las cuestiones científicas, pero nunca me atrapan realmente. Solo lo hacen las cuestiones *conceptuales* y *estéticas*. En el fondo soy indiferente respecto de la solución de los problemas científicos, pero no de estos otros” (1980, p. 79e). Lo cual coincide con lo señalado ya quince años antes: “Creo haber resumido mi actitud hacia la filosofía cuando dije: en realidad la filosofía debiera escribirse solo como *composición poética*” (1980, p. 24e).

Wittgenstein y el psicoanálisis

Bouveresse enrola a Wittgenstein al servicio de su crítica popperiana del psicoanálisis, supraordinándolo al ubicarlo en el rol del crítico objetivo y colocando a la filosofía como *dominatrix disciplinarum* que subordina a las ciencias particulares, pues la filosofía pasa a indicarles a qué pueden o deben dedicarse. El interés de Wittgenstein por Freud aparece empero harto más complejo, vinculado muy de cerca con la pragmática de sus magnas dificultades para vivir su vida personal. No entraré aquí en este tema con el detalle y la profundidad que merece, y que el lector interesado puede abordar en la biografía de Monk y también en un erudito trabajo de Mauro Mancía (2002): tomaré sí, a modo de ilustración, algunas citas de *Cultura y valor*.

En 1914 escribe Wittgenstein: “Tendemos a tomar el habla de un chino como un gorgoteo inarticulado. Quien entienda chino reconocerá *lenguaje* en lo que escucha. Del mismo modo suele ocurrirme que no llego a discernir la *humanidad* en alguien” (1980, p. 1e). Y décadas después, en 1946: “A menudo siento miedo de la locura. ¿Tengo motivos para pensar que tal miedo no surge, por así decirlo, de una ilusión óptica: tomar algo como si fuera un abismo bajo mis pies, cuando no hay tal cosa? [...]. Lo importante es lo que dice Fausto acerca de su *soledad*, o *aislamiento*” (1980, p. 53e); y enseguida: “Todos somos desconfiados (o al menos la mayoría), quizá más hacia los más cercanos que hacia los otros. [...] ¿Es que no *quiero* ya abrir mi corazón a nadie nunca más, o que no *puedo*?” (1980, p. 54e). Y algo después agrega: “Tengo miedo de la disolución (de mi propia disolución) en caso de que me ablande” (1980, p. 56e). En 1948 señala: “En un sueño y aun mucho después de despertar, las palabras del sueño pueden ser vividas como teniendo la mayor significación. ¿No podríamos estar sujetos a la misma ilusión cuando despiertos? Tengo la impresión de que esto me sucede a mí hoy día. Esto parece sucederles a menudo a los insanos” (1980, p. 65e). En 1950 anota: “Si miramos a los seres humanos, vemos que son veneno uno para otro. Una madre para su hijo, y viceversa, etc. Pero la madre es ciega y también lo es el hijo. Quizá tienen conciencias culpables, pero ¿para qué les sirve eso? El niño es maligno pero nadie le enseña a ser otra cosa, y los padres lo malcrían con su estúpido afecto; ¿cómo se supone que deben entender esto y cómo debe su niño entenderlo? Es como si fueran *del todo* malignos y *del todo* inocentes” (1980, p. 86e).

Buena parte, si no la mayoría, de los comentarios de Wittgenstein respecto de Freud y el psicoanálisis proviene de charlas informales con sus alumnos, cuyas notas Wittgenstein nunca revisó. Así, de lo incluido en las *Lecturas y conversaciones sobre la estética, la psicología y las creencias*

religiosas, sus *Lecturas sobre la estética* provienen de charlas informales en grupo en 1938, mientras que las *Conversaciones sobre Freud* derivan de notas que de sus charlas privadas tomó su alumno Rush Rhees entre 1942 y 1946. Bouveresse omite enfatizar tal salvedad, y también que de la obra de Freud, Wittgenstein solo conocía, a más de *La interpretación de los sueños*, las obras que le siguieron: *La psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste y su relación con lo inconsciente*.

Relata Rhees que, según le contó Wittgenstein en su estadía inicial en Cambridge y hasta 1914, siempre pensó que la psicología era una pérdida de tiempo, y que unos años después—hacia 1919— le ocurrió leer algo de Freud y durante el resto de su vida pensó que Freud era uno de los pocos autores que valía la pena leer, a punto tal que por la época de esas discusiones se describía a sí mismo como “un discípulo de Freud” o como “un seguidor de Freud” (Wittgenstein, 1942-1946, p. 41). Pensaba que mucho había en la noción freudiana del simbolismo del sueño, y en la sugerencia de que al soñar estamos, de alguna manera, “diciendo algo”; admiraba las observaciones y sugerencias que le ofrecían los escritos freudianos, al tiempo que atribuía a Freud un “modo de pensar” que debía ser combatido, en especial por la enorme influencia del psicoanálisis en Europa y Estados Unidos, y por la execrable tendencia del psicoanálisis a infiltrar lo literario.

Al estudiar la psicología, transcribe Rees de sus charlas, vivenciamos algo insatisfactorio, una dificultad respecto de todo el campo de estudio, y esto porque tomamos a la física como nuestra ciencia ideal: pensamos en formular leyes tal como en la física, y nos encontramos con que no podemos usar el tipo de “métrica” que empleamos en la física. Y cuando pensamos en leyes causales respecto de objetos físicos pensamos, dice, en términos de *experimentos*: nada así se da en conexión con los sentimientos y la motivación.

En cuanto a la teoría freudiana de los sueños, donde lo que sucede se conecta con algún deseo que el análisis debe traer a la luz, encontraba Wittgenstein extraño el procedimiento de la asociación libre pues Freud no muestra adónde parar—esto es, cuándo hemos llegado a la solución correcta—. A veces parece que quien debe saberla es el paciente, otras veces pareciera saberla el médico en contra de lo que piensa el paciente. Tal oscilación lo lleva a pensar que “Freud plantea constantemente ser científico. Pero lo que nos da es *especulación*—algo incluso anterior a la formulación de una hipótesis.

Habla de sobrepasar la resistencia [...] se supone que el analista es más fuerte, capaz de combatir y vencer el delirio que está en juego. Pero no hay manera de mostrar que la totalidad del resultado del análisis no sea un ‘delirio’. Es algo que la gente está inclinada a aceptar y que les

hace más fácil manejarse de ciertos modos; hace que ciertas formas de comportarse y pensar les resulten naturales. Han abandonado un modo de pensar y adoptado otro” (Wittgenstein, 1942-1946, pp. 44-45).

La imposibilidad de deslindar netamente lo que aporta el paciente y lo que aporta el analista, y la imposibilidad, asimismo, de deslindar en la mera lectura de los textos freudianos entre la realidad y el delirio, desata las objeciones de Wittgenstein al método del psicoanálisis. Pero tampoco es fácil deslindar, según indica su biógrafo Ray Monk, cuándo al escribir respecto del psicoanálisis habla de sí mismo. Así, escribe Wittgenstein en su diario: “La idea de Freud. En la locura la cerradura no está destruida, solo modificada: la vieja llave ya no puede abrirla, aunque podría abrirla una llave construida de un modo distinto” (Monk, 1990, p. 356).

Opina Monk que es bien posible que allí esté hablando de sí, en la expectativa de que con solo encontrar una nueva llave conseguiría abrir las puertas de su propia persona y entonces *todo* sería distinto.

Lo cual amplía nuestra comprensión acerca de su imperativa necesidad de certezas, incluso y quizá principalmente en ese terreno tan poco propicio a las certezas, el campo de lo psíquico. Tiempo antes, en 1937, y en el contexto de la búsqueda de la redención religiosa, anotó Wittgenstein al modo de un desgarramiento: “Si voy realmente a salvarme, lo que necesito es *certeza* –no sabiduría, sueños ni especulación–, y esa certeza es fe. [...] lo que combate la duda es, por así decirlo, redención” (1980, p. 33e).

Valga concluir que en lo atinente al ámbito de lo psíquico, en Wittgenstein la radicalidad de la duda en todos los terrenos de la empiria, su necesidad de acceder a certezas válidas de una vez para siempre, y su sesgo anti-evidencial coexisten con la hegemonía del lenguaje, potenciándose unos a otros: esto se hace patéticamente presente en su intenso vínculo con Freud vehiculizado en sus lecturas. Dado que, como anotara Anscombe, para Wittgenstein cualquier sentido indefinido equivalía a un sin-sentido, pareciera inevitable que si sus lecturas de la obra de Freud, asumidas como un sustituto del indagar en sí mismo, pudieran acercarlo a vislumbrar una posibilidad de redención donde *todo* sería distinto, cae de su peso que al cancelar como cuestión de principio la búsqueda de evidencias, esto es, la búsqueda en el ámbito clínico de las evidencias personales pertinentes, quedaba encerrado en un “predicamento egocéntrico” (Nagel, 1989) que no podía sino llevarlo a sentir que le era sustraída la llave para alcanzar la redención anhelada.

Pragmática y lenguaje: la indagación psicoanalítica
y la argumentación filosófica

Que para Wittgenstein cualquier sentido indefinido sea un sinsentido retoma y exagera una característica central de la argumentación filosófica, y no solo en las filosofías lingüísticas, lo cual aporta una divisoria de aguas entre las filosofías, y también las lógicas, por un lado, y por otro la indagación psicoanalítica tal como Freud la entendía. Tema que no está de más retomar, en esta época en que el interés en las filosofías desplaza, para buen número de psicoanalistas, la atención a la indagación clínica.

Así, ante lo que llama realismo intuitivo, planteado por Thomas Nagel en su famoso artículo “¿Qué es eso de ser un murciélago?” (1971), el filósofo norteamericano Richard Rorty, quien se define a un tiempo como wittgensteiniano y como pragmatista (al modo de James y de Dewey, agrego, obviamente no al modo de Peirce), plantea como lecho de roca de la temática metafilosófica la pregunta de si puede alguna vez recurrirse a argumentos no-lingüísticos en la argumentación filosófica (1982, p. xxxvi), respondiendo que hacerlo implicaría una *impasse* dialéctica. El asunto es, dice, si dicha *impasse* marca una profundización filosófica, o si marca el uso de un mal lenguaje que deberá reemplazarse por otro que no conduzca a tales *impasses*. Una tercera respuesta posible, que a mi entender es la de Freud y diferencia la indagación psicoanalítica de la filosófica, es sostener que tal pregunta marca en sí misma los límites ínsitos de la argumentación filosófica, en la medida en que esta prescindiera de la indagación de referentes no-lingüísticos.

Valga aproximarnos a la cuestión tomando como testigo a un bebé que llegaba a los diez meses de edad, cuya expresión verbal se limitaba a “da, da, da”, aunque resultaba claro que captaba ya diversos vocablos, entre ellos los referidos a su mamadera y su chupete, y los nombres de quienes lo rodeaban. Nuestro bebé-testigo acostumbraba pasar varias horas del día, dos veces a la semana, en casa de sus abuelos, donde encontraba, en orden de importancia decreciente, a quien cumplía el papel de cuidadora estando constantemente con él en esos intervalos, a la abuela y al abuelo. Estaba notoriamente más contento cuando los tres se hallaban presentes, buscándolos visualmente: así, aunque el abuelo era sin duda el menos relevante del trío, lo buscaba con la mirada en su sillón habitual, cerciorándose de si estaba o no. Es más, cuando por esa época la abuela se ausentó algo más de una semana, estando en brazos de su cuidadora el bebé insistió en dirigirla con cuerpo y gestos hasta llevarla a recorrer todas las habitaciones del departamento, para recién entonces dar por sentada y admitida la ausencia de la abuela.

Cuando tales escenas de la observación de bebés se vuelcan al nivel

argumental en forma de relato, tal como lo estoy haciendo, es obvio que deberán adoptar formas lingüísticas, más o menos logradas. Pero sería inverosímil sostener, me parece, cualquier idea de que en su búsqueda de la abuela nuestro bebé-testigo actuaba un “juego de lenguaje” o que apuntaba a resolver, bien o mal, problemas de gramática. Desplegaba e intentaba resolver, pienso, una pragmática a nivel del tipo de referentes extra-lingüísticos que Rorty no vacilaría en considerar como una *impasse* dialéctica: esto es, una pragmática vivencial de ausencia-presencia puesta en marcha por sus involucraciones libidinales, por sus deseos y por sus ansiedades.

Lo cual remite a una distinción freudiana esencial que enfatiza con toda pertinencia André Green (2002, p. 30): si bien el pensamiento pre-consciente y el consciente son indisociables del lenguaje, el pensamiento inconsciente no guarda una situación similar con las representaciones-palabra, asentando en el nivel eminentemente extralingüístico de las representaciones-cosa. Lo que desde la filosofía aparece como una *impasse* dialéctica es pues nada más y nada menos que lo que ocurre en toda situación de indagación evidencial en cualquier ámbito, y desde ya en el ámbito de lo psíquico: sea en el ejercicio de la clínica psicoanalítica, sea en nuestras vidas cotidianas. Esto marca, a mi entender, los límites ínsitos de la argumentación filosófica en relación con el psicoanálisis. Como señala Rorty (1982, p. 26), la filosofía cuida de ubicarse por fuera del ámbito de lo mutable, de lo práctico, de lo impredecible. El ejercicio del psicoanálisis y su pensamiento clínico, en cambio, mal pueden darse el lujo de soslayar lo mutable, lo práctico y lo impredecible, para no hablar de lo contradictorio, lo ambivalente y lo paradójico en nuestra pragmática vivencial.

Se preguntaba Bouveresse (1991, p. 128) qué justifica la inhabitual severidad con que se juzga el cambio de paradigma introducido por Freud. Aparte de otros motivos, y ciñéndonos al punto de vista de las filosofías, y más aun de las filosofías lingüísticas, el cambio de paradigma que trae Freud torna evidentes las aporías desde las cuales se autodefine la filosofía, en la medida en que esta suponga poder prescindir de la indagación evidencial en cada campo, limitándose a la argumentación conceptual o lingüística. Cae de su peso que no hay modo de que el pensamiento, sea en la vida diaria, sea en las diversas ciencias, sea en las filosofías, pueda ir más allá de la información que puedan aportarle las evidencias a las que accede. Suponer, como lo hiciera Wittgenstein en las *Investigaciones filosóficas*, que sabemos ya todo lo que precisamos conocer, hace de la abrogación de la indagación evidencial un planteo de base, contrapuesto al método y a los fines del psicoanálisis.

Resumen

La vigencia fuera y dentro del ámbito del psicoanálisis de las posturas derivadas de la filosofía lingüística del Wittgenstein tardío avala la relevancia de recorrer el trayecto de sus posturas epistémicas desde el comienzo hasta el final de su trayectoria, desde el *Tractatus* hasta su escrito final *Sobre la certeza*, esto es, desde su logicismo inicial hasta su apoyatura en la gramática del lenguaje: posturas quizá menos divergentes que lo que se supone. Ambas posturas ponen el énfasis en una búsqueda de certezas que, ante un ámbito tan poco susceptible de certezas como es el de lo psíquico del cual se ocupa el psicoanálisis, va ineluctablemente de la mano con una renuncia a la indagación de las evidencias junto con una apoyatura en el formalismo y en las ciencias físicas como modelo general de la ciencia. Tales corrientes confluyen en la crítica wittgensteiniano-popperiana del psicoanálisis que realizara el filósofo francés Jacques Bouveresse.

DESCRIPTORES: CIENCIA / FILOSOFÍA / LENGUAJE / LINGÜÍSTICA / PRAGMÁTICA / WITTGENSTEIN / POPPER / BOUVERESSE

Summary

PRAGMATICS AS THE UNSHAKEABLE BACKGROUND. A CRITIQUE OF WITTGENSTEIN'S HEGEMONIC CONCEPTION OF LANGUAGE AND OF HIS NOTION OF WHAT SCIENCE CONSISTS OF

The continuing influence, in and out of psychoanalysis, of linguistic stances deriving from the later Wittgenstein, makes it relevant to approach his epistemic postures from the start in the *Tractatus* on to his final writings in *On Certainty*, this is from his initial logicism to his taking support in the grammar of language. These postures might be seen as less divergent than usually assumed as they both derive from a search for certainty. As concerns a realm so unwieldy to certainty as is that of the psychic processes psychoanalysis deals with, such search for certainty results in his renouncing evidential enquiry, as well as his taking support in formalism and in the physical sciences as a general model for all science. These conceptual currents go hand in hand in the Wittgensteinian-Popperian critique of psychoanalysis due to the French philosopher Jacques Bouveresse.

KEYWORDS: SCIENCE / PHILOSOPHY / LANGUAGE / LINGUISTIC / PRAGMATICS / WITTGENSTEIN / POPPER / BOUVERESSE

Bibliografía

Ahumada, Jorge L. "Cuerpo, significación y lenguaje". *Revista de Psicoanálisis*, Número Especial Internacional N° 4, 1995. (También en: *Descubrimientos y refutaciones. La lógica de la indagación psicoanalítica*. Madrid, APM/Ed. Biblioteca Nueva, 1999).

- Anscombe, G. E. M. *An Introduction to Wittgenstein's Tractatus*. Londres, Hutchinson Univ. Library, 1959.
- Bateson, G. *Mind and Nature. A Necessary Unity*. Nueva York, Bantam, 1979.
- Black, M. *Modelos y metáforas*. Madrid, Tecnos, 1961.
- Blackburn, S. *Spreading the Word. Groundings in the Philosophy of Language*. Oxford, Clarendon Press, 1985.
- Bloor, D. "Left and right Wittgensteinians". En: Pickering A. (ed.). *Science as Practice and Culture*. Chicago, University of Chicago Press, 1992.
- Bouveresse, J. (1991). *Filosofía, mitología y pseudociencia. Wittgenstein lector de Freud*. Madrid, Síntesis, 2004.
- Davidson, D. (1982). "Paradoxes of irrationality". En: Wollheim, R. y Hopkins, J. (eds.). *Philosophical Essays on Freud*. Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
- Fuller, S. "Social epistemology and the research agenda of science studies". En: Pickering, A. (ed.). *Science as Practice and Culture*. Chicago, University of Chicago Press, 1992.
- Green, A. "Pour introduire la pensée clinique". En: *La pensée clinique*. París, Ed. Odile Jacob, 2002.
- Hacking, I. *Representing and Intervening. Introductory Topics in the Philosophy of Natural Science*. Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- Lakatos, I. "Lectures on scientific method". En: Lakatos, I. y Feyerabend, P. *For and Against Method*. Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1999.
- Lynch, M. "Extending Wittgenstein: the pivotal move from epistemology to sociology of science". En: Pickering, A. (ed.). *Science as Practice and Culture*. Chicago, University of Chicago Press, 1992a.
- "From the 'Will to Theory' to the discursive collage. A reply to Bloor's 'Left and right Wittgensteinians'". En: Pickering, A. (ed.). *Science as Practice and Culture*. Chicago, University of Chicago Press, 1992b.
- Mancia, M. "Wittgenstein's personality and his relations with Freud's thought". *Int. J. Psychoanal.*, 83, 2002, pp. 161-177.
- Monk, R. (1990). *Ludwig Wittgenstein*. Barcelona, Anagrama, 1997.
- Moore, G. (1939). "Proof of an external world". En: *Philosophical Papers*. Londres, George Allen and Unwin, 1959.
- (1941). "On certainty". En: *Philosophical Papers*. Londres, George Allen and Unwin, 1959.
- Nagel, T. (1971). "What it is like to be a bat?" En: *Mortal Questions*. Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- (1989). "Wittgenstein: the egocentric predicament". En: *Other Minds. Critical Essays 1969-1994*. Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1995.
- Pickering, A. "From science as knowledge to science as practice". En: Pickering, A. (ed.). *Science as Practice and Culture*. Chicago, University of Chicago Press, 1992.
- Popper, K. R. *The Myth of the Framework. In Defense of Science and Rationality*. Londres y Nueva York, Routledge, 1994.
- Rorty, R. (1982). *Consequences of Pragmatism. (Essays 1972-1980)*. Minneapolis MI, University of Minnesota Press, 2003.

- Russell, B. (1922). "Introduction". En: Wittgenstein, L. *Tractatus Logico-Philosophicus*. Londres, Routledge and Kegan Paul, 1958.
- My philosophical development*. Londres, Unwin, 1959.
- Searle, J. "What is a speech act?" En: Black, M. (ed.). *Philosophy in America*. Ithaca NY, Cornell University Press, 1965.
- (1992). *The Rediscovery of the Mind*. Cambridge, Mass. y Londres, MIT Press, 1994.
- Steiner, G. (1975). *After Babel. Aspects of Language and Translation*. Oxford and New York, Oxford University Press, 1998.
- Von Wright, G. H., Rhees, R. y Anscombe, G. E. M. "Editors' Preface". En: Wittgenstein, L. *Remarks on the Foundations of Mathematics*. Londres, Blackburn, 1956.
- Wittgenstein, L. (1922). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Londres, Routledge and Kegan Paul, 1958.
- (1938). "Lectures on aesthetics". En: *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*. Berkeley, University of California Press, s/f.
- (1942-1946). "Conversations on Freud". En: *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*. Berkeley, University of California Press, s/f.
- (1953). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona, UNAM/Ed. Crítica, 1988.
- On Certainty*. Nueva York, Harper and Row, 1969.
- Culture and Value*. Chicago, University of Chicago Press, 1980.

(Este trabajo fue seleccionado para su publicación el 30 de octubre de 2008)

La posición fóbica central: con un modelo de la asociación libre¹

*André Green (Francia)

La descripción de la neurosis fóbica fue definida, desde los comienzos del psicoanálisis, como un miedo irracional, a menudo relacionado con un desagrado que aparece frente a ciertos objetos o ciertas situaciones. Esta descripción asocia una actitud de evitación, un desplazamiento sobre el objeto o la situación que devendrán fobígenas y una proyección al exterior. Habitualmente, este conjunto que constituye el síntoma no compromete al psiquismo sino de una manera circunscrita y limitada, al punto que, en ciertos casos, si el sujeto pudiera determinar los objetos o circunstancias que harían aparecer la fobia, podría tener un funcionamiento compatible con la normalidad. Por otra parte, este cuadro bien delimitado se encontró cuestionado por el hallazgo de formas mucho más extensas en las cuales el análisis no se apoyaba sino raramente en los mecanismos de simbolización que el desplazamiento había permitido constatar. El cuadro neurótico de la fobia parecía manifestarse para permitir aparecer formas de angustia mucho más abarcadoras.

Por otra parte, es la naturaleza misma de la angustia la que ha aparecido bajo una luz diferente de la que existía en la neurosis fóbica. No hago alusión a las diferencias establecidas desde el comienzo entre neu-

1. Publicado en *The International Journal of Psychoanalysis*, vol. 81, N° 3, 2000 y en la *Revue Française de Psychanalyse*, vol. LXIV, N° 3, 2000. (Traducción para APA: Lic. Olga B. Piñeiro, miembro adherente de la institución).

* Dirección: 9, avenue de l'Observatoire, 75006 París, Francia.

rosis de angustia y fobia, llamada en ese momento histeria de angustia, sino más bien a las relaciones entre angustia, terror y espanto que han sido solo nombradas alusivamente sin ser verdaderamente desarrolladas, al ser tomadas en cuenta por la patología psiquiátrica. Por cierto se reencuentran menciones en la teoría a propósito de la aparición hipotética, en la infancia de los pacientes, de “temores de aniquilamiento” (Melanie Klein), de “angustias sin nombre” (Bion) o de “tormentos atroces” (agonías), (Winnicott), pero su descripción clínica en el adulto ha sido poco detallada en la clínica psicoanalítica.

Más aun, el análisis de la fobia se ha constituido sobre todo en un ensayo de comprensión de la constitución del síntoma neurótico a partir de deducciones que se podían extraer de las informaciones provistas por el paciente sin que se pensase en poner en evidencia la aparición de un funcionamiento psíquico particular en la sesión. Se habla en el diván de un acceso de angustia que se ha padecido fuera de la sesión, es decir, del recuerdo que se ha guardado de una crisis entre las sesiones. Propongo describir el análisis de un funcionamiento fóbico durante la sesión. Para que un funcionamiento tal no sea contenido dentro de los límites de un síntoma manifestado sobre todo en el exterior, es necesario que este no sea suficiente para circunscribir el conflicto o, al menos, sus aspectos más investidos.

Los pacientes de los que voy a hablar pueden presentar manifestaciones fóbicas. Sin embargo, su análisis en sesión no llega a gran cosa ya que las sesiones resultan vagas e indeterminadas. Aportan pocas asociaciones, movilizan masivamente las soluciones evitativas que he mencionado, pero no llevan al paciente a comprender aquello que dichas asociaciones traducen de su vida psíquica o a ponerlas en relación con aquello de lo cual serían el desplazamiento. A diferencia de los casos en los que la fobia está circunscripta, lo que permite un funcionamiento bastante normal, aquí, por el contrario, el resultado lleva a una inhibición extendida del yo, y a menudo confina a los pacientes a un aislamiento cada vez más importante. Con mucha frecuencia, se colocan frente a la obligación de adoptar una actitud de fuga, sin poder precisar qué es lo que temen. Los incrementos de angustia no son el objeto de ninguna tematización significativa, aun bajo una forma racionalizada. Sin embargo, no estamos frente a ataques de pánico generalizado. En suma, es como si el funcionamiento fóbico se hubiera instalado en el interior de la comunicación e impidiera todo despliegue posible de esta dentro del psiquismo. El analista termina por sentirse impactado por ciertas particularidades del funcionamiento asociativo del paciente en la sesión, sin poder decir si aquello que percibe en la escucha traduce adecuadamente el mismo mecanismo fóbico de los síntomas que

existen en el exterior. En todo caso, si el sentido no es idéntico, se podría remontar a una fuente común que podríamos identificar como trastorno del pensamiento. Aquí podríamos decir que el único objeto implicado es el analista y que la evitación está dirigida a la función analítica misma, con el deseo de escapar de aquello que puede ser descubierto de sí. Pero se trata, de hecho, menos del analista en tanto objeto distinto (discriminado) que de una situación de no-separabilidad entre sujeto y objeto donde la transferencia temida sobre el analista hace aparecer la proyección sobre este de un poder de penetración en los pensamientos del paciente de tal magnitud que no deja otra solución que una erosión radical de la inteligibilidad que pudiera surgir de la comunicación. Este aspecto de la proyección, aquí limitado por la presencia misma del analista, disimula de hecho la necesidad del paciente de huir de sí mismo como si él corriera un peligro sin relación con lo que es temido por el levantamiento de la represión. Aquí, como siempre, el temor profundamente enraizado consistirá para el paciente en descubrir algo que está en él y que no puede explicarse en términos de transgresión solamente, aunque el temor a ella esté también presente. Cuando el analista haya tenido éxito y arribado a una elucidación, constataremos que la evitación concierne menos a un temor que a una suerte de captura en algo así como una trampa sin salida que se cierra en sí misma. El analista llega a ser imaginado como víctima de la situación en la cual el paciente lo ha encerrado exitosamente.

Definición de la posición fóbica central

Por posición fóbica central entiendo una disposición psíquica de base de tipo fóbico, que encontramos a menudo en la cura de ciertos estados límites. He hecho la elección del adjetivo “central” con el fin de remarcar el aspecto que quiero describir del funcionamiento mental del paciente. No me refiero a aquello que se considera como el más profundo de los estadios del funcionamiento psíquico del paciente, pulsión o relación de objeto ni, por el contrario, al aspecto ligable a lo consciente a través del discurso del paciente. Tampoco se trata de llegar a los niveles que se suponen más antiguos y primitivos. No trataré simplemente el acceso a lo consciente de ciertas partes del inconsciente del paciente, sino más bien las resonancias y las correspondencias entre ciertos temas que se abren un camino a través de distintas vías que vienen de lo reprimido, amenazantes, no solo en relación con las sanciones del superyó, sino también para la organización del yo. Por ello es necesario impedir el pleno despliegue de estos contenidos en lo

consciente y su reviviscencia completa. Estos temas que jalonan la historia del sujeto se potencian mutuamente, es decir que no se limitan a adicionarse sino que se amplifican por la puesta en relación de los unos con los otros. Ellos afectan su funcionamiento psíquico, que no puede ahora contentarse con evitar el resurgimiento de lo más antiguo y lo más profundo, ya que se trata más bien de impedir la extensión y la reunión que religa los temas entre sí. El resultado global no puede comprenderse por la referencia a un hecho traumático singular, por más profundo e intenso que sea, sino por las relaciones de reforzamiento mutuo entre los acontecimientos cuyo reagrupamiento crearía una desintegración virtual nacida de la conjunción de diferentes situaciones traumatizantes, que encuentran eco unas en las otras. Es entonces cuando hace falta concebir, en la comunicación del paciente, las condensaciones de aquello que se presenta como placas en movimiento, enloquecedoras, ya que ellas devienen el nudo de encuentro donde se entrecruzan diferentes líneas traumáticas. Desearía precisar que no se trata solamente de impedir el retorno del trauma más importante, ni de aquello que ha sido descrito en términos de traumas acumulativos (Khan), sino de obstaculizar el establecimiento de relaciones entre diferentes constelaciones traumáticas en las cuales la puesta en relación de unas con las otras se siente como una invasión angustiante de fuerzas incontrolables. El despertar de cualquiera de esos traumas podría entrar en resonancia con otros. La imagen compuesta que resultaría de ello sería impensable, ya que desencadenaría una violencia inaudita dirigida contra el objeto, pero sobre todo contra el yo del paciente. Es necesario entonces suponer que aquello que hace amenazante la aglomeración de temas es que dicha reunión amenaza los organizadores fundamentales de la vida psíquica cuyas deficiencias son susceptibles de desencadenar la catástrofe. Los que resultan conmovidos son los pilares de la vida psíquica, que el paciente había tenido más o menos separados exitosamente o les había negado relación antes del análisis. El verdadero trauma consistirá entonces en la posibilidad de reunirlos en una configuración de conjunto donde el sujeto tiene el sentimiento de haber perdido su capacidad interior de oponerse a las prohibiciones y no está en condiciones de asegurar los límites de su individualidad, y recurre a identificaciones múltiples y en ocasiones contradictorias, encontrándose a veces incapaz de utilizar sus soluciones defensivas aisladas. Por eso la idea de centralidad me ha parecido la más apropiada para definir una situación “entre dos aguas”, nivel intuitivamente percibido por el analista como aquel donde progresa el filón asociativo, expuesto a aquello que obstaculiza su progresión, sus ramificaciones, su despliegue hacia la superficie tanto como hacia la profun-

didad. Este tipo de funcionamiento que testimonia la fragilidad de la capacidad de autoinvestigación o los efectos peligrosos de su ejercicio tiene consecuencias radicales que no pueden explicar el recurso de estos mecanismos automutilantes para el pensamiento sino por la necesidad de disfrazar importantes peligros de derrumbamiento. Por eso, es una vez más la referencia al terror o a la catástrofe lo que parece corresponder mejor a la experiencia del paciente. Se justificaría hablar aquí, si fuera posible, de una activación de huellas mnémicas de terrores diurnos profundamente sepultados pero siempre activos.

El discurso asociativo en sesión: un modelo

Para poder comprender lo que deseo decir, es necesario mostrar previamente cómo concibo el funcionamiento de una sesión idealmente fecunda. Partamos del esquema del capítulo 14, “Primeras nociones del yo”, de la primera parte del *Esquema (Proyecto, fig. 1)*. En este grafismo, Freud imagina un encadenamiento de unidades, supuestamente neuronas, cuyos ensamblajes describe de acuerdo con dos caminos. Lo que mantiene su animación son, en su terminología, las cantidades en movimiento. Por una parte, la investidura directa de una cantidad movable de la neurona a hacia la neurona b las pone en relación debido a una “atracción provocada por el deseo”; por otra parte, una cadena llamada por él de investidura lateral que, partiendo de a , se despliega, según un trayecto arborescente, hacia otras neuronas a, b, g, d . La investidura lateral suplementada a la vía $a \text{ } \text{Æ} \text{ } b$, cuando esta está bloqueada, al ser susceptible de ocasionar displacer. Freud habla de inhibición porque la represión no había sido descubierta aún. “Vemos fácilmente cómo, con ayuda de un mecanismo que llama la atención del yo sobre una investidura nueva de la imagen penosa, el yo llega a veces a interrumpir el pasaje de una cantidad emanada de esta imagen que conduce a la producción de displacer. Esto acontece gracias a una investidura lateral considerable, susceptible de aumentar cuando las circunstancias lo exigen”. La investidura lateral encuentra entonces una salida alternativa a estos caminos inhibidos. Yo formulo la hipótesis de que la relación entre a y la investidura lateral sustitutiva, $a \text{ } b \text{ } g \text{ } d$ debe tener una relación más o menos homóloga con el camino inhibido $a \text{ } \text{Æ} \text{ } b$; de este modo el análisis de esta investidura lateral en relación con a debería darnos una idea indirecta, aunque sea aproximativa, relativa a la relación inhibida $a \text{ } b$.

principal, subordinada, camino directo o investidura lateral. La resistencia obliga a un rodeo, pero este, en revancha, enriquece las posibilidades de asociación y permite tener, a través de esta mediación, una vaga idea de lo que no puede ser dicho. Esto es lo que muestra retrospectivamente el análisis de una significación emergente de ciertas relaciones desprendidas de diferentes elementos dispersados en la comunicación. Se supone entonces que el discurso asociativo, producto de la asociación libre, empuja a desarrollos incidentales para impedir el establecimiento de lazos demasiado inmediatos con el inconsciente y que los comentarios que parecen secundarios o subordinados son susceptibles de desempeñar el mismo rol que las investiduras laterales; es decir que, al lado de su función de rodeo, los caminos seguidos entran en relación, beneficiándose de la disminución de la censura racional, para crear nuevas relaciones aparecidas a favor de la puesta entre paréntesis de las categorizaciones del discurso.

Esto es conocido y admitido por los psicoanalistas, quienes, en general, no van más lejos. Se percibe que podría evidenciarse una nueva trama de relaciones, pero las vías por las que dicha trama se forma han sido dejadas en la sombra. Si para la conciencia este aspecto incoherente revela una gran oscuridad en cuanto a la inteligibilidad de conjunto, para la escucha analítica, la nueva trama permite pensar que existen relaciones significativas entre cualesquiera elementos enunciados, que ponen de manifiesto dos ideas semánticamente consistentes o una idea semánticamente consistente con cualquier otro aspecto de la verbalización, presente de manera ocasional o contingente, formando parte de las investiduras laterales enunciadas o unidas por inferencia. Esto resulta de la hipótesis que he sostenido, de que las diferentes investiduras laterales debían tener una relación con la vía obstruida que no puede franquearse, aquella que lleva directamente de $a \notin b$.

Esto no es sino lo previo a lo que tenemos que comprender. Esta asociatividad nos invita a investigar el sentido latente adivinando que la comprensión de un elemento, supongamos el elemento d , de la cadena a, b, c, d, e, f , no puede develar su función por su sola referencia presunta con aquel que la precede c acompañados de sus semantemas subordinados, según una progresión lineal. Más precisamente, es necesario agregar que c estará infiltrado, habitado, potencialmente engrosado de relaciones reflexivas que habrá podido establecer con uno o varios elementos contingentes de otra cadena distante de sí, ya sea con sus investiduras laterales, ya sea con un elemento precedente que pertenece a la serie de ideas semánticamente consistentes. La idea general es que el sentido inconsciente, en su empuje hacia la conciencia,

busca abrirse camino y debe, para ser liberado, pasar por relaciones que no ponen en contacto directo los elementos que entran en su composición o que no pueden ser deducidos por relaciones simples de proximidad inmediata, descuidando aquello que parece desempeñar solo la función de digresiones. Por supuesto, los afectos desempeñan el rol más importante en esta difracción, sus derivaciones, rupturas o encadenamientos. Sin embargo, sería erróneo pensar que la huella de los afectos alcanzaría para orientar claramente hacia aquello que debe conducir al significado latente. De este modo los afectos pueden surgir como una consecuencia del desmantelamiento asociativo y no tener por función sino la connotación de un aspecto de un discurso aparecido, en el devenir, sin tener un rol importante sobre la trama significativa puesta en evidencia gracias al trabajo asociativo.

Vemos que esta forma de pensamiento no hace más que buscar un aflojamiento de la censura, pero induce un funcionamiento desembarazado de las exigencias de la puesta en secuencia de palabras en sucesión lógica categorizada, haciendo jugar la atracción (y el rechazo que la acompaña) de los elementos reprimidos que dirigen la producción del discurso. La demanda de la asociación libre tiene una doble consecuencia. Si por un lado lleva a renunciar a las exigencias que aseguran el encadenamiento de ideas –la coherencia lógica requerida por el pensamiento secundario– y a liberar así la circulación de las divagaciones temáticas tanto sobre la sucesión de los diferentes pensamientos emitidos como sobre los desvíos producidos por algunos de entre ellos que pueden parecer a primera vista contingentes o adyacentes, este modo de discursividad, a la vez flojo y entrecortado, facilita como contrapartida, por el aflojamiento de las relaciones internas de la comunicación, una actividad que intensifica los modos de irradiación a distancia entre partes del discurso, como la poesía y la escritura literaria buscan deliberadamente, pero de modo controlado. Lo que nos indica que esta irradiación, suscitando efectos a distancia, parece ser una capacidad del espíritu humano que entra en juego cuando aquello a lo que tiende el discurso no puede ser enunciado sin hacer correr un riesgo a aquel que lo expresa, o que un discurso aparentemente errático es más rico cuando adopta las formas de la poética (fig. 2). Los lazos entre palabras tienen más capacidades semánticas que la sucesión de palabras en sí mismas. Esto pone en claro la importancia de la dimensión de evocación del lenguaje (Lacan) que escapa a la visibilidad, a la continuidad y al arreglo obtenido por los lazos perceptibles dentro de una lógica que define sus reglas obedeciendo a leyes que rigen los procesos secundarios.

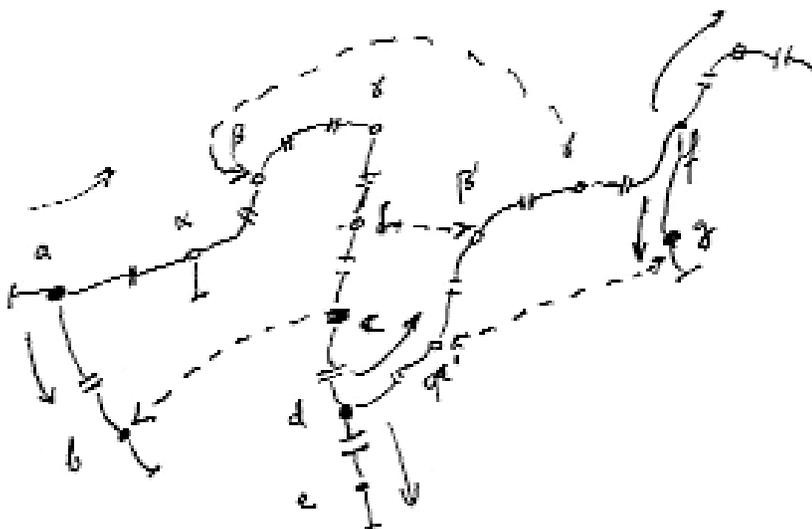


Fig. 2. Esquema de la irradiación asociativa.

- a, b, c, d, e, f*: funcionamiento de los semantemas principales
- a, b, g, d; a' b' d' g'*: funcionamiento de los semantemas subordinados (invertimientos laterales) *abcdefg*: vías facilitadas
- ←..... reverberaciones retroactivas
- ←..... anuncios anticipadores

El funcionamiento enmarañado obtenido nos permite aprehender mejor la originalidad de la comprensión analítica. A saber, que en el desorden aparente de la comunicación, son los efectos de la resonancia mutua según el sonido y el sentido, entre los fonemas, frases y párrafos, los que dan valor a este funcionamiento. Aún falta precisar de qué manera este funcionamiento induce la comprensión y la interpretación del analista. Las asociaciones permiten descubrir, a favor de las condensaciones y los desplazamientos, núcleos de *reverberación retroactiva*: a saber, que un elemento enunciado no cobra verdaderamente sentido sino cuando a partir de él se ponen de relieve los ecos retroactivos, a veces convergentes, contenidos en propuestas enunciadas anteriormente en la sesión, que testimonian la persistencia del poder significativo de aquellas hasta mucho tiempo después de que el enunciado que las sostenía se haya extinguido. De la misma manera, en otros momentos, cuando nada lo hace esperar, ciertos términos tendrán un efecto anunciador, reconocidos como tales *a posteriori*, sin que el analista, en

el momento en que los escucha, sea consciente de su efecto anunciador ni esté en condiciones de predecir la forma de lo que sucederá; el advenimiento posterior permitirá deducir su relación con su precursor. El valor de estas relaciones se percibe *après coup* porque el valor de anticipación estaba aislado y no podía dejar presentir precisamente aquello que se anunciaba. Así, *reverberación retroactiva y anuncio anticipador* actuarán al mismo tiempo, en alternancia, haciéndonos comprender que la asociación libre nos permite acceder a una estructura temporal compleja,² que cuestiona la linealidad aparente del discurso para hacernos sensibles a una temporalidad sea progrediente o regrediente, tomando una forma arborescente y, sobre todo, productora de potencialidades no expresadas o generadoras de ecos retrospectivos. Esto es así porque la organización psíquica no cesa de modificarse a lo largo de la historia, a lo cual había hecho alusión Freud, sin elaborar las implicancias teóricas, hablando de la atracción de lo reprimido preexistente (*La represión*).

Vemos que un funcionamiento de este tipo semeja más la apariencia de una red que la de la linealidad, a veces ramificada en la coexistencia de diferentes temporalidades, lineares y reticulares. Por otra parte, entre las ramificaciones que entran en la figuración del proceso, algunas ramas pueden permanecer mudas porque son objeto de una muy fuerte contrainvestidura; no son menos activas en el inconsciente, susceptibles de ser reanimadas o, en otros casos, de comenzar a excitar otras porciones de la red sin expresarse explícitamente. Otras parecerán ausentes, sin que el sentido se desarrolle nunca a partir de ellas, pero sugiriendo al analista la idea de su necesidad para llegar a una comprensión mínima y sin embargo siempre hipotética. *Si interesa subrayar la arborescencia del sentido es porque esta permite pasar de una rama del árbol a otra, por un trayecto recurrente, para retornar enseguida sobre las bifurcaciones ulteriores de la rama de la que se partió.*

En consecuencia, es necesario insistir sobre la naturaleza de las asociaciones que ponen en evidencia una característica que, desde mi conocimiento, pertenece solo al psicoanálisis. Venimos de cuestionar la linealidad de las asociaciones que tienen curso de modo muy general en las teorizaciones lingüísticas. Los lingüistas dicen de buen grado que las relaciones entre los términos agrupados priman sobre el sentido de los términos en sí mismos. Por otra parte, por el hecho de la infiltra-

2. Green, A. *Le temps éclaté*. París, Ed. Minuit, 2000.

ción por el inconsciente del discurso consciente (deseos y defensas), lo que además implica decir que el efecto indirecto, invisible y mudo de las investiduras de las representaciones de cosa inconscientes sobre las representaciones de palabra y la presión ejercida por las cantidades de afecto que las connotan y que comandan su progresión dinámica, el discurso asociativo está marcado, en ciertos momentos, por lo que llamo efectos de radiación. Por lo tanto ciertos términos –o mejor, ciertos momentos del discurso– que ocupan una posición estratégica que no será fácilmente comprendida sino *après coup* son portadoras de efectos dinámicos tales que una vez pronunciados, y aun antes de serlo, mientras no son sino pensamientos no articulados, irradian e influyen la intencionalidad discursiva. Estos son a menudo los mismos que, defensivamente, engendran investiduras laterales. Entonces tendrán tendencia a entrar en resonancia, bien con términos ya enunciados, de una manera retroactiva, o aun, y a veces simultáneamente, con términos por venir, no pensados aún, pero potencialmente generadores de temas que permiten percibir nuevas relaciones con lo que ya ha sido expresado. Ellos estarían entonces aquí en posición de indicadores bajo el efecto de una vibración interna. Lo hemos visto en el movimiento, hacia atrás o hacia adelante, fuera del fluir de la comunicación durante la sesión, en relación con lo ya dicho o en relación con algo por decir que sugiere una virtualidad de existencia. Esta concepción, que propongo llamar de radiación asociativa, traza, a través del despliegue del discurso manifiesto, surgido de la asociación libre, líneas de fuerza que la atraviesan y que van a constituir las venas del discurso inconsciente permitiendo seguir, resonar, retroactuar, recibir por anticipado, la fuerza significativa que circula a lo largo del recorrido cuyo plan se dibuja a partir de las coordenadas del inconsciente marcadas por las sobreinvestaduras y las contrainvestaduras que las acompañan. Los momentos de la suspensión de la asociación tienen el interés de señalar los nudos de la resistencia, por lo tanto, de la presión del inconsciente, a los cuales ellos responden, y hacer sensibles las modificaciones a las que proceden. Esta descripción permite aprehender mejor las modalidades preconscientes de la escucha del analista del discurso en sesión, con todas sus connotaciones transferenciales y sus recurrencias contratransferenciales.

Desde esta óptica, el analista sigue un desarrollo correspondiente a lo que él percibe del modo de expresión de su paciente. Intenta el despejamiento del sentido vehiculado por la palabra a través de lo que él ha escuchado del discurso del analizando en la sesión, lo que no dejará de hacer eco a otros temas ya abordados en sesiones anteriores o en el transcurso de aquella que se desarrolla. Además, su oído está también

atento a aquello a lo que él no puede dejar de prepararse a escuchar sobre el desarrollo de los temas expuestos por el discurso ya enunciado, en un trayecto entrecortado, mezclando tiempos pasados y por venir, siguiendo una exploración de ida y vuelta en el seno del desarrollo del presente. Este movimiento de espera de un sentido a realizarse no se contenta habitualmente con una sola anticipación o una única hipótesis que espera su realización, sino con varias simultáneamente, de las cuales una sola quizá será seleccionada para estabilizar el sentido. A veces ninguna de ellas será validada y todas deberán ceder el lugar a una hipótesis imprevista surgida extemporáneamente que resulta de las relaciones ya establecidas por el discurso. Las hipótesis anteriores invalidadas no desaparecerán por completo, estarán la mayor parte del tiempo en latencia y podrán emerger a la superficie en forma ocasional o caer en la obsolescencia si nada viene a reanimarlas. Pero, de todas maneras, la marcha de la sesión está en busca de un equilibrio entre el freno de la resistencia y el empuje del inconsciente hacia la conciencia, y lleva al oído a la recepción de una complejidad polisémica abierta, prospectiva y retrospectiva, tomando parte en la construcción de una dialéctica semántica procesual. Proceso quiere decir marcha, acción de ir avanzando.

Por último, hablando de los organizadores de la vida psíquica del paciente, hago alusión a conceptos clave alrededor de los cuales se construye el universo mental del paciente. Estos son para nosotros lo que los referentes son para los lingüistas. Es deplorable constatar que aún no hay acuerdo entre los analistas sobre las categorías que ellos representan a causa de la fragmentación y de la dispersión del *corpus* freudiano y de la herencia múltiple derivada de ella. Llegar a un acuerdo a este respecto será seguramente una tarea del futuro.

Primera aproximación a la evitación asociativa
como manifestación de lo negativo

Hace ya largo tiempo que he estado intrigado por el comportamiento asociativo de ciertos analizandos, quienes, llegados a un cierto momento de la sesión, parecían girar sobre sus talones rechazando todo el movimiento de pensamiento que los había conducido a un cierto punto de su discurso, justo cuando la conclusión de la prosecución de su progreso parecía casi previsible y muy esclarecedora. En ese momento, yo había hecho estas observaciones en pacientes neuróticos y las atribuí a una resistencia que me parecía una huida frente a la toma de conciencia de un deseo prohibido. Seguidamente, me sorprendió leer, escrito por Bion,

el relato de una situación un poco diferente que, sin embargo, no he podido dejar de ligar a la observación precedente. Bion hablaba de esos casos donde el material expuesto por los pacientes parecía muy significativo para el analista sin que, no obstante, este pudiera llegar a crear sentido para el analizando, aun cuando fuera interpretado. Pero aquí se trataba de pacientes psicóticos y el daño profundo de sus funcionamientos mentales era manifiesto. Esto estuvo en el origen, junto a otros hechos destacables, de la concepción, muy cara a Bion, de “ataques a los vínculos”.

La comparación con la situación anterior hacía resaltar que, cuando en el primer caso la represión se dirigía principalmente a los retoños de las pulsiones sexuales, en la segunda, la acción de las fuerzas destructivas sobre el yo estaba en primer plano. Por otra parte, el interés que he puesto en el trabajo de lo negativo ha agudizado mi escucha en dirección a formas de la negatividad que no permiten ser interpretadas sino por su relación directa con las pulsiones destructivas bajo sus formas agresivas. Aquello con lo que el analista tiene que trabajar en la relación de transferencia en los pacientes “límites” es la destructividad que se refiere *prioritariamente al propio funcionamiento psíquico del sujeto*. La destructividad puede no estar afectada sino en las defensas negativistas, cuya forma más sutil es el clivaje freudiano. La comunicación analítica es aquí portadora de contradicciones esenciales, que coexisten sin que una domine a la otra, obligando al pensamiento del analista a elaborar el producto de su escucha según registros inhabituales, desorientadores, extraños. Yo me he referido más de una vez al escrito inacabado de Freud *Algunas lecciones elementales en psicoanálisis*, versión inglesa de su *Abriss*, donde él presagiaba que el análisis tenía que conocer a futuro modos de funcionamiento psíquico cada vez más alejados del sentido común. Esto quiere decir, probablemente, cada vez más alejados de lo que el psicoanálisis de los neuróticos le había enseñado y que funda el zócalo de la *Metapsicología*. *El trabajo de lo negativo*³ se ha esforzado en desarrollar esas implicancias clínicas, técnicas y teóricas.

Hoy me dedicaré a ciertas manifestaciones “negativistas” en la cura, que pueden presentarse de una manera cuya función el analista tardará tiempo en reconocer y que no se detienen una vez que él las ha admitido en su interpretación, al menos no antes de cierto tiempo. Hago

3. Green, A. *El trabajo de lo negativo*. París, Ed. Minuit, 1993.

aquí alusión a un analizando que vino a verme por una angustia crónica. Había hecho varias tentativas terapéuticas que revelaron, entre otras cosas, su intolerancia al silencio. Poco tiempo después del comienzo de la cura conmigo, que él parecía haber deseado intensamente, y seguidamente a intervenciones que me habían parecido más necesarias en relación con sus experiencias previas, marcadas por un silencio traumático, llegó a responderme: “Yo no lo escucho, tengo mierda en los oídos”. Él no me hablaba de su sordera como de una imposibilidad de oírme, sino de un rechazo a escucharme. Diez años más tarde, en el curso de una sesión reciente, volvió a decirme a propósito de una interpretación que lamentablemente no le gustó: “Yo no lo escucho”. No comprendí que expresaba la misma oposición de antaño y creí que mi voz no había sido suficientemente audible. Constancia sorprendente, él solo había suprimido la contracción anal metafórica de su oído. En la sesión siguiente mostró, sin embargo, una destacable capacidad integradora. No obstante, esta comprensión en forma de sierra ha permanecido característica de su funcionamiento, aun después de avances notables. La diferencia residía en una capacidad de restablecimiento del *insight* cuyo progreso no era una ilusión, pero cuyo ejercicio debía estar precedido de la compulsión de repetición devenida felizmente transitoria, destinada a hacerme perder pie para emparejar la inminencia del peligro que podía representar la visión más profundizada que él había adquirido de sus conflictos pasados.

Hoy creo que esos comportamientos cuya finalidad defensiva he comprendido deben ser vinculados a manifestaciones fóbicas. Pero me restaría pasar del plano del comportamiento, por sintomático que fuese, a aquello que hace a la especificidad y que obstaculiza la inteligibilidad analítica: es decir que el sentido como emergencia de la asociación libre en la relación transferencial deviene el objeto de una confusión y una asfixia casi sistemáticas.

Descripción de la posición fóbica central

El caso clínico de Gabriel me aportó el esclarecimiento que me hacía falta. Este análisis, tormentoso en muchos momentos, abunda en peripecias y descubrimientos heurísticamente fecundos. En la actualidad se encuentra en una etapa muy avanzada después de un largo recorrido. Ciertas experiencias terapéuticas se habían terminado por una decisión unilateral del terapeuta debido, probablemente, a reacciones contratransferenciales incontroladas. Esto aumentaba el sentimiento de abandono, en un momento en que él tenía una necesidad

particular de ser escuchado, a pesar de todo. Durante largos años las sesiones fueron consagradas a quejas acerca de angustias permanentes, y sus propuestas eran de una rara confusión. A veces también emergían temas muy interesantes, cuando yo lograba seguirlos, regularmente acompañados de la impresión de que yo suspiraba de fastidio, irritación y aburrimiento, signos precursores, según él, de que lo pondría en la puerta. “Yo no sé”, “No sé lo suficiente”, “No me acuerdo”, “Es apasionante lo que dije allí”, entrecortaban las secuencias de su discurso. Yo no tenía de su historia ninguna indicación precisa. Él debió reconocer más tarde que estas fórmulas tenían el poder de destruir toda interpretación. Los hechos, nunca datados de manera de proveer una cronología, estaban situados tanto en una edad como en otra, rara vez acompañados de recuerdos evocables que hubieran dado una idea sobre la posición psíquica del paciente frente a los hechos relatados de modo vago. Recuentos parciales, ahogados en el resurgimiento de hechos relatados. Una vida de línea quebrada, marcada por una gran soledad, agravada por el divorcio de los padres a los 12 años, que lo llevó a compartir su vida con una madre deprimida e inaccesible, cautiva de su morosidad y su falta de gusto de vivir. A los 15 años, la madre desapareció un día, sin regresar de una cura termal. El padre permaneció como objeto de oposición sin descanso. El padre, sin saber a qué santo encomendarse, divorciado y vuelto a casar, decidió consultar a un psiquiatra clásico, que le transmitió sus conclusiones, diciéndole que su hijo lo detestaba, limitándose a las apariencias, sin ninguna indicación terapéutica. El padre dejó la región parisina no sin antes haber propuesto en vano a Gabriel que lo acompañara. Este estaba en conflicto permanente con su madrastra y se encontró completamente solo luego de la partida. Tuvo una escolaridad caótica, un período adolescente muy desordenado, marcado por la agitación política y algunos comportamientos transgresores que revelaron su vulnerabilidad. Luego de su fracaso en el bachillerato, una temporada en el extranjero vivida en el aislamiento, la soledad y la tristeza, un retorno al país y la facultad, bajo la sugerencia de un amigo benévolo, para realizar estudios que no tenían nada que ver con su trabajo actual.

Me faltó tiempo para comprender que el sentimiento que yo tenía de perder el hilo de lo que él me comunicaba se debía a rupturas asociativas potencialmente significativas. Más que interrupciones o cambios de temas —lo que se inscribe en la lógica de las asociaciones libres—, se trataba de un discurso que me mantenía a distancia, largamente desarrollado a partir de generalidades que me daban la impresión de dejarme limitado a buscar —como mi paciente— mi camino en la niebla. Creí al comienzo estar frente a una actitud reveladora de una represión masiva

y extendida. Hasta el momento en que comprendí que si él estaba así obligado a impedir la instalación de la asociación libre, no era por defecto, sino, por el contrario, por un exceso potencial de asociaciones. Dicho de otra manera, cuanto más progresaba en lo que tenía para decir, más crecía el sentimiento de peligro, porque la comunicación entre las partes de su discurso no era suficientemente impermeable y él cortaba su palabra o la embarullaba, como si hubiera buscado evitar una salida hacia la cual habría sido llevado irresistiblemente si lo hubiera permitido. La salida que él temía no era otra que la enfermedad somática o la locura, en un primer momento, para limitarse, seguidamente, a la segunda. Muchos indicios me habían permitido comprender que la amenaza de la locura estaba en relación con la idea de que él estaba asociado con su madre por un lazo que nadie ni nada podría jamás romper, y no dejaba lugar a ninguna investidura que lo pusiera en el riesgo de separarlo. Viniendo a las sesiones él tenía la impresión de escuchar su voz, que él denominaba —a mi intención, sin duda— sus alucinaciones.

En la infancia, un suceso mayor: la crianza a cargo de una nodriza. ¿A qué edad? Me llevó casi ocho años saber que había tenido lugar entre el año de edad y los tres años. ¿Por qué razón? Misterio, los motivos invocados eran poco convincentes. Pero un nuevo trauma agravó aquel de la separación: su padre iba a verlo casi todas las semanas al campo, a 300 km de París; su madre, nunca, salvo para llevarlo una vez de regreso. Como era de esperar, ese día él no la reconoció y la llamó “señora” durante el trayecto de regreso. Más tarde, algunas horas después, pudo reencontrar el recuerdo de quién era. Esta madre que vivía en la provincia, no lo visitaba nunca, no le escribía jamás ni tampoco lo llamaba por teléfono, que cortaba la línea por largos períodos sin responder a sus llamados, que no veía nunca a nadie y rehusaba sus pedidos de ir a verla, al mismo tiempo que se dirigía a él apasionadamente, cuando hablaba por teléfono con ella, para quejarse de todo y de nada, agregando que no tenía más que a él para que acudiera en su ayuda. Sin embargo, todas las sugerencias y las proposiciones que él le hacía eran infaliblemente rechazadas. Es probable que ella estuviese seriamente perturbada, me di cuenta después de largo tiempo, pero el significado de su comportamiento era difícil de discernir. Terminé por comprender que su actitud desconcertante se explicaba por el hecho de que ella prefería no ver a las personas porque no soportaba separarse y temía caer enferma una vez que la hubiesen dejado.

Antes de haberlo entregado a la nodriza, se le relató a Gabriel que su madre, mientras lo amamantaba, había tenido un absceso en la mama. Ella había continuado con el amamantamiento porque no sentía nada —lo que da una idea de su masoquismo—. Ella no se dio cuenta de que su

niño lloraba desesperado, debilitándose a ojos vistas, sin absorber otra cosa que el producto de un seno purulento y vacío. El padre intervino por fin y el médico que fue llamado prescribió “inyecciones de agua marina”; dicho de otro modo, supongo, suero fisiológico para hidratarlo.

Un día, en su décimo año de análisis, al evocar por enésima vez el período de la nodriza, cuando era yo el que hacía alusión a este, él prefería banalizar el suceso de la siguiente manera: “Todos los niños a quienes se envía a una nodriza no están tan marcados como yo”; y agregó: “Ayer repensé las visitas de mis padres, que yo esperaba los domingos. *Me volví a ver niño, presa de una tensión angustiada indescriptible, completamente apresado en la entrada de la granja a la espera de su llegada y en la esperanza de verlos aparecer*”. Él hablaba de hecho de la decepción de no ver a su madre. “*Mi cara tenía una expresión tan tensa, tan horrorosa que yo me dije: ‘No es posible, eso no puedo ser yo’*”.

Me emocionó este movimiento que unía una rememoración traumática y el no reconocimiento de una imagen de sí representada pero desestimada. Al comienzo estuve confundido, sin saber si se trataba de una rememoración, de una reviviscencia o de una reminiscencia, pero con la convicción de que no se podía tratar de una fantasía. Una creación de la cura, por cierto, pero cargada de verdad. Si agregamos a la decepción renovada de no ver aparecer la silueta de su madre, el miedo de mostrar su tristeza al padre por temor de que este dejase de visitarlo, se comprende que esta situación, que podría resonar con la relación dual del niño con el seno privador, estaba de hecho tercerizada. Sin hablar de la fantasía posible de que fuese el padre el que impedía a la madre ir a verlo con el fin de guardarla para él solo, como había sido él quien, en otro momento, lo había privado de ese seno que, aunque mortífero, sin embargo le pertenecía. Le llevó un cierto tiempo antes de admitir que esta interpretación era plausible, luego de haberla negado más de una vez.

Desde entonces comprendí que era esa la llave de la actitud de mi paciente. Vivía acongojado permanentemente, pero de un modo tal que no era él quien vivía así. O bien aquello que lo angustiaba encontraba su explicación en el comportamiento de otros hacia él. Este movimiento defensivo estaba facilitado por numerosas confusiones identitarias transitorias entre su madre y él, entre él y su tío muerto, cuyo nombre llevaba, al que no había conocido pero con quien le decían que tenía un gran parecido y, además, más recientemente entre su mujer y él, entre su hijo pequeño y él. Se agrega que su madre había tenido confusiones semejantes en la adolescencia y había llegado a presentarlo en el barrio como su hermano, aun como su marido, modificando el patronímico común. No se trataba de identificaciones, sino de suspensiones transitorias de su identidad. En un momento de la transferencia dirá:

“Yo me creo el Dr. Green”, lo que implicaba un sentimiento de usurpación que, en efecto, impedía su identificación.

Tiempo después de la evocación de la espera de la percepción de la madre que no venía, volvió al episodio del absceso en el pecho para relatar una frase de ella. “Y tú chupabas, y chupabas y chupabas”. Y yo agregaba: “¡Y nada venía!”. No se trataba solo de un movimiento de identificación con mi paciente y tampoco de una reconstrucción. Bruscaamente comprendí que había procedido a la asociación entre ambos sucesos. Entre el primero y el segundo había grandes diferencias. Pero el establecimiento de un puente asociativo era la consecuencia de esa radiación a la que he aludido y de la cual había experimentado la escucha de las proposiciones que él me comunicaba. En cuanto a él, muchos de sus actos parecían desear impedir esta posibilidad de dejarse sorprender al tomar la delantera y hacer vivir a los otros el vacío que él creaba por su desaparición real o su retiro. En contraste, era asombrosamente fiel a sus sesiones. Comprendí aun mejor el sentido de los comportamientos de mi paciente. Había completado una secuencia en la que se había contentado con describir la reacción del otro, su madre, sin imaginar delante de mí lo que había podido experimentar, pero incitándome inconscientemente a llegar hasta el fin de lo que sentía. No había ahora salida sino por el corte de la actividad mental, por temor a la resonancia de las diferentes situaciones traumáticas que uno podría relacionar. Pasó por otras situaciones, en relación con temas mejor conocidos del psicoanálisis, tales como la angustia de castración o el sentimiento de no ser comprendido por su compañía del momento, o la decepción por la traición de una amistad. Solo las menciono, sin desarrollarlas, para apoyar la idea que actuaba en él de la gran inseguridad que experimentaba frente a la perspectiva de significantes clave del psicoanálisis.

Me había impactado por ciertos comportamientos característicos: decidió, bajo el shock de un fracaso sentimental, no poner en orden sus impuestos, y desapareció para el fisco. Obviamente, este lo reencontró al cabo de algunos años, y temió sanciones mucho más graves que las que son aplicables en casos semejantes. Profesionalmente, se comprometía en las primeras etapas de un trabajo colectivo y luego, súbitamente, desaparecía. En análisis no daba la menor explicación sobre esta conducta evitativa. De la misma manera, huía de los encuentros con las personas cercanas que temía que pudieran acusarlo por las contradicciones que afectaban su entorno. Muy angustiado ante el menor signo que pudiera testimoniar un problema de salud de su hijo, no tenía otro recurso que intentar establecer un control absoluto sobre su mujer, esperando que ella pudiera hacer desaparecer los síntomas, aun benignos.

nos, que pudiera presentar y no soportaba que ella le respondiera que no comprendía la causa. Por su lado, extremadamente cuidadoso de establecer una relación sin problemas con su hijo, se mostraba poco receptivo a las manifestaciones de celos edípicos del niño, cuya existencia no podía imaginar.

Lo que se me aparece, sin embargo, con claridad es la razón de ser de su funcionamiento asociativo: a la vez impreciso, vago, a menudo inasible, distanciado en relación con los sucesos relatados. En algunos momentos, reconocía la exactitud de ciertas interpretaciones, e inmediatamente hacía de cuenta que no habían sido formuladas. Comprendí entonces que lo que impedía el despliegue asociativo, aquello que en definitiva hacía estancar esta progresión pluridimensional, esterilizando su curso, era la *anticipación* del término adonde era riesgoso que condujera. De hecho, era como si todas debieran llevar a la cascada de traumas, correspondiéndose unos con otros. Comprendí que el efecto de la represión no era suficiente para hacerse una idea de lo que tenía lugar. De hecho, un cierto grado de desinvestidura de la arborescencia de las cadenas asociativas extinguía el poder de radiación de los momentos temáticos. Dicho de otra manera, el discurso caía en la linealidad. La asociatividad no retornaba en el *après coup* que solo anticipaba en su continuidad, abriendo hacia una potencialidad. El ello no dejaba de hablar, de asociar –de un modo fragmentario a veces, pero de todas maneras el ello asociaba en forma chata, sin relieve, sin profundidad, sin notoriedad–. No era generativo, no se podía esperar ninguna solución por la interpretación.

Pero ¿por qué esta posición fóbica central? ¿Por qué esta evitación del término en el desarrollo asociativo? ¿Para hacerme vivir la decepción de no verlo concluir, de no verlo llegar, como la madre nunca percibida? Sin duda, pero sobre todo porque lo que aquello que revela la desesperación es *la muerte de la representación de la madre que no aparece o del seno que no calma el hambre sino que acrecienta la excitación. Le sigue la negación de la existencia de la propia realidad psíquica del sujeto que la padece*. “No, esto no existe en mí, esto no puede ser yo, esto no es yo”. Vemos entonces una variedad nueva del trabajo de negativo, referida *a la alucinación negativa del sujeto por sí mismo*, que consiste menos en una no percepción que en un no reconocimiento. Gabriel, al no ver a su madre reactivaba *nachtraglich* el no-seno de la madre. No el seno ausente –ya que se trata de un seno supuestamente presente, que amamanta– sino de un seno que está allí y vacío, empujando para deshacerse, para hacerlo desaparecer, aunque esté perceptiblemente allí, en la boca, en la carne, pezón entre los labios que no absorben nada valioso. Tampoco podía él imaginar recibir de una ima-

gen paternal que hubiera tenido el deseo de transmitirle algo que él pudiese utilizar en la vida para su progreso personal. El recorrido asociativo hubiera entonces podido despertar los lazos entre la ausencia de la madre a los dos años, el seno en el período entre los seis y los siete meses, su incapacidad de ser investido por la madre cuando se encontró solo con ella a los doce años, el sentimiento del padre decepcionado con él y que desapareció a lo largo de la adolescencia, el abandono de amantes de las que estaba enamorado, abandonadas antes de que lo abandonaran, y el abandono de sus terapeutas. Esta reviviscencia completa en análisis amenazó con ser devastadora. Respondía a un sentimiento de una sumatoria que a cada recuerdo de uno de ellos lo divide aun más agravando el clivaje, haciéndolo inepto para utilizar sus afectos para interrogar qué podría hacer su yo tratando de reunir el sentido que podría desprenderse en una puesta en perspectiva. Algo así como una *paranoia de destino* parecía marcarlo con su sello.

Desearía subrayar que no me parece adecuado llevar todo al traumatismo más antiguo, aquel del absceso del seno. He intentado mostrar, por el contrario, que lo que debe tenerse en cuenta es el agrupamiento de diversos traumas que se evocan unos a otros, y que la reacción del sujeto conduce a la negación de aquellos que pueden ponerse mutuamente en comunicación para la psique, porque ellos dibujan menos una evolución integradora, tomando la forma de una persecución repetitiva que arrastraría, en el extremo, la negación de la propia realidad psíquica del sujeto o de la imagen que él tiene de sí. Esto explica por qué la posición fóbica está en el centro de la organización psíquica, vigilando, en cada circunstancia, todas las vías que llegan, como todas las que parten, porque el cuadro que se armaría lo obligaría a aceptar su enojo, su envidia y, más que todo, su destructividad, que lo obligaría a verse finalmente al fondo de la angustia como sujeto de una omnipotencia, no pudiendo situarse sino en la transgresión, desbordado por una excitación sin fin, movilizándolo una energía de desesperanza.

Consecuencias de la posición fóbica central

¿Cuáles son los efectos de la posición fóbica central cuando esta no es suficiente para contener los conflictos?

- Ya hemos señalado la imprecisión discursiva, signo de *evitación asociativa* más que de ataques a los vínculos que, cuando acontecen, me parecen siempre posteriores a esta evitación *cuando esta no ha tenido éxito en impedir que se establezcan los lazos*. Esto genera en el analista

el sentimiento de que una confusión habita al analizando y termina por ganar al analista frente al deterioro del discurso.

- *La proyección*. Que persigue aquí un fin de objetivación. Ocurre que estos sujetos, como el caso de Gabriel, se encuentran inmersos en situaciones en las cuales un tercero se conduciría de modo realmente hostil en relación con ellos. Esto no impide que el sujeto utilice psíquicamente sus verdades erróneas para encegucerse acerca del lugar que adquieren en la realidad psíquica, sirviéndole de pantalla. Del mismo modo, la percepción de las carencias y defectos de los prójimos, para ser real, no está menos destinada a hacer de pasatiempo a autorreproches mucho más graves.

- *El masoquismo*. Los rasgos masoquistas infiltran el conjunto del cuadro clínico: se asocian tanto con una identificación con el objeto maternal, como con los mecanismos de reparación o, fundamentalmente, con el sentimiento de culpabilidad inconsciente, de una profundidad insondable. En cuanto al sadismo, está menos en relación con el disfrute de hacer sufrir que con el deseo de dominio como tentativa de control vengador sobre el objeto particularmente inasible, imprevisible, precario y evanescente.

- *La repetición* vuelve a sumergir indefinidamente al sujeto en las mismas situaciones, desbordando las posibilidades del yo para evitar volver a recaer; desempeña un rol de insistencia, de marcación, de descarga, de reaseguro familiar, de autoengaño.

- *La provocación en relación con el objeto*, la pseudo agresividad masoquista, tiende a repetir los malos tratos del otro, a suscitar el abandono del objeto para confirmar una suerte de maldición inexorable.

- *El narcisismo mortífero*, consecuencia de las humillaciones del masoquismo. Los fracasos renovados y los abandonos repetidos socavan la autoestima, desencadenan la depresión.

- *La denegación*, en fin, a distinguir sin duda de la negación. Hemos visto que tomaba la forma de una denegación de reconocimiento de sí sobre el que volveremos en detalle.

Este conjunto constituye una segunda línea de defensa, puesta en marcha inconscientemente por el sujeto cuando la posición fóbica central se encuentra desbordada, tomando un lugar predominante los aspectos depresivos y angustiosos.

Todas estas modalidades de funcionamiento psíquico, ya sea que pertenezcan al régimen erótico, narcisista o destructivo, tienen por función proteger frente a una sensación de consternación ante el surgimiento de los traumas más antiguos.

Gabriel me dijo, hablando de su relación actual con su madre, a quien

no veía desde hacía muchos años y con quien no se había comunicado desde hacía varios meses: “Yo hago como si ella no existiese, diciéndome: ahora yo estoy tranquilo”. Y sin embargo, yo no puedo renunciar a evocar los raros momentos del pasado cuando ella era cálida, atenta, y a esperar reencontrarla así. Esta madre, adornada de una aureola frágil, no ha sido evocada de esta manera sino muy recientemente, haciendo comprender *après coup* lo que su pérdida ha borrado. Él no podía renunciar a esperar la resurrección. No obstante, esta esperanza estaba contrarrestada por el exceso potencial que podía animarla. Estaba aterrorizado en el diván, cuando volvió a su memoria un momento de intimidad con ella, de vacaciones, en ausencia de su padre, a la edad de 10 años. Se acordaba de esas mañanas en el hotel de deportes de invierno cuando le llevaban el desayuno a la cama. “Yo me acuerdo muy bien del té y los bizcochos”. Pero el recuerdo de encontrarse en la misma cama con ella hacía surgir el temor retrospectivo de haber mantenido relaciones incestuosas cuya reminiscencia tenía el valor de retorno de lo reprimido, excluido por la hipótesis del fantasma.

A la edad de 3 años, había acompañado a su madre a su lugar de origen y había sido acogido allí como un pequeño príncipe. Allí, todo el medio familiar aplaudía que él estuviese solo con su madre. Ya en el hogar, no había más que disputas continuas y el sentimiento de que el padre condenaba su proximidad con su madre. Tenía la impresión de leer en el rostro de ella: “Tú y yo estamos de acuerdo en que el padre es un estorbo”. Pero, más a menudo, ella lo observaba, sonriéndole sin decir nada, con un aire lleno de sobreentendidos. Terminó por admitir que su madre lo abandonó cuando él tenía 15 años porque él le hacía la vida imposible, empujándola de hecho a marcharse porque él estaba sumamente inquieto por su tolerancia exagerada en relación con sus comportamientos transgresores de ese momento, aunque ella no tuviera ningún gesto inadecuado. Hace varios años, él fue a visitarla; fue su último encuentro. Era verano y él usaba sandalias. Ella le dijo: “Tienes lindos pies”. Al día siguiente, él partió precipitadamente para París.

El sentido en red y las irradiaciones asociativas

Gabriel recibió novedades alarmantes de su madre por intermedio de los médicos que la atendían. Ella tenía una enfermedad grave a la que no había dado importancia y que obligó a su hijo a ocuparse, tarea que él no había podido llevar a cabo por su oposición. Esto dio lugar a un verdadero reencuentro familiar alrededor de ella. Contrariamente

a lo esperado, su mujer apreció mucho a su madre, con quien logró tener intercambios que asombraron a Gabriel. Ella encontró que su suegra era excepcional. Durante toda la internación, el personal de servicio quedó impactado por la gran oposición de la enferma, su rechazo a dejarse cuidar y, sobre todo, su anorexia que arriesgaba precipitar su fin. Gabriel hizo grandes esfuerzos para llevarle el alimento que se suponía le daría placer. Es necesario decir que esta última internación había reavivado el recuerdo de una antigua anorexia verdaderamente combatida por Gabriel; años después de la partida inopinada de su madre, él fue llamado por alguien a quien Gabriel llamaba su tío y que no era otro que el antiguo amante de su madre, cuya relación había causado el divorcio, sin que por su lado este hubiera abandonado su familia para vivir con la madre de Gabriel. El “tío” lo hizo venir con urgencia a ver a su madre, a la que encontró en una clínica, en estado terminal, “con tubos que le salían de todas partes”. Gabriel se sintió trastornado por este espectáculo de catástrofe física y psíquica, ya que había, manifiestamente, una depresión grave asociada con el cuadro. Y entonces fue como el retorno de la pesadilla que recordaba, bajo una forma invertida, la enfermedad que siguió al absceso del seno. En el diván pudo experimentar afectos muy intensos y, por primera vez, expresar su amor. Él hubiera querido, decía, cargar todo el sufrimiento sobre él, fantasía corriente en este tipo de situación, pero que daba un sentido diferente a las manifestaciones anteriores de fusión. Parecía, sin embargo, que todos los problemas sufridos por el cuerpo de su madre en manos de los médicos habían despertado el recuerdo de sus propias experiencias corporales, cuando era ella la que debía cuidar su salud.

Recordé los trabajos de Joyce Mc Dougall quien, describiendo estructuras psíquicas diferentes pero no sin relación, hablaba de “un cuerpo para dos”. Es entonces por el recuerdo de estos cuidados físicos en su infancia que se activaba una angustia muy intensa de ver confundirse sus zonas erógenas, haciendo surgir el espectro de una identificación que hubiera conducido a una identidad femenina que lo enloquecía tanto más cuanto que se acompañaba de una vivencia de intrusión que hacía pensar en una verdadera invasión que tomaba progresivamente posesión de él. Y esto sobre todo cuando su padre, a quien él seguía viendo con intermitencia, soportaba mal las manifestaciones de la homosexualidad más benigna hacia él, lo que lo llevaba en sus encuentros a permanecer largo tiempo silenciosos, tanto más cuanto que la madre de Gabriel los desaprobaba y se lo reprochaba. Paralelamente a las sesiones donde las mismas quejas y letanías se sucedían en relación con su madre, hubo lugar para otras expresiones, como la sorpresa de re- encontrar una madre como hacía tiempo no se le había aparecido y, se-

gún sus propias palabras, a una madre como él había soñado que ella hubiera sido. Sentí que un cambio se producía en él, como si pudiera admitir una imagen menos estereotipada que la que había aparecido durante el análisis. Retornó sin embargo, larga y repetitivamente, sobre la anorexia de su madre y su impotencia de hacerla comer cuando era pequeño. Reencontró con gran emoción la irritación profunda en la que ella lo sumergía. Una anotación me había retenido sin comprender lo que significaba. Aun en el hospital donde ella permanecía y donde él mismo le llevaba alimentos que pudieran abrirle el apetito, me dijo que se las arreglaba para no estar presente cuando ella comía. Pronto pudo evocar un período del pasado del cual no había podido hablar, en el que su madre, salida de su marasmo, se había graduado y llevaba una vida activa durante un cierto tiempo antes de deprimirse nuevamente por una causa desconocida. Por otra parte, Gabriel soportaba mal las consecuencias de ciertas dificultades presentes en su entorno e independientes de él, y reaccionaba a situaciones objetivamente exigentes operando ciertos clivajes, ensayando abstraerse por la denegación de los problemas que lo cercaban, sin hacer frente a nada. En el mismo tiempo, y a partir de conversaciones con la madre, él volvió en sesión a sus recuerdos de la infancia. Ella le recordó cómo vivían en un ambiente de 25 metros que servía también de taller a su padre. Él dormía en un catre de campo, en el taller de su padre, su padre en la cama del cuarto de estar y la madre, en un canapé del cual él era incapaz de decir si estaba en la habitación en la que dormía el padre o en la que él mismo dormía. La madre fue igualmente incapaz de dar esta precisión, que estaba cargada de consecuencias psíquicas. Él mismo había repetido obstinadamente que no había visto a sus padres dormir juntos, salvo una mañana de Navidad en la que había recibido regalos. Poco después, volviendo a la anorexia de su madre, surgió una idea: no podía recordarla comiendo, pero se acordó de cierta circunstancia en la que ella bebía cerca de él. Al tomar su taza de té, ella emitía ciertos ruidos con la garganta que lo ponían en un estado de extrema irritación. “Hubiera querido parar los ruidos insoportables que emitía su cuerpo”. Yo sugerí que estos ruidos lo forzaban a representar el interior del cuerpo de su madre, lo que él admitió, pero sin que un verdadero cambio se produjera de inmediato. En la sesión siguiente, después de haber evocado los problemas de su hijo, los proyectos de separación de su mujer y los relativos a su futuro, de los que me hacía partícipe con una reticencia llena de sospechas, expresó su deseo de volver al recuerdo de su madre tomando el té. Habiendo reflexionado sobre el tema, se dio cuenta de que en la lengua de sus padres se decía “un vaso”: *gluss* (de té), palabra cuya sonori-

dad evocaba el verbo *glousser*.⁴ Él concluyó que era la idea de un disfrute en el cuerpo de su madre que le era intolerable y que él hubiera querido parar en ese instante. Se ve cómo esta asociación surgió en el contexto separación-acercamiento, sostenido por la idea de que el deseo de su madre era dormir con él. Seguidamente, en la sesión, recordó su cólera y su irritación frente a esos ruidos corporales, cóleras comparables a las que padecía cuando su madre debía salir con una amiga. Reencontramos aquí la separación, pero con la implicancia de un tercero. La irritación que sentía cuando ella bebía el té, por el contrario, estaba en relación con la fantasía de una madre excitada en su presencia, como si se tratara de una seducción de su parte, de un deseo de aproximación que él vivía como incestuoso. Él mismo se identificaba con esta excitación proyectada engendrando en él la cólera que él adjudicaba a su padre, pero con el resultado de que la ausencia de interdicción materna terminaba en una excitación destinada a enloquecerlo sin encontrar salida. Le recordé que su madre lo había hecho pasar por su hermano y, él agregó, por su marido. De hecho, él debía admitir, en consecuencia, que la madre misma se había detenido en la relación hermano-hermana, y que él bien podía haber pensado que ella hubiese llegado hasta decir que él era su marido, asustándose frente a su pensamiento y atribuyéndoselo a ella. Pero lo esencial no estaba del lado de su fantasía, reconocida como tal, sino en la idea del consentimiento de su madre frente a tal posibilidad.

Es necesario remarcar este encuentro de extremos, como si la apatía, depresión, anorexia e insatisfacción, las reivindicaciones y las quejas, no hicieran más que recubrir esta excitación loca, pero teniendo el poder de volverlo loco. Él había visto a su padre loco de rabia frente al engaño de su mujer. Como si la representación de un objeto demasiado ausente creara en su espíritu un exceso de falta que despertaba una excitación sin resolución posible. En el curso de una sesión donde yo intentaba mostrarle este cuadro psíquico, él me respondió “pulsión de muerte” sin agregar nada. Luego me dijo: “Yo pensé de hecho en lo que había leído acerca de los alcohólicos que hablan de un objeto interno insaciable e inconsolable”. Estábamos sobre dos líneas asociativas convergentes. A la salida de esa sesión él se dijo: “Tengo un compañero”.

Todo lo que relato, intentando restituir el camino asociativo que ve reaparecer ciertos temas centrales sobre series asociativas diferentes

4. *Glousser*: disfrutar.

y aun proceder a inversiones, aconteció en dos sesiones. Tuve que reagrupar el conjunto para esta exposición con el fin de ilustrar de la mejor manera este funcionamiento en radiación que ha podido ser observado, pero que puede ser tan rico que es necesario resignarse a no dar una imagen sino a través de algunas muestras. Es extremadamente difícil restablecer la integridad del funcionamiento asociativo en las sesiones, ya que en tales casos el espíritu del analista está constantemente solicitado por lo que llamaré acercamientos no estabilizados, es decir que no permiten a la toma de conciencia comprender sus relaciones. Él mismo debe funcionar superando su propia fobia de pensamiento, es decir, estando solicitado por la reverberación retroactiva y la anticipación preanunciante, en las vías posibles donde ellas pueden estar comprometidas. En mi experiencia, y es la única condición, aquella que permite al paciente ver reflejarse un funcionamiento psíquico que sigue el mismo desarrollo que he descripto para dar cuenta de los movimientos de pensamiento en la sesión; el paciente puede transformar sus bloqueos e inhibiciones reconociendo lo que él hace con las fuerzas psíquicas que lo habitan, reemplazando la destrucción por una circulación más libre de sus afectos y representaciones.

Esta construcción interpretativa no es posible si cada elemento, producido como retorno de lo reprimido, no mantiene una capacidad de resonancia sobre los otros, de los que solo el sentido entrega la clave. A mi modo de ver, no hay otra salida para el surgimiento de la verdad que aquella del tiempo previo al desmembramiento de los elementos conscientemente vividos y la búsqueda de la cooperación posible con otros elementos aislados, del cual el agrupamiento permitirá hacer aparecer sus condensaciones contradictorias: furor de la separación, peligro de la proximidad, temor del retorno sobre el sujeto de las proyecciones sexuales sobre el objeto, apareciendo como una forma tanto más loca cuando se las supone más poderosas en el objeto que en el yo. Tentativas permanentes para romper la continuidad y la tendencia del flujo asociativo, para formar una visión más completa de la situación.

Desarrollos metapsicológicos

¿Cómo comprender metapsicológicamente lo que la posición fóbica central revela en nuestros pacientes? Después de haber avanzado en la elaboración de mi descripción clínica, leyendo una vez más *El hombre de los lobos* reencontré esa cita bien conocida acerca de la castración, de lo que Lacan ha llamado la forclusión. “Ningún juicio tenía valor sobre su existencia, pero las cosas acontecían como si ella no existiese”. Esto

también, como la frase de Gabriel, resonó en mí: “Yo, al borde de un colapso porque mi madre no llega. Eso no existe en mí, eso no soy yo”. Y también: “Mi madre me ha abandonado, ¿qué madre? Yo no tengo madre. Ella no existe. Ella no es”. Estas salidas ponen en evidencia la paradoja de una culpabilidad que requiere una reparación interminable, aunque el sujeto se coloca en posición de víctima a quien se le ha hecho más mal que el que él ha cometido. La culpabilidad es la consecuencia del *asesinato primario* cuyo fin es proceder a una *excorporación del objeto abandonico*. Las conductas autoeróticas intentarán compensar el vacío dejado por esta evacuación: adictivas, alcohólicas, bulímicas, o aun a base de seducciones compulsivas, todo es bueno para probar y probarse que el objeto es siempre sustituible, por lo tanto, destructible –lo que no engaña al superyó, a quien el asesinato primario no se le ha escapado–. Otra paradoja de este objeto cuya huella se manifiesta por el agujero de su presencia: estos pacientes tienen “un vacío lleno en la cabeza”, como lo han remarcado otros autores (Khan). Es esta, pues, la característica de este objeto materno: no se lo aprehende sino en el vacío en el que deja al sujeto y si, en revancha, él viene a manifestar su presencia, su fantasía “ocupa la cabeza”, como se dice. Al asesinato primario el objeto responderá, en el momento de sus resurrecciones, la idea de una potencia paterna que no puede sino inclinarse, pero deplorando que no pueda liberarlo de este aprisionamiento fascinante.

¿De qué tipo de juicio se trata? “La negación” nos presenta dos: el juicio de atribución que decide acerca de la propiedad que posee una cosa y el juicio de existencia que frente a una representación debe decidir si ella remite a una cosa que existe en la realidad. Ninguna de estas dos se aplica a nuestro caso. No podemos considerar que se trata solo de atribuir a la cosa la calidad de buena o mala. El acto de suprimirla testimonia que debe ser mala pero, como lo hemos señalado, el vínculo inquebrantable que la liga al sujeto debe dejar pensar que se la considera como irreemplazablemente necesaria. ¿Qué pensar de su representación? Ella reenvía, sin duda, a un objeto que existe, la madre, pero por otro lado, esta representación la ve muerta, no por el solo hecho del deseo de muerte, sino porque su representación ha sido evacuada, declarada inexistente, condenada a muerte, como por la aparición de un duelo instantáneo y realizado inmediatamente, sin trabajo. La desaparición de la representación en la psique es retroactivamente tan brutal como aquella de la no-percepción en lo real. Esta situación se debe a que el juicio negativo de atribución no tiende aquí a reprimir –lo que es todavía una manera de conservar– sino a borrar, a desarraigar del mundo interior. De la misma manera, el juicio de existencia negativo no se limita a la relación con la realidad externa sino a un re-

curso omnipotente que desearía deshacerse de la realidad psíquica. Podemos remarcar, desde el punto de vista de esta realidad psíquica singular, que cuando el paciente es atraído por alguna cosa a la que pudiera aspirar, parece formar raramente una fantasía de deseo que permitiría conocer su realidad subjetiva. Fantasea menos y parece hacer advenir la cosa como ya realizada; realizada no como una realización del sujeto, sino como una aparición en la realidad que lo ubica menos en la posición de aquel que desea que en la de aquel que actúa o es actuado por otros. Dicho de otra manera, que esto debería pedir una sanción, no por haber deseado lo que no hubiera sido lo debido, sino por encontrarse como habiendo transgredido en acto.

El superyó no desempeña aquí el rol que Freud le atribuye, el heredero del complejo de Edipo; promulga un castigo que en él mismo significa la transgresión realizada. Así, la obstinación de ser el poseedor de su madre que encuentra su sanción en la locura logra la separación, pero al precio de la segregación y del exilio, confinándolo a permanecer entre aquellos que no hubieran aceptado jamás la separación con su madre en el asilo, según su interpretación de la enfermedad. Podemos hablar de una denegación de la realidad psíquica en la medida en que estos pacientes no pueden concebir el mundo interior sino como construido por las acciones y reacciones de los otros en relación con ellos. Toda demanda de reconocimiento de su parte no podría sino conducir al develamiento, siempre percibido como una consecuencia del modo en que se comportaban para con él, con una rabia destructiva o una sexualidad transgresiva en relación con los objetos primarios, interpretados por los otros como signo de locura, llevando necesariamente a su aislamiento. La paradoja es que la posición fóbica central debía cuidar de no dejar aparecer todo aquello que uno pudiera adivinar de todo esto y, al mismo tiempo, reproducía esta situación temida, actuando él mismo a merced de sus propias producciones psíquicas que no podían tener acceso a su propia conciencia. Podríamos decir que le producían violencia, considerando que los lazos que se formaban en su espíritu debían sufrir una exclusión que impedía su inserción en contextos más extendidos, necesarios para una actividad del pensamiento. Negar es aquí suprimir aquello que, por su percepción, atenta contra la existencia del sujeto: para continuar siendo es necesario que el objeto que no está allí no exista de ninguna manera, sin preocuparse por las consecuencias de su pérdida. Y si la amenaza sobre el ser tiene éxito en retornar, fracturando la barrera de defensas, es necesario ahora que sea retirada la investidura de las huellas que hubiera dejado. La forclusión que él utiliza, que será seguida por la renegación de esta parte del psiquismo subjetivo, habrá, a pesar de todo, sobrevivido, afirmando que es este yo del pasado el que

viene a acechar al yo precario del presente. También es necesario huir de la mirada de quien puede adivinar en la mirada del sujeto las huellas de una madre reducida a la impotencia porque ella no es más que un fantasma del objeto o una fuente de excitación sin que ningún deseo le otorgue sentido.

En su artículo sobre “La negación”, Freud escribe: “Originalmente, entonces, la existencia de la representación es ya un garante de la realidad del representado”. Sería necesario decir, en el caso del que hablamos: la inexistencia de la representación, su supresión, es una garantía de la no-realidad de aquello que ha sido forcluido, como si la no-representación del objeto fuera suficiente para desembarazarse de la amenaza que él ejerce. Si es necesario, es el sujeto mismo el que se excluirá para evitar el nuevo asesinato que sugiere la reaparición del objeto que uno ha matado. Así él podrá al menos suprimir el dolor que corre el riesgo de retornar, unido a la investidura primaria, original, basal, primordial. Permanecerá un semejante al sujeto que será la presa de los muertos y las resurrecciones del objeto. Volvamos un momento a la forclusión: lo que Freud describe concierne a la secuencia de análisis y lo que yo he relatado se refiere *no solo a lo que ha tenido lugar en la infancia, sino a aquello que resurgió*. He deducido que *la forclusión se lleva a cabo en el tiempo de retorno de la experiencia, permitiendo inferirla après coup, por lo tanto en la retrospectión*. La forclusión, como la posición fóbica central, pertenecen al proceso analítico. Ella bloquea la generatividad asociativa que permite el desarrollo de la causalidad psíquica.

Vivimos demasiado a menudo con la idea de que la importancia de los conflictos pregenitales podría llevarnos a tomar como desatendible el complejo de Edipo. Es a la vez verdadero decir que el complejo de Edipo no ha tenido éxito en este caso en organizar de manera central la personalidad y verdadero también rechazar la idea de tenerlo como desatendible. Por ejemplo, podemos observar que la angustia de castración está muy presente y que no sabríamos reducirla a la forma superficial de un conflicto más profundo del cual ella no sería sino un falso-semejante. En revancha, no podemos hablar de un complejo de castración. Hemos visto, en el curso de lo expuesto, que el padre puede suscitar la fantasía de tener, por así decir, secuestrada a la madre. Y sin embargo, el sujeto adulto no acepta jamás las tentativas maternas para alejar al niño del padre. Que este encarna las prohibiciones, está bien presente. Su importancia es reconocida y sus esfuerzos para favorecer la individuación son objeto de gratitud. Resta considerar que los sentimientos de hostilidad que pertenecen al cuadro edípico son vividos aquí menos a la manera del niño en rivalidad con el padre que en el modelo de la madre, de exclusión fuera del mundo psíquico –tentativa

que será más tarde objeto de dolorosos arrepentimientos—, para estar en situación de consonancia afectiva con la madre. Aun cuando el sujeto accederá a una reconciliación con el padre, a quien querrá profundamente, este no podrá ayudarlo a comprender mejor la relación con la madre. Al costado del padre edípico, guardián de la Ley, respetuoso de la línea ancestral, él es otro padre. Aquel que, en la psique misma, tiene la función de reconocimiento de las astucias del pensamiento, el desvío de la verdad, el juego de desplazamientos generador de un pensamiento en busca de su verdad, aquella que conoce la relatividad de las prohibiciones, su carácter inconstante, variable, discutible, poniéndolo al servicio de su crítica y su discusión, pero que se convierte en heraldo tanto de su reconocimiento como de su falibilidad. Esta es la compensación por no haber podido inscribirse en el psiquismo infantil con el innegable poder de participar en la construcción de un universo mental, comprometiendo en él todas las formas de la intimidad más profunda, aquella de los cuerpos en diálogo.

Uno se admira, en estos pacientes, frente a los momentos críticos que atraviesan, de *la simplicidad de las situaciones causales –decepciones, abandonos, traumas afectivos, heridas narcisistas– y la disimulación desplegada frente a los contenidos y los afectos movilizados, aun cuando estos aparecen “naturales”, y, en fin, la extrema complicación de los procesos psíquicos y las modalidades del trabajo de lo negativo. Cuanto más claro, más debe disfrazarse, más debe parecer incomprensible.*

De hecho, estos pacientes saben que el análisis es el único lugar donde ellos pueden expresar su locura, vivirla sin temor a graves consecuencias. Más allá de su renegación, de su enérgica tentativa de desconocimiento, aquello que recela ese fondo antiguo que aparece en la superficie periódicamente, más allá de los combates que se libran en la transferencia contra el reconocimiento de la verdad donde todos los medios son buenos: olvidos, contradicciones, culpabilización del analista, renegaciones, distorsiones del razonamiento, la transferencia permanece positiva porque deben al análisis el permanecer no solo sanos sino salvos. Freud nos lo ha recordado: nadie puede escapar de sí mismo.

Post scriptum

Después de su primera presentación este trabajo fue objeto de adiciones, en la medida de la evolución del psicoanálisis del paciente.

Antes de concluirlo querría hacer algunas aclaraciones finales.

La cura de Gabriel ha seguido un curso que muestra que él no dejó de mejorar. Pudo finalmente “reencontrar” a su madre y rescatarla, no solo tal como ella era en su recuerdo sino tal como él hubiera querido

verla siempre, y llegó a percibir el modo como ella también había sido. En lo sucesivo puedo decir que la imago maternal, ayudada por la transferencia, ha sido verdaderamente internalizada, sin idealización excesiva pero con un pleno reconocimiento de los aspectos positivos que ella le había transmitido (todo particularmente en la sublimación). Otros signos del cambio en la vía de la cura han aparecido. Gabriel ha dado pruebas de su capacidad de enfrentar y sobrepasar con éxito situaciones frente a las que había reulado hasta el momento.

Llegó a decirme no solo que él estaba contento de sus éxitos, sino, lo que me parece no menos importante, que él se siente un hombre “casi” libre. ¿Quién lo es totalmente?

Resumen

A través de la posición fóbica central el autor describe un estado mental en sesión caracterizado por una perturbación del funcionamiento asociativo vinculada a manifestaciones de lo negativo. La destructividad se especifica en los propios procesos psíquicos del sujeto y lleva a cabo una renegación de la realidad psíquica del paciente por sí mismo. La posición fóbica central intenta eludir, a través de la interrupción asociativa, la potencialización de los diferentes traumas que marcan la historia del paciente. Finalmente, se sacan algunas conclusiones teóricas de dicha elaboración a la luz de la relectura del artículo de Freud sobre la negación.

DESCRIPTORES: ASOCIACIÓN LIBRE / DESTRUCTIVIDAD / DESMENTIDA / ALUCINACIÓN NEGATIVA / FOBIA / LO NEGATIVO

Summary

THE CENTRAL PHOBIC POSITION: WITH A MODEL OF FREE ASSOCIATION

By central phobic position the author describes a mental state arising in the session that is characterised by a perturbation of associative functioning and linked to manifestations of negativity. Destructivity here has to do with the subject's own psychic processes and implies a denial of psychic reality on the subject part. The central phobic position attempts, via the interruption of associations, to avoid the potentialisation of different traumas punctuating the patient's history. Theoretical conclusions, based on a rereading of Freud's article on negation, are drawn from this discussion.

KEYWORDS: FREE ASSOCIATION / DESTRUCTIVITY / DISAVOWAL / NEGATIVE HALUCINATION / PHOBIA / THE NEGATIVITY

(Este trabajo fue seleccionado para su publicación el 10 de octubre de 2008)

Inversión de roles: una “reflexión” sobre la herencia descuidada de nuestro pasado¹

*Franco Borgogno y
Massimo Vigna-Taglianti (Italia)

You see me now, a veteran of a thousand psychic wars, I've been living on the edge so long where the winds of limbo roar. And I'm young enough to look at, and far too old to see; all the scars are on the inside and I'm not sure if there is anything left of me. [Me ves ahora, un veterano de mil guerras psíquicas, he estado viviendo sobre el borde, donde se siente el tronar de los vientos del limbo. Y yo soy lo suficientemente joven para mirar, y demasiado viejo para ver, todas las cicatrices se encuentran en mi interior y no estoy seguro de si de algo me liberaré].

Blue Oyster Cult, 1981.

En el centro de nuestras consideraciones está el hecho de que la transferencia —el lugar elegido donde el pasado retorna nuevamente vital (Freud, 1912)— se manifiesta en el análisis de diversas maneras, y no siempre a un nivel simbólico. En los pacientes, por ejemplo, cuyo sufrimiento mental se origina en el área de los traumas preverbales —defecto

1. Este trabajo fue presentado en el EPF en la Conferencia de Viena (12-16 de marzo de 2008), titulado La sombra de la herencia.

* Miembro de la Sociedad Psicoanalítica Italiana.

Dirección: Via Cavour 46 Turín 10123, Italia. borgogno@psych.unito.it

fundamental en términos de Balint (1968)²— la transferencia se presenta predominantemente en el diálogo analítico a un nivel más primitivo de expresión (Winnicott, 1967 a, b), y afecta inconscientemente, al menos en el inicio, tanto al analista como al paciente. Son aquellas situaciones en el ámbito de la simbolización no producida o no completada, que solo lentamente en el tiempo podrán ser reintroducidas por el analista a través de las funciones por él desarrolladas en el análisis con el fin de que el paciente las pueda recuperar, en el futuro, dentro de sí.

Con este trabajo queremos sobre todo hacer hincapié en dos puntos: 1) las funciones analíticas a las que nos estamos refiriendo están encaminadas a desarrollar, específicamente, las condiciones afectivas intersíquicas para que pueda ser transmitido y aprendido el alfabeto emocional necesario para dominar la experiencia vivida; 2) es necesario mucho tiempo de psicoanálisis con el fin de que se puedan instituir las condiciones psicológicas mínimas que permitan el desarrollo de la transferencia, en pacientes con déficit experiencial subjetivante (Botella, Botella, 2001; Marucco, 2008) y cuyos traumas para ellos residen en el hecho de que no ha ocurrido algo que debía haber sucedido (Ferenczi, 1932b; Winnicott, 1963; Bokanowski, 2004; Borgogno, 2005, 2006).

Tras esta breve introducción teórica, deseamos instar a que se considere el hecho de que estas formas arcaicas de las vivencias transferenciales-contratransferenciales —formas que a menudo prescinden de contenidos verbales— toman vida sobre el escenario o marco analítico a través de “puestas en acto” recíproco (*enactment*): actos que implican el inconsciente del analista (con intensas experiencias emotivas) y que, si son adecuadamente desarrollados después de largos análisis, lograrán un mayor grado de conocimiento. Este será, de hecho, el principal motor transformador del análisis y, desde este punto de vista, nuestro esfuerzo será de dos tipos: una parte consistirá en aceptar la repetición del paciente como un intento de dar solución a una tarea dejada en suspenso, a la espera de poder pensar eventos psíquicos “traumáticamente interrumpidos” (Ferenczi, 26 de marzo de 1931, en 1920-32), y por otra parte, el

2. M. Balint (1968) es el autor que, trabajando en esta área clínica, ha planteado dentro de la comunidad psicoanalítica de su tiempo la cuestión de “qué lengua utilizar con qué paciente”: un problema que en aquellos años —como lo demuestra en sus cartas— no dejó indiferente ni siquiera a Winnicott (Rodman, 1987). Retrocediendo en el tiempo, esta cuestión ya había sido abordada por Ferenczi con sus reflexiones sobre la “confusión de lenguas” (1932a). Una confusión que, sin embargo, no solo se refiere a la interacción comunicativa entre padre e hijo, sino también a la que existe entre analista y paciente.

analista deberá ofrecer al paciente la capacidad de movilizar todo lo metabolizado a nivel de la percepción y de la significación afectiva.³

Tales "puestas en acto" ocurren con frecuencia gracias a la "disociación del analista" de la parte infantil y sufriente del paciente. En otras palabras, podríamos decir que se llevará a cabo mediante una inversión de roles y este será el campo de la investigación que desarrollaremos, ya que lo consideramos escasamente iluminado en la historia del psicoanálisis.

Esto puede sobrevenir como consecuencia de la exigencia al analista de personificar y, literalmente, "encarnar" *in vivo*, en su diálogo inconsciente interior, no solo a los padres del paciente, sino también al niño que sufre en la relación con un padre realmente inadecuado y traumático. Además, no es sencillo reconocer esta problemática a través de la tendencia "teórica y clínica" en la que hemos crecido durante nuestra formación analítica; una tendencia que, en resumen, ha protegido a los padres (y a nosotros mismos), impidiendo que nos identificáramos más profundamente con las necesidades y las razones de los niños.⁴

Todo lo que hemos dicho hasta ahora nos lleva a señalar tres consideraciones. La primera es que el espejo analítico ya no puede ser simplemente reencaminado al paciente, en sus contenidos emocionales, lo más fielmente posible, sino que también debe reflejarse lo necesario para que sea posible una efectiva validación psíquica y emocional (en otras palabras, lo que el espejo debe reflejar para que pueda posibilitar un verdadero reconocimiento no tiene que ver con nuestra visión iluminada del paciente, sino con aquello que deriva auténticamente de nosotros mismos [Winnicott, 1967a]). La segunda consideración es que, para un *Werde, was Du bist** posible (al menos en las situaciones clínicas que tenemos en mente al escribir estas notas) la "construcción" de una realidad afectiva "efectiva" preliminar es necesaria para construir un recuerdo (*Wirlichkeitsgefühl*). La construcción de esta realidad a la que nos estamos refiriendo aquí debe ser claramente diferenciada de aquella más

3. Uno de los puntos de vista que tomará Lagache (1952), aunque sin mencionar a Ferenczi, cuando compare la transferencia con el "efecto Zeigarnik".

4. En este sentido, las esclarecedoras consideraciones de Ferenczi sobre la "identificación con el agresor" (1932a, b) tienen aún especial interés. En su opinión, la compleja dinámica inter-intra-psíquica surge no solo en las condiciones ambientales y particularmente perturbadas, sino también en condiciones normales, conduciendo a posibles colusiones identificatorias sea con "el agresor", sea con "la víctima" (Frankel, 2002).

* Hágase lo que está.

cognitiva que Freud introduce en *Construcciones en el análisis* (1937) cuando hace hincapié en los efectos del trauma narcisista que excede la manifestación comúnmente reactiva a un trastorno neurótico. En resumen, a diferencia de Freud, creemos que la recuperación de un pasado histórico no simbolizado (e inaccesible a través de los habituales recuerdos, en los cuales se centra el análisis) requiere un excedente de trabajo analítico a menudo “sucio” porque, en estas circunstancias, para poder emerger sucesivamente diferenciados y capaces de pensamiento, primero debemos permanecer involucrados y no tener miedo de ser y mostrarnos “mixtos” y “mestizos” (Borgogno, 1999) en la dinámica de la transferencia y de la contratransferencia y, además, no debemos dejarnos seducir por nuestro deseo de “sacar la espina” (Vigna-Taglianti, 1999, 2002). Por último, la tercera consideración, por supuesto, es que naturalmente la elaboración psicoanalítica (*working through*) de la respuesta contratransferencial a aquello que el paciente continua y repetidamente nos invita a recepcionar y contener es muy significativa y, desde luego, no inmediatamente accesible.

La inversión de los roles: fenomenología clínica
e historia de un concepto

Considerando la disociación del sí mismo infantil del paciente en el analista, y la consiguiente inversión de roles (en este caso el paciente es inconscientemente identificado con el cuidador y su cultura psíquica), antes de describir dos viñetas clínicas que explican nuestra manera de pensar queremos señalar algunas características generales de este proceso inter-intra-psíquico que a menudo se lleva a cabo en el análisis, arrojar luz sobre el trabajo pionero de Ferenczi en este sentido y, al mismo tiempo, sobre los de aquellos que “ensombrecieron” esta específica línea teórica.

En lo concerniente a la duración, la fijeza y la omnipresencia con la que esta constelación, para nosotros típica, de *enactment* (Jacobs, 1991; Ogden, 1994, 2001; Renik, 1997; Smith, 1993) tiene lugar en el diálogo y en la interacción analíticas, la experiencia nos enseña que –tanto en el tratamiento de los niños como en el de los adultos– la dimensión temporal de la inversión de roles asume, tomando una metáfora teatral, dos formas opuestas entre sí: o bien el estilo “Única fecha” o el de las “Doscientas representaciones en Broadway”. Si bien en principio se puede decir que la duración y la fijeza del guion son persistentes y rígidas, y que el disturbio psíquico radical es considerable (se piensa en los pacientes psicóticos que no aceptan los tiempos del final del espectáculo ni las “buenas maneras” prescriptas para representarlo; en la

mayoría de los casos invocan un bis, un tris, o incluso exigen innumerables y extenuantes repeticiones), no debemos descuidar el hecho de que el *acting* grosero, episódico y circunscripto puede ser un signo de un área de grave y desconocido sufrimiento a considerar (esto ocurre a menudo con adolescentes, aunque no solo con ellos) en la repetición prolongada de la misma respuesta; por una parte está vinculada a una posible falta de comprensión del analista, por otra corresponde con frecuencia a una profunda necesidad que el paciente tiene de examinar a su alrededor y en concreto cómo la mente del otro puede sobrevivir para un tratamiento de este tipo, manteniéndose contenedor de la experiencia por él experimentada, y hasta ese momento imposible de decirse y pensarse.⁵ Esto se manifiesta, en particular, cuando nos enfrentamos a historias signadas por eventos traumáticos preverbales que han creado un gran daño a la estructuración del yo, cuya "dramaticidad" no ha podido ser dramatizada y, así, en el lugar de la angustia se ha establecido un terror catastrófico.

A diferencia de las situaciones extremas citadas con un evidente compromiso del yo y del proceso de simbolización, en el psicoanálisis de niños la inversión de roles y la disociación del sí mismo puede ser un evento casi natural.⁶ A través del juego y la dramatización, el niño tiende a menudo a transformar en activo aquello que ha sufrido pasivamente y utilizar estrategias similares relacionales como parte de su viaje identificatorio fisiológico. Prescindiendo de esto, el análisis infantil –gimnasio y laboratorio ideales para estudiar estos fenómenos en la normalidad– puede transformarse en un lugar donde nos convertimos en espectadores y actores de roles invertidos oscuros e inquietantes que han perdido totalmente su capacidad lúdica, como ocurre a menudo en el análisis de adultos. Estas son precisamente las situaciones en las que el analista, a través de su arduo trabajo de decodificación y de interpretación de sentimientos y roles disociados, deberá proveer y dar vida

5. En su *Diario clínico* (1932b), Ferenczi describe claramente, en el caso de la paciente que "quería que él se convirtiera en Julio César", la necesidad del analista de convivir con la experiencia de dolor del paciente ("tener dentro de sí" el sufrimiento: *seize her*, como decía Ferenczi), con el fin de dar significaciones convincentes para el paciente. Esto es exactamente lo que sostendrá Bion, muchos años más tarde, en *Cogitations* (1959).

6. Son ejemplos clásicos todas las situaciones en las que el niño se convierte, con el analista, en la maestra severa que grita y atormenta al alumno tonto, el padre asertivo que está distraído frente a las demandas afectivas y lúdicas del niño..., o la madre afectuosa que mimó a su bebé, el lobo líder que enseña al lobito a orientarse con seguridad en el bosque.

a aquellas funciones parentales y a aquellos aspectos del sí mismo infantil omitidos en la historia del paciente. El analista en la práctica deberá ser a la vez o el padre no adecuado que ha tenido el paciente, o uno distinto del que le ha tocado en suerte; también deberá ser el niño que el paciente ha sido y el niño capaz de sentir, de reaccionar y, en todos los sentidos, de hacerse sentir, aquel que el paciente en su infancia y adolescencia no ha sido capaz de ser y conocer.⁷

Antes de introducirnos en el caso de dos de nuestros pacientes queremos destacar algunas de las raíces históricas, teóricas y clínicas. En primer lugar, debemos mencionar que Sándor Ferenczi, desde los primeros días del psicoanálisis, percibió y denunció una cierta fobia de los analistas frente a los sentimientos y, en concreto, a la identificación con el sufrimiento del niño y su vulnerabilidad. Una fobia que, entre otras cosas, ha producido lo que Ferenczi llamó “terrorismo del sufrimiento” y que muy probablemente es lo que nos impidió reconocer plenamente la importancia de la inversión de roles en nuestro trabajo (una de las razones de la falta de contribuciones a este respecto en nuestra literatura). Una fobia que podría haber impedido que esta dinámica tomara forma y cuerpo en la relación terapéutica, a menudo obligándonos a reproducir el comportamiento de aquel progenitor causante del dolor psíquico del paciente.

Acerca de Ferenczi, queremos recordar rápidamente: a) su sorprendente capacidad, desde los primeros años de su recorrido analítico, en el reconocimiento de la frecuencia con que el analista experimenta en su piel la forma en que el paciente (adulto, y también niño) se ha sentido tratado por los “grandes” en el pasado y en la actualidad (Ferenczi, 1912); b) el duro *working through* que pone en marcha hacia el final de su vida –véase el caso RN^s (Ferenczi, 1932a, b)–, confrontándose con sus propias dificultades en la identificación con el progenitor inadecuado y

7. La persona en parte es privada del propio sí mismo sin ser consciente de aquello que realmente le falta; ni sus padres eran conscientes de lo que hacían faltar y descuidaban de sus necesidades y demandas. En la mayoría de estas personas, mientras conservan dentro de sí un malestar intenso sin saber de qué han sido privadas, pueden descubrirlo en el análisis cuando lo hayan experimentado en un ambiente psíquico diferente de aquel en el que crecieron, recuperando recursos que ni siquiera sospechaban que poseían.

8. Fue con RN –alias Elizabeth Severn– que Ferenczi llega a comprender que la paciente estaba inconscientemente identificada con sus padres abusadores y *deprivanti*, y que él se había convertido en la relación analítica en la pequeña niña que la paciente tenía disociada. Ferenczi, a primera vista, no pudo sostener el rol que RN le pedía que

aun mucho más, en los niños "intrusos" y "despojados" por el adulto agresivo y totalmente inapropiado. Si bien tales dificultades no han llevado a formular una teoría basada en las inversiones de los roles, nos permiten, ya en una época tan precoz, ilustrar cómo lo intrapsíquico puede retornar en lo intersíquico y convertirse en un camino para el reconocimiento y la transformación de los eventos traumáticos y traumatizantes del pasado.

En lo que respecta a los autores que han explorado el camino abierto por Ferenczi –por ejemplo Deutsch (1926), Racker (1948-1958) y Searles (1947-1948, 1959), por su contribución a generar los procesos de identificación, evocaremos solamente a aquellos que nos han ayudado a expresar las ideas que ya les hemos ofrecido: Heimann (1965, 1975), quien subrayó que, en presencia de un trauma en la historia del paciente, el analista "introyecta inconscientemente" a su paciente, y funciona internamente "sobre la base de una identificación con la figura materna rechazante e intrusiva, repitiendo sus experiencias personales con una inversión de roles" (Heimann, 1965, p. 230); Khan (1974) detalla en el caso de Pedro la aplicación de los posibles roles en el análisis y la eventualidad de tener que aceptar el eclipse de la propia subjetividad del analista, para retornar en un segundo tiempo al paciente con una elaboración de los estados emotivos penosos patógenos imposibles de expresar y comunicar gracias a su afectividad arcaica; King (1951/1953/2004, 1962, 1978), por su denso trabajo sobre la típica respuesta afectiva del analista a las comunicaciones del paciente, señalada desde su primer caso publicado: el del pequeño Philip, de cuatro años, que sufre la muerte del hermano de dos y el aislamiento y la depresión de la madre; Sandler (1976, 1985), por sus incisivas observaciones sobre el papel de la "resonancia del rol" y el complejo sistema de comunicaciones inconscientes, emitidas y recibidas, que circulan en la pareja analítica en un intento por parte de cada uno de sus integrantes de imponer al otro una específica relación de rol intrapsíquica; Giovacchini (1989), por su aguda y sensible intuición terapéutica acerca de la re-creación del ambiente infantil traumático en la interacción transferencia-contratransferencia con pacientes que sufren trastornos mentales primitivos, y –entre los

tomara porque no fue capaz de contener y absorber la dolorosa experiencia de estar en relación con un progenitor aterrorizante a través del "terrorismo de sufrimiento" (Ferenczi, 1929, 1932a, b), ya que en su propia infancia lo había experimentado en la relación con su madre.

autores más recientes— Roussillon (1991, 1999), que ha teorizado, basándose en el concepto de “transferencia paradójica”, de Anzieu (1975), la transferencia *par detournement*, distinguiéndola de la más tradicional *par déplacement*.

Trabajar en el área de la inversión de roles

Para concluir, veamos ahora a los dos pacientes que han movilizadonuestros pensamientos. Lamentablemente, en la presentación de la compleja historia de sus análisis y nuestra labor igualmente compleja en la dinámica de la inversión de los roles que han caracterizado sus tratamientos, tenemos la necesidad de limitarnos a unas pocas y veloces pinceladas.

Mara, una joven universitaria, esquizoide, emocionalmente apagada, pidió al analista durante más de cuatro años convertirse en una persona que “habría debido literalmente interpretar” en el más completo silencio (en ocasiones, un silencio atravesado por lamentos y denuncias ligadas a vagas sensaciones corporales atormentadoras), un personaje que —por otra parte— ya estaba presente en el sueño comunicado en la primera consulta (un personaje incapaz de hablar y al que, a pesar suyo, debía asistir en repetidos harakiri, y a la agonía consecuente de otro personaje, tal vez japonés, también de identidad incierta y sin palabras). Este fue el relato del sueño con el que comenzó su análisis: “Una persona japonesa de identidad incierta realizaba el harakiri delante de mí en una especie de claustro y quería que la mirara. Escapaba, pero corría detrás de mí; horrorizada, me alcanzaba continuamente ‘arco tras arco’, rodando en la tierra con todos los intestinos fuera” (Borgogno, 2004, pp. 477-478).

Al hacerlo, ella llevó al analista a encarnar un hijo no deseado e incompetente (pero también un *wise baby*) que no podía recibir ninguna ayuda, que no conocía y que no hablaba el idioma de sus padres y ni siquiera podía estar vivo, ya que la vida según estos padres equivalía a pérdida, dolor y muerte. Fue el analista, a) el que tenía que portar, uno por uno, los sentimientos de Mara niña hacia una madre frágil y obstaculizadora, sufriente de un mal misterioso que no se pronunciaba dentro de la casa (el dolor en cuestión se debió en gran parte al hecho de que en su familia todos los padres habían muerto en coincidencia con el nacimiento de sus hijos), y también hacia un padre distante y deprimido; b) el que solamente en un cierto punto, después de haber ayudado a reintegrar muchos hilos de su historia, arriesgándose a un harakiri analítico, debía reclamar con vehemencia su derecho inalienable a la existencia y a activar con esta nueva oportunidad expresiva el “resurgimiento” mismo de la paciente. Esto, de hecho, ocurrió en un

período de sesiones "muy participativo" (serie de interpretaciones consecutivas) por parte del analista.

En otras palabras, en este análisis —que uno de los autores ya ha descrito en muchos otros trabajos (véase, por ejemplo, Borgogno, 2004)—, el analista tenía que ser al mismo tiempo tanto la Mara—"niña que fue" como la Mara—"niña que no había sido autorizada a ser" en su infancia (esto es, una niña capaz de sentir, de reaccionar y de ser oída, o sea, exactamente la niña que la paciente nunca había podido ser y conocer en su infancia y adolescencia), y, además, la madre y el padre de Mara, o sea, los progenitores sufrientes e inadecuados que ella había tenido, pero al mismo tiempo una especie de padre diferente de aquellos que le habían tocado en suerte.

Alberto entró en análisis por una inveterada insatisfacción en las relaciones con las mujeres y un extendido sentimiento de extrañeza ante la vida; obligó a su analista a deshacer una madeja de ansiedades paranoides relacionadas con los períodos de sesiones vividas como una "purga" o un "enema" y que, luego de "quedar mejor", lo obligaba a una forzosa producción de contenidos verbales. Una operación relativamente simple reconducía a una persecución del "fantasma" inquietante de un padre intrusivo y exigente (quien murió repentinamente cuando el paciente tenía solo diez años), otra más difícil daba significado al educado y repetido pedido (contradicho por la regularidad con la que llegaba a las citas) de no interrumpir lo que estaban haciendo juntos.

Exigencia permanente de lograr aprehender todo cuanto hubiera incidido en la relación de Alberto con su madre (una mujer parca en afectos e impulsos quien, permaneciendo en su rol de viuda, solo había expresado el deber y el sacrificio en el crecimiento de sus cinco hijos y en el ocuparse de ellos) y de ser el analista el encargado de empezar a contrastar la atmósfera nihilista y las amenazas de interrupción del tratamiento.

Un punto de inflexión en este tratamiento ocurrió cuando el paciente fue iluminado con la paradoja de continuar esforzándose para recrear "el aire de casa" solo para que "alguien" pudiera entender lo que significaba el estar constantemente expuesto a la resignación y la falta de deseo (identificado con su madre, Alberto no estaba interesado en lo que pudiera surgir en su análisis).

En esta historia analítica, la capacidad de comprensión y la interpretación de la inversión de roles que existía reclamó una atenta y progresiva elaboración de la contratransferencia. En el inicio del tratamiento el analista inicialmente vivenció en forma empática pena por un sentimiento de amenaza con el que Alberto lo percibía, viéndolo como un objeto persecutorio correlacionado con la imago paterna. Con el tiempo llegó a experimentar —pasando primero por

una vaga sensación de confusión y desorientación y, posteriormente, a través de una desagradable irritación arraigada en una sutil y continua devaluación y desinversión de Alberto— un profundo sentimiento de fracaso relacionado con la sensación de futilidad, rechazo y negación. Resumiendo, fueron estas señales las que, al avanzar el análisis, indicaron la presencia de una “inversión de roles”, en la cual a la identificación del analista con la parte infantil disociada del paciente correspondía en Alberto la identificación con una madre narcisísticamente poco vital y nihilista.

Conclusiones

Para concluir, hoy en día —mucho más fuertes en nuestra devoción al método psicoanalítico— creemos que no se puede hablar de una auténtica *talking cure* (Breuer y Freud, 1892-1895) sin una “*inter-acting cure*” como matriz fecunda de pensamiento para una elaboración y una transformación psíquicas. En definitiva, es necesario mucho trabajo, modesto y humilde, para arribar a una interpretación mutativa; por encima de todo, debemos estar dispuestos a separarnos temporalmente del propio rol para la “dramatización” de los roles que el paciente nos invita a asumir. Desde nuestro punto de vista, sobre la base de lo expuesto sugerimos escribir con una nueva secuencia uno de los más preciados legados de Freud (1914): “Experimentar (interpretarse), repetir, elaborar-reelaborar y recordar”, destacando “experimentar (interpretarse)” y “repetir” como las condiciones fundamentales para arribar a “elaborar-reelaborar” y “recordar”, o más bien a “pensar”.

Resumen

Dentro de un marco teórico-clínico centrado en la dinámica de la transferencia y la contratransferencia, los autores exploran el fenómeno de la inversión de roles y las causas por las cuales este fenómeno se ha descuidado en nuestra literatura. Este primitivo proceso inter-intra-psíquico, a menudo en el primer plano de nuestra práctica, es examinado en sus principales aspectos (identificación inconsciente del paciente con las defensas y la cultura psíquica de los progenitores, y la disociación mental concomitante del analista con el sufriente sí mismo infantil), señalando en particular cómo el *enactment* puede ser un elemento inevitable que, poniendo en juego las relaciones objetales disociadas del pasado, se convierte en una de las fuentes de la comprensión mutativa.

DESCRIPTORES: INVERSIÓN DE ROLES / DINÁMICA DE TRANSFERENCIA Y CONTRATRANSFERENCIA / FACTORES DE CURACIÓN / ACTING CURE-TALKING CURE

Summary

ROLE-REVERSAL: A SOMEWHAT NEGLECTED MIRROR OF HERITAGES OF THE PAST

Within a clinical-theoretical framework focused on transference-countertransference dynamics, the authors reflect on role-reversal and on why it hasn't been for long time theorized in literature. This primitive inter-intrapsychic process, often at the forefront in our practice, will be discussed in its principal aspects (patient's unconscious identification with parents' psychic culture and concomitant dissociation of the infant part of the self), signalling how the enactment can be an inevitable element which, putting into play the past dissociated object-relationships, becomes a source of mutative understanding.

KEYWORDS: ROLE-REVERSAL / TRANSFERENCE-COUNTERTRANSFERENCE DYNAMICS / CURATIVE FACTORS / ACTING CURE-TALKING CURE

Bibliografía

- Anzieu, D. "Le transfert paradoxal. De la communication paradoxale à la réaction thérapeutique négative". *Nouvelle Revue de Psychanalyse* 12, 1975, pp. 49-72.
- Balint, M. *The Basic Fault: Therapeutic Aspects of Regression*. Londres, Tavistock, 1968.
- Bion, W. R. *Cogitations*. Londres, Karnac Books, 1959. (Ed. por F. Bion).
- Blue Oyster Cult. "Veterans of psychic wars". En: *Fire of Unknown Origin*, Columbia, 1981.
- Bokanowski, T. (2004). "Variations on the concept of traumatism: traumatism, traumatic, trauma". *Int. J. Psycho-Anal.* 86, 2005, pp. 251-265.
- Borgogno, F. (1999). *Psychoanalysis as a Journey*. Londres, Open Gate Press, 2007.
- "On the patient's becoming an individual: The importance of the analyst's personal response to a deprived patient and her dreams". *Psychoanal. Dial.* 14, 4, 2004, pp. 475-502.
 - (2005). "Ferenczi's clinical and theoretical conception of trauma: A brief introductory map". *Am. J. Psychoanal.* 67, 2, 2007, pp. 141-149.
 - (2006). "Ferenczi and Winnicott: Searching for a 'missing link' (of the soul)". *Am. J. Psychoanal.* 67, 2007, pp. 221-234.
- Botella, C. y Botella, S. (2001). *The Work of Psychic Figurability: Mental States without Representation*. Hove y Nueva York, Brunner-Routledge, 2005.
- Deutsch, H. (1926). "Occult process occurring during psychoanalysis". En: Devereux, G. (ed.). *Psychoanalysis and the Occult*. Nueva York, Int. Univ. Press, 1953.
- Ferenczi, S. (1912). "On transitory symptom-constructions during the analysis". En: *First Contributions to Psychoanalysis*. Londres, Karnac Books, 1994.
- (1920-1932). "Notes and fragments". En: *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*. Londres, Karnac Books, 1980, pp. 216-279.
 - (1929). "The principles of relaxation and neocatharsis". En: *Final Contribu-*

- tions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*. Londres, Karnac Books, 1980, pp. 108-125.
- (1932a). "Confusion of tongues between adults and the child". En: *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*. Londres, Karnac Books, 1980, pp. 156-167.
 - (1932b). Dupont, J. (ed.). *The Clinical Diary*. Cambridge (MA), Harvard University Press, 1988.
- Frankel, J. "Exploring Ferenczi's concept of identification with the aggressor: Its role in trauma, everyday life, and the therapeutic relationship". *Psychoanal. Dial.* 12, 1, 2002, pp. 101-139.
- Freud, S. y Breuer, J. (1892-95). *Studies on Hysteria*. S. E., II, Londres, Hogarth, The Institute of Psycho-Analysis, 1964.
- Freud, S. (1912). *The dynamics of transference*. S. E., XII, Londres, Hogarth, The Institute of Psycho-Analysis, 1964.
- (1914). *Remembering, repeating and working-through*. S. E., XII, Londres, Hogarth, The Institute of Psycho-Analysis, 1964.
 - (1937). *Constructions in analysis*. S. E., XXIII, Londres, Hogarth, The Institute of Psycho-Analysis, 1964.
- Giovacchini, P. L. *Countertransference: Triumphs and Catastrophes*. Nueva York, Jason Aronson, 1989.
- Heimann, P. (1965). "Comment on Dr. Kernberg's paper on 'Structural derivatives on object relationships'". En: Heimann, P. *Children and Children-No-Longer. Collected Papers 1942-80*. Londres, Tavistock-Routledge, 1989.
- "From 'cumulative trauma' to the privacy of the Self. A critical review of M. Masud R. Khan's book". *Int. J. of Psycho-Anal.* 56, 1975.
- Jacobs, T. *The use of the Self*. Madison, CT, International University Press, 1991.
- Khan, M. M. R. *The Privacy of the Self*. Londres, Hogarth Press, 1974.
- King, P. (1951/1953/2004). "Change: the psychoanalysis of a four-year-old boy and its follow-up". En: King, P. *Time present and time past*. Londres, Karnac, 2005.
- (1962). "The curative factors in psychoanalysis". En: King, P. *Time present and time past*. Londres, Karnac, 2005.
 - (1978). "Affective response of the analyst to the patient's communication". En: King, P. *Time present and time past*. Londres, Karnac, 2005.
- Lagache, D. (1952). "Le problème du transfert". En: Lagache, D. *Oeuvres III, 1952-1956*. Paris, PUF, 1980.
- Marucco, N. (2008). "Una revisione e un aggiornamento del concetto di trauma alla luce della clinica psicoanalitica". En: Borgogno, F. y Vigna-Taglianti, M. (eds.). *Identificazione e trasmissione psichica fra gli adulti e il bambino*. Roma, Borla, 2009.
- Ogden, T. H. "The analytical third: working with intersubjective clinical facts". *Int. J. Psycho-Anal.* 75, 1994, pp. 3-20.
- *Conversations at the Frontier of Dreaming*. Londres, Jason Aronson, Northvale (NJ), 2001.
- Racker, H. (1948-1958). *Transference and Countertransference*. Nueva York, International University Press, 1968.
- Renik, O. "Conscious and unconscious use of the Self". *Psychoanal. Inq.* 17, 1997, pp. 5-12.

- Rodman, F. R. (ed.). *The Spontaneous Gesture. Selected Letters of D. W. Winnicott*. Cambridge (MA), Harvard University Press, 1987.
- Roussillon, R. *Paradoxes et situations limites de la psychanalyse*. París, PUF, 1991.
- *Agonie, clivage et symbolization*. París, PUF, 1999.
- Sandler, J. "Countertransference and role-responsiveness". *Int. Rev. Psychoanal.* 3, 1976, pp. 43-47.
- *The Analysis of Defence. The Ego and the Mechanisms of Defence by Anna Freud Revisited*. Nueva York, International Universities Press, 1985.
- Searles, H. F. (1947-1948). "Concerning transference and countertransference". *Int. J. of Psychoanal. Psychother.* 7, 1979, pp. 165-188.
- (1959). "The effort to drive the other person crazy – an element in the aetiology and psychotherapy of schizophrenia". En: *Collected Papers on Schizophrenia and Related Subjects*. Londres, The Hogarth Press and the Institute of Psychoanalysis, 1965.
- Smith, H. F. "Engagements in the analytic work". *Psychoanal. Inq.* 13, 1993, pp. 425-454.
- Vigna-Taglianti, M. "Interpret-agiti o interpret-azioni?" *Quaderni di Psicoterapia Infantile* 39, 1999, pp. 167-183.
- (2002). "Transfert regressivo e transfert persecutorio: trasformazioni del Sé e funzioni analitiche". En: Borgogno, F. (ed.). *Ferenczi oggi*. Turín, Bollati Boringhieri, 2004.
- Winnicott, D. W. (1963). "Fear of breakdown". En: Winnicott, C., Sheperd, R. y Davis, M. (eds.). *Psycho-Analytic Explorations*. Londres, Karnac Books, 1989.
- (1967a). "Mirror-role of mother and family in child development". En: *Playing and Reality*. Londres, Tavistock, 1971.
 - (1967b). "Postscript: D. W. W. on D. W. W.". En: Winnicott, C., Sheperd, R. y Davis, M. (eds.). *Psycho-Analytic Explorations*. Londres, Karnac Books, 1989.

(Este trabajo fue seleccionado para su publicación el 25 de noviembre de 2008)

La correspondencia Joyce-Lacan¹

*Oscar Zentner (Australia)

¿Qué es la neutralidad del analista?
Sino exactamente esto, la subversión del
sentido que es una especie de aspiración,
no hacia lo real pero de lo real.

Jacques Lacan²

Mors aut honorabilis vita.

James Joyce

A manera de ubicación

En ocasión del Simposium sobre James Joyce y Jacques Lacan en Dublín, elegí convocar a estos dos grandes ausentes que, habiéndose cruzado en París en los años veinte, nunca dialogaron; confié para ello en alterar el curso de las circunstancias históricas ubicando a cada uno en la excusa de una correspondencia con posiciones y opiniones que habiendo expresado arrojaran, era mi apuesta, una articulación nueva entre ellos.

También quería así darle voz a este extraordinario escritor que, a mi parecer, había respondido, sin que Lacan, o las lecturas canónicas de algunos lacanianos, lo hubiera advertido muchos años antes, a esa inquietud que planteó Lacan con respecto al *saber hacer* en un análisis. Precisamente fue ese *saber hacer* singular el que recibió temprana

* Senior Fellow, The School of Philosophy, Anthropology and Social Inquiry, The University of Melbourne.

Dirección: P. O. Box 3072 Domain Road, South Yarra Victoria 3141. Australia.

atención en la obra y proyecto de Joyce, específicamente en *Retrato del artista adolescente*. Allí Stephen, despidiéndose para siempre de la Iglesia, de su padre y de Irlanda a través de su amigo Cranley, dice: “[...] trataré de expresarme en alguna forma de vida o a través del arte tan libre y tan completamente como pueda usando como defensa las únicas armas que me permitiría a mí mismo usar: el silencio, el exilio y la astucia”.³

Entonces

Para el aniversario de los cien años de Bloomsday, adelanté en Melbourne tanto las razones como mis proposiciones del alcance de mi deuda con Joyce.⁴ Hoy aquí, en la *tierra de la Ira*,⁵ en Dublín, su ciudad, me pregunto si dejaremos escapar la ironía que implica que todos nosotros estemos aquí como analistas en tanto y en cuanto Joyce, por estar muerto, no puede oponerse a ello.

La obra de Joyce fue diseñada con el objetivo de crear aspirantes a Teseos quienes, contrariamente al mito, permanecerían para siempre en su laberinto bajo el hechizo de sus enigmas. Por lo mismo, mi apuesta está en otro lado y consiste en examinar el *efecto Joyce* sufrido por el psicoanálisis como resultado de su escritura.

La rigurosa descomposición en Joyce —no del lenguaje sino de *lalangue*, más allá del sentido propio del inconsciente simbólico— sirvió a Lacan para formular *el lapsus/fracaso que sabe*.⁶ Pero además Joyce le presentó a Lacan otro desafío más: si el inconsciente estaba estructurado como un lenguaje y no como *lalangue*, estrictamente hablando, Joyce nunca estuvo desabonado del inconsciente.⁷ Si de algo estaba desabonado era del inconsciente... de los pequeños otros.⁸ Como resultado, no se suscribía totalmente a su *lalangue*, y para nosotros esto explicaría la falta de empatía⁹ del pequeño otro.¹⁰

El temprano y desgarrante dolor de Joyce en relación con su lengua materna (*lalangue*)¹¹ sería más tarde expresado en una epifanía dirigida a su amigo Jolas: “Después de (la) palabra el diluvio”.¹² Evocando el pecado original, esta epifanía implicaba el hecho inevitable de que el habla en el *hablante-ser* produce como consecuencia el exilio. Que Joyce redoblara con la geografía e idiomas extranjeros su autoexilio subraya y hace más patente el extremo sufrimiento¹³ expresado desde muy temprano en *Retrato del artista adolescente*. Este sufrimiento está presente con el dolor, y es muy diferente del de Lol V. Stein,¹⁴ el personaje de Marguerite Duras, para quien hay dolor, pero de quien no se podría decir que hay sufrimiento, como Lacan se apresurara a subrayar.¹⁵ Lol V. Stein es un sujeto de opaca

subjetividad. Lacan admira la descripción de Duras, dado que ella era otra más entre aquellos que habían sido capaces de describir lo que él enseñaba sin haber tenido nunca un análisis ni haber asistido a sus seminarios. Y para nosotros, siguiendo la línea de lo que escribimos en *The Exile of James Joyce - après le mot le déluge*,¹⁶ esto demostraría la diferencia entre el personaje de Lol V. Stein de Marguerite Duras y el Stephen¹⁷ de Joyce, para quien sin ninguna duda hay dolor con sufrimiento. De no ser así, no sería posible hacer un diagnóstico diferencial entre una paranoia con escritos inspirados, *una esquizografía*,¹⁸ y la escritura de un artista.

Desde esta perspectiva no podría exagerarse la consecuencia del encuentro con la obra creadora de Joyce, la consecuente interrogación producida en Lacan y la dificultad en ubicar la suscripción de Joyce al inconsciente.

Para decirlo claramente, estimo que esa dificultad respecto del estatuto de estar “abonado” o no al inconsciente, marca no tanto “el desabono”, tesis tanto infundada como insostenible, sino la clara dificultad que tuvo Lacan en conciliar lo que Joyce mostraba con su obra y la concepción que Lacan sostenía del inconsciente hasta el momento en que la obra joyceana lo llevó a replantear al inconsciente en términos de una multi-transliteración.

Entre las múltiples consecuencias de ese encuentro con Joyce incluimos también la escritura en cadena del nudo borromeo lacaniano de tres, reparado y perfeccionado por el joyceano borromeo de cuatro, con el *sinthome*, ego o nombre del padre. Esta reparación, si lo que propongo se sostiene, aparece como ineludible en el *hablanteser*. Y desde el momento en que el inconsciente joyceano-lacaniano fue conceptualizado como *ese un fracaso que sabe*, el inconsciente pasa de ser causa eficiente a ser transformado en un efecto fallido.¹⁹ Por último, *Joyce le sinthome*²⁰ le sirvió a Lacan para pasar del nudo borromeo objetivo de tres al nudo subjetivo *Père borromeo* de cuatro.

Ahora bien, a pesar de que el goce de Joyce puede compartirse,²¹ ciertamente no se presta para la transmisión²² o para el saber.²³ Que Lacan quiso extraer de ese goce un saber está confirmado por su búsqueda e interrogación incesantes en aquellos que, como Sollers,²⁴ entre otros, sin haber estado en análisis, supieron cómo hacer con un síntoma, un *sinthome*.²⁵

Ser *post-joyceano* es también saber que *Joyce le sinthome*²⁶ hace al psicoanalista irrelevante.²⁷ Es por esto y mucho más que he sido forzado a la conclusión de que *Joyce le sinthome* hace al analista irrelevante, irrelevancia del analista que mostraré a través de dos cartas²⁸ que les leeré ahora.²⁹

Lacan escribe a Joyce el 2 de noviembre de 1939:

Docteur Jacques Lacan
Rue de Lille, Paris VI

Estimado Sr. Joyce:

Mucho le agradezco el envío de su ex *Work in Progress*, ahora publicado como *Finnegans Wake*. Usted tiene razón, yo nunca hubiera adivinado el nombre.

Usted juzga al psicoanálisis bastante duramente, si bien es cierto que da algunos elementos válidos y convincentes. Pero este es un momento bastante delicado para mí. Desde 1938 soy analista didacta de la Sociedad Psicoanalítica de París. Las políticas³⁰ institucionales internas jugadas en este hecho son verdaderamente muy aburridas y posiblemente en nada diferentes de las de la otra iglesia, la Católica Apostólica Romana. Aun así, usted apreciará que esta es una carta personal y que en ella puedo ser más abierto con lo que pienso que lo que sería en otras circunstancias.

Anoche terminé de leer su *Finnegans Wake*. Me llevó unas buenas cinco semanas en las cuales me retiré del mundo exterior en la compañía de todos los diccionarios posibles, esperando ingenuamente que me iban a ayudar a entender su libro. Puedo decirle que lo leí palabra por palabra, pero no voy a pretender que tuvo algún sentido para mí. De todas maneras el goce presente en su escritura era palpable. ¿Vendría esto a confirmar las palabras de T. S. Eliot, que *la verdadera poesía nos alcanza antes de haber sido entendida*? Esto es lo que encuentro en su *Finnegans Wake*.

Mis amigos Dalí, Picasso y el resto del grupo de los surrealistas son niños de jardín de infantes cuando uno los compara con los enigmas en su libro. *Su libro es una enunciación donde el enunciado no puede hallarse*,³¹ es un enigma hecho libro. Tengo proyectado usarlo cuando las condiciones estén dadas, en futuras enseñanzas. Su definición y su bien-decir de que una letra es un deshecho³² me conmovió. Pero si esto es así, ¿ha publicado usted entonces para mostrar que mientras la letra mata el espíritu vivifica? Es decir, ¿re-crear la literatura para defenestrarla? Para mí esa sería la lógica extensión siguiendo su aliteración de *letra en litter*.³³

Finnegans Wake es una rara y magnífica cosecha de la *Traumdeutung* de Freud. Pero en su *FW* no hay otro soñante que el sueño mismo. Me pregunto si esto es confundir a Freud con Jung.

Como usted debe saber, Freud estuvo de paso en París hace poco, camino a Londres. Y una de las razones por las cuales no fui a visitarlo fue en parte el efecto de haber leído su *Work in Progress* en *The Little*

Review.³⁴ Dudé en ir a visitarlo porque de haberlo hecho le hubiera planteado objeciones semejantes a las que usted menciona, y en verdad estas cuestiones son para mí un poco prematuras aún.

Me resultó muy inquietante cuando usted critica que nosotros los psicoanalistas todavía seguimos aplicando la vieja presión de la sugestión y la autoridad paterna independientemente de lo que por otra parte afirmamos. Tengo a mano el párrafo al que me refiero. Es éste: “*Be who, farther potential? And so wider but we grisly old Sykos who have done our unsmiling bit on ‘alices, when they were yung and easily freudened, in the procuring room and what oracular comepression we have had apply to them!* [...]”.³⁵ [¿Ser quién, lejano/padre potencial? Y tan más ancho pero nosotros horripilantes viejos Sicos que hicimos nuestras serias pujas en ‘alicias, cuando eran jóvenes (Jung = young = joven) y fácilmente contentadas (Freud = alegría/fraud = fraude), en el cuarto del lupanar ¡y qué oracular eyacupresión (eyaculación + presión) tuvimos que aplicarles! (...)]. Estas palabras me incomodaron mucho, tanto que aquí le transcribo las reflexiones a las que me llevaron:

- Qué quiere decir entender, más aun cuando uno tiene un *métier* que he calificado de ser una estafa...³⁶

- Nuestra práctica es una estafa:³⁷ sacamos ventaja de la gente haciéndola parpadear, fascinándola con palabras afectadas, lo que usted³⁸ mismo llamó palabras infladas.³⁹

Resumiendo, estoy de acuerdo con usted, pero no sin cierta moderación y conflicto. Indudablemente usted goza de una libertad de expresión que yo no poseo, al menos por ahora. Más aun, después de haberlo leído fui llevado a re-leer los trabajos de Freud sobre la histeria, y me pregunté: ¿dónde están ahora esas mujeres maravillosas, Anna O, Emmy von N, esas histéricas del pasado, adónde se han ido? ¿Fueron ellas reemplazadas por la chifladura psicoanalítica? Re-leyendo volví a encontrar el aristotélico *Proton Pseudos*⁴⁰ de Freud, pero las palabras en griego imponen inmediato respeto y entonces el sentido mortífero de la frase de Freud se descuida. Ahora resulta que esto es exactamente lo que escribí en francés en mis notas: *nuestra práctica es escroquerie (estafa)*.

Nada de esto puedo decir públicamente –al menos por mucho tiempo–. Quizá la única persona a quien podría habérselo mencionado aparte de usted ya no está más en París, se ha ido a Nueva York. Me refiero a Rudolph* Lowenstein, mi ex analista, con quien estuve siete años en análisis, un Bloom muy parecido al personaje de su *Ulises*, ¡pero Lowenstein hubiera puesto el grito en el cielo! De todas maneras, no puedo quejarme, seguramente tenía buenas intenciones, y siendo un Bloom, probablemente ignoraba que *el camino al infierno está empedrado con buenas intenciones*. Pero esto ya es harina de otro costal.

Freud mismo no podía decir que estaba educando a estafadores. Lo máximo que pudo llegar a decir fue de la necesidad de que los analistas fueran cultos, bien informados y bien leídos y no tuvo demasiado éxito. Por esta razón considero que el psicoanálisis desde el punto de vista ético es insostenible y por cierto que *me siento mal con esto porque yo, como todo el mundo, tengo un superyó*.⁴¹ Por cierto que llegué a esta conclusión después de haber pasado por un análisis, y me pregunto cómo es que usted supo hacerlo sin haber tenido un análisis.

Suyo sinceramente,
Dr. Jacques Lacan.

PS: *La realidad tiene estructura de ficción. ¿No es gracioso que Rudolph lleva el primer nombre del padre de Bloom, el personaje de su *Ulises*?

A continuación, la respuesta de Joyce del 27 de diciembre de 1940:

Kronenhalle Hotel
Raemistrasse 24
Zurich⁴²

Monsieur le Docteur Jacques Lacan:

Discúlpeme esta respuesta tardía, pero su carta me llegó unos días atrás gracias a los buenos oficios de amigos en París. Yo estoy todavía tratando de instalarme aquí en Zurich en medio de este horrible caos. Con dificultades inimaginables pude cruzar la frontera huyendo —es la palabra— de la ocupación alemana en su país.

Por razones que son obvias para quienes me hayan leído, mi opinión es conocida, por ende me abstendré de hacer comentarios sobre el psicoanálisis, pero aun así no querría, no me gustaría, pensar que alguien pudiera encontrar intenciones pedagógicas en mi *Finnegans Wake* —ya sean psicoanalíticas o de otra naturaleza—. En todo caso, si usted insistiera en esa vía probaría que *F W* es correcto de cabo a rabo: es decir, ¡que los Psychos, *yung* y *viejos*, han sido total y verdaderamente *freudoestafados* para siempre!⁴³

Yo hurgo en la carroña de desperdicios de lenguajes y de recuerdos, y escribí mi último libro con goce, es cierto, y con la absoluta intención de poder realizar el sueño de todo escritor: tener un lector ideal sufriendo de siglos de insomnio. Estoy absolutamente seguro de que esos lectores los proveerá la universidad, pero en lo que concierne a los de su calaña,

¡sería verdaderamente muy divertido si ellos fueran a ponerse justo detrás de los universitarios, haciendo cola! En ese caso me pregunto si lo van a hacer *à la Gogarty*,⁴⁴ es decir, psicoanalistas entre los literatos y literatos entre los psicoanalistas.

Por último, lo que me sorprendió hasta dejarme boquiabierto de su carta fue la pregunta que usted se hace acerca de cómo supe hacerlo sin haber tenido nunca un análisis. No se ofenda, pero en verdad me pregunté cómo me habría leído.

Rechacé ya en los años veinte una *freudolenta* invitación para que Herr Professor Jung experimentara sobre mí. Su pregunta la respondí hace ya mucho tiempo. ¡Supe *cómo saber hacer* gracias a no haber pasado nunca por un análisis! Sí, lo supe saber hacer con *las únicas armas que me permitiría a mí mismo usar: el silencio, el exilio y la astucia*. Usted encontrará la referencia en *Retrato del artista adolescente*.

Suyo,
James Joyce

Si por momentos pudo haberse tenido la impresión de que he mostrado el *efecto Joyce* con crudeza, impiedad, o *pour épater le bourgeois*, les rogaría recordaran los dos acápites con los cuales se abrió este trabajo, dado que ellos introducían lo que ustedes efectivamente escucharían. El sentido, como las costumbres, son excluyentes al trabajo analítico, tanto como lo es tratar de sugerir o imponer síntesis⁴⁵ en nombre del bien en la cura psicoanalítica.

Estimada audiencia, esta, entre otras, es la subversión producida por el *efecto Joyce*, un efecto que afectó las posiciones teóricas de Lacan y, por ende, al psicoanálisis, llevándolo a plantearse y a proponer algo que fuera más allá del inconsciente freudiano.⁴⁶ *La cuestión post-joyceana implica una clínica de lo singular y de la excepción; de esto viene el desafío en saber si seremos capaces de tomar este efecto Joyce más allá de hacer semblante (apariencia) de hacerlo.*⁴⁷ *Seguramente no es, ni será, fácil.*

Un saber que se abona en transferencia
Acerca de “La correspondencia Joyce-Lacan”, de O. Zentner

Carlos A. Basch

Arrojar una nueva articulación entre Lacan y Joyce, que permita examinar el “efecto Joyce” en el psicoanálisis: tal es la apuesta del

texto que hoy nos presenta Oscar Zentner, por vía de la ficción de una pretendida correspondencia entre ellos.

Su hipótesis: las inquietudes del último Lacan, relativas al *savoir faire* con el síntoma por obra del análisis, habrían sido anticipadas (50 años antes) por Joyce, ya en *Retrato del artista adolescente*. Más aun, para la formulación del inconsciente, no ya como causa eficiente de desarrollos psíquicos, sino como “eso insabido que en un fallo del decir, sabe” (Seminario XXIV, *L’insu que sait de l’une bévue s’aile a mourre*), Lacan se habría servido de la peculiar descomposición que opera la escritura de Joyce: descomposición no del lenguaje, sino de *lalangue*, más allá del sentido propio del inconsciente simbólico.

Para medir los alcances de esa perspectiva, basta con recordar mínimamente qué designa Lacan con el término *lalangue*: eso inestructurable que rebalsa al lenguaje en el lenguaje mismo; que por un desdoblamiento inherente a la palabra pone de relieve el fondo de continuidad del que el lenguaje articulado busca despegarse cada vez, sin lograrlo nunca por completo. Una dimensión de la palabra, en definitiva, otra que la del corte significante, refractaria al lenguaje estructurado a la vez que causa, por eso mismo, de renovadas –y siempre provisorias– estructuraciones lenguajeras.

En ese horizonte se verifica el encuentro con Joyce, cuya escritura pone en juego una descomposición del lenguaje del mismo orden que la que opera *lalangue*, remontando las líneas de fuerza del inconsciente simbólico hasta arrimar incluso más allá de ellas.

Ahora bien, Zentner no solo postula esa convergencia. Afirma también que fue el impacto de la escritura de Joyce lo que llevara a Lacan a reformular, en esa dirección, su concepción del inconsciente; y de algún modo, por ende, de la cura analítica misma.

El texto avanza también sobre la cuestión Joyce, *desabonado del inconsciente*. A contramano de la postura habitual sobre ese tópico, afirma que si de algún inconsciente estaba desabonado Joyce, es del de los pequeños otros. Así pues, no se pliega a la *vulgata* lacaniana que lee ese sintagma de Lacan linealmente, en la perspectiva de la psicosis. Pero, ¿qué puede querer decir la expresión “desabonado del inconsciente de los pequeños otros”? A mi modo de ver, algo que queda puesto bien de relieve en la singular “correspondencia” que, a nombre de Lacan y Joyce, nos propone Zentner. Entremos entonces a considerar siquiera alguno de sus aspectos.

Hay que decir ante todo que en algún sentido nos pone ante un Lacan un tanto inverosímil; un Lacan cuya pluma, en 1939 (esto es, en tiempos de elogios sin reservas a la función sublimatoria inherente a la *imago* paterna, en “Los complejos familiares”; y antes del grueso de

sus lecturas de Freud, el estructuralismo lingüístico y antropológico, Hegel, Heidegger, la topología y un largo etcétera, correlativas a 35 años de clínica analítica), dispone ya de muchos de los sintagmas que su discurso solo gradualmente iría acuñando a lo largo de todos esos años. Parece demasiado obvio, en efecto, que el joven Lacan de 1939 –independientemente del factor de inhibición ante la institución analítica, y su puesta entre paréntesis en una carta personal– no podría haber hecho referencia a un goce de la escritura inversamente proporcional al sentido, no se habría valido, a propósito del *Finnegans Wake*, de categorías tales como “una enunciación sin enunciado” ni habría caracterizado al psicoanálisis como práctica de *escroquerie* (estafa), éticamente insostenible por respaldarse en la alianza entre padre edípico, sugestión y significación pretendidamente unívoca. Y sin embargo, esa inverosimilitud resulta de algún modo bien empleada, en tanto pone de relieve con absoluta justeza un problema casi siempre desestimado en la transmisión lacaniana: el de las transferencias de Lacan. En ese aspecto, la “correspondencia” no solo deja en claro que lejos de toda demanda de saber supuesto, Joyce no era en absoluto proclive a entrar en transferencia con el psicoanálisis. Sobre todo, pone de relieve que, al revés, su decir resultó una tan formidable oferta transferencial que fue el psicoanálisis, por vía de Lacan, el que entró en transferencia con él. Eso, en suma, dice la afirmación de que el encuentro con la escritura de Joyce llevó a Lacan a cambiar su concepción del inconsciente, hasta replantearlo en la perspectiva de la letra, su transliteración, en relación con la escritura en cadena del nudo borromeo de tres, y su ineludible reparación por el *sinthome* (o *ego*, o nombre del padre) como cuarto nudo.

Más que de desabono, cabría hablar entonces de un *cambio de abono*, a ser entendido incluso como incidencia de transferencia, fecunda en consecuencias, a partir del encuentro con esa escritura, que es *del* exilio (en la doble acepción del genitivo: no solo la que este induce en quien ha debido abandonar tierra y lengua natales, sino aquella en que es el exilio mismo, en tanto inherente sin más a la palabra, quien escribe la letra que bordea un real ininscribible). Así, si la palabra supone siempre, de por sí, un exilio de la lengua materna, el redoblamiento de este último en los textos de Joyce, por obra de la geografía y la cohabitación con otras lenguas, alcanza la dimensión bíblica de *diluvio* (*après le mot, le deluge*, según el afortunado sintagma citado por Zentner): acontecimiento que marca la separación entre un *antes* originario, irremediablemente perdido, y un *después* (de la palabra) de mera sobrevivencia en la *souffrance* lenguajera.

Dejo para el final de este breve comentario un punto que encuentro particularmente problemático, acaso el más propicio para la discusión.

Me refiero a la afirmación –que se me hace en exceso contundente– de que el efecto Joyce hace al analista “pre-transliteración” irrelevante. Todo depende, por supuesto, de qué clase de analista consideremos como merecedor de semejante sambenito. Si se tratara de un mero proveedor de sentidos, al modo más crudamente hermenéutico, sería fácil acordar con Zentner. Parece claro, sin embargo, que no fue esa la perspectiva de Lacan (así como tampoco de Freud, y ni siquiera –me atrevería a decir, pero ello nos llevaría probablemente a otra discusión– de buena parte del psicoanálisis posfreudiano), ya desde mucho antes del “encuentro” con Joyce. Las formulaciones (en el Seminario XI, entre otros lugares) del analista como formando parte de la noción misma inconsciente, bastan para ver hasta qué punto este no era “superfluo”. A mi entender, arribaríamos a similar conclusión apoyándonos en una buena cantidad de textos de Freud (un trabajo del que podemos eximirnos, dado que el mismo Lacan ya lo hizo, en buena parte de su obra).

Pero aun dejando esa discusión entre paréntesis, valdría la pena precisar un poco más qué designamos como “transliteración”. Si convenimos en que no hay lectura del significante como tal, sin escrito (entendido como efecto de una operación en que algo pasa de una manera de escribirse a otra: así por ejemplo, en el análisis del sueño, cuyo valor escritural no es el de una escritura alfabética),⁴⁸ queda abierta la vía que enlaza transliteración y lectura de la preeminencia textual de la letra. Esto no excluye, claro está, que esa lectura pueda darse por fuera de un análisis (en escrituras como la de Joyce, por ejemplo). En cualquier caso, se me hace difícil pensar cualquier puesta en forma del inconsciente que prescindiera de una lectura a la letra; y por mi parte mantendría el término “analista” –en alguna convergencia con la aspiración de lo real en la cita de Lacan que Zentner ubica como uno de los epígrafes del texto– para designar el lugar de esa lectura.

Resumen

A través de una correspondencia inexistente y contingente, el autor hace entrar en intercambio epistolar a James Joyce con Jacques Lacan. Esta ficción que re-anima la letra de ambos permite responder a una interrogación de Lacan con respecto al fin y alcance de un análisis, así como también indicar efectos perniciosos de ciertas lecturas y aplicaciones no críticas de lo que este pudo haber sugerido, e incluso alentado. Tan es así que ahí donde Lacan ambigualmente vacilaba interrogándose, muchos lacanianos, en nombre del psicoanálisis lacaniano y de Lacan mismo, atribuyeron una supuesta psicosis a Joyce, e inadvertidamente arribaron a una cuestionable concepción psiquiátrica, no psicoanalítica, de la psicosis.

DESCRIPTORES: JACQUES LACAN / LENGUA / LENGUAJE / LITERATURA / PSICOANÁLISIS / PSICOANALISTA / TEORÍA LACANIANA

Summary
THE CORRESPONDENCE JOYCE-LACAN

Through the fiction of an inexistent and contingent correspondence, the author rekindles the letter of James Joyce and Jacques Lacan. Through this means he provides an answer, via Joyce, to Lacan's interrogation in regard to the end and aims of an analysis, while emphasising the pernicious effects of a non-critical reading and the subsequent applications of what Lacan might have fostered or suggested. Whereas Lacan, perhaps ambiguously interrogated himself vacillatingly, conversely, many Lacanians, in his name and in the name of psychoanalysis, attributed a supposed psychosis to Joyce, arriving inadvertently, under the banner of Lacanian psychoanalysis, at a questionable psychiatric conceptualization of psychosis.

KEYWORDS: JACQUES LACAN / TONGUE / LANGUAGE / LITERATURE / PSYCHOANALYSIS / PSYCHOANALYST / LACANIAN THEORY

1. Leído en el Symposium Lacan-Joyce, Dublin Castle, Dublín, Irlanda, con el título *El efecto Joyce*, en junio de 2005.

2. Lacan, Jacques. *L'insu que sait de l'une-bévue, s'aile à mourre*, sesión del 26 de febrero de 1977. Texto establecido por J.-A. Miller.

3. *A Portrait of the Artist as a Young Man*. Londres, Penguin Classics, 1975, p. 247. (La traducción me pertenece).

4. Zentner, Oscar. *The Exile of James Joyce - après le mot le déluge* [Epifanía dedicada a su amigo Jolas, donde la palabra *mot* vino a ocupar el lugar del *moi*. Como fue adscripta a Luis XV, diciendo: "*après moi le déluge*". Acheronta 19 *Revista de Psicoanálisis*. The Letter - Lacanian Perspectives on Psychoanalysis, vol. 31-32, Editor Carol Owens, Dublín, 2004, p. 175.

5. Ireland, traducido literalmente, es *ire* (ira) y *land* (tierra).

6. Lacan, J. "L'insu que sait de l'une bévue s'aile à mourre, 1976/77. Ornitar?" *Bulletin Périodique du Champ Freudien*, 12/13, texto establecido por J.-A. Miller, París, 1977.

7. Salvo si nos circunscribimos a repetir con Lacan que solo hay inconsciente cuando uno se dirige a un analista. De cualquier manera, la problemática expresión "desabonado del inconsciente" parece contradecir su propia definición del inconsciente, identificando al inconsciente con *lalangue* y no con el lenguaje.

8. Lacan, J. *Joyce le symptôme I, Joyce avec Lacan*. Bibliothèque des Analytica, París, Navarin Editeur, bajo la dirección de Jacques Aubert, 1987, pp. 24-25.

9. Zentner, O. *Borges y el fantasma de la realidad*. En las palabras de Borges: "[...] diecisiete años para escribir un libro que nadie leerá jamás". *Papers of The Freudian School of Melbourne*, vol. 21, Melbourne, 2000, p. 67.

10. Lacan, J., *ibíd.*

11. La afirmación de Lacan de que *lalangue* de Joyce es gaélica y no inglesa no solo es muy discutible, sino que la considero errada.

12. Zentner, O., *ibíd.*

13. “El lenguaje en el que estamos hablando es suyo antes que mío. ¡Qué diferentes son las palabras hogar, Cristo, cerveza, maestro, en sus labios y en los míos! Yo no puedo hablar o escribir esas palabras sin inquietud en mi espíritu. Su lenguaje tan familiar y a la vez extraño será para mí siempre un lenguaje adquirido. Yo no he hecho ni he aceptado sus palabras. Mi voz las mantiene a la distancia. Mi alma se asusta a la sombra de su lenguaje”. Joyce, J. *A Portrait of the Artist as a Young Man*, Londres, Penguin Modern Classics, 1975, p. 189. (La traducción me pertenece).

14. Lacan, J. “Hommage fait à Marguerite Duras, du ravissement de Lol V. Stein”. *Cahiers Renaud-Barrault*, París, Gallimard, 1965, N° 52, pp. 7-15.

15. Lacan, J. “Por lo que se ve, hay que anudar de otra manera la cifra: para asirla hay que contarse de a tres”. *Ibíd.*

16. Se nos hace necesario indicar que este trabajo está basado extensamente en *The Exile of James Joyce - après le mot le déluge*, a tal punto que para ubicar el contexto y el alcance del presente es imprescindible haber leído aquel.

17. Zentner, O. “A partir del Seminario *Le sinthome*, es necesario contarse de a cuatro/cinco: Real, Simbólico, Imaginario, con la consecuente división entre *sinthome* y símbolo (realidad psíquica, nombre del padre)”. Trabajo no publicado.

18. Lévy-Valensi, J., Migault, P. y Lacan, J. *Problems of written language in a paranoiac with paranoid delusional elements (schizography)*. Medical-Psychological Society, 12 de noviembre de 1931. *Les Annales Médico-Psychologiques*, 1931, vol. II, pp. 508-522. Fuente: *Pas tout Lacan*, École Lacanienne de Psychanalyse.

19. Esto parece confirmar el decir de Lacan, que solo un jesuita puede no creer en Dios, si Dios es por definición la causa eficiente.

20. Lacan, J. *Joyce le symptôme I, Joyce avec Lacan*. Bibliothèque des Analytica, París, Navarin Editeur, bajo la dirección de Jacques Aubert, 1987, p. 28.

21. Como queda demostrado por la multitud de joyceanos.

22. Zentner, O. *The Exile of James Joyce - après le mot le déluge*. *Ibíd.*

23. Zentner, O. *Of Psychoanalysis - What is Transmitted is Not Taught*. [Del psicoanálisis - Lo que se transmite no se enseña]. Papers of The Freudian School of Melbourne, Melbourne, 1992, p. 55.

24. Sollers, P. “No hay nada que hace falta saber acerca de Joyce porque su escritura siempre sabe más, muchísimo más de lo que otra persona puede ver de él. ¿Difícil de admitir? Imposible. Imposible de disipar esta ilusión final fetichista, de admitir que un cuerpo no es la fuente de la escritura sino su instrumento. [...] Ahí está el síntoma: todos los escritores que durante los últimos cien años han empujado ‘la literatura’ en una crisis irreversible no han cuidado sus publicaciones, con la excepción hecha de Joyce [...]”. En: *Joyce and Co.*, Comunicación al quinto Symposium James Joyce llevado a cabo en París en junio de 1975.

25. J. Allouch interrogó en este punto a Sollers, quien dio una vívida cuenta de este episodio, entre otras cosas, diciendo que “Lacan solía tomarse demasiadas libertades”. Intervención, *Lacan le pas aimé*, en el seminario de Jean Allouch, École normale supérieure, París, 14 de febrero de 2003.

26. *Joyce le sinthome* implica el goce de un saber hacer con *lalangue*, haciendo resonar como plus el lenguaje, re-estructurando así su inconsciente.

27. Tenemos aún un largo camino por recorrer antes de ser capaces de extraer las consecuencias derivadas del momento en el que el inconsciente fue transformado en una transliteración. De lo que no cabe ninguna duda en todo caso es de que el analista “pre-transliteración” es superfluo como resultado del efecto Joyce.

28. Los originales de estas cartas se encuentran en mi residencia, 78 Mont Albert Road, Canterbury 3126, Australia, y las ficcionales están en el segundo piso de la Zentral Bibliothek, Die Handschriftenhbeitzungen, Zähringenplatz 6, Zurich, Suiza. En

la Biblioteca de Zurich se podrán encontrar trabajos de y sobre Joyce, dado que ella existe; las cartas, en cambio, siendo de ficción estarán siempre a la manera de *Tlon, Uqbar, Orbis Tertius*, de Jorge Luis Borges, en ausencia y sin registro.

29. La nota anterior nos pone al tanto de que esta correspondencia es creación del autor con el fin de exponer lo que hubiera sido un diálogo entre Lacan y Joyce.

30. Es gracias a la intervención de Edouard Pichon que Lacan es finalmente elegido analista didacta en 1938, luego de un análisis de seis años y medio con Lowenstein, que terminó en una *impasse*.

31. Lacan usará esta misma expresión años más tarde para su seminario *Le sinthome*.

32. Lacan, J. "Le séminaire sur la lettre volée". *Écrits*, Le champ freudien, París, Éditions du Seuil, 1966, p. 25. [Años más tarde, en 1971, en su artículo "Lituraterre", la expresión neologística *faire litière de la lettre*, donde Lacan juega con *lettre* (carta, letra, en francés), *letter* (ídem en inglés) y *litter* (basura, en inglés) es retomada, y también en su seminario del 12 de mayo de 1971.

33. Zentner, O. *Ibíd.*

34. Al comienzo de esta supuesta carta se alude a "su ex *Work in Progress* ahora publicado como *Finnegans Wake*". Este *Work in Progress* fue publicado por la revista francesa *The Little Review*, París, verano de 1928.

35. Joyce, J. *Finnegans Wake*. Londres, Faber & Faber, 1982, p. 115.

36. Lacan, J. *Conclusion des journées de Lille*. Transcription, *Lettres de L'école freudienne de Paris*, 22, p. 499.

37. Zentner, O. Lacan aclarará que el psicoanálisis es una estafa a la manera de la poesía. "Inconsciente e interpretación". *Revista de Psicoanálisis*, vol. LXI, N° 3, Buenos Aires, julio/septiembre de 2004, p. 687.

38. Esto es, James Joyce.

39. El 23 de febrero de 1977 Jacques Lacan dijo estas palabras en Bruselas. (Notas tomadas por I. Gilson y J. Cornet. Transcriptas por J. Cornet). Fuente: *Pas tout Lacan*, École lacanienne de psychanalyse.

40. Zentner, O. *Ibíd.*

41. Lacan, J. *Ibíd.*

42. El 29 de diciembre de 1940 Joyce se establece en la Pensión Delphin, Muhlebachstrasse 67, Zurich.

43. Zentner, O. *Winnicott avec Khan*. Seminario dado en la Escuela Freudiana de Buenos Aires, 2000.

44. Oliver St John Gogarty, cirujano, escritor, senador, con quien Joyce compartió por un tiempo la famosa Martello Tower, Dublin. Aludido por Joyce en el *Ulises* como Buck Mulligan.

45. Freud, S. *The Splitting of the Ego in the Process of Defence*, S.E., XXIII, p. 276.

46. El encuentro con la obra de Joyce en nuestra hipótesis lleva a Lacan, como mínimo, en el plano clínico a un replanteo de la cura en el análisis, y en el teórico a la conceptualización de un inconsciente -lacaniano-, decimos nosotros, constituido como una *gaffe* y ya no más como *el deseo es el deseo* (hegeliano) *del Otro*.

47. Saber y no obrar es no saber, como dice la Escuela Neoconfuciana.

48. Es la perspectiva de J. Allouch. Cf. en *Letra por letra. Traducir, transcribir, transliterar*. Buenos Aires, Edelp, 1993.

Clínica del vacío

*Juan Bautista Navarro (Buenos Aires)

Voy a ubicar el vacío no como una patología definida, en principio, sino como una serie de manifestaciones clínicas observables en diferentes patologías de fronteras con su correlato y fundamentación teórica a partir de la metapsicología freudiana, además de los enriquecedores aportes de Bion y, en particular, de Winnicott. Lo que voy a desarrollar son en esencia las ideas de uno de los grandes pensadores del psicoanálisis contemporáneo, el Dr. André Green, con quien me siento consustanciado en toda su obra. Lo expuesto aquí podría decirse que es una lectura personal, aunque siempre lo sea, puesto que además de abordar sus ideas fundamentales, mi elaboración temática presume ideas propias que seguramente podrían estar en el pensamiento de Green, aunque no en forma explícita, al que modestamente sigo desde hace ya muchos años.

A modo de presentación diré que Green denomina *clínica del vacío* o *clínica de lo negativo* a la por él llamada *serie blanca*, que comprende: la *psicosis blanca* o *núcleo psicótico sin psicosis*, la *alucinación negativa* y el *duelo blanco*.

El contexto teórico en el que el vacío se manifiesta nos habla de un aparato psíquico con serias alteraciones en la capacidad de representación, consecuencia de un vínculo patológico temprano con la madre que generó un compromiso en los procesos de simbolización; presupone una alteración de la organización yoica y, consecuentemente, del superyó, además de procesos en el ello que alterarían su estructura en forma más o menos definitiva acorde a la profundidad del daño sufrido. De ello se deduce, en esencia, la importancia terapéutica de un objeto integrador y una técnica acorde, a cuyas características fundamentales me referiré aunque, sin duda, en forma sucinta.

* Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
Dirección: Copérnico 2358, 4º "A", C1425CAB, juannavarro@intramed.net.ar

Me voy a ocupar en primer lugar de uno de los mecanismos defensivos fundamentales para Green, *la desinvestidura*, para luego referirme a la psicosis blanca. Si bien este mecanismo opera tanto en las neurosis como en patologías graves, solo me referiré a las últimas. Recordaré por lo menos los siguientes atributos, el de ser un concepto cuantitativo y cualitativo, el de ser una función del yo presupone una desligadura pulsional pero podríamos pensar en una desinvestidura sin desligadura, como acontece en las neurosis, en donde los procesos solo se designifican, porque la desligazón presupondría la caída en la situación traumática. Quizá la coincidencia de ambos procesos, además de su amplio grado de compromiso, es lo que Green llama *desinvestidura radical* y es efecto de la acción destructiva de la pulsión de muerte; es para el autor un mecanismo que refiere a una “depresión primaria” casi en el sentido físico del término y que procura, tiende a alcanzar un *estado de vacío*, de aspiración al no ser y a la nada; el analista se encuentra, con estos pacientes, identificado con un espacio vacío de objetos o se siente fuera de él.

Cuando Green habla de “lo fronterizo” privilegia dos tipos de angustias, la de *intrusión o implosión* y la de *abandono o pérdida*; la primera lleva a sentimientos persecutorios y la segunda, a la angustia de muerte; por eso la salida no tiene alternativa para los casos graves: *delirar o morir*. Estos procesos se hacen posibles puesto que en la organización del aparato psíquico no pudo representarse la ausencia de la madre, o fue intrusiva y no permitió otorgar al hijo la suficiente distancia para que pudiese ser representada, o el distanciamiento fue tan grande que apenas pudo serlo por el tiempo, el espacio o ambos. Su consecuencia, en ambos casos, fue una *alteración del pensamiento*. Estas alteraciones, tanto en el pensamiento como en la representación, pueden entonces evolucionar hacia el delirio o hacia el vacío, en el que puede intervenir también un compromiso somático como una de sus posibles consecuencias, así como los pasajes al acto. Al desarrollo de estos procesos Green lo denomina “psicosis blanca” o “núcleo psicótico sin psicosis”; no obstante, es dable comprender que todos los procesos que recaen en él generan escisión con sus consecuencias, dado que ella elimina factores indispensables para el trabajo de representación (destruye representaciones pulsionales destructivas así como partes importantes del yo), como plantea Bion (1962, 63).

Resumiendo, podríamos concluir que estos estados de vacío:

- son efecto de la desinvestidura radical (pulsión de muerte);
- tienden a una depresión primaria;

- tienen como esencia una alteración del pensamiento que consiste en la imposibilidad de representar la ausencia;
- etiológicamente están vinculados a una pérdida primaria de objeto;
- suelen estar acompañados por angustias primitivas de pérdida o abandono, aunque también podrían estarlo por intrusiones, dada la organización bipolar del complejo que oscila inevitablemente hacia uno u otro extremo.

Freud decía que la función del aparato psíquico era la de ligar; Green dice que es la de representar. Siguiendo a ambos, podríamos suponer que en estas patologías todo el aparato psíquico está comprometido, como decía al comienzo, y no solo el yo, como podría suponerse; por lo tanto, podríamos hablar del vacío como una organización susceptible de variaciones sintomáticas pero con predominio del vacío como condición estructural, como expresión de la inclinación a las pérdidas por alteración de los procesos de fusión normales como factor etiológico. A partir del vacío como condición patológica primaria y en respuesta a estos factores se producirían los síntomas que se describen a propósito de él y que pertenecen a una suerte de hipocondría del cuerpo, en especial de la cabeza (cabeza vacía, agujero en la actividad mental, imposibilidad de concentrarse, de memorizar, de asociar, etc.), y además otros fenómenos fantasmáticos equivalentes a los reconstitutivos que corresponden a fenómenos de reinvestidura, rumiaciones, pensamiento compulsivo de índole pseudo obsesiva, divagaciones subdelirantes, etc. (Segal, 1972). Aquí es donde Green opina que es dentro del espacio vacío donde se desenvuelven en un tiempo segundo mociones pulsionales en bruto apenas elaboradas.

Frente al vacío cualquier investidura cae en la nada, es siempre investidura negativa por recaer en un vacío, un “agujero psíquico” sin objeto, o mejor sin representación alguna posible de establecer sentido. Toda reiteración, nos dice, es una aspiración tantalizante hacia la nada; el sujeto cae en un abismo sin fondo, hasta incluso “la alucinación negativa de sí mismo”. Es el camino del verdadero sentido de la pulsión de muerte. Esta inclinación-tendencia a la nada, a una ausencia de satisfacción y de representación y de objeto, es el camino de pensamiento que lleva a Green a introducir su concepto de *narcisismo negativo*, que hace del vacío y la nada el reposo mortífero (1993).

Conocemos su postura de considerar el narcisismo primario como estructura y no solo como estado, de lo cual podría deducir, como también lo hace Lutenberg (2008), pormenorizadamente, un *vacío estructural* que aunaría el aspecto positivo, visible, ruidoso de la relación de objeto (buena o mala) al aspecto negativo, invisible y silencioso que reuniría los cuidados maternos de la relación de objeto junto a la estruc-

tura que los encuadra: *la alucinación negativa de la madre en el momento de la ausencia* (reverso de la realización alucinatoria del deseo).

Revisemos este concepto. Cuando Green se acerca a los primeros momentos del desarrollo se refiere a las condiciones estructurales que sostienen su hipótesis acerca de la organización y constitución del aparato psíquico a partir del concepto de *alucinación negativa*. Ya Freud afirmaba que cualquier estudio sobre la alucinación positiva debía comenzar por la alucinación negativa. Además nos dice que la pérdida del pecho y el momento en que el chico es capaz de aprehender la persona total de la madre son contemporáneos; por lo tanto, lo que precede a dicha aprehensión debe incluir en potencia el contenido de la apropiación ulterior. Esta aprehensión anterior no es aún una representación porque no hay diferenciación sujeto-objeto, no es tampoco una percepción sino una alucinación negativa de esa ulterior aprehensión global. En otras palabras, podríamos decir que es una representación de la ausencia de representación que, aunque ambigua, no deja por eso de ser suficientemente explicativa. Entonces, no representación, no percepción aún sino una alucinación negativa (de la madre). Una suerte de memoria sin contenido, comenta Green. Hay una cercanía conceptual a los *fenómenos transicionales* de Winnicott. En efecto, el *objeto transicional* no es el hijo, no es la madre, es algo que podrá representarla (como la alucinación negativa) en ausencia y al mismo tiempo dará origen al simbolismo (Levín de Saïd, p. 70). Pero para que este pueda ser abandonado se hace indispensable la creación del *espacio transicional*; aquel no llena el vacío dejado por la ausencia sino que representa una presencia-ausencia crucial. La alucinación negativa no representa la ausencia de la madre, sino la ausencia de la representación, pero que la contiene en potencia; por ello, al decir de Green, *la alucinación negativa es estructura encuadradora* porque a partir de ella, como en un cuadro, se irá constituyendo la forma, pero sobre el fondo de la ausencia. Green propone entonces la siguiente fórmula: *la madre está capturada en el marco vacío de la alucinación negativa y se transforma en estructura encuadrante para el sujeto mismo. El sujeto se edificará ahí donde la catexia de objeto fue consagrada al lugar de su investidura*. La constitución de la *estructura encuadradora* albergará sobre el telón de fondo de la alucinación negativa de la madre la presencia, como signo, de un tipo de vínculo cuyo contenido potencial se irá transformando en el centro del yo por identificación con la percepción total del objeto y diferenciación yo-no yo. Ahora puede comenzar a representar la ausencia de la madre.

Un aspecto importante del conocimiento de estos conceptos es que desde el punto de vista terapéutico el llenado del vacío podría enten-

derse a la manera de la constitución de la *alucinación negativa de la madre como estructura encuadradora*, o sea, a partir de la creación de signos que, no siendo aún fantasmas o recuerdos son, no obstante, creaciones transicionales del analista a partir de las cuales podemos construir formas, sentido, relación, en donde la contratransferencia ocupará un lugar importante como respuesta al vacío con un esfuerzo intenso de pensamiento para tratar de pensar lo que el paciente no puede (contratransferencia imaginativa). Green comenta: “lo vacío suscita el llenado, lo demasiado lleno, el vaciamiento; la búsqueda de un equilibrio es una tarea difícil”. Recomienda dar la imagen de la elaboración. Sugiere trabajar con el paciente en una operación doble, dar un contenido a su continente y dar un continente a su contenido.

Hay consenso entre analistas con respecto a que el vacío es el estado más insatisfactorio y por eso el paciente intenta aún llenarlo con representaciones del objeto malo que, se sabe, es mejor que no poseer ninguno. Además la técnica que nos convoca, recordémoslo, se refiere al compromiso del analista en su contratransferencia y su despliegue imaginativo, así como el manejo del encuadre que permite el llenado hasta que el analista pueda convertirse en un *objeto transicional* y el espacio analítico en *espacio potencial de juego y área de ilusión* (Winnicott).

Como dijera al comienzo, Green denomina *clínica del vacío* o *clínica de lo negativo* a la así llamada *serie blanca*, y es el resultado de uno de los componentes de la represión primaria: *una desinvertidura radical, masiva y temporaria que deja huellas en el inconsciente en forma de agujeros psíquicos que serán colmados por reinvertiduras expresiones de la destructividad liberada así por ese debilitamiento de la investidura libidinal erótica (sic)*.

Hasta aquí nos hemos ocupado de la psicosis blanca y de la alucinación negativa correspondientes a la *clínica del vacío*; ahora abordaremos, para completar las ideas del autor, el *duelo blanco*, cuyo paradigma es el tan conocido *complejo de la madre muerta*. Tampoco aquí me extenderé sobre el tema, solo lo necesario para ir al centro de su problemática; remito por tanto al lector al trabajo original (*Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, 1983). Para los colegas que no han frecuentado aún sus escritos, pienso que las ideas plasmadas en estos trabajos son sin lugar a dudas el núcleo conceptual de su creatividad psicoanalítica; por ello, y por la ensambladura conceptual que existe entre ellos, los he denominado “el tríptico de Green”.

El autor comenta que si algo deberíamos destacar en los cambios que se han introducido en la clínica contemporánea es sin duda la importancia y frecuencia de la patología de los duelos. En este al cual me referiré, no corresponde a la muerte real de la madre, aunque en algún

caso podría remitirse a ella, pero aun ante este desafortunado suceso no se vincularía a la muerte en sí, frecuentemente por suicidio, sino a las causas que la llevaron a ello y que ya habrían producido en el hijo las consecuencias de su abandono mental. Tampoco a las que son inherentes a las depresiones graves. Este grupo podría abarcarse con la denominación de duelos negros, el luto. Tampoco debería conducirse a las pérdidas vinculadas con la castración (pecho, pene, niño), los duelos rojos. “Se referirá a los efectos en el hijo de un duelo materno abrupto que interrumpe el vínculo vital entre ambos transformando a la madre en un objeto inanimado, átono, distante, que deja huellas profundas en el inconsciente del hijo y que condicionará su vida libidinal, objetal y narcisista. No es entonces una madre físicamente muerta, ella sigue viva, pero muerta en la psique del hijo a quien ella cuida”. Es una pérdida narcisista como consecuencia de una depresión primaria. En ella interviene el mecanismo mencionado para la psicosis blanca, la desinvestidura radical. Ella deja huellas en el inconsciente en la forma de “agujeros psíquicos”, podríamos decir, espacios vacíos en la trama de los vínculos de objeto con la madre sin destrucción de representaciones ni de afectos. Ellos serán colmados por reinvestiduras expresiones de la destructividad liberada así, por debilitamiento de la investidura libidinal erótica. El odio en estos casos y los procesos de reparación son secundarios respecto de esa desinvestidura central del objeto primario materno, es decir que las representaciones y fantasías son después del vacío, a diferencia de los duelos negros en que ellas se encuentran antes de las represiones y se puede reconducir a ellas mediante su levantamiento. Debe, sin embargo, tenerse en cuenta que las alteraciones fusionales en este complejo suceden después de que el hijo ha logrado una organización mental adecuada hasta el momento del trauma, lo cual hace al cuadro en general menos grave que en otras patologías de frontera tanto clínica como estructuralmente, y desde luego de mejor pronóstico, más aun cuanto más tardío es en su acontecer.

En una evolución favorable del niño, la estructura encuadradora creada a partir de la alucinación negativa de la madre se constituirá en receptáculo del yo y desempeñará el papel de una matriz primordial de las investiduras futuras. Cuando, en cambio, un trauma como el duelo blanco sobreviene antes de esta formación o ella no es suficientemente sólida no se constituye en el yo un lugar psíquico disponible, sino que se halla ocupada en mantener cautiva la imagen de la madre en las experiencias del amor perdido y motivadoras de un sentimiento de vacuidad dolorosa. Estoy hablando de pérdidas narcisistas expresadas fenomenológicamente como *sentimiento de vacío*.

La clínica nos mostrará las consecuencias de la indisponibilidad del

amor invertido en el núcleo frío del complejo de la madre muerta con la identificación con la madre en su dolor. Entonces observaremos una desinvestidura de los objetos antes que ellos comiencen a decepcionar como una repetición del trauma. El sujeto queda vulnerable en su vida amorosa porque el amor reactiva el complejo como una suerte de resurrección de la madre muerta. No se produce una identificación con el objeto sino con el vacío dejado por la desinvestidura; es una identificación negativa en tanto no tiende a crear lazos asociativos sino todo lo contrario, de allí su pertenencia al registro de la pulsión de muerte (Green, *El trabajo de lo negativo*), y cada vez que un objeto nuevo es elegido para ocuparlo se llena de repente y se manifiesta por la alucinación negativa de la madre muerta. También refiere Green la posibilidad de disolución transitoria de las sublimaciones.

No podrían faltar asimismo otras manifestaciones del vacío; el análisis mismo las induce cuando se acerca al núcleo de la madre muerta. El sujeto se vuelve por un instante vaciado, blanco como si lo despojaran de un objeto tapa-agujero, un vallado protector. El analista es idealizado y la persona a quien es necesario seducir con el fin de provocar su interés y admiración, como el hijo que teme volver a ser abandonado. Quizá sea este el cuadro que con mayor minuciosidad describe Green. Sería difícil correlacionar exhaustivamente la teoría con la clínica de estos pacientes tal como él lo describe, y desde luego que excedería mi propósito. Me detendré entonces en la estructura fundamental del sujeto: “él se orienta, nos dice, a un fantasma fundamental, nutrir a la madre muerta para mantenerla en un embalsamamiento perpetuo”. Es lo que el paciente hace con el analista, lo nutre con el análisis, no para ayudarse a vivir fuera del análisis, sino para prolongarlo en un proceso interminable.

No podría terminar sin comentar un trabajo de Green inédito hasta ahora en español, “La posición fóbica central”. Se me hace más interesante y motivante porque aquí nos presenta un historial, “el caso Gabriel”, al que se le podría atribuir un trastorno del pensamiento con las circunstancias etiológicas y consecuencias clínicas que ahora fácilmente reconoceremos. Se trata de un cuadro que nos presenta el autor caracterizado por un funcionamiento fóbico *durante la sesión* que no refiere a las fobias clásicas; puede aparentar como una manifestación de fuga, pero los pacientes no se dan cuenta a qué temen. Parece como si el funcionamiento fóbico se hubiese instalado en el interior de la comunicación. En un momento del análisis se pregunta cuál es la razón por la cual su paciente le hace vivir la decepción de no verlo llegar (a buen fin sus asociaciones, a su *insight*, a un compromiso con una tarea profesional a la que abandonaba a poco de empezar, etc.), como a la madre nunca

percibida. En efecto, ello era lo más evidente de su contratransferencia, pero subraya que lo que lo hace verdaderamente desesperante es, en esencia, “la muerte de la representación de la madre que no aparece o el seno que no colma el hambre sino que acrecienta la excitación”. A esto le sigue la negación de la existencia de la propia realidad del sujeto que la padece, “no, esto no existe en mí, esto no puede ser yo, esto no es yo”. Es que la madre nunca se comprometía y cuando lo hacía fallaba, sus palabras lo entusiasmaban pero luego venían la decepción, la frustración, su ausencia, su abandono. Concluye diciendo que esta es una nueva variedad del “trabajo de lo negativo”, llegando a la *alucinación negativa* del sujeto mismo, que es más un no reconocimiento que una no percepción. Pero no es solamente una variedad por sus manifestaciones incluso masoquistas, podríamos convenir, sino porque en su funcionamiento mental el esfuerzo de separación de los procesos psíquicos era tal que impedía el *insight* para evitar que su desencadenamiento produjese una *cascada de traumas* correspondientes los unos con los otros. La problemática que nos plantea Green es una madre ausente y abandonante que no pudo cumplir con su función desde edad muy temprana, según consta en el historial de Gabriel, dándose las condiciones etiológicas para el desarrollo de un trastorno de frontera, lo que definiera como *psicosis blanca*, con sus angustias y defensas características, además de los conceptos desarrollados en el *complejo de la madre muerta*. Están dadas las condiciones para una alteración primaria del pensamiento con su incapacidad de representar la ausencia, la constitución de “agujeros psíquicos” por efecto de la desinvertidura, que en la clínica conocemos como vacío.

No podrían escapar a esta “posición fóbica central” las manifestaciones transferenciales que se expresaban, repitámoslo, haciéndole vivir al analista la decepción de no verlo terminar, concluir, llegar, como aconteció con la madre nunca percibida. Por ello Green habla de “la muerte de la representación de la madre que no aparece...” y que por lo tanto no puede ser ligada a otras representaciones en el marco de la *estructura encuadradora de la madre*. Estos estados conducen a fenómenos de reinvertidura al azar que refuerzan la escisión, incrementan las alteraciones del pensamiento, y con ellas los sentimientos de irrealidad y no existencia expresada como vacío en la clínica.

Epílogo

El análisis conceptual de la clínica del vacío en la obra de A. Green nos ha conducido a transitar por tres entidades psicoanalíticas origi-

nales del autor: una de sus creaciones más destacadas, la *alucinación negativa de la madre*, la *psicosis blanca* y el *complejo de la madre muerta*. Las he denominado “el tríptico de Green”. Ellas están atravesadas por un hilo conductor: la primera propone un desarrollo del aparato psíquico a partir de los primeros vínculos con el objeto con un antes y un después de su reconocimiento (establecimiento de los juicios de atribución y de existencia), tal como nos lo enseña Freud, y una *estructura encuadradora del yo*, a partir y dentro de cuyo marco se inscribirán ulteriores representaciones, pero que alberga inicialmente la alucinación negativa de la madre como testimonio de un vínculo inicial que se irá transformando en *núcleo del yo*. Ahora la madre podrá representarse en ausencia. Algunas patologías tempranas, con frecuencia pacientes de frontera, *las psicosis blancas* o *núcleo psicótico sin psicosis*, por las alteraciones del pensamiento que generan impiden el trabajo de representación, de simbolización, en particular la imposibilidad de representar la ausencia de la madre como si se hubiese impedido el proceso de pasaje de una a otra; queda un vacío estructural más o menos importante acorde al período de su ocurrencia. En *la madre muerta*, la desinvestidura como consecuencia del trauma crea las mismas condiciones psíquicas que en las psicosis blancas, dejando agujeros psíquicos, blancos o espacios vacíos en la trama vincular, una alteración del pensamiento, carácter común a estas entidades y con un correlativo daño en el yo, pérdidas narcisistas expresadas como sentimiento de vacío. La *alucinación negativa* es el hilo conductor que engarza estos fenómenos, porque sin haberse desarrollado aún la representación de la madre en ausencia, no obstante la tiene en potencia. Un vacío con contenido o una memoria sin representación.

DESCRIPTORES: MADRE MUERTA / ALUCINACIÓN NEGATIVA / LO NEGATIVO / VACÍO / TRASTORNO DE PENSAMIENTO / NÚCLEO PSICÓTICO

KEYWORDS: DEAD MOTHER / NEGATIVE HALLUCINATION / THE NEGATIVE / EMPTINESS / THOUGHT DISORDER / PSYCHOTIC NUCLEUS

Bibliografía

- Bion, W. *Learning from experience*. Londres, Heinemann; Nueva York, Basic Books, 1962.
- *Elements of Psychoanalysis*. Londres, Heinemann; Nueva York, Basic Books, 1963.

- Green, A. *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1983.
- De locuras privadas*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1972.
- El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1993.
- La nueva clínica psicoanalítica y la obra de Freud*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1990.
- “The Central Phobic Position: A New Formulation of the Free Association Method”. *Int. J. Psychoanal.* 81, 2000, p. 429.
- Nuevas direcciones para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005.
- Levín de Said, A. D. *El sostén del ser*. Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Lutenberg, J. *El vacío mental*. Buenos Aires, P. P., 2008.
- Navarro, J. *Neurosis obsesiva. Teoría y clínica*, cap. 8. Buenos Aires, Lugar Editorial, 2004.
- Segal, H. “A delusional system as a defence against the reemergence of a catastrophic situation”. *Int. J. Psychoanal.* 53, 1972.

(Este trabajo fue seleccionado para su publicación el 20 de noviembre de 2008)

El vacío mental estructural y el vacío emocional

*Jaime Lutenberg (Buenos Aires)

Introducción

En el año 2007 edité un libro titulado *El vacío mental*. Esta publicación nació de mi necesidad de agrupar las distintas hipótesis que fui elaborando sobre el tema a lo largo de 20 años de investigación. En esta comunicación voy a sintetizar algunas ideas que publiqué en el libro y las voy a complementar con mis últimas reflexiones referidas al tema.

Se trata de ideas que fueron surgiendo sobre la base de los comentarios y críticas que he ido recibiendo de parte de diferentes colegas que leyeron mi libro, a quienes les estoy muy agradecido. Particularmente deseo expresar mi reconocimiento a Mayela Falvy y Moisés Lemlij (colegas de la SPP del Perú y presentadores del libro en Lima) y a Abel Fainstein, Andrés Rasckovsky y Fernando Urribarri (presentadores del libro en APA). Sus comentarios honestos, profundos y originales me ayudaron a resignificar varios de los contenidos del libro, proceso en el cual me encuentro.

Por todos esos comentarios recibidos de parte de estos colegas y por otros intercambios efectuados en diversos encuentros internacionales como el de París (grupo de investigación acerca de los pacientes no

* Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

Dirección: Avda. del Libertador 994, 12° “32”, C1001ABW. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. mail@jaimeluten.com

neuróticos coordinado por André Green); de Italia (congreso de Bion, Roma, 2007); de San Pablo (congreso de Winnicott, 2008), y de Boston, he llegado a entender que mis ideas totales acerca del “vacío mental” contienen una trascendente revisión de la patología narcisista, propia de los pacientes que hoy nos consultan. Dicha revisión abarca los niveles clínico, psicopatológico, teórico y técnico.

La vulnerabilidad narcisista se convierte en extremadamente peligrosa cuando los pacientes que consultan son ajenos al peligro de vida que corren todos los días debido a su severa anestesia ante el peligro. Ello ocurre particularmente con los drogadictos, los *borderline* (Kernberg), los pacientes psicósomáticos y los que compensan su vacío mental con compulsiones sexuales (“perversiones” o neo sexualidades, al decir de J. Mc Dougall).

Merecen una mención especial los pacientes que sufren las diferentes variables clínicas de las denominadas globalmente “crisis de pánico”. Según mi personal visión, todas se originan como consecuencia secundaria a una primaria ruptura de sus vínculos simbióticos. Existen múltiples dependencias de una crisis evolutiva, como las que se producen durante una evolución favorable de un proceso psicoanalítico.

Es muy importante que el analista (o el profesional tratante) esté advertido del hecho de que dichas crisis de pánico no develan la “ineficacia” del tratamiento psicoterapéutico, sino todo lo contrario. Dado que un psicofármaco específico, el clonazepam, es muy eficaz en la supresión sintomática de las crisis de pánico, es muy importante que todo profesional esté advertido de la posibilidad de que una crisis de pánico sea el derivado clínico de la ruptura (descompensada) de los vínculos simbióticos previos del paciente. Puede tratarse de rupturas traumáticas con personas (su pareja, sus padres, hermanos, abuelos) o con instituciones (trabajo, asociaciones profesionales, laborales, políticas).

Las crisis de pánico representan la emergencia masiva de la vivencia de terror (Freud, 1926) o de terror sin nombre (Bion) o de derrumbe (Winnicott) en aquellas personas que en su historia personal han escindido la vivencia “normal” ante el peligro. Se trata de personalidades que han vivido anestesiadas ante las evidencias provenientes de la angustia, señal normal nacida de las vinculaciones del yo real definitivo con el principio de realidad. Las personalidades narcisistas condicionan reiteradamente el principio de realidad al principio del placer.

Como consecuencia de dicho engaño narcisista, el principio de nirvana, derivado de la pulsión de muerte, se desliza por los senderos abiertos por el principio del placer. La drogadicción es un ejemplo muy evidente de estos problemas. En la época del sida, también la sexualidad puede conducir del placer a la destrucción. La ecuación $1 + 1 = \text{placer}$

compartido puede esconder la ecuación $1 + 1 = \text{cero}$ (muerte de los protagonistas del vínculo).

A esta tradicional complejidad vincular se han sumado las redes de Internet y los contratos sexuales y mortíferos que condicionan. A través de sus redes se pueden efectuar pactos suicidas explícitos que lleven al suicidio grupal programado. Un analista debe estar advertido ante estos peligros derivados de la nueva tecnología y de la soledad humana que condiciona lo que denomino “el vacío mental estructural” y sus derivaciones psicopatológicas compensatorias.

Si bien las personas que consultan por problemas psicósomáticos graves padecen de una anestesia ante el peligro, homologable a las recién mencionadas, tienen sin embargo la particularidad de que no pueden dejar de advertir su vulnerabilidad física. Pero solamente reconocen su problema somático, ya que conscientemente desconocen –por obra de la renegación– su fragilidad psíquica.

Esta es la vivencia propia del “ataque de pánico”, sus evidencias clínicas son siempre psico (angustia y ansiedad extrema) somáticas (taquicardia, ahogos, cambios circulatorios, digestivos, etc.). Lo que se suele resolver cuando se anulan todos los síntomas deja una bomba de tiempo en el mundo interno del paciente “curado”. La teoría del vacío mental me ayuda a explicarme la naturaleza psicopatológica del referido peligro virtual.

En términos generales, podemos decir que en la actualidad, muchas psicoterapias son complementadas con psicofármacos y terapias vinculares. Estoy totalmente de acuerdo con estas combinaciones. Generalmente se las utiliza con éxito para acelerar la acción terapéutica ante las urgencias, en particular cuando se trata de pacientes que están al “borde” de todo: de la locura, de la vida, de la convivencia social, de la delincuencia, de la adicción a drogas o a personas tan destructivas –o más– que las drogas más tóxicas.

Cuando, con nuestra profundidad de psicoanalistas, evaluamos el riesgo de vida que implica para el consultante su propia patología narcisista, podemos corroborar la autenticidad de la urgencia clínica y terapéutica que despliegan en las entrevistas. Ello le da al vínculo profesional la verdadera dimensión del explícito y manifiesto “apuro” que estos consultantes suelen reclamar al profesional consultado.

Cuando se trata de personalidades que padecen las consecuencias de su sobre adaptación social, el riesgo de muerte súbita es muy elevado. Suele ser mucho mayor en aquellas personas cuyo éxito social, económico, científico, sexual o “éxito de toda índole” las presenta ante su medio social como “hipernormales”. Muchos de los suicidios desconcertantes –por lo insólitos– se producen en estas personas, *vacías por*

dentro pero cubiertas por su paradójica cáscara de “hipernormalidad”.

En este artículo, voy a resumir mis ideas acerca de este problema general de la clínica actual. Mis hipótesis totales acerca del “vacío mental” constituyen solo una modesta aproximación a estos graves problemas que afectan a todo el mundo contemporáneo.

Una breve viñeta clínica¹

María tenía 36 años cuando consultó por problemas de pareja y laborales; era licenciada en física. Manifiestamente, su consulta fue indicada por un neurólogo a quien consultó por sus mareos. Complejos vínculos sadomasoquistas, originados dentro de su vida cotidiana de pareja y su actividad laboral, le dieron a ella un sentido más comprensible de su consulta psicoanalítica.

Su actividad docente en la universidad había contribuido al desarrollo de sus naturales posibilidades expresivas. Hablándome de sus problemas, me decía que las sensaciones que ella tenía eran muy difíciles de expresar, pero me agregó que su explicación se vería facilitada si yo supiera a qué se llama un “agujero negro” en física. Más allá de mis magros conocimientos de física en aquellos tiempos, su relato específico fue muy claro.

Me explicó que un agujero negro en el espacio correspondía al lugar vacío dejado por una estrella extinguida o en proceso de extinción, es decir, apagada. En lugar de emitir energía como habitualmente ocurre con una estrella “viva”, se convierte en una verdadera “bomba aspiradora” de energía y de masa (en función de la ecuación de Einstein).

Entendí así, en aquel entonces, que la estrella apagada a la cual hacía referencia en su clara explicación física del “agujero negro” me ayudaba a entender una parte de sus problemas psíquicos inconscientes o, más aun, inéditos.

En un nivel metafórico me resultaba claro, por su historia personal, que nos estábamos aproximando al problema mítico de su vivencia psíquica

1. Está publicada en la página 40 de mi libro *El vacío mental*. La publico dado que se trata de una terapia iniciada y concluida ya hace muchos años. Pertenece a la época inicial de mi descubrimiento del vacío mental. Vaya en esta publicación mi agradecimiento a los pacientes que tanto me enseñaron. Su autenticidad expresiva y mi atenta atención “sin memoria y sin deseo” (Bion) a sus problemas presentados, que ayudaron a recorrer el camino de la investigación que estoy resumiendo.

referida a su historia: solía decir que se había “auto criado”, cuando hablaba de la traumática indiferencia de sus padres. Por la naturaleza del contenido de sus recuerdos, era fácil deducir que sus objetos primarios (padre, madre y una tía que vivía con ella) estaban psíquicamente “apagados” en los momentos críticos en los cuales para ella era imprescindible que sus padres emitieran alguna “luz” para guiarla y ayudarla a crecer.

En mi interior, comparé su referencia al “agujero negro” con la sensación que puede tener un bebé ante las precoces vivencias de “ausencia psíquica” de su madre. Esta narración también nos puede remitir al concepto de “la madre muerta” que describió Green (1984).

Esta paciente, además de padecer vértigos, conservaba una tendencia al insomnio nacida de sus terrores nocturnos infantiles; recordaba que durante su infancia se le repetían sueños en los cuales *caía a un precipicio dentro de un remolino*. En el mismo remolino estaban siendo “tragados” por el vacío sus muñecos y a veces algunos elementos de su cama, como un almohadón o su osito. Ella dormía abrazada a una muñeca. A veces se despertaba en medio de la noche por el pánico de las imágenes oníricas, otras, porque se caía de la cama.

En síntesis, me estoy refiriendo a una vasta serie de referencias clínicas manifiestas de los pacientes con patologías graves que adquirieron una nueva significación a la luz de mis investigaciones de la patología del vacío mental estructural. Para ellos, la “asociación libre” se transforma en muchas ocasiones en una “evacuación libre” de sensaciones aterradoras. Dicha tendencia a la evacuación es el producto de la actividad mental defensiva generada por la identificación proyectiva masiva.

Originalmente, Freud tuvo en cuenta el componente catártico de la emisión verbal de los pacientes que trataba. Hoy en día este concepto –la catarsis– es solo aplicable a los productos mentales derivados del retorno de lo reprimido. Responden conceptualmente a la repetición “más acá” del principio del placer (Freud, 1915). La “libre evacuación” se genera en la sesión debido a la intolerancia mental a la frustración y la instrumentación defensiva de la identificación proyectiva masiva para evacuar dicha frustración.

En cada sesión tenemos la oportunidad de asistir al nacimiento de la capacidad para el pensamiento verbal que el analizando porta como función deficitaria de su mente. Ello da lugar a que un analista considere la posibilidad –paradójica– de la existencia del *insight inconsciente* solo detectable mediante la intuición del analista, que visualiza dicha elaboración inconsciente.

Dado que la parte psicótica de la personalidad “ataca” la realidad del mundo interno y del mundo externo, en la intimidad de su incons-

ciente podemos inferir cómo se producen los ataques a la capacidad de pensar la frustración con los signos del lenguaje.

Según Freud (1911), el mundo interior contacta con el exterior por medio de la *atención*, la *conciencia*, la *notación* (representación inconsciente de la cosa y representación preconscious de palabra) y el juicio (Freud, 1895) que permite el pensamiento. *La parte psicótica inicia su ataque al pensamiento verbal atacando la atención*. Lo más típico es la alucinación negativa.

Concepto de vacío mental

He comprobado que cuando mencionan el “vacío” los colegas se refieren al sentimiento de vacío. Según mi teoría general, debemos diferenciar el referido sentimiento, que yo defino como “vacío mental emocional”, del “vacío mental estructural”. El concepto de “vacío mental estructural” nos remite a una nueva visión del problema del psiquismo humano.

Se trata de una revisión teórica que involucra tanto a la “mente normal” como a las “enfermedades mentales”. Su articulación con los diferentes cuadros psicopatológicos (neurosis, perversiones, psicopatía y psicosis) me ha ayudado a reconocer de un modo diferente los múltiples problemas de la clínica psicoanalítica contemporánea.

Para reconocer su existencia es imprescindible aceptar la posibilidad de que el yo se pueda escindir en diversos sectores desconectados entre sí. *El vacío mental estructural es una no-estructura que tiene una existencia virtual alojada en la intimidad de la simbiosis secundaria defensiva y el autismo secundario*. Por lo general no vamos a encontrar en la clínica el vacío mental en “positivo”, debemos inferirlo por sus derivaciones secundarias defensivas.

Los vínculos simbióticos constituyen la forma más común de una lograda y equilibrada compensación del vacío mental; y es en su trama, en el interior del mismo vínculo simbiótico, donde se aloja la estructura virtual que estoy describiendo.

Solo cuando un sujeto vive la amenaza de una separación –física o mental– de aquellos objetos o instituciones con los cuales su yo se hallaba previamente fusionado (simbiosis), se pone de manifiesto o “en positivo”, la dramática turbulencia clínica propia de las rupturas simbióticas (terror - crisis de pánico - descompensaciones psicósomáticas - crisis de psicosis agudas).

En el ser humano, la simbiosis vincular perinatal es la matriz a partir de la cual se inicia su desarrollo mental, que lo conduce a la maduración evolutiva de su yo y de su superyó. Para el recién nacido, dicho vínculo constituye una totalidad psicósomática indiferenciada. Esta sim-

biosis es normal en el recién nacido. Su ruptura traumática dentro del primer año de vida da lugar a la simbiosis secundaria compensatoria. Al respecto, las hipótesis teóricas de M. Mahler y J. Bleger me resultaron fundamentales para concebir mi teoría. Siempre el ser humano conserva en un sector de su yo total un anclaje simbiótico, pero con su medio sociocultural circundante, no con sus padres. Cuando existe una estructura psíquica sólidamente diferenciada, dicho vínculo simbiótico con el mundo externo alimenta la inspiración desde sus cimientos.

El vacío mental estructural es el hiato que se crea en el psiquismo entre el fondo simbiótico y la estructura narcisista. Corresponde al sector del ello que no continuó su evolución hacia el narcisismo discriminado, ya que dicha transformación fue abortada por un trauma psíquico muy primitivo.

El terror obliga al “yo” a nuevas y diversas defensas, a veces extremas, sedimentadas secundariamente en una compleja estructura psicopatológica de morfología diversa (neurosis, psicosis, neosexualidades).

Debido a esta fragilidad regresiva de los afectos (tendencia al terror), el falso desarrollo ocupa el lugar que no pudo –ni puede– ocupar el cambio psíquico auténtico. Gestado en el devenir de dicha hipocresía psíquica, se estructura un sólido “falso *self*”, en términos de Winnicott.

El vacío mental es una “sensación insoportable” que también emerge durante los procesos de sublimación. Muchos creadores han aludido a él. Aparece en los momentos previos a la inspiración que culmina en la creación estética o científica.

El vacío mental emocional (sentimiento de vacío) corresponde a una vivencia de oquedad interior, de no tener nada adentro. Lo que falta atañe al plano de las emociones, de los afectos y a los derivados de ellos. En relación con esta sensación, los pacientes suelen decir: “siento un vacío” o, más puntualmente, “siento un vacío de sensaciones”; “no tengo ganas de vivir ni de nada”; “siento que perdí el sentido del estar vivo”. Es muy trascendente que el analista pueda diferenciar el sentimiento de “vacío” del sentimiento de “tristeza o depresión”.

El vacío mental estructural corresponde a lo que le ocurre solo a un sector escindido de la totalidad de la mente. Dentro de dicho sector se ha producido un detenimiento en el proceso de diferenciación del ello, en su camino en la construcción del yo y del superyó a partir de la experiencia histórica con sus objetos primarios.

El signo clínico patognomónico del “vacío mental estructural latente” es la aparición del terror, en lugar de la angustia “realista” o “señal”. La clínica de las “crisis de pánico” es una forma muy frecuente de presentación de estas descompensaciones.

El fenómeno que me llevó a estudiar el vacío mental estructural ha

sido la comprobación clínica de que, debajo del silencio de algunos analizandos, había solo eso: silencio psíquico; vacío. Ello me ayudó a continuar el trabajo clínico con los pacientes muy perturbados y con personas cuya peligrosidad podía contraindicar una regresión psicoanalítica a dichos núcleos.

Para sintetizar, podemos decir que el vacío mental estructural corresponde a un sector escindido del yo que se ha sustraído a la evolución estructurante del aparato psíquico y de la mente (abortos mentales). Dicho sector escindido mantiene relaciones con el resto del yo que muchas veces guardan equivalencia con las estructuras defensivas secundarias que pudieron ser generadas en un momento posterior a aquel en que se produjo la desarticulación psíquica.

Mi teoría del vacío mental estructural

Las reflexiones conceptuales que voy a incluir en este apartado son la síntesis de mi articulación personal de los diferentes aportes de Freud y sus continuadores. También incluyo en dicha resignificación teórica algunas ideas propias de los paradigmas científicos y estéticos surgidos en diversas ramas del saber.

Reitero que para concebir teóricamente el vacío mental, previamente debemos aceptar la posibilidad de que la estructura psíquica total de una persona sea escindida en distintos sectores tabicados y desvinculados entre sí. Dentro de cada uno de los sectores escindidos existe una lógica mental diferenciada de la del resto; esa lógica es la que da sentido psíquico al funcionamiento autónomo de cada sector escindido.

Habrà un sector en el cual predomina la actividad mental resultante de las consecuencias inconscientes de una elaboración "normal" del complejo de Edipo; en ella hay un reconocimiento y una aceptación del principio de realidad; así tiene lugar en ese sector del "yo" escindido un intenso y continuo proceso de sublimación.

En otros sectores de la escisión del yo total puede predominar el principio del placer, en otro, el de realidad, en otro, la parte psicótica, la parte neurótica, la parte simbiótica, la autista o la estética creativa. Entiendo que la alternancia entre las figuras psicopatológicas compensatorias y defensivas a las que puede dar lugar el vacío mental estructural se explica por esta división y este tabicamiento de la personalidad.

Cuando el sector escindido del yo se halla regido por la lógica del principio del placer nos permite inferir que en él, el "yo" se ha puesto al servicio del ello y por ese motivo el yo le da la espalda al principio de reali-

dad.² Sobre esta defensa “psicótica” puede actuar secundariamente una defensa neurótica como, por ejemplo, una defensa obsesiva. La función de esta última es “controlar” la impulsividad resultante de la “fuerza pulsionante” (*trieb*) o de las “identificaciones proyectivas masivas” resultantes de la desorganización que predomina en la “parte psicótica”.

La clínica de las severas conductas obsesivas (rituales bizarros de los pacientes *borderline*) pueden explicarse por estas interacciones defensivas resultantes de los diferentes vínculos escindidos del yo de una misma persona. Pero el problema global del vacío mental estructural es más complejo si tomamos además en cuenta las potenciales intervinculaciones y separaciones (cesuras) que se producen entre los diferentes sectores del yo y del superyó escindido.

Ello adquiere una peculiar significación cuando nos ocupamos de las diferentes “patologías narcisistas” (adicciones, *borderline*, psicomaso-sis, psicosis) e intentamos dilucidar un *abordaje técnico específico* que sea operativo y consonante con las complejidades clínicas que estos analizando nos generan en cada sesión. Además, cuando por ejemplo en un sector del yo escindido predomina el principio del placer, habrá que indagar cuál es la perspectiva singular de este dentro de la mente del analizando (predominancia de las fantasías orales, anales, fálicas).

De acuerdo con esta hipótesis, en cada uno de estos sectores del yo escindido existe una modalidad de “sepultamiento del complejo de Edipo” (Freud, 1924) diferente de la de los otros sectores. Ello implica la vigencia de un equilibrio psíquico diferente para cada sector. Además, acompañando estas variaciones psicopatológicas, siempre persiste en el psiquismo el sector “vacío” en estado virtual. Ello da lugar a constantes y nuevos desequilibrios en la personalidad; también a una inagotable fuente de creatividad.

El vacío estructural, como tal, solo se expresa clínicamente en forma directa a través de un sentimiento específico, el terror. La o las defensas secundarias que lo compensan (es decir, las diez variedades defensivas descritas en el capítulo VI), dan lugar a una “especie” de caparazón que aísla la compleja problemática afectiva del vacío mental

2. Freud (1924). “Neurosis y psicosis”: “En conexión con una ilación de pensamiento me acudió una fórmula simple sobre lo que quizás es la diferencia genética más importante entre neurosis y psicosis: la neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior. Debe desconfiarse de las soluciones tan simples: pero nuestra máxima expectativa sobre esta fórmula se limita a que resulte correcta en lo más grueso”.

estructural. Debido a ello, los síntomas manifiestos a los que da lugar el vacío toman la forma clínica (psicopatología) de la estructura defensiva que los compensa.

La referida cobertura compensatoria (simbiótica, neurótica y/o psicótica) puede ser comparada con las funciones de un “continente” que aloja como “contenido”, al vacío mental estructural. Esta defensa “engolfa” y “contiene” al vacío.

El “engolfamiento” es una estructura vincular que Bion (1967) describió y tipificó para explicar la configuración y la arquitectura íntima de lo que él denominó “objetos bizarros”.³ Yo le he dado a esta hipótesis de Bion otra dimensión: la tomo como referente para explicar un mecanismo de defensa que opera dentro del propio yo escindido. En esta situación, el intercambio se lleva a cabo entre los sectores escindidos del propio yo.

Los contenidos eyectados de un sector de la escisión mediante la identificación proyectiva masiva también pueden ir a parar a otro sector escindido del propio yo. Este sector se comporta como depositario, alojando lo depositado proveniente del otro sector del yo escindido. Se trata de un “engolfamiento” que opera dentro de los diferentes sectores del yo escindido.

Cuando en la clínica comprobamos que el yo se muestra ajeno a sí mismo debemos pensar en esta posibilidad. Es una forma muy diferente de comprender los problemas “ego distónicos”, es decir, el sentimiento de ajenidad frente a las conductas y decisiones que emergen del yo.⁴

3. Para Bion, el objeto bizarro es un *objeto cualquiera*, modificado por la identificación proyectiva masiva que eyecta la *parte psicótica del sujeto*. En él se combinan sus funciones propias con las cualidades que le son transferidas a partir de la “inyección” de los elementos alojados dentro de la identificación proyectiva masiva proveniente de lo intolerable para el sujeto; por eso lo evacua.

Según Bion, si por ejemplo el sujeto proyecta sobre un gramófono la capacidad de mirar, cuando este funciona como gramófono, el psicótico imagina que el gramófono lo mira. Cuando el objeto funciona de acuerdo con su naturaleza originaria, adquiere las cualidades que le instauró la identificación proyectiva masiva.

Lo propio de la identificación proyectiva masiva es que eyecta sobre el objeto *cualidades y funciones que vacían la mente*; simultáneamente el yo se despoja de la vitalidad funcional que instaura en el objeto bizarro. Por ello espera encontrar y recuperar en el funcionamiento del objeto bizarro, lo vivo que su mente perdió al proyectarla en él. Puede ocurrir que esta dialéctica del vaciamiento y de la dependencia objetual se dé con múltiples objetos.

4. En la actualidad podemos efectuar una terapia de base psicoanalítica o un pro-

Los rituales psicóticos o neuróticos pueden formar parte de este tipo de constelación. También algunas alteraciones en las conductas sexuales. En especial, los intentos de suicidio de los adolescentes pueden tener este origen. No es lo mismo considerar este tipo de “engolfamiento” entre los diferentes sectores del yo que pensar en la posibilidad de identificaciones histéricas en los términos en que Freud lo plantea en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921).

El vacío mental nos encuentra con la posibilidad de que existan *sectores de la mente que no han iniciado la evolución psíquica*, aquella que se instaura en el ello desde el nacimiento y que continúa durante todo el resto de la vida del sujeto. Mi hipótesis general acerca del vacío mental está centrada en la posibilidad de que en una personalidad total existan, en estado mental virtual, sectores “vacíos”, disimulados y compensados por la simbiosis secundaria. Esta visión teórica sugiere que en dichos sectores, la evolución ha sido interrumpida. La misma defensa simbiótica y autista secundaria ha detenido el movimiento que conduce al psiquismo desde *lo indiferenciado hacia la diferenciación*; del ello al yo y al superyó.

No es lo mismo suponer que el vacío mental pone en evidencia “un conflicto psíquico”, en el sentido clásico del término (Freud, 1926) que considerar teóricamente que el vacío mental devela una incapacidad sectorizada de la mente (en particular del “ello”) para instalarse en la dinámica del conflicto psíquico y, por ende, en la evolución.

Esta hipótesis teórica me coloca ante la evidencia de que estoy sugiriendo la alternativa de postular una equivalente *escisión en el “ello” y en el “superyó”*, coincidente con la escisión del yo. Dejo abierta la discusión de tan importante puntualización metapsicológica para otro momento.

En la Addenda (capítulo XI) de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), Freud postula cinco tipos de “resistencias”; tres corresponden al yo (de

ceso psicoanalítico con pacientes muy graves (no neuróticos) gracias a la ayuda complementaria de otras formas de terapia, como la proporcionada por la psicofarmacológica, las terapias vinculares, etc., que complementan las psicoanalíticas. Pero se requiere una intensa e incesante *cooperación* entre los diferentes profesionales para que esta convergencia terapéutica resulte operativa.

A la hora de evaluar los resultados de una medicación (para continuar con ella, suprimirla o sustituirla), considero que es fundamental que el psiquiatra que suministra los psicofármacos pueda atender tanto a los signos clínicos resultantes de la semiología psiquiátrica (apetito, insomnio, abulia, etc.), como a los signos clínicos que emergen del intercambio transferencia-contratransferencia que el psicoanalista registra en cada sesión.

la represión, de la transferencia y del beneficio secundario de la enfermedad).⁵ Pero, ¿cuál es la significación metapsicológica del concepto “resistencia del ello”, si tomamos en cuenta que el ello es pura pulsión?

Personalmente, me he guiado por la acepción freudiana (Freud, 1920) que afirma que la pulsión de vida nos indica la presencia de una fuerza (*trieb*) que empuja hacia la “complejización del psiquismo”; es una “tendencia”. Por el contrario, la pulsión de muerte nos indica la acción de una fuerza que procura o “tiende” a la “descomplejización” del psiquismo.

Esta acepción del concepto de pulsión de muerte me permite entender mejor el de “resistencias del ello”. También justificar la hipótesis de que la escisión del yo puede involucrar la “escisión en el ello”. Se trata de una “resistencia” a la ramificación evolutiva de la vida psíquica y mental, “resistencia que es fortalecida y a la vez compensada al escindir el ello”. Se trata de un problema global de la mente generado por los traumas ocurridos durante el período de “gestación extrauterino” (Lutenberg, 2007).

En definitiva, entiendo que, históricamente, las personas que portan el vacío mental sectorizado y escindido del resto del yo han eludido sus crisis evolutivas. De ese modo, han congelado el movimiento transformacional que los llevaría hacia un cambio psíquico estructural. De allí el especial cuidado técnico que estos pacientes requieren por parte del analista en el momento en que intentan introducirse en el terreno de las transformaciones evolutivas de su “inconsciente” (edición).

Se trata de analizandos que no toleran que el vínculo analítico sea un factor decisivo en la generación de cambios favorables en su vida mental y en su vida fáctica, es decir, en su mundo interno y externo. Involucra a un amplio espectro de “resistencias” que no guardan mucha relación con el concepto freudiano de represión, sino con el concepto freudiano de “integración del yo mediante el ‘domeñamiento de

5. “Debemos librar combate contra cinco clases de resistencia que provienen de tres lados, a saber: del yo, del ello y del superyó, demostrando ser el yo la fuente de tres formas de ella, diversas por su dinámica. La primera de estas tres resistencias yoicas es la resistencia de represión. De ella se separa la resistencia de transferencia [...]. Es también una resistencia yoica, pero de muy diversa naturaleza, la que parte de la ganancia de la enfermedad y se basa en la integración (*Einbeziehung*) del síntoma en el yo. Corresponde a la renuencia a renunciar a una satisfacción o a un aligeramiento. En cuanto a la cuarta clase de resistencia, la del ello, acabamos de hacerla responsable de la necesidad de la reelaboración. La quinta resistencia, la del superyó [...], parece brotar de la conciencia de culpa o necesidad de castigo; se opone a todo éxito y, por tanto, también a la curación mediante el análisis”.

la pulsión' (*bändigung*)". La vivencia de un posible cambio psíquico favorable nos presenta un variado espectro de problemas clínicos y técnicos muy semejantes a los que enfrentamos con los drogadictos ante la supresión de la droga.

Algunos analizando suelen referir un verdadero terror pánico cuando viven un éxito evolutivo de cualquier índole. Por ejemplo, suelen tener la certeza de que luego de un éxito logrado se va a morir un ser muy querido, como un hijo. Si bien Freud efectuó un pormenorizado estudio del problema en "Los que fracasan porque triunfan" y "El problema económico del masoquismo" (masoquismo moral) (1916, 24), dicha certeza de muerte de un ser querido nace en el inconsciente y es un producto neto de la proyección, en ese objeto querido, de la vivencia de terror, propia de la movilización de las defensas del vacío mental. En el inconsciente, la vivencia de terror equivale a la muerte psíquica del yo.

Además de la anulación evolutiva recién mencionada, existen múltiples mecanismos destinados a resolver la turbulencia emocional generada a raíz del impulso que guía al ser humano hacia el crecimiento mental. En el próximo punto voy a exponer mi síntesis teórica acerca del vacío mental estructural.

Estoy de acuerdo con los autores que sostienen que cuando nace un bebé se establece con su madre, de entrada, un vínculo simbiótico primario "normal" (Bleger, 1967; Mahler, 1958, 1967, 1984; Searles, 1980). Este representa la continuación extrauterina del ligamen corporal, psíquico y mental que compartían ambos desde la gestación del embrión hasta el momento del parto. Si bien nosotros estudiamos esta simbiosis normal primaria desde la perspectiva del vínculo psíquico, sabemos que tiene trascendentales raíces somáticas, neurobiológicas y sociales.

En su libro *El sentido del tacto*, Ashley Montagu (1981, capítulo II) se refiere a la "neotenia". Explica allí que a raíz de la bipedestación humana, se redujo el diámetro de la pelvis materna. Debido a ello también se redujo en el ser humano el período de gestación intrauterina que le correspondería según su ubicación en las escalas que relacionan el período de gestación propio de las diferentes especies de mamíferos.

Dicho acortamiento—en más de tres meses— se instauró durante la evolución filogenética de los seres humanos para evitar que la cabeza del feto aumentara su volumen en un grado tal que su mayor tamaño le impidiera transitar por el canal de parto materno. Ello podría ocurrirle si la gestación intrauterina del hombre se extendiera durante doce meses.

Por ello se afirma que *el bebé humano siempre nace "prematuro"*. Esta premisa abre la posibilidad de una revisión de las teorías vinculadas a la angustia automática y la angustia señal planteadas por Freud en su segunda tópica (1926) y sus derivaciones metapsicológicas extendidas en

las teorías post freudianas. También nos lleva a revisar las premisas técnicas basadas en la visión freudiana y post freudiana de la defensa, así como las categorías psicopatológicas que se han derivado de esta visión de la angustia automática (o terror), en particular sobre la categorización de las patologías narcisistas (Lutenberg, 2007, capítulo VI).

Por ello, y en relación con el tema, entiendo que vale la pena revisar otra hipótesis que Montagu agrega en ese mismo capítulo. Se trata de una conceptualización que a mí me ayudó a comprender de un modo más abarcador las hipótesis psicoanalíticas que definen la simbiosis perinatal. Voy a transcribir textualmente una frase que sintetiza sus conceptos: “[...] la gestación [se refiere a la humana] se compone en realidad de una fase intrauterina, o uterogestación, y una fase extrauterina o exterogestación [...] la exterogestación termina cuando el niño empieza a gatear [...] duraría el mismo período que la uterogestación (nueve meses cada una)”.

Esta concepción onto-filogenética de la gestación humana total coincide, en muchos puntos, con las descripciones de varios autores psicoanalíticos. Su trascendencia conceptual no es solo teórica sino técnica, ya que nos abre la teoría hacia revisiones que pueden ayudarnos a redefinir la transferencia en una dimensión que complementa la visión original que Freud concibió (1912). Me refiero a la *transferencia simbiótica, psicótica y narcisista en sus variadas versiones*.

Pero poner nuestra atención en los nueve primeros meses de vida posnatal desde la perspectiva de la “gestación humana extrauterina” nos ayuda también a reconsiderar el valor de los traumas psíquicos que se producen durante dicho período. Se trata de “traumas psíquicos” cuya naturaleza es muy diferente de aquella de los que se producen con posterioridad a ese período crucial de la evolución mental humana.

Entiendo que durante estos primeros nueve meses de vida post natal, la estructura psíquica de la madre pasa a ocupar –para el psiquismo del bebé– el lugar de “continente” que aloja como “contenido” el mutante psiquismo del bebé en plena evolución.

Dicha función mental “continente” se asemeja mucho a la que cumple el útero anatómico durante la gestación biológica del bebé (o “uterogestación”). Así como resultan fundamentales las funciones del útero biológico durante el período de uterogestación, del mismo modo resultan imprescindibles las funciones de la mente materna durante el período de gestación extrauterina.

Estas referencias *conceptuales que nos posibilitan categorizar la trascendencia de la “exterogestación”* nos ayudan a revisar la técnica psicoanalítica que podemos implementar con los pacientes que presentan una patología derivada de su frágil narcisismo; en especial cuando in-

ferimos que se originaron en complejas experiencias traumáticas acontecidas durante el período de gestación extrauterina. Los cambios técnicos están más relacionados con las *transformaciones creativas que se deben operar en la mente del analista y en el encuadre de trabajo* que con lo que podemos esperar de las conductas totales y de las “asociaciones libres” del analizando.

He denominado “útero mental” a la síntesis de todas las funciones maternas que tipifican el período de “exterogestación”, en el cual se da lugar a un vínculo simbiótico (simbiosis normal o primaria). El vínculo que caracteriza el “útero mental” se configura mediante la fusión indiscriminada del “ello” del neonato con el “ello” de su madre, más la estructura “yo-superyó” de esta. Tomando como base de sustentación este estadio de indiferenciación psíquica perinatal, se activa espontáneamente, en el bebé neonato, todo el potencial evolutivo que se halla inscripto en su fórmula genética; su desarrollo completo permite su maduración paulatina como sujeto discriminado de ambos progenitores.

A partir de este vínculo simbiótico primario, se van produciendo en el bebé las discriminaciones estructurales propias de su evolución psicosexual, es decir, todas las transformaciones que dan lugar al “tejido psíquico” que cada persona va adquiriendo a partir de la trama de su historia singular. Esta fusión inicial es el origen de la configuración del yo (consciente, preconsciente e inconsciente) y del superyó de cada individuo, con sus identificaciones (primarias y secundarias) y representaciones correspondientes.

El padre también forma parte de este vínculo simbiótico primario desde su inicio, pero como integrante “virtual”, ya que su presencia fáctica y funcional se hace operativa cuando le facilita a la madre cumplimentar, sin interferencias, todas las funciones propias de la simbiosis. Su eficacia también es “virtual”, puesto que se hace efectiva cuando su presencia no se nota como “figura”, sino como “fondo”, formando parte del vínculo simbiótico total (somatopsíquico y social) que tiene la madre con su bebé.

Si durante los primeros momentos de vida del bebé el padre “aprende” a alternar su presencia como objeto “virtual” y como objeto “real”, esta artesanía vincular le va a facilitar a su hijo la tarea de resignificar la triangulación edípica que cada bebé porta en su configuración genética, a partir de las tres “protofantasías” que Freud describió (escena primaria, complejo de Edipo y castración).

Sabemos que en cualquier punto del proceso de diferenciación estructural del aparato psíquico del bebé se pueden producir “crisis evolutivas” a partir de traumas psíquicos de muy diversas características. Se trata de crisis de separación objetal que ponen a prueba la tolerancia

del bebé a la frustración. A partir de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), Freud concibió una nueva visión psicoanalítica del factor central que da lugar al sufrimiento psíquico (núcleo ontológico de la teoría psicoanalítica). Enuncia allí la hipótesis de la *angustia automática*, perinatal (terror).

Desde mi perspectiva, y continuando con el problema de la interdependencia conceptual entre el “útero mental” y los “abortos mentales”, considero que muchas crisis evolutivas perinatales, que determinan la aparición del terror o del terror sin nombre (Bion), son resueltas mediante una multiplicidad de defensas que guardan vinculación con la intensidad y las cualidades específicas de la angustia de separación objetal. Otras crisis se resuelven mediante la defensa simbiótica secundaria, de naturaleza distinta de la simbiosis original, la primaria.

Cada vez que opera defensivamente la simbiosis secundaria, se funda un núcleo de escisión en el “yo” (en evolución). Esta defensa, que es extrema, se genera solo cuando la emoción subyacente a la separación evolutiva es el “terror sin nombre” (Bion, 1967). En esas circunstancias emocionales extremas, claudican todos los otros intentos defensivos menos radicales, aquellos a los cuales el incipiente “yo” ya había aprendido a apelar.

El terror sin nombre es la vivencia propia del estado de “des-estructuración” total del “yo”. Se trata de una vivencia originaria, que denuncia la ausencia de tejido psíquico: es el vacío. El terror es equivalente al de la angustia automática que, para Freud (1926), es de origen filogenético.⁶

La operación defensiva que resuelve dicho estado emocional caótico (terror sin nombre) precipita en la estructura de la simbiosis secundaria. Al retomar nuevamente el vínculo simbiótico con su madre, el bebé aborta o corta bruscamente el proceso de diferenciación que estaba viviendo. Este movimiento defensivo interrumpe el proceso evolutivo que hacía posible que su yo y su superyó se diferencien a partir del ello.

Los sectores del yo incipiente que iniciaron la diferenciación pero están involucrados en el hecho traumático que hizo intolerable la sepa-

6. En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud discrimina la *angustia* (automática y señal) del *terror*. La angustia automática perinatal es luego sustituida –evolutivamente– por la angustia señal. Esta última corresponde a una alerta del yo que lo previene del peligro de volver a sentir la angustia automática. Ese peligro puede ser de origen interno (pulsional) o externo (real). “Lo peligroso”, frente a lo cual el yo desencadena la angustia señal como su alerta, es la amenaza de desintegración del yo, como ocurre durante el terror.

ración son escindidos del resto del yo del bebé y configuran el *núcleo de la defensa autista y simbiótica secundaria*. El resto del “yo real primitivo” que no está involucrado en esta defensa precoz va a continuar su camino de maduración trazado por la evolución psicosexual natural.

En el interior de la simbiosis secundaria y del autismo secundario subyacen precipitados –indiferenciados y congelados– tanto el sector del “yo real primitivo” que quedó abortado en su evolución, como los restos psíquicos del objeto desmantelado, el cual queda así capturado en la trama fusional. El primer movimiento que condiciona toda la actividad mental hacia el vacío nace de un afecto específico: el terror sin nombre.

Para Bion, el terror es una emoción originaria del recién nacido, que solo adquiere cualidades destructivas para la mente del neonato cuando él siente que al ser inundado por la experiencia del “terror” (en términos de Freud), su madre no lo registra y por lo tanto no es capaz de actuar como depositaria mental de dicha emoción (Bion, 1967). Cuando el bebé “percibe” este quiebre vincular, en el que su madre demuestra ser incapaz de “contener mentalmente” su terror, este terror originario en él se fusiona con el materno y por ello se incrementa enormemente.

Bion denomina a este estado mental del bebé “terror sin nombre”. La clave de esta alteración vincular está en el hecho de que no ha funcionado adecuadamente la “*rêverie* materna”, que favorece la generación de elementos “alfa”, aptos para “pensar” la experiencia. En su lugar se produce una “identificación proyectiva masiva” que permite “evacuar” la experiencia sin significarla. En estas circunstancias, la vivencia de separación vincular es altamente traumática.

Ello condiciona, según Bion, que en lugar de dar lugar al sentimiento de “cambio catastrófico” se genere una “catástrofe” mental, nudo central del “vacío”. Según Bion, en la mente del bebé solo ocurren transformaciones evolutivas cuando la función *rêverie* materna amortigua el terror y hace posible la vivencia de “cambio catastrófico” que conduce a la transformación estructural del psiquismo. Bion plantea la posibilidad de que exista una precoz transformación simbólica de las experiencias traumáticas en un “proto lenguaje icónico” (Bion, 1967).

La simbiosis secundaria congela este estado de desastre vincular con los objetos primarios. Por ese motivo, la emoción subyacente a las “defensas simbióticas secundarias” siempre es el terror, nunca la angustia señal. Ello nos brinda un referente clínico para detectar la problemática del vacío mental estructural en la consulta diaria. Como señalé en la introducción, cuando el motivo manifiesto de la consulta del paciente es una “crisis de pánico” debemos tener en cuenta la posibilidad de estar frente a una descompensación del vacío mental estructural.

Hacia el final de su obra, Winnicott (1982) habla explícitamente del

sentimiento de vacío. En su artículo aclara que él se decidió por la palabra “derrumbe”, “dado que dicho término resulta algo vago y puede significar varias cosas”. En sus aclaraciones posteriores nos dice que ese temor corresponde a las emociones subyacentes a los estados psicóticos y al “vacío”. Su visión del “vacío” parte y redefine sus postulados conceptuales precedentes.⁷

Los principios teóricos sostenidos por Winnicott son, en varios puntos, diferentes de los que sustentan mi concepción teórica del vacío mental estructural; yo tomo en cuenta las hipótesis freudianas de la pulsión de muerte y Winnicott no.

Para Winnicott la impronta psíquica dejada por un trauma histórico que se expresa por un “inconsciente temor al derrumbe” nos indica que en algún punto del proceso evolutivo de esa persona ocurrió realmente un “derrumbe del establecimiento del *self* como unidad”. Según Winnicott, esta es la “verdad traumática” que subyace en los pacientes que expresan un marcado y desestructurante temor al presente y al futuro. Se trata de una visión clínica y teórica de la desesperanza radical.

Pero dado que Winnicott no concuerda con el concepto de “pulsión de muerte”, yo entiendo que su visión del “temor al derrumbe” es un equivalente teórico winnicottiano al concepto freudiano de pulsión de muerte. Winnicott define el “derrumbe” como la vivencia de mayor amenaza caótica y desestructurante que la mente puede concebir y padecer.

Pero si dirigimos nuestra atención al concepto de Winnicott que divide al *self* total en un “*self* verdadero” y en un “falso *self*”, hemos de encontrar allí uno de los conceptos teóricos más ricos que anteceden a su concepción del “temor al derrumbe”. Personalmente, entiendo que su visión de la división del yo no se opone a otras precedentes o contem-

7. “Mis pacientes me demuestran que también la sensación de vacío puede entenderse a partir de mi hipótesis.

Algunos pacientes necesitan experimentar el vacío, este pertenece al pasado, a una época previa al momento en que el grado de inmadurez primitiva permitía experimentarlo.

Para comprender esto es necesario pensar no en el trauma sino en que nada sucedió cuando habría sido conveniente que algo ocurriera. Al paciente le resulta más fácil recordar un trauma que el hecho de que algo que debió ocurrir no sucediera. En esa época, el paciente no sabía que podría haber ocurrido, por lo cual no pudo experimentar nada pero sí percibir que algo podría haber sucedido”.

Dice en el mismo artículo, un poco más adelante, a raíz de su ejemplo clínico: “Ahora bien, el vacío es una condición necesaria para que la avidez se acreciente. El vacío primario significa simplemente: antes de empezar a llenarse. Se necesita considerable madurez para que tal estado se vuelva significativo. El vacío que encontramos en un tratamiento es un estado pasado que no puede recordar salvo experimentándolo por primera vez ahora”.

poráneas, sino que las complementa. Ello ocurre particularmente con las hipótesis de Freud (1927-38) y de Bion (1967).

El concepto de pulsión de muerte y de angustia automática que Freud teoriza en su segunda tópica, la hipótesis del terror sin nombre y de parte psicótica y no psicótica de la personalidad, nacida de la teoría de Bion, la teoría de Bleger, así como la visión de Winnicott acerca de un derrumbe primitivo del cual el sujeto jamás se recuperó ni registró, me resultan fundamentales para mi concepción del vacío mental estructural.

Si bien algunas de las hipótesis correspondientes a cada autor por separado son diferentes y hasta divergentes, su complementariedad teórica me resultó apropiada para explicar los complejos psicodinámicos que generan el *desmoronamiento sectorial de la estructura psíquica*. Los aportes de Green (1986-93) en relación con el “narcisismo de muerte” y “lo negativo” me resultaron también muy valiosos.

Cuando una catástrofe mental irrumpe precozmente en la evolución posnatal (trauma precoz), se inactivan y “congelan” los patrones genéticos que marcan filogenéticamente los caminos de la evolución humana. Se trata de una especie de “enquistamiento sectorial” de la estructura evolutiva genética y embrionaria que porta el bebé.

Según mis hipótesis, los traumas precoces, aquellos que se producen durante el período de “gestación extrauterina”, tienen la capacidad de *desengazar* la potencial evolución mental de un individuo y ubicarla fuera de sus carriles evolutivos naturales. Se trata de verdaderos abortos mentales no registrados por nadie. A partir de ese momento, ese individuo evoluciona sin un sustento sólido del *self* corporal y mental, es decir, crece apoyado sobre “pies de barro”.

Con ello estoy indicando que el vacío mental que porta un paciente que nos consulta (niño, adolescente o adulto) aloja un potencial evolutivo inédito y que, por lo tanto, puede ser editado. El factor fundamental, del que depende el hecho de hacer técnicamente posible la “edición de los patrones genéticos enquistados” está en el encuadre que propone el analista, en su técnica, en las teorías que acepta como válidas, en su análisis personal abierto al infinito, en su “humanismo” y en los infinitos matices de su personalidad total.

Cuando, como analistas, sostenemos esta hipótesis genética del vacío mental, estamos apostando a la posibilidad de que durante el proceso terapéutico demos lugar, junto con el paciente, a una radical revitalización de los variados “abortos mentales” que ocurrieron durante el curso de sus procesos histórico-evolutivos. Dichos “abortos psicodinámicos” se han eternizado dentro de la estructura virtual del vacío y las precoces defensas correspondientes (simbiosis y autismo secundario).

La simbiosis secundaria defensiva tiene elementos en común con la

originaria, pero su naturaleza es totalmente diferente; la simbiosis primaria es espontánea, natural y no deja afuera ningún sector del somapsique. Es la continuación de una relación somato-psico-mental intrauterina que ha cesado como tal para dar lugar a una nueva relación posnatal. Sobre la base de este vínculo se establece una personalidad que se va discriminando a partir de la misma indiscriminación.

La simbiosis secundaria es reactiva y defensiva; por eso es patológica. Una vez configurada dentro del vínculo materno filial, frena la evolución del yo y del superyó, en el sector escindido en ella involucrado. Estos puntos serán aclarados en el próximo capítulo.

En la gestación psíquica del vacío mental estructural intervienen tanto la intolerancia materna a la separación como la propia del bebé. Por este motivo considero al vacío mental como un problema vincular, a pesar de que el “aborto psíquico”, producido por la oclusión evolutiva, es propio del individuo que lo padece.

Cuando la simbiosis secundaria no resulta ser una defensa suficiente como para neutralizar la amenaza que implica la posible aparición súbita del terror, se generan nuevas y diferentes estructuras defensivas, como la psicosis o los estados *borderline*, para completar la “defensa” contra dicho terror subyacente. También la patología de las prácticas sexuales compulsivas e impulsivas (neosexualidades, según el afortunado término de Joyce Mc Dougall) es el efecto de una defensa contra el vacío mental (Lutenberg, 1997, 2002).

Cuando opera como defensa del terror latente el autismo secundario defensivo, junto con la supresión del terror, se arriba a un retraimiento total del yo respecto del mundo externo; dicho retraimiento yoico involucra al sector del “yo” capturado por la defensa. La edición en el análisis revierte este proceso y reabre así la evolución del *self* verdadero.

DESCRIPTORES: SIMBIOSIS / VACÍO / PSIQUISMO TEMPRANO

KEYWORDS: SYMBIOSIS / EMPTINESS / EARLY PSYCHE

Bibliografía

- “Differentiation of the Psychotic from the Non-psychotic Personalities”. *International Journal of Psycho-Analysis* 38, 1957, pp. 266-275.
- “Attacks on Linking”. *International Journal of Psycho-Analysis*, 40, 1959.
- *Transformations*. Londres, William Heinemann, 1965. [Reimpresión: Londres, Karnac Books, 1984].
- *Attention and Interpretation*. Londres, Tavistock Publications, 1970. [Reimpresión: Londres, Karnac Books, 1984].

- Bleger, J. *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires, Paidós, 1967.
- Etchegoyen, H. "Las formas de transferencia". *Psicoanálisis*, vol. 2, 1978.
- Freud, S. (1895). *Proyecto de psicología*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. I, 1986.
- (1911). *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XII, 1986.
 - (1912). *Sobre la dinámica de la transferencia*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XII, 1986.
 - (1914). *Introducción del narcisismo*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIV, 1986.
 - (1915). *Lo inconsciente*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIV, 1986.
 - (1920). *Más allá del principio de placer*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XVIII, 1986.
 - (1924). *Neurosis y psicosis*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIX, 1986.
 - (1924). *El problema económico del masoquismo*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIX, 1986.
 - (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIX, 1986.
 - (1925-26). *Inhibición, síntoma y angustia*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XX, 1986.
 - (1927). *Fetichismo*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XXI, 1986.
 - (1938). *La escisión del yo en el proceso defensivo*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XXIII, 1986.
- Green, A. *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1986.
- *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1993.
- Kernberg, O. *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*. Paidós, 1975.
- Klein, M. "The Oedipus complex in the light of early anxieties". *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 26, 1945.
- "Notes on some schizoid mechanisms". *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 27, 1946.
 - "Some theoretical conclusions regarding the emotional life of the infant". Extraído de *Envy and gratitude and other works*, 1952, cap. 6.
 - "Envy and gratitude". Extraído de *Envy and gratitude and other works*, 1957, cap. 10.
- Liberman, D. *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*, vol. 1-3. Buenos Aires, Galerna, 1972.
- Lutenberg, J. "Clínica del vacío. El vacío mental y la angustia. Reflexiones clínicas y técnicas acerca del *acting*". *Zona Erógena* N° 26, Buenos Aires, 1995.
- "La edición en el análisis". *Zona Erógena*, N° 31, Buenos Aires, 1996.
 - *Teoría y clínica del vacío mental*. Lima, Siklos, 2007.
- Mahler, M. "On human symbiosis and the vicissitudes on individuation". En: *Selected Papers of Margaret S. Mahler*, Nueva York, Jason Aronson, 1967.
- *Separación-individuación*. Buenos Aires, Paidós, 1984.
- Montagu, Ashley. *El sentido del tacto*. Madrid, Aguilar, Colección Arion, 1981.
- Searles, H. *Escritos sobre esquizofrenia*. Barcelona, Gedisa, 1980.
- Tustin, F. *El cascarón protector en niños y adultos*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991.

Winnicott, D. W. *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona, Laia, 1979.
- “El temor al derrumbe”. *Revista de Psicoanálisis* vol. IV, N° 2, 1982.

(Este trabajo fue seleccionado para su publicación el 25 de noviembre de 2008)

Revista de libros

Sección al cuidado editorial de Gloria Gitaroff

El cuerpo: lenguajes y silencios

Leticia Glocer Fiorini (comp.)

Lugar Editorial-APA Editorial, Colección Intersecciones, Buenos Aires, 2008, 216 páginas

Por Abel Fainstein

La Comisión de Publicaciones de la APA nos presenta un libro que se ubica en las intersecciones que requiere la complejidad del tema ya que, al decir de Leticia Glocer Fiorini, se trata de estudiar el papel desempeñado por los discursos vigentes, la biología y las pulsiones propias de cada sujeto, en aras de dar cuenta de la complejidad de esta temática. Habla de cuerpos de la cultura, insertos en ella, pero que no excluyen movimientos pulsionales que pueden no coincidir o exceder las significaciones otorgadas por la cultura. El texto incluye desde el comienzo la referencia temporal inseparable de cualquier perspectiva sobre el cuerpo, ya que, como nos lo adelanta Glocer Fiorini en la Introducción, en el cuerpo se ve el paso del tiempo y también la lucha contra el paso del tiempo.

El texto reúne un destacado grupo de colegas de nuestro medio así como de Brasil, Uruguay y Francia, a la vez que dos destacadas pensadoras como son Judith Butler y Mónica Cragno-lini.

Como ya nos tiene acostumbrados, la detallada Introducción de Glocer Fiorini da cuenta del verdadero trabajo que ha desarrollado como editora de toda esta colección. Enriquece el libro y orienta un posible derrotero para

su lectura. Trataré de puntuar algunas de las ideas que me resultaron especialmente significativas con el objeto de estimularlos a su lectura.

Lejos de Georg Buchner, autor de *Woyzeck*, el médico y poeta alemán que buscaba explicaciones disecando cerebros, hoy en día los estudios neurobiológicos son parte de la cultura y como tales encuentran un lugar en este texto en su necesaria articulación con el discurso psicoanalítico. Esto es parte del trabajo de Julio Moreno, del que hablaré luego. Por su parte, Juan Carlos Gorlero trabaja en su artículo el necesario debate entre neurociencias y psicoanálisis a partir de su lectura del interesante libro *A cada cual su cerebro*, de Ansermet y Magistretti. Inscripción psíquica y neuroplasticidad, pulsiones y memoria son trabajados en esta perspectiva.

Javier García, destacado colega uruguayo, describe el cuerpo como objeto y como fuente sensorial y pulsional. También como superficie externa plano de escritura. Cuestionando la identificación que se hace del cuerpo biológico con el cuerpo real, se trata para él de muchos cuerpos, de la medicina, la religión, el psicoanálisis, etc., detrás de los cuales hay un cuerpo real único que permite esos armados. En todos los casos, siguiendo a Laqueur, los imaginarios, las ideologías culturales determinan las ideas de cuerpo anatómico. O, siguiendo a Butler, la construcción de los cuerpos es efecto de discursos, de cultura.

Pienso que a Buchner le hubiera servido saber que, al decir de Butler, la materialidad corporal se construye

en el acto de registro de las experiencias con los otros. No puede buscarse en cadáveres lo que ha de buscarse en el entrecruzamiento entre cuerpo, discurso, cultura y pulsión, entre uno y el otro.

Por su parte, Silvia Reissfeld describe la importancia de la mirada sobre el cuerpo en el *body art*, técnicas cuyo factor común es que, a falta de canales expresivos verbales y/o de procesamiento mental, el cuerpo pasa a tramitar afectos, pensamientos o conflictos básicamente inconscientes. Hay técnicas públicas, sobre todo estéticas, y que aceptan el dolor como algo que hay que tolerar; y otras secretas, que son más expresión de psicopatología y en donde se busca infligir dolor. Para Reissfeld, la interrelación entre construcción de identidad y estatuto del dolor está en la base de estas prácticas.

Jacques André se pregunta a su vez qué queda de las bases sobre las que se asientan nuestras prácticas y teorías. Cómo distinguir la vida sexual de hoy de la sexualidad de siempre. Para André, la sexualidad de la mujer no es menos conflictiva que en el pasado, aun cuando hayan cambiado los términos de la queja. Las mujeres se siguen quejando de lo que tienen y deseando lo que no tienen, contando historias de serpientes o ratas con el mismo horror de otras épocas, y transcribiendo en malestares corporales su angustia ante la libido. El inconsciente continúa ejerciendo tanta violencia hoy como ayer. En resumen: la libertad sexual actual no se traduce de manera equivalente en libertad de la vida psíquica frente a la angustia y su eventual cortejo de síntomas. Sendos apartados sobre mujer y madre, sobre el mito o fantasía de una sexualidad femenina desmesurada y sobre la mujer como inferior y sometida son todos de gran interés

teórico y bien ejemplificados clínicamente.

Continúa un interesantísimo y profundo diálogo de Leticia Glozer Fiorini y Águeda Giménez de Vainer con Judith Butler. Para ella siempre hay contorno y significaciones corporales, pero se alteran históricamente. Siempre hay cierta materialidad corporal que persiste, pero cuando queremos reafirmarlo lo hacemos con un lenguaje específico, que puede no ser escrito o verbal sino un simple y variado sistema de signos que bien pueden ser visuales o silencios. Respecto de la diferencia sexual, dice no estar segura de que siempre haya masculinidad y feminidad. Que con esos términos se intentó captar una diferencia corporal pero que no hay consenso de cómo identificar esa diferencia. Plantea también que las normas reguladoras de la crianza son las que se materializan mediante distintas modalidades témporo-espaciales. Se materializan como cuerpo, y no en el cuerpo. Construyen el espacio y tiempo del cuerpo. En ese sentido, para ella debemos pensar lo simbólico como campo histórico de normas reguladoras. Está de más decirles la originalidad de sus planteos respecto del género, como una manera de ser en la que uno está ligado a otros, una manera de transitar ese vínculo.

Pasando ahora al apartado sobre clínica, está conformado por sendos artículos de Claudio Eizirik, José Fischbein y Rodolfo D'Alvia.

El contexto cultural, la violencia, la virtualidad y sus implicancias en la clínica ocupan a Eizirik en sus resonancias transferenciales y contra-transferenciales en el campo analítico. Trabaja el concepto de neutralidad y cómo se afecta por la presencia del lenguaje corporal en la sesión.

José Fischbein, por su parte, articula trabajo de duelo y somatización.

Se pregunta: ¿Es la somatización una forma de expresión de duelo patológico? Sobre la base de que el trabajo psíquico en el eje transferencia-contratransferencia restituye la economía psicosomática y reduce el peligro de somatización, plantea las somatizaciones como fracaso del trabajo de duelo. Describe lo que llama acontecimiento somático, compleja construcción, muchas veces del trabajo analítico, como lo opuesto al pasaje al acto. Es siempre singular e instalado en el lugar de vacío representacional que ha ocupado la somatización. José trae además interesantes aportes técnicos.

D'Alvia, por su parte, se ocupa del dolor y el sufrimiento del paciente a propósito de la histeria, la hipocondría y la patología psicosomática. Describe la utilidad de diferenciar clínicamente un área discursiva, un área expresiva y, a partir de la intervención del analista, un área significativa.

Finalmente, en el apartado Intersecciones, además de los mencionados artículos de Cragnolini y Gorlero aparecen sendos artículos de Julio Moreno y María Lucila Pelento.

Marilú Pelento escribe acerca del cuerpo como soporte de una cualidad de la mente como es el coraje en un grupo de adolescentes marginales. Sigue a Foucault en cuanto al cuerpo como espacio por el que circula el poder, un lugar de control, de presión social pero también de resistencia ante lo que se le impone. Da cuenta de una experiencia realizada con jóvenes marginales y que sigue el modelo de Viñar denominado "grupos de palabra". Se trata de un trabajo de subjetivación que, a diferencia de los grupos de reflexión, no parte de un tema establecido y que, sosteniendo la palabra y permitiendo que circule, favorece un "nosotros". Un nosotros que ahora podemos definir, con Mónica Cragnolini, como "ser con", más que como identi-

ficación. Se trata de la acogida del otro en su diferencia o, dicho también en sus palabras, de "no acomodarse" sino de pensar el modo en que el existente da cuenta de la alteridad en tanto alteridad.

Julio Moreno, por su parte, plantea que las aspiraciones de la ciencia moderna fueron una ilusión y que jamás dominaremos al objeto real ni podremos desprendernos totalmente de la animalidad indomeñable de nuestro cuerpo. Señala que la tecnología ha logrado una realidad virtual, realidades sin materialidad en las que el objeto observado es puro artefacto. Y la idea de Foucault de perfeccionar los cuerpos para disciplinarlos en la sociedad industrial se ha vuelto obsoleta. Julio Moreno escribe que una lógica mecánica hacía que el cadáver fuera el objeto de estudio del cuerpo entendido como una compleja máquina. Era un sistema analógico el que, tal como vimos en la película, llevaba a Buchner a hacer sus búsquedas disecando cadáveres. Hoy este sistema anatómico y analógico ha sido reemplazado por otro digital, cual es la biología molecular. Cita a Clark, en cuanto a que nuestra mente ya no cabe en nuestros cerebros, y a Ascott, para quien nos dirigimos inevitablemente a una desmaterialización radical. Para él la virtualidad apunta directamente a ocluir el espacio entre lo representado y la representación y a anular la dualidad entre cuerpo analógico y mente informática. Hace, finalmente, interesantes consideraciones sobre el análisis a distancia.

Para terminar: somos una comunidad, y este libro, como los anteriores, refleja a mi entender los intereses necesariamente disímiles de esta comunidad que es la APA. Una comunidad que, al decir de Mónica Cragnolini, no es la representación de un nosotros común, no es un proyecto ope-

rativo de sujetos autónomos que deciden voluntariamente unirse, sino aquello que somos en tanto somos “ser con”. Un “ser con” que no debe ser pensado como una imagen de cercanía con un igual sino, por el contrario, como contaminación, alteración de toda supuesta mismidad o igualdad. De más está decirles las implicancias que en esta perspectiva tienen el análisis del analista y todas las discusiones que estamos sosteniendo sobre el tema en estos últimos tiempos.

Las páginas del libro, en su diversidad, en las diferencias que nos hacen acordar o no con los autores, tienen el mérito de ser testimonio de lo que Mónica Cragnolini llama “el intento de alterar toda supuesta mismidad”.

Jamais moi sans toi (Nunca yo sin ti)

Alberto Eiguer

Editorial Dunod, París, 2008, 208 páginas.

Por Roberto Losso

Alberto Eiguer, psicoanalista argentino residente desde hace muchos años en París y miembro de la SPP, nos presenta este libro, que se agrega a su ya vasta producción bibliográfica. Pero creo que este no es un libro más: pienso que es su texto más ambicioso. Se lo podría subtítular “Tratado sobre la intersubjetividad” o, mejor aun, “Metapsicología y clínica de la intersubjetividad”. Me parece que es un tratado que está entre los más completos que se han escrito hasta el momento sobre la cuestión de la intersubjetividad. Basta con recorrer su índice para darnos cuenta de la can-

tidad y la diversidad de los temas que aborda, y todos fundamentalmente basados en una bibliografía extensa y completa, la que tiene, entre otros, el mérito de que comporta diferentes orientaciones teóricas y técnicas, y de que el autor no se limita a la bibliografía psicoanalítica, sino que efectúa también incursiones en los dominios de la filosofía.

El título de su libro es un homenaje a Martin Buber, quien en 1923 publicó su libro *Je et toi*, y a René Kaës, de quien cita la frase: “*Pas l'un sans l'autre et sans l'ensemble qui les lie*” (“No existe el uno sin el otro y sin el conjunto que los une”). A partir de allí, se plantea “un verdadero desafío”: proponer “hipótesis fuertes e innovadoras”.

Podríamos decir, sin riesgo de equivocarnos, que todo el libro pivotea sobre los dos significados extremos del vínculo: tenemos necesidad de los vínculos, y estos nos enriquecen, pero al mismo tiempo corremos el riesgo de quedar atrapados en ellos: nos quitan la libertad, nos hacen dependientes de los otros, frecuentemente más de lo que desearíamos.

El libro está dividido en dos partes: la primera se denomina “Los fundamentos”.

El primer capítulo, “Lo que los otros piensan de mí”, nos conduce a un primer hecho que surge de la intersubjetividad: dependemos, en más o en menos, de las opiniones y los juicios de los otros, y nos muestra ejemplos tanto de la normalidad como de la patología.

En el capítulo 2, “En el corazón del vínculo intersubjetivo”, explora y precisa los conceptos de vínculo y de intersubjetividad. Parte de la formulación de Ogden “el vínculo es el uno más el otro y también ni el uno ni el otro”, para introducir la idea de una instancia tercera del vínculo, de la que describe cuatro niveles, en mi opinión una

de las más interesantes contribuciones originales de Alberto. Afirma que el vínculo intersubjetivo conduce a una formulación metapsicológica nueva y enriquecedora y que “en la cura, el enfoque intersubjetivo va más allá del trabajo transferencia-contratransferencia corrientemente admitido”.

En el capítulo 3, Alberto nos presenta una enumeración de lo que él considera los cuatro aspectos del vínculo, a los que caracteriza como *las 4 R*: el respeto, el reconocimiento, la responsabilidad y la reciprocidad, basándose en las contribuciones de Klein, Benjamin, Ricoeur y otros. Incluye aquí un importante comentario sobre el papel de las discriminaciones que surgen de las diferencias culturales y también de género (discriminación de las mujeres). Concluye que se debería “evitar hacer del reconocimiento de otro y por el otro el único criterio de la intersubjetividad de los vínculos. Debe articularse con la responsabilidad, el respeto y la reciprocidad”.

El capítulo 4, “El amor a sí mismo revisitado”, está consagrado al concepto de narcisismo y cómo “con la teoría de los vínculos intersubjetivos se habrá apreciado de otro modo al narcisismo [...] a través de la valoración de nuevos espejos, de nuevas adquisiciones”.

En el capítulo 5, “Responsable pero no culpable”, Alberto parte de la obra de Emmanuel Levinas, introduciendo la idea de responsabilidad, y afirma la necesidad de diferenciar culpabilidad y responsabilidad. Introduciendo la responsabilidad, introduce asimismo la dimensión ética: la de la responsabilidad por el prójimo. Relaciona la dimensión ética con el orden simbólico, las fantasías originarias y lo transgeneracional, como activadores psíquicos del sentimiento ético, y entonces prefiere hablar de dimensión ética más que de “ley del padre”. Analiza también los caminos para la cons-

trucción del superyó y subraya nuevamente el rol fundamental de lo transgeneracional como garante de la transmisión de los vínculos. E introduce la idea de la responsabilidad como producto del don y de la deuda. Así, lo que el sujeto ha recibido de sus padres le permite desarrollar sus sentimientos de responsabilidad en relación con ellos y con los demás. (La cuestión del don y de la deuda es una contribución original de Alberto y ha sido analizada exhaustivamente en el libro *La part des ancêtres* (París, Dunod, 2006).

En el capítulo 6, “Precusores de intersubjetividad”, parte de las ideas de los filósofos Buber, Yaron, Habermas, y comenta la importancia del modelo dialógico, como proyecto de deconstrucción de la posición de superioridad en la cual el observador estaría tentado de deslizarse. “La crítica está situada en el centro del trabajo de pensamiento, como lo debería ser para el trabajo de la cura”, advierte.

En el capítulo 7, “Apoderarse de la subjetividad”, parte también de autores del campo filosófico: los filósofos de la hermenéutica, Gadamer y Ricoeur, quienes introducen la noción de que la interpretación de una obra o de un hecho psicológico está estrechamente ligada a la intersubjetividad. Analiza luego las corrientes hermenéuticas en psicoanálisis y nos recuerda que los hermeneutas hacen una crítica de la pretensión de la explicación: prefieren la comprensión. A partir de esas ideas, analiza la importancia de la metáfora en el psicoanálisis y afirma: “la metáfora dice más de la verdad que la realidad a la que se refiere”. En la segunda parte del capítulo, el autor analiza exhaustivamente las ideas de diferentes analistas intersubjetivistas “radicales” (como Renik, Mitchell, Storolow, Atwood, Orange), discutiendo las similitudes y las diferencias de sus respectivas ideas.

La segunda parte del libro está consagrada a "Clínica y Práctica". El capítulo 8 comienza con un interesante comentario sobre las controversias acerca del trauma, y a partir de las ideas de Ferenczi, Kohut, Racamier, Abraham y Torok y otros, nos aporta una visión del trauma donde la intersubjetividad desempeña un papel esencial para elaborar las situaciones traumáticas. Aquí, el ambiente es primordial para llegar a tal elaboración: la compasión, la solidaridad emocional son fundamentales. Comenta por otra parte que la capacidad de resiliencia dependerá asimismo de los avatares de los vínculos intersubjetivos: "la resiliencia no es un atributo del sujeto, es el producto de los vínculos". Y agrega: "se emerge del trauma por con el otro".

En el capítulo 9, "Caricias robadas. Destinos de la intimidad corporal en familia", capítulo que podría llamarse "Elogio de la ternura", Alberto introduce el tema del lenguaje del cuerpo, del lenguaje no verbal, citando, entre otros, a Freud, Winnicott y Bowlby. Subraya una vez más la importancia de la intersubjetividad en el desarrollo de la representación del cuerpo, y el valor fundamental de la caricia como expresión del afecto y, sobre todo, como organizadora de los vínculos.

El capítulo 10, consagrado al trabajo de construcción del analista, comienza por una cuestión fundamental y muy actual de nuestro quehacer: el autor se pregunta si "para hacer progresar al paciente lo que cuenta es la historia misma o el trabajo de reconstrucción a propósito de esa historia. El paciente, ¿va a emerger de su experiencia terapéutica teniendo un mejor conocimiento de su pasado (levantamiento de la represión) o bien habiendo adquirido una nueva aptitud para contarse?". A partir de esta pregunta, comienza a analizar en pri-

mer lugar el trabajo, central en mi opinión, de Freud sobre las construcciones, la importancia de la resignificación y las diversas corrientes contemporáneas del constructivismo y del construccionismo social. Insiste en la importancia en esas corrientes del hecho de que el paciente pasa a ser sujeto activo y toma a su cargo su porvenir. El ser humano, nos dice, es un buscador de enigmas, y en ese sentido, la terapia es una suerte de trabajo de desciframiento de enigmas, un trabajo conjunto de terapeuta y paciente (o pacientes), aunque, nos aclara, conservando la asimetría entre paciente y terapeuta.

En el capítulo siguiente, consagrado al tema de la narratividad, continúa desarrollando el tema del capítulo anterior y analiza las contribuciones de Spence, de ciertas corrientes sistémicas, y las de los "intersubjetivistas de la primera infancia", como Stern. Subraya la necesidad de los humanos de contarse historias, y termina el capítulo con la siguiente interrogación: "Pensar y fantasear, y hablar de ello, ¿serán funciones que nos permiten existir con el otro y en reciprocidad con él?".

Entonces aquí el autor parece responder a la pregunta del comienzo del capítulo anterior diciendo que lo que cuenta es principalmente el trabajo de (re)construcción, trabajo compartido, desde ya, por paciente(s) y analista(s).

Finalmente, en el epílogo, Alberto nos propone, y también retoma, varios temas de importancia. Comienza por afirmar que: "el analista ha pasado a ser participante del drama [...] participa del trabajo del paciente con lo que es y lo que puede elaborar en él" y que, entonces, el papel de la contratransferencia se amplía. Propone una revisión del concepto de repetición, afirmando que la contratransferencia no es solamente una respuesta que reproduce los afectos y las fantasías de la

transferencia. “La transferencia [...] desencadena manifestaciones inconscientes en el analista, que son imprevisibles y desbordan la lógica causa-efecto”. Revisa también el concepto de pasividad (del analista): “debe asumirse, hacerse cargo de sus responsabilidades. La pasividad es a menudo un equivalente de huida”.

Vuelve a continuación al concepto de vínculo e introduce la idea de que “el vínculo no es nunca de dos”, retomando aquí una de las ideas ya formuladas por Pichon Rivière en los años 50-60. El tercer sujeto del vínculo (una persona, un grupo, una institución, una idea) “remite al tercero paternal, la metáfora paterna”.

El autor termina retomando en el epílogo algunos conceptos originales ya tratados, como las cuatro R del vínculo y el ciclo del don y el contra-don para que el reconocimiento mutuo se ponga en juego. Pero nos aclara que habrá siempre “un desconocido en el otro”, que “permanecerá misterioso para nosotros”.

Y termina afirmando que “el reconocimiento mutuo establece un equilibrio delicado entre apego y separación, una libertad ganada a alto precio”.

En síntesis, un libro lleno de temas, de ideas, de interrogantes, de reflexiones, que nos ayuda, por nuestra parte, a reflexionar acerca de diferentes problemas teóricos y técnicos de nuestro oficio, del que saldremos sin duda enriquecidos.

The Legacy of Fairbairn and Sutherland Psychotherapeutic Applications

Editado por Jill Savege Scharff y

David Scharff

Routledge, 295 páginas

Por Diego Cohen

Este libro representa el aporte de varios autores internacionales, entre ellos dos miembros de la Asociación Psicoanalítica Argentina, me refiero al Dr. Rubén Basili y a la Lic. Isabel Sharpin de Basili. De acuerdo con mi opinión, el primero es quien más ha estudiado en nuestro medio la obra de un pensador tan creativo e innovador como lo es Ronald Fairbairn. Recordemos que este analista, epistemólogo y psiquiatra escocés tuvo la valiente osadía de cuestionar a lo largo de su obra dos supuestos centrales del psicoanálisis: la teoría pulsional (fundamentalmente en lo que se refiere a la agresión) y la teoría del desarrollo psicosexual de Abraham. Resulta grato para los analistas interesados en los aportes del así llamado *independent group* de la escuela británica de las relaciones objetales (Fairbairn, Winnicott y Guntrip fundamentalmente) volver a tomar contacto con las ideas, la teoría y la aplicación clínica de la obra de Fairbairn y de uno de sus principales discípulos “Jock” Sutherland, un tanto olvidadas si tenemos en cuenta que en algún momento en nuestra Asociación el libro fundamental de Fairbairn, *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, fue prologado por Jorge Mom. Esta obra coincide con el interés que ha renacido acerca de las ideas de Fairbairn en Francia, Alemania, Argentina, Reino Unido y Estados Unidos, entre otros países. Este libro (junto con otros que revisan las ideas de Fairbairn, lamentablemente todavía no traduci-

dos) representa a mi criterio el intento de varios autores (de allí lo difícil de encontrar unidad conceptual, pero al mismo tiempo una de las mayores riquezas de esta obra) de explorar y poner en perspectiva actual la teoría del desarrollo psicosocial y su aplicación psicopatológica en los trastornos de la personalidad, la histeria y todo aquello que deviene de haber sufrido situaciones traumáticas en la infancia. Considero que este libro tendrá mayor utilidad para aquellos que al menos conocen las ideas centrales de Fairbairn acerca de la situación endopsíquica y los dos modelos de la formación de la estructura mental formulados por él en 1941 y 1951, ya que algunos capítulos revisan y reactualizan sus ideas y las de Sutherland. De todas maneras, para el lector no familiarizado con la terminología de la escuela británica de las relaciones objetales el capítulo I, "The development of Fairbairn's theory" ("El desarrollo de la teoría de Fairbairn") resulta una síntesis brillante del pensamiento del autor junto con aportes originales y esclarecedores por parte de Scharff; aunque parece obvio, recomiendo este capítulo por su claridad como el punto de partida para entender los trabajos posteriores, teniendo en cuenta que se trata de un libro con múltiples autores. Si el lector desea tener un panorama más cronológico de las ideas de Fairbairn, puede ser útil leer en segundo lugar el capítulo escrito por una de las autoras francesas, Sabine Vuaillet, quien brinda un panorama completo al respecto.

La aplicación clínica/psicopatológica puede observarse en la reformulación original que hacen Basili y Sharpin de Basili en el capítulo "Fairbairn's theory, borderline pathology, and schizoid conflict" ("La teoría de Fairbairn, patología *borderline* y el conflicto esquizoide"), acerca del con-

flicto esquizoide y sus vicisitudes en las psicosis, en los trastornos de la personalidad y en las neurosis. Este capítulo brinda un marco adecuado para determinar criterios de mejoría en el análisis de pacientes *borderline* mediante la elaboración de conflictos de bivalencia y ambivalencia, junto con la capacidad para tolerar las ansiedades más primitivas relacionadas con la separación respecto del objeto. Los autores sugieren la necesidad, entre otros factores, de que el analista se transforme en objeto transicional (el mismo Winnicott atribuyó esta terminología a Fairbairn), favoreciendo un redesarrollo hacia la dependencia madura en la vida del paciente. Tal vez, y en virtud de la síntesis, el capítulo parece algo condensado para la gran cantidad de ideas que los autores presentan; el agregado de la viñeta clínica compensa de alguna manera esta brevedad. El capítulo parecería ser más aprovechable cuando el lector cuenta con cierta base en la lectura de la obra de Fairbairn y de los trabajos propios que citan los autores.

Los temas psicopatológicos que aporta el trabajo de Basili y Sharpin pueden complementarse con el capítulo escrito por Rey (otro aporte de un autor argentino): "From Fairbairn to a new sistematization of psychopathology" ("Desde Fairbairn hacia una nueva sistematización de la psicopatología"). Este autor brinda una interesante visión personal acerca de las posiciones (describe una original posición intuitiva) esquizoide, paranoide-esquizoide y depresiva para describir lo que ocurre frente a objetos alienantes (estructura alienante aplicable a las psicosis, trastornos de la alimentación y parafilias), y la estructura oscilante aplicable a la enfermedad maniaco-depresiva, las adicciones y los estados obsesivos. La relativa normalidad se lograría mediante una hipotética

posición objetiva, en la cual se toleran la diferencia, el disenso y la separación *self-objeto*. En lo que respecta a los aportes de Sutherland, se encuentra un panorama general de las contribuciones del analista escocés en el capítulo escrito por Hill Savege Schraff: "The Legacy of John D. Sutherland", con el acertado subtítulo "Self and Society". Aquí los lectores se encuentran con una revisión completa de los aportes originales de Sutherland escritos en forma concisa y amena.

El legado de Fairbairn, entonces, parece quedar muy a salvo en este libro, ya que diversos autores, mediante sus contribuciones teóricas, ejemplos clínicos y aportes originales, reavivan

la presencia y las contribuciones de uno de los principales exponentes de la escuela británica de las relaciones objetales. Podría señalar como uno de los pocos defectos de este volumen la falta relativa de unidad y conexión entre los temas, debido tal vez a la multiplicidad de autores. Adicionalmente, algunos capítulos parecen algo condensados para todas las ideas que quieren transmitir. En síntesis, un libro útil para aquellos que lean en idioma inglés y que tengan algún conocimiento previo de los trabajos y las ideas de Ronald Fairbairn y de John Sutherland.

Revista de revistas

Sección al cuidado editorial de Gloria Gitaroff

Revue Française de Psychanalyse,
Vol. 72, N° 3, julio de 2008

Por Susana María Etienne

Este número de la *Revue* se dedica al estudio de “Lo sexual infantil en la sesión”.

El artículo presentado por Emmanuelle Chervet se titula “Lo sexual infantil en la cura”. El autor ilustra a través de un relato clínico tres modalidades de elaboración de lo sexual y por lo sexual en la cura. Señala que lo sexual infantil bajo la modalidad del proceso primario despliega las teorías sexuales infantiles. Los procesos de repetición reviven las cargas eróticas del niño de manera dramatizada, lo cual va a permitir, secundariamente, su inscripción en el proceso primario. Por último, la reactivación de las investiduras en dificultad supone un vuelco pulsional de la pasivización vinculada a huellas traumáticas.

Gilbert Diatkine, en “La desaparición de la sexualidad infantil en el psicoanálisis contemporáneo”, afirma que las pulsiones sexuales genitales y pregenitales, la posterioridad y el doble sentido de las palabras han desaparecido desde hace mucho tiempo del psicoanálisis en lengua inglesa. La desaparición de estos tres aspectos de la sexualidad infantil sería el síntoma de un secreto de familia: las anomalías semejantes de los *settings* de la formación de Melanie Klein y de Anna Freud. Esta hipótesis, que se apoya sobre la relectura de la cura del pequeño Richard por M. Klein, demuestra que el analista omitió el rol del *setting* utilizado en el proceso de esta cura.

Josiane Chambrier Slama escribe “Una postura acerca de lo sexual infantil”. Dice la autora que hoy en día lo sexual infantil es tanto lo que la relación analítica induce como lo que actualiza de lo que ya estaba presente. Para la aparición en la cura de ciertas organizaciones no neuróticas del registro pulsional específico del análisis, con los condicionamientos del encuadre, es necesario el compromiso del trabajo analítico con el nivel narcisista de los procesos. El proceso atañe a Eros y a destructividad y la estrategia analítica tiene como meta bordear el abismo del trauma. La sexualización del aparato psíquico, que abre una vía para lo genital del paciente, se basa en un reacondicionamiento de las defensas, y la escena primaria se convierte entonces en el telón de fondo del área transicional en la sesión. Señala el autor que, de este modo, el tesoro erótico que huyó de la sexualidad infantil pudo, en fin, ser localizado.

Bernard Chervet presenta “El sufrimiento de la sexualidad infantil y las tópicas fragmentadas”. Expresa que desde el punto de vista metapsicológico lo sexual infantil ocupa un lugar intermedio entre el autoerotismo narcisista y el erotismo objetual post edípico. Es el que funda los preliminares eróticos. Esta coherencia del esquema teórico se encuentra totalmente alterada en la clínica. El funcionamiento psíquico ordinario en tópicas fragmentadas muestra que lo sexual infantil acompaña destinos múltiples y heterogéneos. Puede a la vez estar pleno de inhibición y servir de solución suplementaria a las defec-

ciones del narcisismo y de operaciones antitraumáticas. El analista se encuentra cotidianamente sometido a la incoherencia que proviene de dichas complicaciones clínicas.

“La manipulación de los objetos del mundo para investir la representación: entre transicionalidad e inquietante extrañeza de la contratrasferencia” es el título del trabajo de Sylvie Dreyfus Asseo, en el cual comenta que Emmanuelle Chervet, en su presentación clínica, propone aunar lo transicional y la inquietante extrañeza de la contratrasferencia para tratar los casos en los que el proceso significativo se encuentra alterado, específicamente en las reactualizaciones traumáticas. Ello activa, por lo tanto, un trabajo en profundidad del campo contratrasferencial que aclara los recursos del área transicional, tanto en el plano técnico como en el metapsicológico.

También Ilana Reiss Schimmel se refiere al trabajo de Emmanuelle Chervet en su artículo “Entre fantasía y realidad”. Señala que la queja del paciente de E. Chervet parece hacerse más coherente al adoptar la hipótesis de una colusión entre la fantasía y la realidad. Se pregunta: ¿Hasta dónde podemos tener en cuenta el efecto patógeno de la colusión?

Joyceline Sikson escribe “Piggle re-examinada”. La pequeña Piggle le sirve a la autora como soporte para interrogar la sexualidad infantil en la contratrasferencia del analista comprometido con la cura de niños. La importancia de la excitación sexual del niño se manifiesta aquí en toda su dimensión a lo largo de las sesiones y permite plantear el interrogante de su impacto en la contratrasferencia del analista, de su transformación y de la persistencia a lo largo del tratamiento. La aceptación de Winnicott de un momento informe en la contratrasferencia reactiva una dinámica

que permite que puedan trabajar más libremente las parejas indisociables que conforman nacimiento y muerte en esa cura. Queda, pues, la sexualidad del niño y la sexualidad infantil del adulto, esta última encarnada por el analista, que infiltra tanto su contratrasferencia como su proceso teorizante.

Jacqueline Schaeffer presenta “Cien años después de los *Tres ensayos*; qué queda de los tres escándalos?”. Refiere que en paralelo con los recientes cambios socioculturales, el vínculo de lo sexual infantil con la seducción materna ha generado nuevas renegaciones y resistencias: jerarquización de lo arcaico, de la relación de objeto y repudio de lo pulsional, amplificación o renegación de la seducción parental, campañas de prevención y cerco a los abusos sexuales, información sexual impuesta. Se pregunta: ¿Qué decir actualmente de las desviaciones sexuales, del pudor? ¿De la sexualidad de las mujeres en función de disociación del deseo erótico y del deseo de procreación, de la lógica fálica y del masoquismo erótico femenino?

Simone Korff Sausse, en su artículo “Apología de la interpretación”, toma como referencia los dos casos presentados en el Coloquio de Deauville, los cuales han demostrado hasta qué punto lo sexual infantil aparece en las sesiones. A partir de esto, la autora ofrece algunas reflexiones acerca de la interpretación, sobre la que se ha dicho que había que reducirla en los estados límites. Se pregunta entonces: ¿Acaso los analistas estarían renunciando a la interpretación? ¿No sería necesario conceptualizarla, en relación con las modalidades específicas de la transferencia en las nuevas clínicas, donde lo sexual infantil aparece bajo formas arcaicas que producen reacciones contratrasferenciales complejas? La teoría de las trans-

formaciones de Bion ofrece un nuevo modelo de la interpretación, que apuesta, no ya a la elucidación de las representaciones inconscientes reprimidas, sino a constituir, gracias a la capacidad de ensueño del análisis, un espacio psíquico transformacional.

“Juegos prohibidos, ‘juego imposible’: cuando la sexualidad adulta viene a chocar la sexualidad infantil”; bajo este título Evelynne Chauvet reflexiona sobre una configuración patológica peculiar en el área transicional que se traduce por una “transicionalidad de apariencia” en aquellos niños que vivieron en un ambiente desfalleciente, especialmente cuando el trauma sexual secundario recubre una problemática narcisista primaria. La autora plantea una elaboración del “*playing inaccesible*” y del proceso terapéutico que ha permitido actualizar las defensas contra una depresión catastrófica en identificación con la depresión del objeto y sus propias defensas.

Christine Jean Strolich presenta “Del cerebro al pensamiento”, en el que a partir de una experiencia somática infantil se evoca la transformación libidinal vehiculizada por el trabajo analítico que permite la inscripción escenificada e historizada a través de la actualización de la sexualidad infantil y de la elaboración del complejo de Edipo.

Ya fuera del tema central de este número de la *Revue*, se encuentran los trabajos presentados por Janine Puget, Ilse Gubrich Smitis y Renè Roussillon.

El artículo de J. Puget se titula “El sujeto del mundo, el mundo del sujeto: lo que se impone”. Señala que la necesidad de trabajar con cierto tipo de material que emerge a lo largo de las sesiones lleva a plantearse diversas cuestiones. Estas son, por ejemplo, el pensar que la teoría de la identificación no cubre aquello que cada encuentro comporta cuando es necesario te-

ner en cuenta la alteridad irreductible de cada uno, de aquello que conlleva la pertenencia siempre frágil en los diferentes contextos donde cada uno de nosotros toma un lugar, de aquello que constituye la incertidumbre de la vida cotidiana.

Ilse Gubrich Smitis escribe “¿Qué pasa con la calefacción y la iluminación en su casa, profesor? A propósito de la correspondencia entre Freud y Eitingon”. Este ensayo pone en evidencia la singularidad de la correspondencia de Freud y Eitingon, publicada hace poco tiempo en Alemania. A diferencia de la correspondencia con Abraham, Ferenczi, C. J. Jung, y aun las cartas a Fliess, aquí las consideraciones teóricas ocupan un lugar secundario. Se trata, más bien, de intercambios epistolares íntimos y familiares, dando cuenta de aspectos, hasta ahora casi desconocidos, no solamente de la dificultad, del *surmenage* y del peso de la enfermedad en la vida cotidiana de Freud, sino también de la abnegación por su obra, incondicional, tan despiadado con respecto a ella como a la de los otros. Max Eitingon, hasta ahora poco conocido puesto que ha publicado muy poco, aparece aquí como una figura con numerosas facetas: fue a la vez mecenas de diversas instituciones psicoanalíticas, presencia paternal protectora para Freud, clínico discreto y también artífice de una sistematización de la enseñanza del psicoanálisis. Esta correspondencia ofrece igualmente un testimonio preciso de la historia cultural de la primera mitad del siglo xx.

Por último, Renè Roussillon presenta “La perlaboración y sus modelos”, donde señala que la perlaboración es inherente al trabajo psicoanalítico, es su forma, está siempre presente en él, pero cambia de forma, de postura y de economía según los momentos y las exigencias de este. El autor explora tres

modelos de su funcionamiento en función de lo que esté en el primer plano del trabajo analítico: una primera forma cuando la cuestión del trabajo es ayudar a la toma de conciencia de un complejo representacional reprimido; una segunda forma, cuando el trabajo psíquico concierne al “devenir consciente” de mociones pulsionales o de experiencias psíquicas que no han logrado anteriormente ser representadas y donde el tiempo del análisis es el primer tiempo de la posterioridad; y en fin, un tercer modo, cuando la representación y cierta forma de simbolización de la experiencia subjetiva y sus interjuegos pulsionales han tenido lugar y se trata para el analizando de apropiarse de ellos subjetivamente e integrarlos.

Revista Psyché, julio de 2007
 Por Juan Carlos Weissmann

Ilse Grubrich-Simitis, psicoanalista en práctica privada, es didacta de la DPV en el Instituto Psicoanalítico de Frankfurt. Editora de las obras de Sigmund Freud en S. Fischer Verlag. Ha realizado múltiples publicaciones traducidas a varios idiomas, la última de las cuales es *El Moisés de Miguel Ángel y Freud* (2004). Presenta: “Trauma o pulsión – Pulsión y trauma: nueva consideración”, donde, desde la perspectiva de la investigación conceptual psicoanalítica moderna, vuelve a considerar una frase que la autora escribió a mediados de los 80, luego de descubrir el doceavo trabajo metapsicológico de Freud. En ese entonces toma el *Panorama de las neurosis de transferencia* como opor-

tunidad de reconstruir la forma y el modo en que Freud nunca dejó de ver los aspectos traumáticos de la etiología de las neurosis, sino que siempre se preocupó por integrarlos en el modelo pulsional. Muestra que esto acontecía en forma implícita y no sin ambivalencia, pues Freud temía que la acentuación de los factores traumáticos externos pudiese abrir un camino que tendiese a salir del psicoanálisis. La actualización de esta tradición intelectual nos permite comprender mejor por qué los investigadores psicoanalíticos de los sueños liberados de esa ambivalencia pueden continuar estos intentos de integración y se pueden inspirar aun hoy en los más comprensibles y teóricos trabajos de Freud.

Gerhard Schneider, Dr. Phil., psicólogo diplomado y matemático diplomado. Es psicoanalista con práctica privada en Mannheim, didacta de la DPV y en el Instituto de Psicoanálisis y Psicoterapia de Heidelberg-Mannheim (DGPT), y fue ex director de la DPV. Se especializa en: Identidad e internalización, terapéutica clínica psicoanalítica, psicoanálisis del arte y las películas. Ha publicado varios libros y artículos. Última publicación: *Psicoanálisis y arte* (Tübingen, 1999). Presenta: “Una profesión imposible (Freud). Principio aporético en la reflexión de la técnica psicoanalítica de tratamiento”. El autor ha intentado el último año en un número de *Psyché* reconstruir el surgimiento y desarrollo del análisis realizado de la mano de la formulación de su tesis de aporía: analizar consiste en hacer posible el análisis (*aporía*: falta de camino de salida).

Sobre esa base trata en este trabajo de examinar elementos constitutivos del análisis desde el punto de vista de que si al mismo tiempo el análisis potencialmente no lo imposibilita (aportización). Son examinados en forma individual: el encuadre (acontecimiento,

función transgresiva), la interpretación (violencia pre-formativa, interpretación como relación objetal), la posición tercera (no-analizar, estar perdido fuera del espacio de la sesión), la pareja analítica (la básica otredad del otro). En esto se demuestra en todos los casos el potencial aporético de la constelación imposible como germen del ser. Finaliza mostrando a través de dos ejemplos los temas de afocalidad y focalidad, de la técnica y la individualización, y que el discurso de la técnica de tratamiento está impregnado del peligro de una escisión yoica (Freud) y fetichizante. La orientación en el concepto de aporetización funciona como antídoto analítico.

Ulrike May, Dr. Phil., psicoanalista (DPV) realiza su práctica privada en Berlín. Tiene múltiples publicaciones sobre historia de la teoría psicoanalítica. La publicación más reciente es: *Edith Jacobson. Ella misma y el mundo de sus objetos. Vida, obra, recuerdos*. Presenta: "Diecinueve pacientes en análisis con Freud (1910-1920). Segunda parte: Frecuencia de los análisis de Freud"; son presentados nuevos resultados de la valoración de los pacientes de Freud del calendario del tiempo entre 1910 y 1920, respecto de la frecuencia de los diecinueve analizandos. También aquí el giro histórico es llamativo: la usual extremadamente alta frecuencia en Freud (seis horas y más); el amplio espectro de frecuencias con el que trabajaba (con una hasta dieciocho horas por semana); y en algunos casos proceder flexible con la frecuencia durante el análisis. Luego se informa sobre el análisis de Freud de algunos pacientes psicóticos, que pueden corregir algunas de nuestras apreciaciones sobre el punto de vista de la disposición de Freud sobre el tratamiento de psicosis. En relación con este y otros aspectos de la práctica psicoanalítica

se han desarrollado mandatos y prohibiciones que son remitidos a Freud pero no provienen de él, sino de la tradición escolar que se desarrolló posteriormente en sus seguidores.

Isolde Böhme, Dr. Med. Médica en medicina psicosomática, neurología y psiquiatría. Psicoanalista (DPV) y analista de grupos, trabaja en práctica privada en Colonia. Su interés especial está en el diálogo entre psicoanálisis y arte, películas y literatura, así como entre los diferentes lenguajes psicoanalíticos y conceptualizaciones. Presenta: "Revisión fílmica: Dogville de Lars von Trier", un ensayo de psicoanálisis aplicado.

Martin Kurthen, nacido en 1959, Dr. Med., desde 1997 profesor de Neurología y Neurofisiología clínica en la Universidad de Bonn. Desde 2005, director médico del Centro Suizo de Epilepsia de Zurich. Tiene varios artículos publicados en libros y revistas sobre epilepsia clínica, neurofisiología, psicología profunda y filosofía analítica del espíritu. Última publicación: *La tercera naturaleza* (Münster, 2004).

Por último, este número se cierra con el trabajo de *Martin Altmeyer*, Dr. Med. Psicólogo diplomado, Frankfurt/Main. Práctica en terapia de pareja y familia, supervisiones y colaboraciones psicoanalíticas en diarios y revistas especializadas. Última publicación: *El alma enredada. Las paredes intersubjetivas en psicoanálisis* (Stuttgart, 2006). Presenta: "Ensayo: psicoanálisis y neurociencia", en el cual establece una visión crítica sobre la relación entre el psicoanálisis y las neurociencias, postulando que se trata de una biologización del inconsciente por el "ablandarse de las ciencias neurológicas".

Objetivos de la Revista de Psicoanálisis

Los objetivos de la REVISTA DE PSICOANÁLISIS son difundir el psicoanálisis, favorecer su desarrollo científico, investigar en las áreas de la práctica y la teoría psicoanalíticas y dar a conocer las contribuciones del psicoanálisis a la salud y a la cultura. La revista publica artículos y trabajos originales e inéditos que contengan investigaciones experimentales, teóricas, críticas y metodológicas tanto cuantitativas como cualitativas, relacionadas con la clínica, la teoría, la historia del psicoanálisis. Podrá publicar, en razón de ofrecer un interés especial, trabajos que ya hayan sido difundidos en otras revistas, en simposios o congresos. También serán consideradas para su publicación las extensiones del psicoanálisis a otros campos y los aportes multidisciplinarios que pudieran enriquecer al psicoanálisis.

Se edita trimestralmente, en los meses de marzo, junio, septiembre y diciembre y, si bien está dirigida a psicoanalistas y a otros profesionales de la salud mental, también se propone como referencia para la discusión y el intercambio con todas las disciplinas científicas y académicas.

La selección de los textos recibidos es realizada por el Comité Editor y por lectores externos elegidos por su nivel de especialización en el tema que tratan, de modo de asegurar la calidad del proceso de revisión por pares (*peer-review*). La lectura de los trabajos se lleva a cabo de acuerdo al sistema de doble anonimato. La decisión de publicación es responsabilidad exclusiva del director del Comité Editor. El o los autores recibirán un comentario acerca de su texto, surgido de la consideración de dicho Comité Editor.

Requisitos para la presentación de los trabajos

Como la REVISTA DE PSICOANÁLISIS publica fundamentalmente trabajos originales, al presentar su trabajo a la consideración del Comité Editor, el autor deberá cerciorarse de que no haya sido publicado antes, ni total ni parcialmente, y de que tampoco esté siendo considerado por otro comité editor. La extensión no deberá superar las diez mil palabras. Deberá incluir un resumen en castellano que no supere las trescientas palabras y la bibliografía de acuerdo a las indicaciones que constan más abajo. Se lo enviará en archivo Word, cuerpo 11, con interlineado doble, vía correo electrónico a revista@apa.org.ar Se remitirán además seis copias impresas en papel.

Citas de otros textos, propios o ajenos

Será cuidadosamente garantizada su exactitud. Todo agregado que haga el autor del artículo al texto original de la cita deberá enmarcarse entre corchetes. Por ejemplo: “esa fuerza [la RTN] que se defiende con todos los medios posibles contra la curación”. El autor mantendrá las bastardillas y otros diacríticos del texto citado. Si las utiliza él para recalcar una o más palabras, agregará al final de la cita “[las bastardillas son mías]”. Para indicar que se ha omitido algo en el texto citado se emplearán puntos suspensivos entre corchetes, por ejemplo: “esa fuerza que se defiende [...] contra la curación”.

Citas de textos de Freud

Se procederá como en el caso de los otros autores pero indicando la edición de la que se tomó la cita (Santiago Rueda, Biblioteca Nueva o Amorrortu), y el año en que fue realizada (B. N. tiene varias ediciones). Si la cita proviniera de la edición inglesa (SE) o de alguna de las ediciones en alemán (GS, GW) se agregará la página que corresponde a esa cita en alguna de las versiones castellanas. Si el autor prefiriera su propia traducción, lo hará constar expresamente.

Notas al pie de página

Las notas a pie de página deben numerarse consecutivamente. No incluyen las referencias bibliográficas.

Referencias bibliográficas

A continuación del empleo de una idea o concepto correspondiente a otro autor se indicará, entre paréntesis, el apellido de este seguido de una coma y el año de la primera edición (preferentemente). Por ejemplo, (Freud, 1918). Si el nombre del autor estuviera ya incorporado

en la frase solo se consignará entre paréntesis el año. Por ejemplo, Freud (1918).

Si los autores fueran dos, se consignarán los dos nombres: "(Laplanche y Pontalis, 1968)" o "Laplanche y Pontalis (1968)". Se preferirá siempre la fecha de la primera edición a la fecha del texto que el autor maneja, que sí será consignada en las referencias. Si los autores fueran más de dos, se mencionará solo el primero, seguido de la expresión latina *et al.* (pero escrita sin comillas y no subrayada) o de la castellana "y otros" (escrita sin comillas). Por ejemplo: "Garma y otros (1971)" o "(Garma y otros, 1971)". O bien "Garma *et al.* (1971)" o "(Garma *et al.*, 1971)".

Las referencias deberán ser ubicadas al final del trabajo, agrupadas por autor, bajo el título "Bibliografía". Se incluirán solo las referencias de autores y textos que hayan sido mencionados en el cuerpo del artículo. Aunque un autor o un texto hayan sido mencionados varias veces, en Bibliografía deberá aparecer una única vez y no deberán emplearse expresiones como "ib.", "ibíd.", "ibídem".

Los autores se presentarán por el apellido seguido de la inicial del nombre, por ejemplo, "Freud, S.". El orden a seguir es el alfabético. A continuación, entre paréntesis, el año en que fue publicada la obra de referencia; por ejemplo, Freud, S. (1918). Si se menciona más de un trabajo de un mismo autor, deberá ordenárselos cronológicamente empezando por el más antiguo. Si se hace referencia a más de un trabajo escrito en un mismo año, inmediatamente después de la fecha se le agregará, al primero la letra *a*, al segundo la letra *b*, y así sucesivamente. Por ejemplo, Freud, S. (1918 a); Freud, S. (1918 b). Cuando un autor es referido por su/s trabajo/s individual/es y por otros en los que es coautor –figurando él en primer término– los trabajos individuales antecederán a los colectivos. Para distinguir dos o más lugares de una misma referencia, colóquense *en el texto* las páginas que correspondan en cada caso.

Los títulos de libros (en castellano) se escribirán en minúscula (excepto la primera letra de la primera palabra y los nombres propios), sin comillas y en bastardilla. A continuación, el lugar de edición, el nombre de la editorial y el año de edición. Aunque el autor del trabajo no haya consultado la edición original, puede consignar las dos fechas. Por ejemplo: "Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1964). *Fantasma originaire, fantasmes des origines, origines de fantasme*, París, Hachette, 1985. [Traducción cast.: *Fantasia originaria, fantasía de los orígenes, orígenes de la fantasía*, Barcelona, Gedisa, 1985.]". Si se conociera la existencia de una edición castellana pero no se pudiera dar la referencia completa, escríbase: "[Hay trad. cast.]". En cualquier caso es conveniente que figure la traducción del título al castellano.

Los títulos de *artículos* irán sin comillas y sin subrayar seguidos del nombre de la revista que los incluye, sin abreviar y en bastardilla, número del volumen, año, lugar y editorial. Por ejemplo: Baranger, M.; Baranger, W.; Mom, J. Proceso y no proceso en el trabajo psicoanalítico. *Revista de Psicoanálisis*, XXXIX, 4, Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1982.

Descriptores

Los descriptores correspondientes a los trabajos aceptados para su publicación serán adjudicados por la Comisión de Informática de la Asociación Psicoanalítica Argentina mediante el uso del Tesauro de Psicoanálisis.

Importante

El Comité Editor no se responsabiliza por las opiniones expresadas por los autores. La presentación de los trabajos a la REVISTA DE PSICOANÁLISIS implica la cesión legal de los derechos de publicación escrita y electrónica de los autores a favor de la REVISTA.

Suscripciones

El valor de la suscripción anual (4 números) es de \$ 80 más gastos de envío. Para suscripciones desde el extranjero, el valor es de 35 dólares estadounidenses.

Para estudiantes de grado y posgrado que acrediten tal condición, el valor de cada ejemplar es de \$ 10. El pago puede realizarse por tarjeta de crédito VISA, transferencia bancaria, o mediante cheque.

Contactarse con la Secretaría Administrativa: revista@apa.org.ar o al teléfono 4812-3518 int. 21.

Objetivos de la Revista de Psicoanálisis

Los objetivos de la REVISTA DE PSICOANÁLISIS son difundir el psicoanálisis, favorecer su desarrollo científico, investigar en las áreas de la práctica y la teoría psicoanalíticas y dar a conocer las contribuciones del psicoanálisis a la salud y a la cultura. La revista publica artículos y trabajos originales e inéditos que contengan investigaciones experimentales, teóricas, críticas y metodológicas tanto cuantitativas como cualitativas, relacionadas con la clínica, la teoría, la historia del psicoanálisis. Podrá publicar, en razón de ofrecer un interés especial, trabajos que ya hayan sido difundidos en otras revistas, en simposios o congresos. También serán consideradas para su publicación las extensiones del psicoanálisis a otros campos y los aportes multidisciplinarios que pudieran enriquecer al psicoanálisis.

Se edita trimestralmente, en los meses de marzo, junio, septiembre y diciembre y, si bien está dirigida a psicoanalistas y a otros profesionales de la salud mental, también se propone como referencia para la discusión y el intercambio con todas las disciplinas científicas y académicas.

La selección de los textos recibidos es realizada por el Comité Editor y por lectores externos elegidos por su nivel de especialización en el tema que tratan, de modo de asegurar la calidad del proceso de revisión por pares (*peer-review*). La lectura de los trabajos se lleva a cabo de acuerdo al sistema de doble anonimato. La decisión de publicación es responsabilidad exclusiva del director del Comité Editor. El o los autores recibirán un comentario acerca de su texto, surgido de la consideración de dicho Comité Editor.

Requisitos para la presentación de los trabajos

Como la REVISTA DE PSICOANÁLISIS publica fundamentalmente trabajos originales, al presentar su trabajo a la consideración del Comité Editor, el autor deberá cerciorarse de que no haya sido publicado antes, ni total ni parcialmente, y de que tampoco esté siendo considerado por otro comité editor. La extensión no deberá superar las diez mil palabras. Deberá incluir un resumen en castellano que no supere las trescientas palabras y la bibliografía de acuerdo a las indicaciones que constan más abajo. Se lo enviará en archivo Word, cuerpo 11, con interlineado doble, vía correo electrónico a revista@apa.org.ar Se remitirán además seis copias impresas en papel

Citas de otros textos, propios o ajenos

Será cuidadosamente garantizada su exactitud. Todo agregado que haga el autor del artículo al texto original de la cita deberá enmarcarse entre corchetes. Por ejemplo: “esa fuerza [la RTN] que se defiende con todos los medios posibles contra la curación”. El autor mantendrá las bastardillas y otros diacríticos del texto citado. Si las utiliza él para recalcar una o más palabras, agregará al final de la cita “[las bastardillas son mías]”. Para indicar que se ha omitido algo en el texto citado se emplearán puntos suspensivos entre corchetes, por ejemplo: “esa fuerza que se defiende [...] contra la curación”.

Citas de textos de Freud

Se procederá como en el caso de los otros autores pero indicando la edición de la que se tomó la cita (Santiago Rueda, Biblioteca Nueva o Amorrortu), y el año en que fue realizada (B. N. tiene varias ediciones). Si la cita proviniera de la edición inglesa (SE) o de alguna de las ediciones en alemán (GS, GW) se agregará la página que corresponde a esa cita en alguna de las versiones castellanas. Si el autor prefiriera su propia traducción, lo hará constar expresamente.

Notas al pie de página

Las notas a pie de página deben numerarse consecutivamente. No incluyen las referencias bibliográficas.

Referencias bibliográficas

A continuación del empleo de una idea o concepto correspondiente a otro autor se indicará, entre paréntesis, el apellido de este seguido de una coma y el año de la primera edición (preferentemente). Por ejemplo, (Freud, 1918). Si el nombre del autor estuviera ya incorporado

en la frase solo se consignará entre paréntesis el año. Por ejemplo, Freud (1918).

Si los autores fueran dos, se consignarán los dos nombres: "(Laplanche y Pontalis, 1968)" o "Laplanche y Pontalis (1968)". Se preferirá siempre la fecha de la primera edición a la fecha del texto que el autor maneja, que sí será consignada en las referencias. Si los autores fueran más de dos, se mencionará solo el primero, seguido de la expresión latina *et al.* (pero escrita sin comillas y no subrayada) o de la castellana "y otros" (escrita sin comillas). Por ejemplo: "Garma y otros (1971)" o "(Garma y otros, 1971)". O bien "Garma *et al.* (1971)" o "(Garma *et al.*, 1971)".

Las referencias deberán ser ubicadas al final del trabajo, agrupadas por autor, bajo el título "Bibliografía". Se incluirán solo las referencias de autores y textos que hayan sido mencionados en el cuerpo del artículo. Aunque un autor o un texto hayan sido mencionados varias veces, en Bibliografía deberá aparecer una única vez y no deberán emplearse expresiones como "ib.", "ibíd.", "ibidem".

Los autores se presentarán por el apellido seguido de la inicial del nombre, por ejemplo, "Freud, S.". El orden a seguir es el alfabético. A continuación, entre paréntesis, el año en que fue publicada la obra de referencia; por ejemplo, Freud, S. (1918). Si se menciona más de un trabajo de un mismo autor, deberá ordenárselos cronológicamente empezando por el más antiguo. Si se hace referencia a más de un trabajo escrito en un mismo año, inmediatamente después de la fecha se le agregará, al primero la letra *a*, al segundo la letra *b*, y así sucesivamente. Por ejemplo, Freud, S. (1918 a); Freud, S. (1918 b). Cuando un autor es referido por su/s trabajo/s individual/es y por otros en los que es coautor, figurando él en primer término— los trabajos individuales antecederán a los colectivos. Para distinguir dos o más lugares de una misma referencia, colóquense *en el texto* las páginas que correspondan en cada caso.

Los títulos de libros (en castellano) se escribirán en minúscula (excepto la primera letra de la primera palabra y los nombres propios), sin comillas y en bastardilla. A continuación, el lugar de edición, el nombre de la editorial y el año de edición. Aunque el autor del trabajo no haya consultado la edición original, puede consignar las dos fechas. Por ejemplo: "Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1964). *Fantasme originaire, fantasmes des origines, origines de fantasme*, París, Hachette, 1985. [Traducción cast.: *Fantasia originaria, fantasia de los orígenes, orígenes de la fantasía*, Barcelona, Gedisa, 1985.]. Si se conociera la existencia de una edición castellana pero no se pudiera dar la referencia completa, escríbase: "[Hay trad. cast.]. En cualquier caso es conveniente que figure la traducción del título al castellano.

Los títulos de *artículos* irán sin comillas y sin subrayar seguidos del nombre de la revista que los incluye, sin abreviar y en bastardilla, número del volumen, año, lugar y editorial. Por ejemplo: Baranger, M.; Baranger, W.; Mom, J. Proceso y no-proceso en el trabajo psicoanalítico. *Revista de Psicoanálisis*, XXXIX, 4, Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1982.

Descriptores

Los descriptores correspondientes a los trabajos aceptados para su publicación serán adjudicados por la Comisión de Informática de la Asociación Psicoanalítica Argentina mediante el uso del Tesouro de Psicoanálisis.

Importante

El Comité Editor no se responsabiliza por las opiniones expresadas por los autores. La presentación de los trabajos a la REVISTA DE PSICOANÁLISIS implica la cesión legal de los derechos de publicación escrita y electrónica de los autores a favor de la REVISTA.

Suscripciones

El valor de la suscripción anual (4 números) es de \$ 80 más gastos de envío. Para suscripciones desde el extranjero, el valor es de 35 dólares estadounidenses.

Para estudiantes de grado y posgrado que acrediten tal condición, el valor de cada ejemplar es de \$ 10. El pago puede realizarse por tarjeta de crédito VISA, transferencia bancaria, o mediante cheque.

Contactarse con la Secretaría Administrativa: revista@apa.org.ar o al teléfono 4812-3518 int. 21.

